LIBRARY OF CONGRESS
1800

Glass PQ6520
Book .E7N5

1341
3772

NI REI, NI ROQUE.

EPISODIO HISTÓRICO

DEL REINADO DE FELIPE II.

AÑO DE 1595.

NOVELA ORIJINAL

ESCRITA

POR D. PATRICIO DE LA ESCOSURA,

AUTOR DEL CONDE DE CANDESPINA.

EDICION ESTEREOTÍPICA.

NUEVA YORK.

IMPRENTA DE DON JUAN DE LA GRANJA,
LIBERTY STREET, NO. 49.

AÑO DE 1841.

PQ6520
.E7N5

" ¿ De qué, pues, nos sirviéron
Siete siglos de afan, y nuestra sangre
A torrentes verter ?... Lanzado en vano
Fué de Castilla el árabe inclemente,
Si otro opresor mas pérfido y tirano
Le pone el yugo á su infelice frente."

QUINTANA, *Oda á Padilla.*

AL SEÑOR

D. GERÓNIMO DE LA ESCOSURA,

Caballero de la Real y distinguida Órden Española de Cárlos III, del Consejo de S. M., su Secretario con ejercicio de decretos, Intendente de Provincia de primera clase, y Vocal de la Real Junta de Fomento de la riqueza del Reino.

En muestra de su cariño y respeto,

Su hijo

Patricio de la Escosura.

INTRODUCCION.

El mentir de las estrellas
Es mui seguro mentir,
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo á ellas.

Caballero en un rocin cuelli-largo, quijotudo y amojamado, su creacion inmemorial, sus jaeces una jáquima bastante antigua, y una manta de muestra no mui moderna, y á pesar de todo, no mio, paseaba yo no hace mucho por una sierra del reino de Sevilla.

Preocupado en diferentes pensamientos, para mí mui importantes, y habituado ya al pais en que me hallaba, confieso francamente que no me hacia mucho efecto el cuadro que me rodeaba, á pesar de ser una de las mas bellas perspectivas que pueda imajinar el entendimiento.

Cuanto la vista alcanza á descubrir desde el punto mas elevado de aquel terreno ofrece un aspecto lleno de vida y de interes. No hai allí una llanura que tenga un cuarto de legua en cuadro; y hablando con propiedad, los que los naturales llaman valles no son mas que ramblas ó cañadas,

la mas ancha de cien toesas, si las tiene. Compónese, pues, todo aquel pais de cerros y colinas, peñascos y precipicios.

La naturaleza ha hecho tanto en favor de Andalucía, que á pesar de la indolencia de sus habitantes, la verdura, la frondosidad de la tierra, encantan el alma del que acaba de dejar las áridas llanuras de la Mancha, donde el viajero se cree mas bien en la Arabia desierta que no en la rejion meridional de la culta Europa.

En medio de vastos y fértiles olivares, de montes de robustas encinas, de viñedos frondosos, de campos cereales, la blancura resplandeciente de los cortijos, que vistos de léjos tienen alguna semejanza con los caseríos ingleses, hace un efecto maravilloso.

A corta distancia unos de otros se descubren muchos pueblos, mas ó ménos considerables, cuya posicion próxima siempre á los pasos precisos de la sierra, y en puntos que los dominan, descubre que en su oríjen fuéron puestos militares, establecidos por los moros para defenderse de las continuas incursiones de los cristianos. Los castillos ruinosos que en casi todos ellos se ven aun, y sus nombres arábigos, acreditan suficientemente esta conjetura.

Verifícase la comunicacion entre estos pueblos por medio de unas veredas, que vistas y andadas parecen, y son mas á propósito, para cabras que para hombres y caballos ; pero los naturales de la sierra las andan con una presteza y ajilidad sorprendentes ; y el forastero, animado con su ejemplo, acaba por habituarse y caminar tranquilo por ellas. En este caso me hallaba yo.

Andando á la aventura, mi rocin acertó á tomar

una estrecha senda, que en la mitad de la altura de una cadena de colinas bastante pendientes corre paralelamente á su base, al pie de la cual se desliza con manso ruido entre innumerables piedrecillas de jaspe colorado un arroyo, cuyo color verdoso y olor azufrado dan claros indicios de ser sus aguas minerales. Crecen en su orilla el romero, la adelfa, y otros muchos arbustos en profusion; y la flor roja del segundo citado contribuye á prestar á aquella ribera, si tal nombre merece, un aspecto ameno y pintoresco.

Como media legua podria yo haber andado, cuando la lentitud del paso de mi cuartago, lo lacio de sus orejas, y la humilde postura de su cabeza, me reveláron que si no queria volverme á pie á mi domicilio, era preciso que permitiese descansar un momento á aquella *vera efigies* de rocinante. Eché, pues, pie á tierra, y reconociendo, por la frondosidad del sitio, que me hallaba en las inmediaciones de un manantial de agua potable, como la sed empezaba á aquejarme, quise buscarle. Tuve para esto que meterme por un angosto desfiladero, en el que apénas cabian dos personas de frente. La elevacion de los dos peñascos laterales, y las ramas de muchas higueras silvestres que de sus hendiduras salian, formando una bóveda impenetrable á los rayos del Sol, hacia tambien mui á propósito aquel paraje para madriguera de bandidos, casta de pájaros en que el pais suele abundar. Esta circunstancia dió lugar á que yo descolgase el retaco que llevaba pendiente del arzon trasero, segun costumbre de Andalucía, y con él terciado y montado entrase en el desfiladero.

No bien anduve veinte pasos, sentí á corta dis-

tancia el ruido de los de otro hombre y otro caballo. Debió de sucederle á él lo mismo, y de formar tan buen concepto de mí como yo de él, pues al descubrirnos nos apuntámos simultaneamente con los retacos, y ambos preguntámos á un tiempo: *¿ quien va ?*

Íbamos los dos vestidos á la jerezana, que es tambien el uniforme de los ladrones ; pero como llevabamos bigotes el uno y el otro, apénas nos los vímos cesáron nuestras sospechas, y bajando á un tiempo las escopetas depusímos el airado ceño, y nos saludámos cordialmente con el nombre de compañeros.

Mi encuentro era un anciano de robusta complexion y nerviosa fibra. Los años le habian como curtido ; pero conservaba toda la elasticidad de sus miembros y una estatura elevada, exenta de la curvatura jeneral de los hombres de su edad. Por debajo del sombrero portugues dejaba ver unos cabellos espesos, pero blancos como la nieve, y de igual color eran los poblados bigotes, que me le diéron á conocer por hombre honrado.

—¿ A donde bueno, mocito ? me dijo con cortesía, pero con aquel tono de superioridad justa que los ancianos toman siempre con los jóvenes.

—Voi, señor mio, le contesté, buscando la fuente.

—Por el acento y el camino que usted toma bien se conoce que no es del pais. Yo tambien voi á la fuente, y si usted quiere podrémos ir juntos.

Agradecí y acepté la oferta, y echámos á andar hasta el manantial, que aun distaba mas de lo que yo me figuraba.

El aire cordial, la franqueza, la urbanidad marcial de mi compañero, me hiciéron reconocerle desde luego por un oficial veterano ; y en efecto

lo era. A los cinco minutos de estar juntos se estableció entre nosotros la misma libertad de trato que pudiera haber si nos conocieramos de diez años ántes.

El anciano me dijo que tenia setenta años, y se llamaba Don Sebastian de Várgas. Habia empezado á servir en caballería á los doce años, esto es, en el de 1776. Habia hecho la campaña del año 92; la de Portugal con los franceses; la de América; y la del año 23 en el bizarro ejército constitucional de Cataluña.

Tenia tres heridas, la cruz de San Fernando, y otras infinitas por distintas acciones; y era comandante de escuadron con grado de coronel; gracias á la amnistía, pues desdeñando purificarse en la última época, se habia quedado de paisano. Habia asistido á mas funciones de guerra que yo tengo meses de vida; y confieso que aunque las referia con harta prolijidad, le escuchaba con gusto y veneracion.

Dos horas estuvímos juntos, y quedámos tan amigos, que me convidó á ir á pasar algunos dias en un cortijo que habitaba á media legua de aquel paraje.

—Vivo en el campo, me dijo, con mi familia, que se reduce á una hija de veinte y cuatro años, un sobrino de treinta, mi ama de llaves y mi asistente, soldado tan antiguo como yo. No recibirémos á usted con cumplimientos, ni podrémos obsequiarle á la moda de la corte; pero en cambio será usted bien llegado siempre que quiera favorecernos, y partirá con nosotros una puchera no mal sazonada.—Díle las gracias por el ofrecimiento, prometiendo no despreciarlo; y monté á caballo, gozoso con mi nuevo conocimiento. Dos

dias despues fuí al cortijo de Sierra-carnero, que así se llama el de Don Sebastian de Várgas.

Su hija es una señorita no destituida de mérito personal, educada con mas esmero del que yo suponia. Ella y su padre me recibiéron como este me lo habia prometido. Por la mañana vímos su habitacion, que es una escelente casa de campo, aunque de mui antigua construccion, á la cual se han ido agregando sucesivamente cuadras, tinaones ó establos, graneros y pajares. No mui léjos de ella está un molino de aceite. Por la tarde paseámos en las tierras del cortijo, que son vastas, bien cultivadas y productivas: no faltan en ellas los olivos, encinas y cepas, ademas de los sembrados de trigo y cebada, y los prados de alcacer. Pero lo que me encantó fué una huerta, en la que entre otros muchos árboles frutales se veia considerable número de naranjos, limoneros y granados.

El sobrino de Don Sebastian, que tenia por nombre Don Pedro Alcántara Hinojosa, me pareció un escelente sujeto; pero yo á la cuenta no tuve igual fortuna con él, pues me trató con notable reserva.

Mi amistad con aquella familia llegó á hacerse cada dia mas íntima, por manera que pasaba semanas enteras en Sierra-carnero. En una de estas ocasiones llamó mi atencion un retrato, de escelente mano, de una señora vestida con traje antiguo, pero tan parecida á la hija de mi huésped, que llegué á figurarme seria su madre, que por estravagancia se hubiese hecho pintar vestida de máscara.

Cabalmente, cuando hice esta observacion, Inesita, que tal era el nombre de la jóven, se hallaba sola conmigo. Comuniquéla mi pensamiento, y ella riéndose me contestó:

—No es usted solo el que ha tenido esa equivo-

cacion, no señor. Esa no es mi madre: es mi sesta ó sétima abuela. Dicen que en la figura nos parecemos mucho; y si es verdad, como es tradicion en la familia, que pasó muchos disgustos en su vida, me temo que tambien en eso nos parecerémos.—Al concluir estas palabras, la sonrisa de Inesita se convirtió en una espresion melancólica, y una lágrima se asomó furtivamente á sus hermosos ojos.

Yo, que sin poderlo remediar soi mui compasivo con las damas, y un tantico curioso, pregunté con bastante empeño, y supe de aquella jóven la causa de su disgusto.

He aquí como sobre poco mas ó menos me la refirió: " Esa señora que usted ve retratada, dicen que era de una familia mui ilustre, y que ántes de casarse con su marido, que fué un Várgas, pasó trabajos indecibles. Su hijo único se llamó Don Sebastian; y este dejó mui encargado en su testamento á sus descendientes, que á todos sus primojénitos les pusiesen su mismo nombre. Pero no es esta la claúsula mas singular del tal testamento. Parece que entre el marido de la abuela Doña Ines, que tal era su nombre, y un primo suyo llamado Don Pedro Hinojosa de Várgas, medió una estrecha amistad, por cuya razon el nieto de aquel se casó con una Doña Ines, nieta del último. En virtud de esto, Don Sebastian I.° de Várgas encargó tambien que los primojénitos de sus descendientes en linea recta se casasen con las primojénitas de la de Hinojosa, siempre que estas llevasen el nombre de Ines.

" Desde entónces, hasta mi padre inclusive, se ha seguido sin alteracion alguna la estraña regla de bautismos y matrimonios establecida en el testa-

mento de Don Sebastian; siendo de notar que ninguno de sus sucesores ha tenido nunca mas que un hijo varon.

"Pero mi desdichada suerte ha querido que justamente variase en mí este órden constante de sucesion. Mi padre se casó teniendo ya mas de cuarenta años; y mi madre al darme á luz espiró. El ama de llaves que hoi tenemos, y que cuando yo nací estaba ya en casa, me ha asegurado que no es fácil decidir cuál sentimiento era mayor en mi padre, si el de la muerte de su mujer, ó el de no haber sido un varon lo que habia dado á luz.

"No puedo quejarme de mi padre: ha llenado sus deberes escrupulosamente; pero jamas se ha abandonado por completo á la ternura paternal conmigo; y por mas que procura ocultármelo, se le conoce que me mira como un borron para el árbol jenealójico de la familia.

"Para colmo de mi desgracia, todas las hembras de la casa de Hinojosa han muerto, y solo queda un varon, que es mi primo. Nos amamos; y aunque mi padre le aprecia, no se resuelve á casarnos, porque se llama Pedro y no Sebastian. Vea usted si tengo motivo de aflijirme."

No es ponderable lo que me interesó esta relacion. Por ella comprendí que la frialdad del primo conmigo provenia de un movimiento celoso, y me propuse castigar su desconfianza, convenciendo á mi anciano amigo de la ridiculez de su empeño en sostener el estraño testamento de Don Sebastian I.° de Várgas.

En la primera ocasion que me pareció oportuna empecé á insinuarme, y el viejo comandante no tuvo dificultad en entrar en materia.

—Usted llama debilidad, me dijo, á lo que no es

mas que respeto y cariño á mis ascendientes. Seis jeneraciones han consagrado esa costumbre y la han hecho inviolable á mis ojos.—Y está bien, le repliqué yo, está bien que usted la respete ; y yo seria de parecer que se observase, á ser posible. Pero usted tiene setenta años, edad que no es á propósito para casarse ; y aunque fuera mas jóven no podria hacerlo segun sus principios, porque no tiene una Doña Ines Hinojosa con quien enlazarse. Es preciso, pues, que usted consienta en el matrimonio de su hija con su sobrino, ó en ver deshecha para siempre la union entre dos ramas de la familia que tan ligadas han estado hasta aquí.—Sí, eso sí : usted tiene razon ; pero yo tengo miedo. Sí señor, miedo, no se asombre usted. Hai en este asunto un misterio que no alcanzo, y que es lo que mas me detiene.—¿ Y no podré yo saber cual es ?—A nadie se lo he revelado hasta ahora ; pero haré una escepcion en favor de usted. En el testamento de mi sétimo abuelo Don Sebastian, se dice : que sus herederos, en el caso de no conformarse con sus disposiciones, incurrirán en su enojo, y que los fundamentos de lo que ordena se contienen en un rollo de papeles, que cerrados en una caja de plomo sellada deja en su biblioteca. Todos hemos respetado esta caja ; pero en tiempo de la guerra de la independencia una partida de los invasores que ocupó la casa, creyendo que en ella se contendria algun tesoro, la abrió á bayonetazos. Por fortuna se dejáron los papeles, que el ama de llaves recojió, y hoi están en mi poder.—¿ Y usted no los ha leido ?—Mil veces lo he intentado ; pero están escritos con unos garabatos infernales, de los cuales no he podido descifrar ni uno.—Si usted no tiene inconveniente en confiár-

melos, yo entiendo algo la letra antigua, y verémos de traducirlos al castellano moderno.—Me hará usted un servicio impagable.—Impagable, no tal. Prométame usted que si de esos papeles no resulta espresamente una prohibicion de casarse su hija con su sobrino, cesará usted de oponerse á sus deséos.—Verémos.—No hai verémos que valga : ó se casan, ó no trabajo.—Hombre, eso es hacerme la forzosa.—Para hacer felices á dos jóvenes que lo merecen, y á usted tambien.— ¡ Pero señor, qué empeño !—Mi coronel, ¿ sí, ó no ? Entre soldados no hai palabras ambiguas.—Pues vamos con un sí. —Eso es hablar en razon : vengan esos cinco, mi coronel.—Tome usted, mala cabeza.

Inmediatamente despues de esta conversacion me entregué de un rollo de papeles mui voluminoso, que contenia la narracion, que sin mas condicion que la de variar algunos apellidos, me ha permitido Don Sebastian dar al público.

Paréceme que ofrecerá la utilidad de dar á conocer en gran parte el carácter moral, político y relijioso de una época interesante de nuestra historia. Nada mas diré, porque el público va á juzgarla, y seria indisculpable temeridad anticiparme á su fallo.

He tenido la satisfaccion de asistir á la boda de Inesita con Don Pedro Hinojosa, y de ver á este tan trocado que me llama su mejor amigo. El coronel Várgas sabe ya de memoria este escrito ; pero no qué hacer para probarme lo que agradece mi trabajo.

NI REI, NI ROQUE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Don Félix.—" El rostro es en vano
Querer ocultarme ;
O tú has de matarme,
O yo te veré."

Don Diego.—" No es verme tan llano
Que baste el querello ;
Mal que os pese de ello
Burlaros sabré."

(*Comedia antigua inédita.*)

Como á las ocho de la mañana de uno de los primeros dias del mes de Julio del año de 1595 se apeó en Madrigal, á la puerta de una pastelería, un caballero jóven, galan, y bien portado. Dejando los caballos al cuidado del sirviente que le acompañaba, entró en la pastelería con jentil desembarazo, y tocando lijeramente con la mano el bonete de terciopelo negro que cubria su cabeza, pronunció con voz clara y apacible la entónces usual fórmula de saludo :—Ave María.—Sin pecado concebida, contestó la única persona que en la tienda habia, y era una mujer jóven, morena, de hermosos ojos, rostro mas agraciado

que bello, y aire mas grave é imponente del que su edad, condicion y humilde traje prometian.

Estas observaciones las hizo el caminante sentado ya en uno de los escaños que habia dentro de la misma chimenéa, y fuese que su natural cortesía le moviese á ello, ó bien que el aspecto de la huéspeda le pareciera exijir mas respeto del que hasta entónces habia mostrado, el hecho es, que se quitó cortesmente el bonete, y dejó ver una cabeza cubierta de cabellos castaños, cortados segun la moda de aquel siglo, es decir, sobre poco mas ó ménos, de la manera que hoi llamamos á la inglesa.

—¿No tendrá usted, señora huéspeda, dijo el caminante despues de breves instantes, alguna cosa con que aplacar el hambre de un mozo, que ya esta mañana ha caminado algunas horas?—No contestó á esta pregunta la persona á quien se hacia, sino que levantándose del asiento que ocupaba al frente del viajero, abrió y examinó el cajon del mostrador, algunas alacenas, y el horno, y visto todo, volvió á su puesto diciendo flemáticamente al mancebo:—Nada.—Bien, por mi vida. ¿Y no hai otra pastelería en el pueblo? —Ninguna.—¿Y absolutamente no hai nada que darme?—Nada, sino se contenta con un pedazo de pan.—Corta cosa es, y mi estómago me parece que ahora requiere mas sustancioso refrijerio. Duélase, hermana, de mi necesidad, y no me obligue á andar en ayunas el resto

de la jornada, que por la paga no quedarémos mal.—Mi señor no está en casa, replicó la huéspeda; ademas que aunque estuviera, no creo yo que quisiera ahora hacer nada.—Válganos Dios, y qué poco amigo de trabajar es el pastelero: sea usted mas caritativa, y alivie mi necesidad, que tengo priesa; el pueblo á que voi, aun está léjos, y no quisiera llegar á él hambriento, y creyendo que en cuerpo tan bello haya una alma empedernida.

Estas últimas palabras, pronunciadas en un tono entre galan y jocoso, arrancáron, por decirlo así, una sonrisa á la grave pastelera; pero habia en ella tanta dignidad, y en su aire tal importancia, que á ser en una princesa, se dijera que el requiebro la agradaba, solo en cuanto á mujer. Mas el mancebo no estaba entónces para pagarse de sonrisas; el hambre le aquejaba, y continuó sus instancias, quizas con importunidad; pero mezclándolas con tantas y tan discretas lisonjas, que al cabo dió al traste con la pereza ó el orgullo de la huéspeda.

—Por oir misa y dar cebada, dijo esta, ya sabe usted que no se pierde jornada. Haga, pues, que su criado lleve los caballos al meson, que está en la misma calle, y váyase el señor caballero á oir la misa del padre vicario de Santa María la Real, que dentro de una hora verémos de dar modo para satisfacer su apetito.—¡Una hora! Mucho es; pero sea: oigámos misa, y despues volverémos á....—A desayunaros.—Y á ver los negros ojos de la mas

bella pastelera de esta tierra.—Lisonjas de cortesano.—No, sino verdades de hombre honrado.—Si se retarda, caballero, no llega á la misa.—¿ Está léjos la iglesia ?—A dos pasos. Desde la puerta de casa verá usted la del monasterio.

Y diciendo así, acompañó al caminante hasta la puerta, y en efecto le indicó el convento, que desde ella se veía.

Don Juan de Várgas, hermano del marques de ***, que es el caminante que hemos visto, era un caballero mozo, de buen parecer, mediana estatura, rostro blanco, complexion enjuta, humor jovial, mui aficionado á las armas, y sobradamente á las damas ; sirvió al rei en Flándes con honor algunos años ; su valor y nacimiento le alcanzáron una compañía, y en la ocasion en que le hemos visto se hallaba en España á causa de haberle llamado su hermano el marques, que achacoso ántes de la vejez, soltero, y sin inclinacion al matrimonio, le propuso hacerle su heredero, con solo la condicion de renunciar el ejercicio de las armas y venirse á vivir en su compañía.

Don Juan repugnaba dejar los campos de Marte ; pero el agradecimiento á su hermano, las muchas ventajas que la proposicion de este le ofrecia, y finalmente, algunas desavenencias con el cabo principal del tercio en que servia, le decidiéron á dejar su bandera, con permiso del rei, y regresar á Valladolid, ciudad donde el marques residia.

Este desde luego descargó en su heredero

el cuidado de su hacienda y estados que estaban en Castilla la Vieja; lo que proporcionó á Don Juan hacer frecuentes viajes por la provincia, los cuales hacia siempre á la lijera con un solo criado, divirtiendo en ellos y en la caza el ocio de su nueva vida, insoportable para un hombre activo como él, vehemente, y habituado al continuo movimiento de la guerra.

Regresaba Don Juan á Valladolid, despues de haber visitado varios pueblos del señorío del marques situados en la sierra de Ávila, y se habia propuesto llegar aquel dia, y detenerse algunos en Medina del Campo, villa ya mui decaida entónces, pero no de tan poca importancia como lo es en el dia.

Sigámosle al monasterio de Santa María, que lo era de monjas de San Augustin: dirijiéndose á él, con el piadoso fin de oir misa, iba Don Juan repasando en su memoria el gracejo de la pastelera, y tratando, por decirlo así, de casar lo plebeyo de su condicion con la nobleza de su porte; el deséo de la ganancia, natural en el tratante de oficio, con la negligencia y descuido de aquella mujer, que nada tenia en su casa preparado para la venta; y finalmente, la solícita adulacion de la mayor parte de las jentes dedicadas á aquel tráfico, con el despego casi grosero de la morena de Madrigal.

Poco tiempo hacia que Don Juan habia vuelto de Flándes, donde las jentes, aunque de suyo poco aficionadas á los españoles, no perdian nunca la ocasion de ganar con ellos el

dinero; los tudescos, flemáticos sí, mas no perezosos, saben adoptar siempre el tono conveniente á la profesion que el interes, ó la necesidad les obliga á ejercer, y Don Juan se olvidaba de que estaba en Castilla la Vieja.

Embebido, pues, en sus reflexiones, llegó al pórtico de la iglesia, en donde se hallaba reunido todo el pueblo, pues el dia en que principia nuestra historia era festivo, y la misa del padre vicario la que siempre oian las personas de mas cuenta, y las que sin serlo aspiraban á darse importancia, que ya entónces eran en bastante número.

Todo en aquel tiempo llevaba en España el sello del carácter severo y sombrío de su monarca. Cada una de las clases del Estado se distinguia en todo jénero de actos por sus insignias, por la calidad y hechura de sus vestidos. El color mas de moda era el negro; los militares eran acaso los únicos que vestian de color: los adornos eran ricos y costosos, pero sencillos y graves: un cintillo de diamantes por presilla en el bonete, una larga y gruesa cadena de oro colgando del cuello, y dando una ó mas vueltas sobre el pecho, y una sortija de valor en algun dedo.

El traje del siglo era airoso: Vandyk, dice Walter Scott, lo ha inmortalizado. En efecto, ó es la majia de aquel gracioso pincel, ó verdaderamente el corte ó disposicion de los tales vestidos era infinitamente superior á los inconcebibles arréos de que hoi nos vemos cargados. Confieso injenuamente que como no

sea la idéa de asimilarnos á los monos, no concibo cual fuese la del inventor de los faldones de nuestros fracs. El pantalon, á la verdad, ya se entiende; porque la especie ha dejenerado ya tanto, que apénas hai pierna masculina capaz de llevar con honor el calzon ajustado. ¡Pero el chaleco, casaca, y sobre todo el corbatin! El corbatin, instrumento eterno de suplicio para el hombre obeso y corto de cuello, á quien no deja respirar, y para el ético agrullido, cuya cabeza, dejándose ver sobre una columna de raso ó terciopelo, parece blanco puesto allí para diversion de muchachos: el corbatin, repito, es la mas desatinada de las invenciones.

Pero aun es mayor disparate entretener al lector con tales reflexiones: para concluir en jeneral esta materia, diré que el calzon en aquel tiempo era ajustado y largo, que llegaba hasta la garganta del pie; la bota como la de campana; el jubon, ajustado á la forma del cuerpo, llegaba hasta la cintura, á la cual se ajustaba por medio de un cinturon, del que ordinariamente pendia la espada; comunmente estaba, como entónces decian, acuchillado, es decir, con ciertas aberturas cubiertas con unos bollos de seda en los ricos, y de lienzo mas ó ménos fino en los artesanos y demas clases pobres.

El pueblo andaba de ordinario en cuerpo, y es natural, pues de esta manera estaba el hombre mas desembarazado para entregarse á sus faenas, y en la cabeza llevaban los plebeyos

un sombrero de copa redonda y ala ancha; al paso que los nobles, los funcionarios públicos, los criados, y demas jente ciudadana, ó por una razon, ó por otra, superior á la plebe, usaban la capa corta, que no pasaba de la cintura, y un bonete ó gorra semejante, si no igual, á la que vemos en nuestros cómicos cuando representan las comedias de Lope, Calderon, &c.

El traje de camino variaba en algun tanto: este era constantemente de color ménos fino y delicado que el de la ciudad; y en lugar de la capa corta se llevaba el gaban, especie de capotillo sin mangas, y que cuando la ocasion lo requeria, se usaba con forro de pieles, y aun á veces una capa parecida en las dimensiones á las del dia.

Dirémos al paso que tal era el vestido que llevaba nuestro Don Juan; y cesando en las digresiones, continuarémos acompañándole en el pórtico, en donde se paseaba esperando la misa, siendo el objeto de las miradas de todos, y haciendo por su parte algunas observaciones en aquellos honrados vecinos.

El traje de camino, el aire desembarazado y libre de un cortesano, la osadía del militar, y un cierto no sé qué de seguridad, y ninguna estrañeza al verse solo entre personas desconocidas, que debia Don Juan á la educacion, al ejercicio y viajes, eran para Madrigal una cosa nueva.

Los individuos de la justicia del pueblo, que con el traje de etiqueta, la vara en la mano y el alguacil al lado, esperaban que la campana

les diera la señal de ir á ocupar en el templo su asiento privilejiado, y estaban, como de razon, algun tanto separados del resto de la concurrencia, no fuéron por eso los últimos en notar la llegada del forastero.

El correjidor, hombre de mediana edad, chico de cuerpo, abultado de barriga, de rostro circular á manera de luna, con dos ojitos de color de perla abiertos á punzon, chato, y de pocas letras, pero lleno de la importancia de su empléo, cuya insignia, la golilla, no abandonaba ni para dormir, y que hasta para pedir la comida ó el sombrero creia necesario un auto de oficio, hubiera de buena gana mandado á su secretario que fuera á notificar al recien venido se presentase ante su señoría á declarar en forma su nombre, apellido, profesion &c., pena de diez ducados de multa (que las multas eran lo que mejor le parecia del oficio) ; pero como su consorte le habia apercibido de que hablase poco, si no queria esponerse á decir solemnes necedades, y el buen majistrado era un marido paciente y sumiso, se contentó por entónces con señalar con el dedo á Don Juan, llamando la atencion del escribano, y pronunciando gravemente la palabra *visto.*—Por mandado de su señoría, respondió maquinalmente el escribano, especie de autómata legal, con todas las apariencias posibles de una momia. El alcalde, los rejidores, el personero y el alguacil, fijáron tambien la vista en el forastero, que acaso se dirijia acia ellos en su paséo.

—Es galan, dijo uno de los rejidores.—Y su porte de cortesano, contestó el personero, que habia estado alguna vez en Valladolid.—Mas parece soldado que otra cosa, replicó el primero; Dios tenga de su mano á las mujeres si ha de pasar algunos dias en el pueblo.—Y á los mozos si viene de bandera, dijo el alcalde.—¿Qué dice su señoría?—Conforme: respondió el correjidor.

Ya en esto Don Juan les habia vuelto la espalda, y era observado por otros corros formados por distintas personas del pueblo; pero no halló cosa en ninguno que le llamase la atencion, ni le distrajese del apetito que el caminar le habia escitado; solo notó un hombre vestido en cuanto á la forma como el resto de los habitantes, es decir, humildemente; pero que tanto en la calidad del paño de su ropa, que bien se echaba de ver era finísimo, como en el aire del cuerpo, no solo léjos de ser grosero y torpe, sino ademas noble, distinguido y vigoroso, se hacia notable entre todos.

Este se paseaba solo como Don Juan: pero se conocia que no era forastero, pues aun cuando los madrigaleños no dejaban de mirarle con cierta curiosidad, se dejaba ver que era objeto á que sus ojos estaban acostumbrados.

El rostro puede decirse que no se le veia, pues el ala inmensa de su sombrero no daba lugar á ello; pero si alguna vez por un movimiento brusco se dejaba ver, dos ojos negros como el ébano, vivos, penetrantes, y entre airados y melancólicos, hacian dudar de si las

arrugas que le cubrian eran efectos de pesares y trabajos, ó de una edad que se aviene mal con tanto fuego, y músculos tan vigorosos en la apariencia como los suyos.

Cuando este individuo pasaba por las inmediaciones de algun corrillo de jente del pueblo, nadie dejaba de saludarle, mas respetuosa que afablemente; los hidalgos y los ricos volvian con tiempo la vista para no saludarle, ni hacer desaire á su persona, y él ni parecia admirarse del acatamiento de los unos, ni estrañar la afectada distraccion de los otros.

La justicia era la que aun le trataba de un modo mas estraño. Al pasar por sus inmediaciones, la mano del para Don Juan desconocido personaje hizo un movimiento como para tocar al sombrero, mas se quedó en el camino, y aquellos señores hubiéron de contentarse con un buenos dias nos dé Dios, pronunciado en voz apénas intelijible.

Sin embargo todos contestáron, aunque con cierta espresion en la fisonomía que no era fácil decidir si era de desprecio ó de temor. Mas cualquiera que fuese, al interesado pareció dársele poca pena, pues continuó sus paséos, sin inquietarse en manera alguna de los majistrados de la villa.

Cuando el ánimo está libre, cualquiera cosa basta á llamar nuestra atencion; así es, que Don Juan la fijó sin saber porqué en aquel hombre. Por su parte el incógnito clavó tambien un instante la vista en el hermano del marques. En un momento recorrió toda su

persona; parecia querer penetrar en lo íntimo de su corazon; preguntarle con su mirar quien era, á qué habia venido, porqué le observaba; pero un momento despues, cruzando los brazos sobre el pecho, é inclinando la cabeza, en la apariencia se olvidó de que Don Juan estaba allí, y siguió paseándose.

Lo que á nosotros nos ha costado algunas pájinas decir, fué sin embargo obra, á todo mas, de unos cinco minutos que tardó la campana en sonar el acostumbrado tercer toque á misa.

Rompió la marcha el correjidor acia la iglesia, y siguióle el ayuntamiento, atravesando la calle que con el sombrero en la mano formáron los circunstantes, á escepcion de Don Juan y su incógnito, que por causas distintas no creyéron necesario rendir homenaje al majistrado. De aquí resultó, que ambos fuéron tambien los últimos á entrar en el templo, lo que verificáron tan á un tiempo, que Don Juan esperó poder entónces satisfacer la curiosidad que tenia de verle el rostro al individuo en cuestion; mas se engañó, pues este ántes de poner el pie en la iglesia hizo un movimiento rápido para colocarse detras del caballero, á quien ya no le quedó mas partido que el de continuar su camino.

No fué sin embargo sin un secreto despecho de verse burlado en el mismo instante en que ya creia conseguido su designio. Tenaz por carácter, y no reprimida aun su vehemencia por el hielo de los años ni por la mano de hie-

rro de la desgracia, era natural que no renunciase fácilmente á una empresa que ya por sí no presentaba graves dificultades, porque á la verdad, verle el rostro á un hombre que anda por la calle no es cosa maravillosa. Ofrecióle la fortuna una ocasion, y la agudeza de su injenio medios de aprovecharse de ella. No habia en la iglesia mas que una sola pila de agua bendita ; á ella, pues, habia de acudir el incógnito. Don Juan sentia detras de sí los pasos de aquel hombre ; llega á la pila, introduce la mano, y se vuelve con rapidez para ofrecer cortesmente el agua ; pero sea que el último hubiese previsto lo que iba á suceder, sea que por evitar las miradas de otros curiosos creyera oportuno seguir ocultándose, lo cierto es que con la mano izquierda llevaba inmediato á la cara un pañuelo, como si sufriera de dolor de muelas, de manera que no era posible vérsela. Alargó sin embargo el brazo derecho, recibió de Don Juan el agua bendita, como si aquel obsequio le fuera cosa debida, é inclinando apénas la cabeza en señal de gracias, desapareció detras de una de las columnas de la iglesia ántes que aquel caballero volviera en sí del asombro que la presencia de espíritu y gravedad del desconocido le causáron.

El órgano sonaba ya ; las relijiosas en el coro habian dado principio al oficio divino, y Don Juan, buen católico, y por otra parte hombre cuerdo, conoció que ni el paraje ni la ocasion eran á propósito para empeñarse en seguir á un hombre que visiblemente se obstinaba en

no dejarse encontrar. Renunció, pues, por entónces su empresa, y púsose á oir la misa con toda devocion, si bien, á pesar suyo, no cesaba de mirar por todas partes con objeto de descubrir en algun rincon al misterioso habitante de Madrigal.

Mas todo su mirar fué en vano; la misa se concluyó, y ya iba Don Juan á retirarse de la iglesia, cuando advirtió que su incógnito iba delante del sacerdote y en direccion á la sacristía. En el momento tomó el mismo camino, y acelerando el paso se adelantó al vicario, quedándose no obstante algo mas atras que el objeto de su curiosidad.

Este, así que llegó á la puerta de la sacristía se paró, colocándose á la derecha de ella, de modo que era imposible que el fraile pasase sin verle. Don Juan, resuelto ya hasta á reñir con aquel hombre, si necesario fuese, para verle á su gusto, hizo igual movimimiento en el lado izquierdo de la puerta, quedándose frente á él, de manera que estaban como dos centinelas puestas para guardar un paso importante.

El de Madrigal, que conservaba el pañuelo puesto en la cara, lanzó una mirada de furor á Don Juan; pero este, que no era hombre de asustarse por miradas, permaneció intrépido en su puesto, mirándole de hito en hito.

En esto ya el vicario llegaba á la sacristía con las manos cruzadas sobre el pecho, baja la cabeza, y en el mas profundo recojimiento, sin advertir de manera alguna en aquellos dos hom-

bres inmóviles como estaban, y que acaso eran los únicos que quedaban en la iglesia.

Ya iba á entrar por la puerta, cuando el desconocido, dejando caer el brazo izquierdo y descubriéndose por consiguiente el rostro, dijo en voz clara y sonora, si bien no mui elevada :—Frai Miguel de los Santos, guárdeos el cielo. Desde la primera palabra levantó el fraile la cabeza, tan despavorido como si oyera la voz del ánjel esterminador, y clavando sus ojos desencajados de espanto en la fisonomía del que le hablaba, "¡ Jesus me valga !" esclamó con voz apagada ; y cediendo á la fuerza de su temor se desmayó.

Venturosamente Don Juan estaba tan cerca, que pudo impedir su caida, recibiéndole en los brazos.

El desconocido entónces, dirijéndose á él, le dijo entre airado y pesaroso :—Socórrale, y otra vez no sea tan entremetido.

Dicho esto, volvió la espalda, y dejó la iglesia. Don Juan llamó al sacristan, á quien entregó el vicario, sin decirle nada de la causa de su accidente, y echó á andar apresuradamente, pero con ánimo de alcanzar al singular personaje que acababa de dejar, y obtener de él, de grado ó por fuerza, la esplicacion de aquel suceso.

CAPÍTULO II.

Como de leve chispa al solo fuego
Se inflama el bronce vomitando muertes:
Al torpe influjo de calumnia impía
Así la furia popular se enciende.
(*Cancion anónima.*)

Por mas pronto que el sacristan del monasterio acudió á la voz de Don Juan, y á pesar de cuanta prisa se dió este á salir de la iglesia, no pudo hacerlo con tanta brevedad que alcanzase á la persona que buscaba. Todavía, cuando Don Juan salió, quedaban en el pórtico algunos corrillos, y uno entre ellos formado por los individuos de la justicia, que ya conocemos de vista; pero ni con estos, ni con ninguno de los habitantes estaba el incógnito, como Don Juan vió despues de haber examinado apresurada y curiosamente la fisonomía de todos los circunstantes, inclusa la del señor correjidor.

El aire afanado de Don Juan, cierta especie de sobresalto que se dejaba ver en su rostro, y sobre todo el desacato inaudito con que se atrevia á pasar en revista la fisonomía del primer majistrado de la villa, llamáron la atencion jeneral de un modo tan visible, que á estar ménos preocupado con su designio, conociera

nuestro caballero que su conducta era por lo ménos imprudente. Mas ya se ha dicho que Don Juan era obstinado ; él mismo lo ha dejado ver en toda su conducta desde que está á nuestra vista, y ademas, en el punto á que las cosas habian llegado entónces, su curiosidad estaba demasiado exaltada para contenerse por respeto al desagrado de los honrados madrigaleños.

Sin embargo, todas sus dilijencias fuéron inútiles. Despues de haber examinado detenidamente todas las inmediaciones de la iglesia, conoció que correr las calles y un pueblo desconocido en busca de un hombre, cuyo nombre, calidad y empléo ignoraba, seria sobre descabellado, infructuoso. Resolvióse, pues, á regresar á la pastelería, con ánimo de adquirir en ella, si posible fuese, algunas noticias sobre el objeto en cuestion.

Pensar y ejecutar eran para el hermano del marques casi una misma cosa. Cinco minutos despues de tomada su resolucion, estaba ya sentado en la pastelería delante de una mesa que la huéspeda le habia hecho preparar durante su ausencia. Mas no estaba cuando Don Juan llegó la agraciada morena ; un marmiton mulato, y silencioso como la tumba, fué quien le hizo seña de ocupar su asiento ; y poniéndole delante un asado de cabrito, medio pan blanco, y un frasco de vino, se retiró sin decir palabra á lo interior de la casa.

No pudo ménos Don Juan de sonreirse viéndose recibir de aquella manera, y de esclamar

para sí: "¡ Por vida de mi padre, que á estar en carnestolendas dijera que estos señores de Madrigal se han propuesto hacer burla y chacota de mi persona! Todos son misterios, y voto... pero comámos, que despues habrá lugar para todo."

En efecto, Don Juan ocupó su asiento, y despues de persignado y santiguado devotamente, empezó á embaular bonitamente, unos tras otros, muchos y no mui pequeños pedazos de cabrito, los que, para que no se le secaran en el estómago, tenia mui buen cuidado de humedecer con copiosas libaciones.

Al paso que iba, habia cabrito para mui poco tiempo; pero aun no habia concluido, cuando por detras de él, y sin haber precedido ruido de puerta ni de pasos que se lo anunciase, apareció la huéspeda, y tocándole lijeramente en el hombro, le dijo sin detenerse, y en voz tan baja que apénas se oia: "Guárdese de requebrarme." Cuando la última de estas palabras hirió el oido de Don Juan, ya la morena ocupaba el mismo asiento en que la habia visto la primera vez, y su actitud y aparente indolencia eran absolutamente las mismas tambien que en aquella ocasion.

El primer movimiento de Don Juan, sintiéndose de improviso tocar en el hombro, fué llevar la mano al puño de la espada; pero viendo, casi al mismo tiempo, á la huéspeda, y escuchando las palabras que le decia, se quedó absorto durante algun tiempo. Recobrado empero, y volviendo á su humor festivo,

se sonrió con la morena, quien le correspondia igualmente, y animado con tan buen principio, empezó á decir :— ¿ Querrá usted decirme porqué me prohibe... La huéspeda, conociendo que la palabra *requebrarla* ú otra equivalente era la que el forastero iba á pronunciar, recorrió rápida y sobresaltadamente el aposento con la vista, y tomando en seguida una actitud tan imponente que rayaba en teatral, puso el dedo índice sobre sus labios, clavando al mismo tiempo sus hermosos ojos en los del desconcertado caminante, que entónces no sabia que cosa admirar mas, si la gracia y belleza de la mujer que tenia delante, ó aquel aire de dominio con que sin derecho alguno queria tratarle.

—Es singular, esclamó ; pero al cabo es mujer, dijo para sí ; no hai humillacion en someterse á ella : variémos la conversacion.

Paréceme, continuó en alta voz, que la jente de Madrigal tiene mucha aficion al padre vicario del monasterio, pues segun los informes que tengo, poca jente mas será la que hai en el pueblo que la que yo he visto en misa.— Mui poca, respondió la morena, que habia vuelto á recobrar su primera apatía.—Y no faltan hidalgos en el pueblo.—Podrá ser.— ¿ Como podrá ser ? ¿ Pues usted no lo sabe ? —No, á fé mia.— ¿ Y como, estando en la villa y habiendo tal vez nacido en ella ?—Porque jamas me empeño en averiguar lo que no me importa. Y á estas palabras acompañó una mirada tan espresiva, tan burlona, que con-

fundió á Don Juan, y suspendió su locuacidad por algun tiempo.

La pastelera calló tambien, y al parecer se ocupaba en contar las vigas del techo, miéntras que el caballero, rojo como el carmin, apoyaba un codo en la mesa, la frente en la mano, y con la otra desmenuzaba prolijamente una miga de pan, como si la destinara á cebar algun pajarillo.

Despues de algunos segundos, pasados en esta posicion, Don Juan, dejándola bruscamente como por efecto de una de aquellas luminosas reflexiones que, cuando ménos esperamos, vienen á facilitarnos la solucion de algun problema que nos parecia imposible resolver; Don Juan, repito, volvió á anudar la interrumpida conversacion.—¿ Conoceria, por ventura, vuesa merced á un hombre .....— ¿ Mas curioso que siete mujeres? interrumpió malignamente la huéspeda con no poca mortificacion del preguntante.

—No es eso lo que voi á decir, hermana, replicó entre vergonzoso y enojado Don Juan; iba á preguntarla si conocia á un hombre que hoi en misa ha llamado mi atencion.—Yo no he ido hoi á oir la misa del padre vicario.— Lo sé, pero sin embargo, pudiera ser que las señas que yo diese de su persona (aquí advirtió Don Juan que la huéspeda mudaba de color), hiciese venir á usted en conocimiento de quien sea.—Diga, pues, señor caballero, prorumpió la huéspeda, la morena, pero con visible ajitacion.—Su edad es entre la mocedad y

la vejez, su persona parece ser de hombre robusto y asendereado, sus movimientos anuncian la ajilidad que solo se adquiere con el ejercicio de las armas.—Ó haciendo pasteles, dijo detras de Don Juan la misma voz que en la iglesia causó el desmayo de Frai Miguel de los Santos.—Par diez, esclamó Don Juan, que familiarizado ya algun tanto con las sorpresas, recibió la nueva aparicion con ménos asombro que era de creer; par diez, hermano, me alegro mas de haberos encontrado que si el rei me hubiera hecho merced de alguna encomienda.

El incógnito, que llevaba su gran sombrero calado como siempre hasta las cejas, y los brazos cruzados sobre el pecho, dejó á Don Juan decir libremente, y continuó andando hasta colocarse de pie en frente de él, y al lado de la pastelera, cuyos ojos, desde el momento de su entrada, no se apartáron del suelo.

El silencio duró algunos instantes; quien le rompió fué el pastelero.

—Señor caballero, si en efecto lo es usted, puede saber que la curiosidad indiscreta es gravísimo defecto, propio mas bien de mujercillas y hombres bajos, que de jente noble y principal. Pero usted es mozo, y como tal no es estraño que aun no haya aprendido á moderar sus pasiones. Yo no soi ni quiero ser un misterio, y ciertamente creo que para correr á usted bastaria decirle, que el que ahora

le está hablando es el pastelero de Madrigal, su humilde criado.

El principio de esta arenga inflamó al irascible Don Juan; cuanta mas era la razon con que el pastelero le reprendia, tanto mayores eran su mortificacion y cólera; pero cuando oyó á aquel hombre concluir declarando su oficio, sin embargo de que la tal declaracion se hizo con un tono indefinible, que ni bien era amargo, ni irónico, ni cortes, ni grave, fué tan poderosa con él la risa, que prorumpió en una gran carcajada.

Esta se prolongó tanto, que la pastelera acabó, como á pesar suyo, por hacer otro tanto, y hasta el mismo dueño de la tienda dió muestras de abandonar por un momento su austera gravedad.

Así se pasó algun tiempo, y sabe Dios el que se hubiera pasado, si en medio de aquella inmoderada, y acaso intempestiva alegría, no se dejara ver en la puerta de la calle, que estaba abierta, un hombre, ó esqueleto de tal, alto, flaco, carilargo, ojihundido, vestido de negro, con un lio de papeles debajo del brazo, y un gran tintero de cuerno en la mano; el escribano, en fin, en cuerpo y alma, si es que la tenia.

—Ábran aquí á la justicia, dijo, parándose en el umbral de la puerta; y esta frase fué la primera noticia que de su venida tuviéron los tres reidores: al oir esto, cesó la risa; cada cual fijó los ojos en la puerta, y Don Juan, viéndola abierta de par en par, y que el fantasma que

en ella estaba decia sin embargo que se la abriesen, estuvo por empezar de nuevo á reirse: contúvole empero la idéa de que aquel hombre era al cabo un ministro de justicia, y se contentó con decirle:

—Por mas abierta no doi una blanca; entre usted, que bien puede.

La pastelera se inmutó estraordinariamente; sus manos, que Don Juan notó ser de primorosa estructura, y no embrutecidas por el trabajo, se cruzáron sobre sus faldas con un movimiento convulsivo y casi involuntario; perdió el color del rostro, y echó una mirada al cielo como pidiéndole proteccion.

Del pastelero no fué posible juzgar, pues el ala le cubria, como se ha dicho, toda la cara, y en su persona no se notó movimiento que anunciase temor ni sorpresa, como no fuese el echar la mano al puño de una daga corta que llevaba casi oculta entre los pliegues del vestido, y aun esto con tanta neglijencia y espacio, que mas parecia movimiento casual que de precaucion.

No bastó la invitacion de Don Juan para que el escribano pasase adelante, sino que despreciando el aviso del caballero, se dirijió de nuevo al dueño de la casa, repitiéndole en su falsete:—Ábran aquí á la justicia.—Abierto está; entre la justicia cuando quiera, respondió el pastelero; y entónces el escribano entró, seguido de dos alguaciles y cuatro robustos mozos armados con alabardas, mohosas sí, mas de un tamaño respetable.

"Este Madrigal, dijo para sí Don Juan vien-

do aquello, es villa maravillosa, ó se ha trastornado desde que estoi en ella: ¿qué va á que se llevan preso á mi huésped?"

Miéntras hacia estas reflexiones, dos de los alabarderos se quedáron guardando la puerta, y otros dos se colocáron á los costados del escribano, quien tranquilo al parecer con aquella escolta, empezó á decir:

—Gabriel de Espinosa: el rei nuestro señor, y en su nombre el señor correjidor de esta villa, y yo, por comision de su señoría, espedida en debida forma, segun mas latamente consta en autos, os requerimos para que en este mismo instante nos entregueis, para que puesto en lugar de seguridad y juzgado, y *secundum alegata et provata*, conforme á derecho, sufra la pena á que haya lugar, la persona de un asesino que teneis en vuestra casa pastelería, sita en la villa de Madrigal, en el reino de Castilla la Vieja.

—Señor escribano, mi casa no es, ni ha sido nunca, asilo de malhechores. Usted viene engañado, pues en ella no hai persona alguna forastera, como no sea ese jentil-hombre que usted está viendo, que seguramente no tiene trazas de asesino.—Nada mas engañoso que la apariencia, replicó gravemente el escribano. Cierto no es el hábito que acostumbra vestir la jente maleante el que vemos en la persona que usted nos señala; pero como por lo demas convienen en ello todas las señas contenidas en el auto de oficio, y mandato de prision de su señoría, fuerza será reconocer en este buen

hombre el asesino que buscamos.—Mentís como un bellaco, gritó furioso Don Juan, irritado con tan rigorosa y no merecida acusacion.—Favor á la justicia, esclamó el escribano. Y al mismo tiempo sus dos satélites, enristrando las lanzas, le pusiéron á Don Juan las puntas al pecho, obligándole á retroceder hasta la pared, sin darle tiempo para tirar de la espada.

Sin embargo de verse en tan crítica posicion, aun pudo tirar de un puñal, y hacia ademan de resistirse con él. Los alabarderos por su parte, irritados con sus amenazas, le apretaban tanto con sus armas, que hubo momento en que realmente pudo decirse que estuvo á un dedo de la muerte.

El escribano se habia retirado acia la puerta: el pastelero miraba desde el lugar en que le cojió el principio de aquella escena singular el valor de Don Juan; pero la morena, mas sensible y arrojada, corrió á los mozos, separó con sus manos las puntas de las alabardas del pecho del caballero, y poniéndose delante de él, le dijo:—Entréguese usted á la justicia; si es inocente, como lo creo, no estará mucho tiempo en sus manos; y si fuese culpado, sobre que la resistencia seria inútil, no haria mas que perjudicarle en su causa.

El raciocinio era concluyente; pero todavía mas que su evidencia pudo con Don Juan la dulzura de la voz, el tierno interes con que se pronunció, y la espresion hechicera del rostro de la que con razon llamó su libertadora.

—Usted, contestó, acaba de salvarme la vida, y justo es que yo ponga mis armas á sus pies (y en efecto lo hizo así): disponga, pues, vuesa merced de mi persona, y crea que desde este instante se ha ganado un amigo, que lo será miéntras viva. No replicó la pastelera, sino que cojiendo la espada y puñal de Don Juan los puso sobre una mesa, y dirijiéndose al escribano, le dijo desdeñosamente:—Ya puede hacer su oficio. Don Juan, adelantándose entónces acia el secretario, sin soberbia ni humildad le dijo:

—Soi vuestro preso; pero acordaos que soi noble, y mi familia poderosa.

Concluidas estas palabras, los cuatro mozos de las alabardas cojiéron en medio al hermano del marques, y saliéron procesionalmente de la pastelería, cerrando la marcha el escribano, y dirijiéndose todos acia la casa-posada del señor correjidor, que estaba esperando al presunto reo con alguna impaciencia.

En el tránsito se agregáron muchas personas, que ya el aparato desplegado por la autoridad en la prision de Don Juan habia reunido á la puerta de la pastelería; la mayor parte de ellas que andaban por las calles, y no pocas de las que estaban en sus casas, y viéron pasar el singular acompañamiento de nuestro caballero.

—¿Porqué llevan preso á ese mancebo? preguntó uno, de modo que el interesado pudo oirlo.—No sé, respondió otro; pero, segun dicen, ha cometido un asesinato.—Imposible,

interrumpió una mujer; imposible : ¡ si es tan galan ! —Sí, como él sea galan, nada malo puede hacer; esclamó gruñendo un hombre, que por la amabilidad que con ella usaba, se conocia ser su marido.

—Señores,es un hereje.—Judaizante, judaizante.—No hai tal, señores, es un morisco disfrazado.

Todas estas conjeturas mas divertian á Don Juan que le mortificaban, pues seguro de su inocencia, lo estaba de justificarse de cualquier crímen que se le imputara.

Pero de repente, y de entre las personas del pueblo que mas distantes estaban del preso, sale una voz de trueno gritando :—Matarle, matarle al asesino, al sacrílego.

Este apóstrofe produjo un momento de horror y profundo silencio ; pero á poco se oyó un ruido sordo como el del mar en el momento de empezarse una tempestad.

Los habitantes se hablaban entre sí, y casi todos á un tiempo: la pregunta ¿ y qué es lo que ha hecho ? vuela de boca en boca. Pero el estrépito es tal, la diferencia de voces y la ajitacion tan grandes, que la respuesta no se da, ó no puede llegar á los oidos del interesado.

Un momento despues, la voz de muera, matarle, á la hoguera, es jeneral ; los alabarderos, los alguaciles y el escribano bastan apénas con amenazas, con razones y ruegos, á contener aquellos furiosos, que mas de una vez es-

tuviéron á punto de arrojarse sobre la persona de Don Juan, y de hacerle pedazos.

Decir que este caballero iba tranquilo en tan amargo trance, seria falso, inverosímil. El amor á la vida es natural, y perderla inocente, sin esperanza de gloria, y por el necio capricho del vulgo ignorante, será siempre mui cruel, por mas que suceda alguna vez en todos siglos y épocas.

Sin embargo, fuera de ponérsele el rostro amarillo como la cera, no dió nuestro Don Juan otra señal de temor. De buena gana se hubiera tapado los oidos para no escuchar las horrendas imprecaciones que de todas partes, y sin cesar llovian sobre él; pero conoció que sobre no poder escusarse de oir lo que le mortificaba, pues los pulmones de los madrigaleños eran de bronce, ó tal le parecian, dar aquella prueba de debilidad seria indecoroso, y á propósito para alentar en sus sanguinarios proyectos á aquellos amotinados.

Uno de estos hubo tan osado, que deslizándose por entre dos de los alabarderos llegó á cojer un brazo al preso; mas este, conociendo lo crítico de su situacion, y que solo arrostrándolo todo era como le quedaba alguna esperanza de salvarse, le descargó en la cabeza un golpe tan furioso y tan bien aplicado que dió con él en el suelo, en donde se quedó como muerto. Tal fué el aturdimiento que tuvo.

Los alabarderos viendo aquello, é interesándose como es natural por un hombre indefenso, y espuesto á la ira de todos, y que sin em-

bargo tan valiente se mostraba, enristráron las alabardas, y cerrándose en torno de él, lográron, no sin trabajo, abrirse paso por medio de la multitud que por todas partes les rodeaba.

El escribano intentó al principio resistir al tumulto con autoridad, conminando á los amotinados con diversas penas, si al punto no le dejaban el camino espedito para que la justicia pudiera ejercer libremente sus funciones. Pero nadie le hizo caso, y hubo quien llegó á contestarle con mui poca cortesía.

Visto esto, varió de rumbo ; empezó conviniendo con los habitantes en la enormidad del delito del prisionero, y la justicia del castigo que para él pedian ; pero les suplicaba que dejasen á cargo de los majistrados puestos por el rei el aplicar la pena que conviniese, citándoles en apoyo de su opinion cuantos aforismos, leyes, comentarios y pragmáticas le viniéron á la memoria. Mas ni nadie atendia á su aflautado y meloso acento, ni aunque hubiesen atendido, sirviera de nada, pues una vez rota por el pueblo la barrera del órden, ¿adonde pararán sus estravíos? Dios solo alcanza á saberlo.

A pesar de todo permaneció firme en su puesto el escribano hasta la ocurrencia de que últimamente hemos hablado, pues así que vió caer á un hombre en el suelo, fué tan pánico el terror que de él se apoderó, que escabullándose por entre los circunstantes, encorvado para que se le viese ménos, se dió tan buena

maña, que en pocos instantes se vió fuera del campo de batalla con no poca satisfaccion suya.

Entre tanto los mozos de las alabardas, valientes como castellanos de entónces, continuaban lenta y penosamente su marcha, y el pueblo gritaba á mas y mejor contra el pobre Don Juan, que daba al diablo la hora en que se le antojó venir por Madrigal, y quisiera mas entónces habérselas con todos los tudescos del mundo, que con sus furiosos compatriotas.

Llegáron por fin al umbral de la casa del correjidor y la halláron cerrada, gracias á la prudencia de la consorte de este, Doña Petronila, que informada por un oficioso vecino de lo que ocurria en el pueblo, dispuso tomar á todo evento la precaucion de no dejar que nadie entrase en su casa, hasta que todo estuviese sosegado.

Por mas que los alabarderos llamáron, por mas que suplicáron, la puerta no se abria.

El correjidor, puesto á la ventana del piso principal, colocada precisamente encima de una de las rejas del cuarto bajo, decia constantemente :—Hijos, no puedo abrir ; mi mujer tiene la llave.—Ya se ve que la tengo, esclamaba desde el interior del aposento la voz cascada de la dueña; ya se ve que la tengo, y no la daré.

Los amotinados se agolpaban ; su furia, léjos de disminuirse, iba tomando incremento, y era visible que en breve todos los esfuerzos de los

cuatro alabarderos serian inútiles para salvar al infeliz Don Juan.

Este, conociendo desde luego toda la intensidad del peligro, echó una mirada en rededor de sí, ve la reja, da un salto, gatéa por ella, alcanza la ventana á que el correjidor estaba asomado, y entra por ella en el aposento.

Inmediatamente coje al majistrado absorto por el brazo, le retira de la ventana, cierra vidrieras y contraventanas, y rendido de fatiga y de sobresalto se arroja sobre un sillon.

Al ver el pueblo el arrojo de Don Juan, todo él prorumpió en un grito de espanto, del que se formará una idéa el que haya oido la esclamacion universal de los concurrentes á la elevacion de un globo en cuya barquilla se ve algun atrevido aereonauta.

Pero á la admiracion sucedió el furor, y el grito de derribar la puerta, que sonó en los oidos del correjidor como la sentencia de su muerte.

CAPÍTULO III.

"Doléos la dueña,
Doléos de mí;
Si no me amparades
Es fuerza morir.

—Mal hora que os coja,
¿Porqué aquí venís?
Ni sé vuestro nombre,
Ni jamas os ví.

—Salvadme, que os juro,
Que voi á morir
Sin culpa ninguna.

—Mancebo, venid,
Que soi compasiva
Y mujer al fin."
(*Romance inédito.*)

Miéntras que en la calle se discutia tumultuariamente sobre si seria mas conveniente echar abajo la puerta de la casa del correjidor, ó cercarla tomando todas las avenidas á ella, de manera que el fujitivo no pudiera absolutamente escaparse de sus manos, es imponderable la apurada situacion del majistrado, su mujer y Don Juan.

Por de pronto la sorpresa en los dos primeros, y en el último el deséo de la conservacion, no diéron lugar á ningun otro pensamiento;

pero pocos minutos bastáron para que cada uno de ellos hiciera reflexiones sobre su posicion, y análogas á su carácter.

El correjidor repasaba en la memoria las penas impuestas por la lei al escalamiento; pero al mismo tiempo veia con disgusto no serian aplicables en aquel caso, porque era claro que solo el inminente peligro de su vida movió al acusado á tomar por asalto la audiencia de su señoría. Sin embargo, lo que mas le mortificaba, era cierto escrúpulo sobre si tendria ó no que inhibirse del conocimiento de aquella causa, pues como testigo presencial del escalamiento, su deposicion se hacia necesaria y le imposibilitaba de ser juez en ella.

Doña Petronila empezó por ceder á la timidez de que en jeneral adolece su sexo, y aun estuvo mui cerca de tener un desmayo; pero venturosamente se hizo cargo de que su ilustre esposo tenia demasiado miedo para socorrerla entónces, y el recienvenido cosas de mas importancia en que pensar, y resolvió contentarse con derramar algunas lágrimas por el momento.

Don Juan, despues de recobrado algun tanto, prestó la mayor atencion á las voces de los amotinados, y á poco se hizo cargo de sus intentos, los que fácilmente se figurará cualquiera, que le alarmáron en estremo.

—Amigo, quien quiera que seais, dijo, dirijiéndose al majistrado, en vuestra mano está salvar la vida de un hombre que sin saber por-

qué, ni haber cometido crímen alguno, es el objeto de la furia de esa canalla.

—Doña Petronila, esposa, ya oís lo que dice este hombre.—Sí, ya oigo, y mas valiera que ese hidalgo no hubiera venido á ponernos en tan grave peligro.—Señora, el peligro en que yo mismo me hallaba es mi disculpa.—¿ Y quien le mandó ponerse en él, señor mio ?

—El demonio, que sin duda me inspiró el pensamiento de venir á este malaventurado pueblo.

—¡ El demonio ! murmuró aparte el correjidor ; *vade retro.* Este hombre tiene pacto.—Sí, sí, contestó la correjidora, que iba cobrando aliento ; echa la culpa al pueblo, de lo que la tienen sus malas mañas.—¿ Pero qué malas mañas, pecador de mí ? ¿ Qué mañas ? ¿ De qué me acusan ? Sépalo yo al ménos.—Traslado, respondió el majistrado.—Le acusan, dijo su mujer, del asesinato que ha cometido.—Válganme todos los santos del cielo ! ¡ Yo asesino ! ¿ Y quien lo dice ?—Oiga, hermano, y escuchará como se lo dice todo el pueblo.—¿ Y eso basta ?—*Vox populi, vox Dei,* dijo el juez.

Aquí interrumpió la conversacion el estrépito horrible de las voces de los amotinados, que con mas furia que nunca gritaban, "¡ Abajo la puerta !" y como por via de acompañamiento se oian los golpes que daban en ella algunos impacientes con las astas de las alabardas que habian logrado arrancar de manos de sus dueños, en tanto que recibian las hachas que habian enviado á buscar.

—Toda discusion es ociosa, señores; dentro de algunos minutos serémos todos víctimas de la rabia de esos desalmados, si por caridad no me indican vuesas mercedes un medio para huir de aquí.

Doña Petronila, mujer al fin, y conmovida con el riesgo á que conocia se hallaba espuesta, quiso echar una mirada sobre su estraño huésped, á quien hasta entónces no habia examinado, temiendo hallarle espantoso; pero cuando vió un mancebo tan bien dispuesto, y sereno hasta cierto punto, aun puesto en aquel duro trance, sintió enternecérsele el corazon, y empezó á pensar en qué paraje podria ocultarle para sustraerle á la espantosa muerte que sin duda le aguardaba.

Mujer que quiere, pocas veces no puede: un retrete en su propia alcoba, cuya entrada dispuesta ya con arte para que no se notase, era todavía ménos visible á causa de la oscuridad del lugar en que estaba, fué el paraje que Doña Petronila creyó á propósito para ocultar á Don Juan. Y en efecto, levantándose de su asiento le asió de la mano, diciéndole: "Sígueme."

El hermano del marques en el entusiasmo de su gratitud no vió, ni los sesenta años de Doña Petronila, ni su figura colosal y descarnada, ni los ojos á manera de perdiz, ni la mano semejante á la de una parca; nada vió, repito, en aquella mujer, sino un ánjel tutelar que venia á arrancarle de las garras de la muerte. Así es que imprimió en la mano que

le llevaba un beso tan ardiente como hubiera podido hacerlo en la de la misma diosa Vénus si en persona se le hubiese presentado á ofrecerle sus favores.

No habian aun puesto el pie fuera del aposento la dueña y el caballero, cuando les hizo pararse una voz que se oyó en la calle, primero á lo léjos y repetida á pequeños intervalos, despues mui próxima, últimamente, inmediata á la misma casa y universal, diciendo: "¡ Milagro, milagro !"

Casi al mismo tiempo cesáron los golpes de la puerta, y el ruido de las pisadas anunció que los amotinados se retiraban, pero con tanta precipitacion, que era una verdadera fuga, y repitiendo sin cesar el grito de "¡ milagro, milagro !" que debilitándose progresivamente acabó por dejarlo todo en el mas profundo silencio.

Cuando llegó este caso, Don Juan, que habia permanecido en pie, y siempre asido de la mano de Doña Petronila, esclamó como maquinal é involuntariamente: ¡ Milagro ! ! !— ¡ Milagro ! repitió la dueña.—¡ Milagro ! tartamudeó el correjidor.

Despues que ya fué evidente la partida de los amotinados, cada cual se fué serenando progresivamente, y como es natural, la curiosidad sucedió desde luego al temor.

Lo ocurrido era á la verdad para tenerla. Don Juan, en un pueblo en que á nadie conocia, en el que apénas hacia dos horas que se hallaba, sin que durante ellas se hubiese que-

rellado con persona alguna, se veia de repente acusado, preso por la justicia, perseguido por el pueblo, y de repente, tambien como por encanto, á la voz de milagro se verifica en efecto el de dispersarse espontaneamente el tumulto, y esto en el momento en que era mui probable consiguiesen su intento los amotinados.

Por su parte el correjidor y su esposa, aunque enterados del crímen de que se acusaba á aquel caballero, comprendian aun ménos que él mismo la dispersion del motin.

No tardáron mucho ni unos ni otros en salir de sus dudas; pero para hacer intelijible la solucion del misterio en cuestion, nos es forzoso volver atras por un momento con el hilo de nuestra historia.

Recuérdese que hemos dicho que el aguijoneado Don Juan, por el deséo de conocer al que despues vió ser el pastelero, habia dejado al vicario del monasterio de Santa María la Real desmayado, en brazos del sacristan del mismo, y que inmediatamente echó á andar en busca de su incógnito.

Sucedió pues, que no pudiendo el sacristan entrar solo al fraile desmayado en la sacristía, llamó en su auxilio á dos monaguillos, que en efecto le ayudáron á echar al vicario sobre un banco y prodigarle los socorros ordinarios en tales casos, como rociarle el rostro con agua, hacerle oler vinagre, despojarle de parte del vestido, &c. &c.

Pero como á pesar de todos sus esfuerzos, y del movimiento que recibia el cuerpo del pa-

dre vicario, no volvia de su parasismo, el pobre sacristan, hombre pacato y de poco espíritu, esclamó aflijidísimo: "¡ Válgame Dios: está como muerto el buen señor !"

No aguardáron á oir mas los dos monaguillos, muchachos de diez á once años ambos, sino que echando á llorar amargamente saliéron corriendo de la sacristía dando grandes alaridos, en los cuales no se les oian mas palabras intelijibles que las de "Ha muerto el padre vicario."

Ya en esto, la mayor parte ó todas las personas que quedaban aun en el pórtico cuando salió Don Juan de la iglesia, se habian retirado á sus casas; los mismos individuos del ayuntamiento se habian dispersado, y solos el correjidor y el escribano, con algun otro rezagado, estaban bastante próximos á la iglesia para oir las lamentables esclamaciones de los dos acólitos.

—Homicidio, dijo el correjidor.—Homicidio, repitió el escribano; y recordando entónces con infernal sagacidad la salida de Don Juan de la iglesia despues que todos los demas circunstantes, infirió como consecuencia de la prisa y azoramiento que en él advirtió entónces, que él era sin duda el asesino del padre vicario, é inmediatamente se lo comunicó á su señoría, quien contestó:—Préndasele, y le ahorcarémos.

Con tan buenas intenciones, el escribano, hombre dilijentísimo en tales ocasiones, dispuso la prision de Don Juan en la forma que hemos

visto se verificó en la pastelería, y su ánimo era llevarle á casa del correjidor para tomarle inmediatamente las primeras declaraciones.

La casualidad hizo que las primeras personas que se reuniéron á la comitiva de Don Juan, no estuviesen enteradas del crímen de que se le acusaba; pero ya cuando se aumentó el concurso, se agregáron á él uno ó dos sujetos que, habiendo oido la conversacion del juez con su secretario en las inmediaciones de la iglesia, hiciéron correr la voz de que aquel hombre iba preso por haber asesinado al padre vicario en la iglesia misma en el momento de acabar de decir misa, y revestido aun de las sagradas ropas.

El delito era enorme en sí, atroz por la persona en quien se cometia, y sacrílego por el paraje en que se suponia haberse cometido y circunstancias que le acompañaban.

Pero sin embargo, para comprender bien el furor que encendió en el pueblo, es preciso saber lo que amaba al que creia muerto.

Frai Miguel de los Santos era relijioso del órden de San Agustin, y portugues de nacion, provincial de su órden en Lisboa, predicador, confesor, y amigo del desgraciado rei Don Sebastian: se unió, despues de su pérdida, en estrecha amistad con Don Antonio, prior de Crato, que fué, como es cosa bien sabida, uno de los pretendientes mas obstinados á la corona de aquel reino.

Frai Miguel debia á la naturaleza un carácter vehemente, entusiasta y arrojado; así es,

que no supo sustraer á la suspicacia de Felipe su mal reprimida adhesion á Don Antonio.

El monarca español le hizo traer á Castilla encerrado en un coche con guardas de á caballo, y le tuvo preso algun tiempo, hasta que por fin, ó creyendo que el fraile se habria demudado con el infortunio, ó cediendo á empeños de poderosos, le concedió su libertad, enviándole de vicario al monasterio de Madrigal, en el cual era monja profesa la señora Doña Ana de Austria, hija natural del inmortal vencedor de Lepanto.

Costumbres irreprensibles, moral pura é induljente para los demas, y severa para sí mismo, ayunos, penitencias, limosnas, la práctica constante de todos los ritos esteriores de la relijion, con mas el ejercicio, en cuanto le era posible, de las virtudes reconciliadoras, adquiriéron á Frai Miguel en Madrigal la reputacion merecida de un varon justo y un sacerdote ejemplar.

Nunca la miseria acudió en vano á la caridad de Frai Miguel ; y si los socorros que daba no eran siempre tan cuantiosos como él hubiera deseado, iban por lo ménos acompañados de buenos consejos y palabras compasivas, lenitivo muchas veces, si no remedio á nuestros males.

Con estos antecedentes es fácil hacerse cargo de la inflamacion estraordinaria y portentosa de los habitantes de Madrigal contra Don Juan de Várgas, que ni siquiera podia sospe-

char qué habia hecho para que tan mal le quisiesen.

Pero el pueblo estaba firmemente persuadido de que aquel caballero habia asesinado al vicario, y el castigo que la justicia le impusiera le parecia tardo y suave : no se trataba ya de castigar un crímen oscuro, sino de vengar á una poblacion entera privada del protector de los pobres, y lavar la afrenta hecha al templo del Señor con un atentado inaudito.

Personas de Madrigal que por carácter, estado y edad, no se hubieran mezclado en el motin en ninguna otra ocasion, se uniéron á él en aquella. Hombres naturalmente compasivos pedian á voz en grito el fuego y los tormentos mas terribles para el que juzgaban culpado, y esto sin tener la menor seguridad de que el crímen se hubiese cometido, mucho ménos aun de que ya que fuera así, fuese su autor el desgraciado á quien querian sacrificar. Tal es el efecto de las conmociones populares, movidas á veces para un solo fin, nunca mui honrado, pero que por circunstancias podrá ser provechoso en un momento dado, y jamas se contentan con lograrlo : como los graves aumentan velocidad en cada instante sucesivo de su descenso, y como este aumento de velocidad acrecienta la fuerza de la masa que desciende, así el tumulto aumenta continuamente sus exijencias, se aumenta tambien sin cesar una especie de fuego eléctrico que se comunica de hombre á hombre, los inflama á todos, los funde, por decirlo así, en un solo cuerpo monstruoso,

capaz de todo lo malo, y nunca de nada bueno.

¿Son exajeraciones? ¿Son frases de escritor? ¡Ojalá! Pero dígalo la historia, y no hai necesidad de ir á buscar la antigua.

Volvámos á Madrigal. Las hachas acababan de llegar; ya dos de los mas robustos amotinados se habian apoderado de ellas, y se disponian á empezar la obra de destruccion, cuando el grito de "milagro" se oyó por primera vez en las últimas filas de los circunstantes, y los que las formaban diéron á huir como gamos por calles y callejuelas, persignándose al mismo tiempo con toda la devocion que la prisa les permitia, y encomendándose cada uno al santo de quien era mas devoto.

¿Cual era la causa de su espanto y gritos? ¿Cual el milagro que anunciaban?

La resurreccion de Frai Miguel de los Santos, nada ménos: este relijioso llegó á saber el peligro inminente en que se hallaba un hombre acusado de haberle muerto; y á pesar de que su desmayo le habia puesto realmente enfermo dejó la casa inmediatamente para salvar á aquel infeliz.

La palidez de su rostro, su andar mal seguro y la espresion melancólica de su fisonomía, le daban cierto aire poco comun. ¿Qué mas necesitaba el pueblo para creer que era un muerto resucitado?

La palabra milagro volaba de boca en boca. Unos corrian porque habian visto á Frai Miguel; otros porque oyéron que venia; otros

porque veian correr á los demas; y finalmente, algunos porque temiéron, quedándose solos, pagar la culpa de todos por el desacato cometido contra la justicia.

Así se disipó aquella tempestad; cada uno se fué á su casa, sabiendo ménos sobre el asunto en cuestion que cuando salió de ella; ronco de gritar, molido de encontrones y otros azares, pero al cabo contento por haber sacudido por un instante el yugo de las leyes, aunque nada hubiese conseguido. No faltó tampoco quien hallase de ménos el pañuelo, el dinero, ó alguna alhaja de valor que llevaba en el bolsillo; debió consolarse con la idéa de que habia pasado á manos de alguno de sus co-hermanos del motin, y probablemente no de los ménos celosos por el bien jeneral.

Pero el hecho es, que el motin se disipó, y que á pesar de lo que el pobre vicario se esforzaba en gritar que no habia milagro ninguno en andar por las calles un hombre de carne y hueso, y que él no habia muerto, que viniesen y le tocasen verian como estaba vivo, aquellos señores, cuanto mas los llamaba, mas huian, diciendo que no querian nada con muertos.

Vista la inutilidad de sus razones, continuó Frai Miguel su marcha hasta la puerta de la casa del correjidor, y llegando á ella, dió dos ó tres golpes con el aldabon.

Oirlos el juez y pegar un salto, de resultas del cual se quedó en cuclillas, como una mona, sobre el sillon que ocupaba, todo fué uno.

Doña Petronila, creyendo tambien que vol-

via á empezar de nuevo la persecucion, queria llevarse á Don Juan adonde ya tenia proyectado esconderle; pero Várgas, mas acostumbrado á los peligros que los dos esposos, no quiso consentir en ello.

No señora, dijo; estos golpes no son ya de persona que intenta forzar la puerta, sino de uno que pretende que se la abran. Ademas, el profundo silencio en que estámos es prueba evidente de que la canalla, por milagro en efecto, ha abandonado el campo. Tal vez el que llama es algun amigo: veámoslo. Y sin esperar respuesta, ni dar lugar á reflexiones, abrió la ventana, y viendo, con no poca satisfaccion suya, la calle enteramente desembarazada, preguntó:—¿ Quien va?—Frai Miguel de los Santos, respondió el fraile.

El correjidor se tiró desde el sillon al suelo, se tapó la cara con las manos, y ademas se puso como si besara la tierra, no cesando de decir apresuradamente y sin intermision: "*¡ Abrenuncio, Satanas; abrenuncio, Satanas!*"

Su mujer, mas atrevida, sacó inmediatamente su rosario, y adelantándose acia la ventana, haciendo la señal de la cruz, empezó á decir: "De parte de Dios te digo, ánima de Frai Miguel, que me digas á qué vienes, y si estás en pena, por qué, y qué quieres que hagámos para sacarte de tan mal estado."

Durante esta arenga, que el pobre juez acompañaba con su refran de "*abrenuncio, Satanas*," el cual producia un zumbido mui semejante al del moscon, Don Juan, absorto,

hubo un momento en que estuvo tentado á tener miedo y ponerse tambien á rezar por su parte; pero juzgó despues mas prudente pedirle la esplicacion de aquel misterio al fraile, que con paciencia admirable estaba esperando á que Doña Petronila concluyese su exorcismo.

—¿Qué es esto, padre? dígame vuesa reverencia si la jente de Madrigal pierde el seso periódicamente tal dia como hoi en cada año.

—Señor caballero, que tal lo parece usted, dijo Frai Miguel, esa señora me cree muerto, y por mano de usted.—¡Jesus! ¿y como?—Eso se alcanzará si usted logra que se convenzan de que, gracias á Dios, vivo todavía, estoi bueno y sano, y léjos de haber recibido de usted el menor insulto, aun tengo que agradecerle algun servicio.

Era menester ser mui necio ó mui obstinado para negarse á dar crédito á un hombre que con tan buenas razones probaba que vivia. Doña Petronila, que si bien no era jóven ni agraciada, y sí dominante y un tanto colérica, tenia sin embargo una cantidad de razon regular, se convenció pues, de que en el supuesto asesinato del vicario habia habido algun estraño error: desde luego mandó á su esposo que creyese que realmente estaba en esta vida Frai Miguel.

—Doña Petronila, ¿estais segura?—¿Como es eso? ¿cuando no estoi yo segura de lo que digo?—Ya, pero cuando son cosas sobrenaturales....—¿No basta que os lo diga yo? Id

noramala, y mandad que abran la puerta á su reverencia. Ya van, Frai Miguel, ya van. Vamos, muévase.

El pobre correjidor, á pesar de que conservaba su recelo, no tuvo mas remedio que obedecer, y gracias á sus providencias, á poco tiempo entró Frai Miguel en el aposento que fué teatro de la escena de que acabamos de ser testigos.

Haciendo una lijera inclinacion de cabeza á la dueña de la casa, se dirijió el vicario acia Don Juan, diciéndole:

—Señor mio, en cuanto hoi ha pasado espero que usted me hará la justicia de creer que yo no he tenido la menor parte. Un parasismo que al retirarme de decir misa me sorprendió á la entrada de la sacristía....—Del que fuí testigo felizmente, pues evité que vuestra reverencia viniese al suelo.—Favor que ya sospechaba deberos, y á que estaré eternamente agradecido: ese parasismo, pues, ha dado lugar á creer por una combinacion de concomitancias, que seria mui prolijo esplicar ahora, que yo habia sido víctima de un asesinato y vos el homicida. El señor correjidor, y perdóneme su señoría que se lo diga, ha obrado con vos lijeramente, dando lugar á cuantos desórdenes han ocurrido, y esponiendo á una persona inocente á gravísimos riesgos. Usted, señor caballero, tiene sin duda derecho á reclamar daños y perjuicios; pero yo fio en que por amor de la paz, y por mi intercesion, si de ningun valor por lo escaso de mis méritos,

de algun peso á lo ménos por el santo hábito que visto, querrá usted darse por contento con que yo en nombre de todo el pueblo le pida perdon por lo ocurrido; y perdonando, en efecto, como buen cristiano, se vendrá conmigo á mi celda por el tiempo que tenga á bien pasar en este pueblo y honrar á su servidor.

Don Juan contestó á este razonamiento aviniéndose á todo; y dando gracias á la correjidora, y aun al correjidor, salió de su casa acompañado del fraile y razonando con él sobre lo ocurrido en aquella mañana.

No podia Várgas ménos de conocer en su interior que á todo habia dado lugar su curiosidad verdaderamente pueril; pero á pesar de ello, lo que mas sentia era el no haber podido descubrir el misterio del desmayo de Frai Miguel al nombrarle el pastelero.

Cuantas penas le costó su fatal empeño, lo verémos en el curso de esta historia si nos alcanza la paciencia, al lector para hacerse cargo de ella, y á mí para concluirla.

CAPÍTULO IV.

"Pero estorbóselo uña carreta que salió al traves del camino, cargada de los mas diversos y estraños personajes y figuras que pudiéron imajinarse."
(CERVANTES: *Don Quijote, parte* 2.ª, *cap.* 11.)

SOSEGADO el pueblo de Madrigal, y enterado despues de algunas horas de la falsedad del hecho que dió lugar al motin, volviéron las cosas al órden regular. La tarde del mismo dia del tumulto, aprovechando la hermosura del tiempo, saliéron á paséo á una pradera inmediata á la villa gran parte de sus habitantes.

Acostumbraban los mozos á reunirse en aquel paraje los dias festivos, con objeto de recrearse en diversos ejercicios corporales, haciendo en ellos alarde cada cual de su fuerza y habilidad.

La barra, la carrera y la lucha para los plebeyos; montar á caballo, arrojar una lanza, tirar al blanco y correr sortijas para los nobles.

Las mujeres asistian á estos espectáculos, como á todos, para ver y ser vistas. Su presencia servia de estímulo al valor de los combatientes: hombre que en las circunstancias ordinarias no hubiera levantado del suelo un peso de dos arrobas, levantaba seis solo por

estar delante su amada. ¿ Qué esfuerzos no hará un hombre por no verse humillado á presencia de su dama ?

El que amando no es valiente, seguro es que nunca lo será. Habíale sido forzoso á Don Juan ceder á las instancias de Frai Miguel y acompañarle á su celda á comer con él.

Durante la comida intentó Várgas diversas veces hacer que la conversacion recayese sobre el lance de aquella mañana en la iglesia ; mas el vicario se obstinó en eludir constantemente sus deséos ; y viéndose ya últimamente mui apretado por el caballero, pretestó ocupaciones importantes, y rompió la conferencia mas apresurada que cortesmente.

Libre Don Juan, se encaminó sin detencion á la pastelería, pero la encontró desierta. Su criado, que estaba á la puerta del meson, le dijo que los pasteleros habian salido con ánimo, segun creia, de pasearse en la pradera.

Informado entónces de donde estaba esta, y dirijido por una persona que la casualidad hizo pasase por allí para ir al paséo, el caballero se resolvió á hacer otro tanto. Su llegada causó alguna sensacion en la concurrencia, pero como ya se sabia la inocencia de Várgas, avergonzadas las jentes de su proceder con él, mas bien le mostráron atencion que curiosidad indiscreta.

Él por su parte, como hombre de mundo, mostró haber ya olvidado lo ocurrido, y tomó parte en las diversiones como uno de tantos.

Aquí seis ú ocho robustos mozos, labradores

por las trazas, arrojaban una pesadísima barra como si fuera un junco; mas allá otros levantaban piedras enormes con las manos ó los dientes.

Dos amigos luchaban á brazo partido á presencia de un concurso numeroso; sus músculos tendidos, su arrebatado color y sus esfuerzos repetidos y constantes, hacian un singular contraste, con la sonrisa que se dejaba ver en los labios de ambos y las palabras cariñosas que se dirijian; miéntras que por el contrario, en otro corro, dos rivales en amor, desafiados al salto, y combatiendo delante de su dama, se miraban con un ceño espantoso, y hacian unos esfuerzos desmesurados para obtener la victoria.

Corria sucesivamente Várgas todos los grupos, y en todos ellos, aunque formados en gran parte por los mismos que habian querido quemarle vivo aquella mañana, encontró la mas urbana acojida, pues siempre se le abrió paso para que ocupando la primera fila gozase con mayor comodidad del espectáculo.

Aquí le consultaban sobre un lance dudoso; allí le pedian su aprobacion como necesaria para confirmar el triunfo del vencedor; en una palabra, todos á porfía se esmeraban en reparar el agravio que le habian hecho.

No pudo ménos Várgas de corresponder lo mejor que supo á tanta cortesía, alabando á los felices, consolando y animando á los vencidos, y sobre todo, ponderando con encareci-

miento cuanto presenciaba, como si nunca tal maravilla hubiese visto.

Pero ya empezaba á fatigarse de un espectáculo, que mui poca ó ninguna diversion podia ofrecer á un cortesano, soldado y viajero, cuando de un estremo de la pradera salió una voz estentorea diciendo: "Aquí, aquí caballeros, van los comediantes á ofrecer á vuesas mercedes la mas estraña y bien dispuesta farsa que nunca han oido."

Este cartel parlante, repetido algunas veces, y que, como ya se ha visto, prueba la antigüedad de las notas laudatorias y preventivas, conservadas hasta nuestros dias en los anuncios teatrales, con no poca ventaja de gran parte del público, que poco acostumbrado á formar juicios, se encuentra ya hecho el de la pieza que va á ver, y esto regularmente por mano del autor, que es quien mejor debe conocer el parto de su entendimiento y juzgarlo con mas imparcialidad; este cartel, digo, deshizo todos los corrillos, reuniendo al público entero delante del paraje en que iba á hacerse la representacion.

Desde luego nadie creerá que se tratase de teatro: nada ménos que eso; ni siquiera una barraca como las que los tratantes forman hoi en las ferias y romerías.

Todo el aparato consistia en cuatro puntales hincados á mano en el suelo, y que terminándose en forma de horquillas por su estremo superior, servian de apoyo á otros cuatro palos

horizontalmente colocados, y dispuestos en forma de figura cuadrada.

De estos pendian, no sé si diga cortinas ó harapos, que cerrando tres lados del rectángulo dejaban uno descubierto, para que por él pudieran los concurrentes gozar del espectáculo.

Detras de la cortina del fondo estaba colocada la música, mejor diré el músico, que tocaba una dulzaina y á mas un tamboril guarnecido de sonajas, instrumentos que producian una armonía grata, por lo ménos á la mayor parte de los oidos para que estaba destinada.

Una carreta como la que Cervántes describe con la gracia inimitable de su jenio, condujo á una compañía de farsantes á Madrigal, por casualidad, el dia en que nos hallamos.

Al pasar por la pradera, y viéndola llena de jente, parecióle bien al autor de ella dar una representacion *in promptu* para sufragar con ella los gastos que en aquella noche habrian de hacer.

En un instante saltó á tierra la *turba alegre y regocijada*, plantó los palos, colgó las cortinas, y el gracioso anunció la funcion.

Entre tanto, y en el mismo paraje en que el de la dulzaina soplaba á mas y mejor, ajitando cuanto podia las sonajas del tamboril, los actores se vestian ó se desnudaban, que la cosa ofrece sus dudas, y el anunciante vestido de mojiganga y cargado de cascabeles recorria con el sombrero en la mano la concurrencia, con el piadoso fin de recojer lo que cada uno

tuviese voluntad de dar, ó él maña suficiente para sacarle.

—Ea, caballeros, sean jenerosos con los pobres farsantes, que hacen oficios de disipar sus melancolías, muchas veces á costa de haber de tragarse las suyas, y no pocas sin tener que tragar.—Usted, señor galan, que tan embebido está contemplando, no quiero decir á qué dama, sea garboso en su presencia, que nada cautiva mas á las mujeres que la liberalidad. Déle Dios tan buena suerte en amores, señor mio, que nunca encuentre mujer con quien casarse.—¿ Como, deslenguado, así trata á quien le ha dado mas él solo que cuantos hasta aquí le han hecho limosna ?—Limosna, señor jentil-hombre, es la que se da de buena voluntad, y sin mas interes que el de servir á Dios ; pero no lo es lo que se le paga á un hombre por solazarse, viéndole hacer sus pocas ó muchas habilidades.—Insolente. . . —No se enoje, que yo la llamaré limosna, si en eso estriba la paz ; ¿ pero porqué se queja, si en pago de su liberalidad le deséo tanta suerte en amores, que no encuentre mujer con quien casarse ? ¿ Pues, pecador de mí, no se acaban para el que se casa los galantéos ? Y ya que el tal casado lo sea tan malo que aun conserve tales aficiones, ¿ qué mujer que no sea la que ninguno de nosotros quisiera que fuera la suya ha de dar oido á sus requiebros ?

Diciendo así, continuó su camino el farsante, dejando corrido á su contrario.

Al pasar por delante de Don Juan de Vár-

gas, cierta especie de instinto de su profesion le hizo conocer que no era persona á propósito para irle con bufonadas, y así se contentó con alargar el sombrero, en el cual recibió una ofrenda tal que le obligó á inclinarse profundamente por dos veces seguidas.

Pidiendo á unos, burlando á otros, y sacando mas ó ménos de casi todos, iba ya el gracioso ó bobo, como entónces le llamaban, á retirarse; pero viendo llegar á la reunion tres personas mas, le pareció mejor esperarlas para ver qué podian dar de sí.

—Mas vale tarde que nunca, señores mios; sean vuesas mercedes mui bien venidos, y por vida del inventor del arte que profeso, que hubiera sido gran lástima no viesen nuestra funcion los dos ojos mas bellos que en cara de mujer se han visto.

El pastelero, que él era quien con la morena y el mulato acababa de llegar, como siempre, con el sombrero calado hasta las orejas, no respondió palabra al agasajo que á su compañera se le hacia, sino que metiendo la mano en el bolsillo y sacando una moneda de plata la echó desdeñosamente en el sombrero del que pedia, diciéndole: "Está entendido."

Retiróse el cómico contento con lo que habia recojido, y anunciando que la funcion iba á empezarse.

—Vecina, ¿ha visto lo que ha dado el pastelero? dijo una vieja á otra que estaba á su lado y cerca como ella del objeto de la pregunta.—No, tia Juana: ¿ha dado algun pas-

tel?—¡Bien! no sé de qué les sirven los ojos á algunas personas; ¿pastel habia de dar? Menester era para darlos que empezara por hacerlos; ha dado una moneda de plata.—¡Moneda de plata! ¡Vírjen santa! ¡Moneda de plata un pastelero! ¿Quien vió tal? Y un pastelero que no hace pasteles, y que nadie sabe como vive.—Verdad es, vecina, que me tiene asombrada este hombre. Yo no sé, ni he podido saber nunca quien es, ni de donde vino. Un mes hace que está en el pueblo, y en todo él no he cesado de averiguar....—Sí, sí, bonito es él para averiguarle la vida; ni aun el rostro he podido verle á mi gusto, y eso que el otro dia encontrándomele de manos á boca en la calle, que ibamos frente á frente, al llegar á él hice como que se me caia algo de la mano inclinándome á cojerlo, me metí debajo de sus mismas narices, pero qué! ni por esas: me conoció la intencion, y apénas yo me bajé, dió un salto por encima de mí con mas lijereza que un corzo, dejándome afrentada y no poco medrosa. Pues no digo nada, vecina, de esa mujer que vive con él.—Callen noramala las brujas, interrumpió un muchacho de unos catorce años, que habiéndose presentado de los últimos logró sin embargo á fuerza de codazos y empujones llegar hasta donde se hallaban las dos vecinas, que era bastante cerca del estrado, si así podia llamársele.

—Deslenguado, replicó furiosa la que habia dado principio al diálogo.—Eso quisieran, abuelas, que lo fuese para que no pudiera

haberlas llamado por su nombre.—Yo te aseguro, rapaz....—Qué, ¿qué vendrá á chuparme por la noche? Ya soi grandecito para eso, madre mia, y cállese noramala, que no nos deja oir á los representantes. "Silencio, silencio," se oyó al rededor; y fuerza les fué á las dos Megueras tragar por entónces las injurias del atrevido rapaz, quien de cuando en cuando las miraba con cierta risa burlona, bastante á hacerlas desesperar.

En esto ya la representacion habia comenzado. El arte estaba verdaderamente en su infancia. Solo un principio, ó por mejor decir un fin, era el que se proponian los autores; divertir al público. La moral, si la habia, era una cosa secundaria; riérase el espectador, y el fin estaba conseguido. Las gracias, de que realmente abundaban aquellas primeras composiciones, no eran siempre del mejor gusto. La cultura del siglo se echaba de ver en las obras dramáticas; pero obsérvese que al paso que gracioso y chocarrero en el teatro eran una misma cosa, el espíritu de metafísica y controversia que entónces dominaba de tal modo que puede decirse era el carácter de la época, se estendia hasta los diálogos de los personajes cómicos.

El amor sobre todo era el tema perpetuo de sus disertaciones, y lo mas singular que los disertantes eran siempre los mismos enamorados.

Que diserte del amor el que no ama; que el filósofo lo mire como una aberracion del entendimiento cuando ya ha cumplido los sesenta

años ; que el fisiólogo nos diga que en el órden moral es una enfermedad, ni mas ni ménos como en el físico lo es un tabardillo pintado, todo esto se entiende y esplica ; pero que el poeta cómico, cuyo principal, cuyo único estudio debe ser el del corazon humano, ponga en boca de personas que quiere hacer pasar por enamoradas las mas estrañas sutilezas sobre el amor, y que haga pasar el tiempo á los amantes discurriendo en vez de acariciarse, es cosa verdaderamente intolerable. Apelo si no al testimonio de mis amables lectoras ; díganme sínceramente qué pensarian si el hombre que prefieren, al llegarse á ellas, en vez de ponderar sus atractivos, encarecer su cariño y ver por todos los medios posibles de arrancar un dulce sí, entrara esplicándoles el efecto de las pasiones en el corazon y la cabeza, probando que cuando el hombre está dominado por ellas es un demente, ó citando como Don Hermójenes á toda la antigüedad para demostrar que está enamorado de ellas.

Como quiera que sea, la farsa que se representó en Madrigal en la ocasion que nos ocupa, adolecia ménos del tal defecto que otras muchas de su especie.

El artificio era sencillo hasta no mas. Un soldado que volvia manco á su pueblo despues de haber hecho la guerra algunos años, era el protagonista. Este personaje era el mas entendido de la pieza, y en un monólogo con que daba principio á ella regalaba al público con la relacion de sus trabajos interpolada con tres ó

cuatro batallas, que no habia mas que pedir. En ellas, como de razon, el partido del narrador era siempre el victorioso, pero con la singularidad de que la muerte de tres ó cuatro millares de enemigos nunca costaba á los vencedores mas pérdida que la de uno ó dos contusos.

Estraña, peregrina y cómoda manera de pelear.

La familia de nuestro soldado habia toda perecido durante su ausencia, lo que unido á la ocupacion judicial de sus bienes, le dejaba realmente en la calle; desgracia de que se lamentaba justamente, aunque con alguna afectacion y comparaciones un si es no es forzadas, pues revolvió, hablando de sus desdichas, la botánica entera, la astrolojía y su poquito de historia, queriendo ponerse en parangon nada ménos que con Mario sobre las ruinas de Cartago.

En esto le deparó su buena ventura una zagaleja (papel que desempeñaba un muchacho) inocente y compasiva; tratada de casar con Gilote, solemne majadero, á quien el autor escojió para gracioso de la pieza.

El resto se redujo á los amores del manco con la zagala, á los ridículos celos de Gilote, y por último, á que este, burlado y apaleado por el único brazo de su rival, tuvo que cederle el campo, terminándose la funcion con una cantinela por el órden de lo que habia precedido, y que el público aplaudia á rabiar. Los concurrentes á esta representacion estaban todos

de pie, formando un semicírculo al rededor de la escena, de manera que la posicion de ningun individuo era constante.

La jente de edad avanzada no se avenia mui bien con la movilidad casi perpetua de los jóvenes, pues de ella resultaba que muchas veces perdian parte del diálogo; pero los muchachos, que en la facultad de variar de puesto hallaban unos el medio de aproximarse al objeto querido, otros el de comunicar sus observaciones á un amigo, y todos finalmente el placer del movimiento, que en cierta edad es tan necesario como el pan, oian con desprecio, ó no oian los gruñidos de sus mayores, y continuaban andando de un lado para otro.

Várgas, así que vió presentarse al pastelero y á la morena en el círculo de los concurrentes, formó el proyecto de unirse á ellos, y al cabo lo logró despues de sufrir pacientemente razonable número de pisadas, encontrones, y aun dicterios, de tal cual anciano atrabiliario, por delante del cual tuvo que pasar en su marcha.

Todo lo dió sin embargo por bien empleado, y aun lo olvidó, cuando por fin pudo colocarse al lado de la morena.

Un movimiento casi imperceptible de cabeza y una mirada rápida de la pastelera hiciéron conocer á Don Juan que esta le habia visto.

—¿Será su marido este hombre, cuando tan tímida está en su presencia? ¡Pero qué diablos! Por mas marido y mas celoso que sea, no podrá impedir que yo agradezca el ser-

vicio que me ha hecho. Pensando así, se aproximó á la morena, y en voz ni bien tan baja que lo que decia llevara el aire de un misterio, ni tan alta que alcanzasen las personas inmediatas á oir mas de alguna palabra suelta de cuando en cuando, dijo :

—Si tan flaca de memoria es usted, señora mia, que en pocas horas olvida los beneficios que hace, yo presumo por mi parte de tan agradecido, que sé decir de mi, que viviera cien años sin olvidar la merced que de su jeneroso corazon he recibido.

—Si habla de lo de su prision, contestó la bella, nada hai que agradecerme en lo que hice, que no fué mas que cumplir con mi obligacion. Estas palabras se dijéron en tono natural, pero en seguida, y tan bajas, que apénas pudo oirlo Don Juan, á pesar de que en sus mejillas sentia el suave aliento de su huéspeda, la cual añadió :—Por Dios que se separe de mí, si no quiere por su cortesanía hacerme graves perjuicios.

Gabriel de Espinosa, que distaba algunos pasos de los dos interlocutores, y cuya atencion durante su diálogo estaba al parecer embebida en la farsa de los representantes, debió de oir sin embargo lo que la morena decia, pues en el momento en que Don Juan, siguiendo su aviso, iba á retirarse, volviéndose el pastelero á ella, dijo :—¿ Y porqué recibir con tan poca cortesía á ese caballero ? Una cosa es, Ines, que yo os tenga dicho que no gusto de galantéos, y otra que no cumplais como quien sois,

quiero decir, como persona de buena crianza, con quien tan buenos modos usa con vos. Usted, señor caballero, siga si gusta al lado de esa mujer, que nadie en el mundo pudiera impedírselo sino yo, y yo vengo en ello.

Dicho esto, y sin esperar respuesta, volvió la espalda, ocupándose como ántes esclusivamente en el espectáculo.

Miéntras duraba su arenga, Ines no hizo movimiento ni dió señal de aplauso ni reprobacion; pero cuando ya concluida volvió la cabeza y vió á Várgas inmóvil como una estatua, y con los ojos clavados en las espaldas del pastelero, como si aun esperase á que añadiera algo á lo dicho, no pudo ménos de dejar escapar una de aquellas risas malignas que ya habian desconcertado á Don Juan mas de una vez en la pastelería.

Perdíase en conjeturas el buen caballero, pues á pesar de ser bastante despreocupado para su siglo, pertenecia sin embargo á él, y su claro injenio no bastaba á libertarle de la influencia de las idéas y preocupaciones jenerales entónces.

Ya lo hemos dicho otra vez; las jerarquías sociales se hallaban entónces mas marcadas, ó por mejor decir, tenian una existencia de hecho, á mas de la de derecho que conservan hoi, aunque mutilada.

Esta existencia era visible; un noble no solo tenia en su casa ahumados pergaminos y vistosos escudos de armas, sino que en virtud de ello gozaba de ciertos privilejios, y estaba sujeto

á determinadas cargas enteramente distintas de las que pesaban sobre el que no lo era.

De aquí resultaba como consecuencia precisa que la educacion de la nobleza era especial, las maneras de sus individuos peculiares á la clase, y distintas enteramente de las del resto de la sociedad.

Por su parte las clases inferiores del Estado, nacidas para la agricultura, las artes y el comercio, á que entónces por desgracia no se daba aun la importancia que merecen, se habituaban desde la niñez á usar de gran deferencia con los nobles, y era raro ver que se apartasen de tal sistema, pues cuando algun espíritu revoltoso queria salir de su esfera, tardaba poco en esperimentar los malos efectos de querer volar mas alto con cortas alas.

En tal estado de cosas era en efecto un fenómeno que un hombre que por su profesion pertencia no ya al estado llano, sino á la clase ínfima, y que no lo ocultaba, afectase sin embargo modales que podrian parecer soberbios aun en un caballero.

Por otra parte la misma Ines dejaba ver cierto señorío en sus modales, no ménos disonante con su profesion que el orgullo del pastelero.

Pero lo que á Várgas le tenia perplejo, no era tanto estas observaciones, como el no saber qué conducta observar con aquella jente.

Si consultaba su gusto, la cuestion estaba pronto resuelta. Los ojos de la morena habian producido su efecto, y el hombre, en cuanto

hombre no mas, resiste pocas veces á este jénero de seduccion.

Mas recibir órdenes de un pastelero, usar de un permiso concedido por él para hablar á Ines, y deberle un favor y entrar con él en relaciones no ya de igual á igual, sino como un protejido con su protector.... la sangre goda se rebelaba contra tal idéa.

Separarse, pues, era el partido único que juiciosamente le quedaba á Don Juan, y así lo resolvió en efecto; al ponerse en marcha, en vez de tomar el camino que en su cabeza se proponia, tomó el preferido por su corazon, y casi sin saberlo él mismo, al primer paso se halló al lado de la hermosa pastelera.

Mas una especie de fatalidad en amor, en que algunos no creen, porque no sienten ni pueden sentir con vehemencia, y otros porque viven como los irracionales, sin tomarse el trabajo de observar ni siquiera sus propias sensaciones, pero que tenemos por irresistible, perseguia á Don Juan.

Cuando esta fatalidad pesa sobre el hombre, en vano es luchar contra ella. Mas poderosa que cuantas consideraciones sociales é intereses individuales pueden oponérsele, es un torrente impetuoso, que engrosado en las montañas con el deshielo de la nieve, baja por ellas arrastrándolo todo, y si algun obstáculo encuentra, se embravece mas con él, parece que en la lucha para vencerlo ha adquirido nuevas fuerzas, y el único medio de salvarse de su furia es huirle si se puede.

Don Juan quiso y no pudo. Que al empezar la vida un jóven; que al entrar en el mundo, como hoi decimos, enmudezca al lado de la primera mujer que hizo palpitar su corazon, se entiende, y debe ser así; pero que pasados ya los veinte y cinco años despues de una campaña, y de mas de unos amores, Várgas al lado de una mujer de baja estraccion no supiera como entablar la conversacion, es una cosa que solo se concibe poniéndola á cargo de la fatalidad.

Como quiera que sea, lo cierto es que Don Juan, colocado á la izquierda de Ines, queria y no podia hablar verdades; pero en cambio de lo que su lengua callaba, sus ojos clavados siempre en el mismo objeto indicaban bastante qué jénero de pensamientos le asaltaban.

Ines, con los ojos bajos y el rostro encendido como una grana, al parecer no miraba, pero hai opiniones de que repasando entre los dedos las cuentas del rosario que llevaba pendiente de la cintura, halló medio de observar todos los movimientos de nuestro caballero.

Pero el tiempo vuela, mal que les pese á los amantes, y así se concluyó la farsa ántes que Várgas se resolviera á hablar, ni su bella hubiera acabado de recorrer las cuentas del rosario.

Gabriel, sin cuidarse de uno ni de otro, echó á andar como para continuar su camino, y la pastelera, que debia de estar acostumbrada á sus maneras, se dispuso á seguirle, pero no lo hizo sin echar ántes una mirada sobre Don

Juan, en la cual al traves de cierto aire de despecho se descubria un no sé qué de afectuoso que prometia no ser mui duradero su enojo.

Conoció entónces Várgas que se habia portado como muchacho de escuela, y aun debia de tener intenciones de enmendarse: parece notó en sus labios un movimiento como para querer hablar; mas ya era tarde, y una tierna y espresiva mirada fué la única contestacion que pudo dirijir á Ines, quien respondiendo con una sonrisa continuó su camino en pos del pastelero seguida por el mulato.

Don Juan, caviloso mas acaso que lo habia estado en su vida, seguia á corta distancia á la hermosa morena, cuando del camino real que pasaba por cerca de la pradera vió venir un hombre caballero en un hermoso caballo negro, pero que ó por haberse asombrado, ó por acosarle fuera de tiempo su jinete, se habia desbocado.

Tal era la rapidez de la carrera del fogoso animal, que verle salvar una zanja que separaba el campo del camino, arrojar á su jinete de un solo bote en el suelo, llegando á caer por poco sobre las jentes que paseaban, puede decirse que fué obra de un solo instante. Sucedió entónces lo que jeneralmente sucede en semejantes ocasiones; el temor desterrando la serenidad hizo que todos los circunstantes se atropellaran unos á otros: hubo desmayos, alaridos, y todo jénero de accidentes. Las madres apretaban á los hijos contra sus pechos, con riesgo de sofocarlos; los muchachos, en-

redándose entre las piernas de las jentes, daban con ellas en el suelo; en un caido tropezaban veinte; este suplicaba, el otro maldecia, y nadie se cuidaba de lo importante que era saber la direccion del caballo desbocado.

Sin saber como, se halló colocada Ines frente al ciego animal. El peligro era evidente y su inmediacion la privó de todo discurso, y no acertó á hacer otra cosa mas que taparse los ojos con ambas manos, lanzando un ¡ai! de aquellos que parten realmente del corazon.

Pero dos hombres se lanzan detras de ella como dos saetas, y se interponen entre el bruto y la que iba á ser su víctima.

Don Juan y Gabriel eran estos dos hombres. El primero sin reflexion ninguna se arroja sobre la cabeza del animal; pero ni sus fuerzas, ni acaso las de Hércules, bastaran para detenerle. Várgas, despedido como una pelota, fué á caer á los pies mismos de Ines, y ella y él hubieran sido infaliblemente atropellados sin la admirable serenidad, fuerza y destreza del pastelero.

Este, conociendo lo inútil que seria luchar de frente con el caballo, se corrió sobre un costado, y cojiendo una de las riendas que llevaba sobre el cuello con ambas manos, tiró de ella con tal brio, apoyando su cuerpo en la espalda del animal, que le hizo dar mal de su grado una media vuelta completa.

En el mismo instante, y con ajilidad sorprendente, de un solo salto se plantó en la silla, y por mas esfuerzos que el caballo des-

pechado hizo para sacarle de ella, permaneció firme, mas como estatua ecuestre que como hombre á caballo.

Un aplauso jeneral y prolongado fué la muestra de la admiracion jeneral; pero si aquella ocurrencia produjo sensacion en el pueblo, mas fuerte, al parecer, la esperimentaba el mismo Gabriel.

En su estatura parecia aumentarse repentinamente; era tal su gallardía á caballo, tal la gracia y ajilidad de todos sus miembros, que no hubo circunstante que no jurara, que aquel hombre era el mas perfecto jinete que jamas habia visto. Al saltar á caballo se le habia caido el sombrero; veíasele por consecuencia el rostro agraciado é imponente, y unos ojos que pocos hombres hubieran mirado frente á frente sin bajar los suyos. Olvidado al parecer de que allí hubiese reunido un pueblo entero, Gabriel solo se ocupaba en humillar la soberbia del bridon, cuyos lomos oprimia. Caracoleando y haciendo escarcéos recorria la pradera, y así llegó al paraje en que poco ántes varios hidalgos del pueblo habian estado recreándose en correr sortijas. La casualidad hizo que se hallase arrimado á un árbol un lanzon que por lo pesado y macizo servia para prueba de fuerza y habilidad, pues eran pocos en Madrigal los que podian y sabian manejarle. Esta particularidad debia de saberla el pastelero, porque era público en la villa, y esta harto pequeña para que dejase de haber llegado á noticia suya cosa tan conocida de todos.

Pero supiésela ó no, el hecho es, que llevando el caballo á media rienda por junto al árbol, agarró el lanzon con la mano derecha sin pararse, y levantándole como si fuera una caña, le blandió en el aire sobre su cabeza con tal pujanza, que rompiéndose fuéron á parar las astillas á mas de cincuenta pasos.

Aquí la admiracion de los madrigaleños es imposible de encarecer. " *Viva Gabriel*, viva nuestro pastelero," era el grito jeneral; pero sea que el amor propio de este le faltase conseguido el triunfo, ó que fuera tan filósofo que creyera que con el pueblo es tan peligroso estar mui bien como estar mui mal, se dió por contento, y entregó el caballo á su dueño, que no habiendo recibido daño en su caida, llegó á reclamarle.

Victoreado, aplaudido y escoltado por el pueblo, y cansado ya de dar gracias á todos, y de suplicarles que no se molestasen mas en acompañarle, llegó Gabriel á su casa, y entrando en ella se halló que ocupaba su propio lecho Don Juan de Várgas, y que á la cabecera estaba en persona el médico de la villa. Sin darle tiempo á preguntar cosa alguna, Ines se le acercó para decirle, que habiendo Don Juan perdido el sentido de resultas del golpe, y herídose ademas la cabeza, habia creido deber trasladarle á su casa, pues en obsequio de su persona habia espuesto la suya.

—Bien hecho, Ines; ese mozo es valiente, aunque demasiadamente entremetido.

Dicho esto volvió la espalda, y salió del aposento.

CAPÍTULO V.

Siempre que la ignorancia no halla la esplicacion de un fenómeno cualquiera, acude á las causas sobrenaturales. Semejantes supersticiones son una calamidad por la cual han pasado todos los pueblos de la tierra.

(*Discurso inédito sobre duendes y brujas.*)

Sabida cosa es que Felipe II vivió en sus últimos años encerrado, por decirlo así, en el monasterio del Escorial. Allí se ocupaba incesantemente en los negocios políticos, sus devociones, y la obra del monasterio, que con razon se llama la octava maravilla. El sitio de San Lorenzo era, pues, propiamente la corte de España, á pesar de que Madrid llevaba el nombre de tal; y Valladolid, recientemente despojada de su grandeza, conservaba aun sus pretensiones, como las conservan algunas mujeres que fuéron buenas mozas mucho tiempo despues de dejarlo de ser.

La estension de Valladolid es considerable; sus calles, para los tiempos en que se hiciéron, mui buenas; numerosos sus monasterios, y sus alrededores fértiles en viñas y cereales, si bien presentan el aspecto triste y monótono de casi todos los paises llanos.

Aun hoi, cuando se anda la ciudad, se nota

en sus calles cierto vacío que aflije, y proviene indudablemente de que la poblacion es mui reducida para el casco del pueblo ; pero en la época á que nos referimos, siendo mui reciente la salida de la corte, la falta de jente se hacia mas notable y sensible para sus habitantes.

Por de contado, todos los estranjeros, que eran los que casi ésclusivamente ejercian entónces las artes industriales, siguiéron al gobierno, y fuéron á establecerse á Madrid.

Los criados de la real casa, los asentistas, los pretendientes, el enjambre, en fin, de jentes que dependen de una corte, todo se ausentó, quedando solo en Valladolid sus naturales y tal cual cortesano retirado ya del mundo, y que solo aspiraba á vivir tranquilamente el resto de sus dias. En este número se contaba el marques, hermano de Don Juan de Várgas, que ocupaba una casa de las mejores del pueblo en cierta calle no mui distante de la plaza mayor : á esta casa nos es fuerza por ahora trasladar la escena, y por lo mismo dirémos algo sobre ella y sus moradores.

El marques, criado desde su infancia por una madre indiscretamente tierna y cuidadosa, y por un padre que queria educar á sus hijos como monjas, vivió hasta los veinte años de edad sin salir de casa mas que los dias serenos en que no hacia ni mucho calor, ni mucho frio.

En cualquiera de estos dos últimos casos oia misa en un oratorio de su propia casa, y

despues se le permitia hacer ejercicio durante una hora en un salon herméticamente cerrado por todas partes.

Enseñáronle á leer, á escribir y á rezar; el blason por adorno; pero en cuanto á armas, jamas quiso consentir su madre en que tomara en las manos ni un alfiler.

Esta educacion, recibida por un hombre de complexion naturalmente débil, contribuyó á hacer de él un valetudinario desde la juventud.

Perdió el marques á su padre cuando solo tenia veinte años, y su madre tardó poco en seguir á su marido al sepulcro, dejando á mas de él otro hijo, que fué Don Juan, de edad entónces de diez años.

Despues de pasados los dos primeros años consagrados á llorar la pérdida de los autores de sus dias, empezó el marques á ver el mundo, y empezó por la corte.

Rico y jóven, no podia ménos de encontrar muchos amigos, es decir, muchos hombres que, amantes de todos los vicios, y privados ya por sus desórdenes de medios para darles pábulo, fuéron á buscar en el bolsillo del novicio lo que en los suyos faltaba.

El humo del incienso de la adulacion cegó al marques; sus parásitos le pareciéron cada uno un Pílades, y su casa y bolsa se abriéron para todos.

Pero aun no le bastaba esto: tenia que tropezar en un escollo fatal, y tropezó en efecto.

El amor, esta pasion irresistible, inherente

á la juventud, cuyo jérmen depositó la naturaleza en nuestros corazones como garantía para la conservacion de la especie: el amor, digo, le reservaba sus tormentos.

El hombre cuya sociedad se compone de cortesanos corrompidos, ¿qué mujeres ha de frecuentar que no sean dignas de tal sociedad?

¡Pobre marques! Lleváronle sus amigos á casa de la viuda de un contador de Indias, mujer interesante, de amable trato y graciosa figura, que rayaba ya en los treinta; pero tan bien conservada, tan compuesta, que á otro mas esperto le hubiera hecho creer que apénas tenia veinte y dos años.

Fácil es de inferir, por lo que se ha dicho de la educacion del marques, que solo conocia el amor por oidas; pero es de advertir que le habia caido en las manos tal cual libro de caballería, en el cual aprendió que una mujer puede ser mui honrada corriendo montes y valles en compañía de un hombre, y que primero morirá que faltar á la fé jurada á su amante.

Con estos preliminares se deja entender que el desdichado tardó poco en caer en la red, y tan de véras, que trataba nada ménos que de casarse con su Dulcinéa, y así se lo hizo entender á ella misma.

Otra ménos diestra hubiera desde luego acojido con ansia aquella proposicion y prestádose á ella; pero Violante, que así se llamaba la ninfa, conocia su posicion, y se negó abiertamente, diciendo que preferia sacrificar

su virtud para hacer la felicidad de su amante, á esponer á este á romper con su familia é iguales, como en efecto sucederia, á causa de tan desigual matrimonio.

La verdad es que Violante, cuya reputacion estaba ya hecha, conoció que en el momento en que el marques anunciase su casamiento,no habria en la corte quien no se apresurara á abrir los ojos del ciego amante ; y que aun suponiendo que la ceguera del marques fuese tal que se negase á la evidencia, la cosa podria llegar á oidos del rei, y su severidad era harto notoria para esponerse á sufrir sus efectos.

Mas como estas reflexiones no se le alcanzaban al interesado, no vió en la conducta de su dama sino un proceder sobremanera jeneroso y noble, y no perdonó sacrificio alguno para compensar el que suponia que prestándose á sus deséos hacia Violante.

Pasáronse así algunos años, durante los cuales Don Juan, á quien su hermano queria como á hijo, recibió una educacion distinguida, pues la intencion de este era que siguiese la carrera de las leyes ; mas á pesar de todo, el fogoso jóven se empeñó en ser soldado, y el marques, débil por carácter y por cariño, accedió á sus deséos enviándole á Flándes, en donde, como se ha dicho, probó que en efecto la naturaleza le habia hecho mas á propósito para las armas que para las letras, aun cuando su injenio y aplicacion eran notables.

Miéntras que Don Juan añadia á los antiguos blasones de su casa nuevos timbres con

los laureles con que en Flándes se coronaba, vejetaba su hermano al lado de Violante, amándola cada dia mas.

Así le hubiera tal vez sorprendido la muerte sin el incidente que vamos á referir.

Un primo hermano del marques, llamado Don Pedro Hinojosa de Várgas, comendador del hábito de Santiago, hombre de poca mas edad que él, pero de mucho mas mundo, esperiencia y penetracion, fué á la corte á establecerse, y como era natural, lo hizo en casa de su pariente.

Era el comendador uno de aquellos hombres que han aprendido á conocer el mundo a fuerza de repetidas y dolorosas esperiencias. y que aunque dotados de bastante rectitud de conciencia para no convertirse de víctimas en verdugos, conservan sin embargo, para lo sucesivo, la memoria de los pasados estravíos, y jamas dan un paso sin estar seguros de la firmeza del terreno en que sientan el pie. Para obrar así es preciso ser observador. Hinojosa, pues, lo era : como no era necesaria demasiada perspicacia para conocer de que pie cojeaban los acompañantes de su primo, á los ocho dias de estar en su casa vió desde luego que este era juguete de sus pretendidos amigos.

Las relaciones del marques con Violante le pareciéron sospechosas, sin mas que saber su oríjen, y á poco que averiguó, tuvo motivos de confirmarse en el propósito formado de desembarazar á su pariente de tan vergonzosos lazos.

El medio para conseguirlo no era fácil de

hallar ; la menor insinuacion que se le hiciese al marques contra su amada y amigos, le sacaba realmente de sus casillas. Razones eran, pues, escusadas ; hechos, y hechos claros y evidentes, eran los únicos que podian convencer al engañado amante.

Como el comendador estaba íntimamente convencido de que la dama no podia ménos de hacer de las suyas, su único objeto fué hallar manera para hacer testigo á su primo de algunas de sus hazañas ; y sabiendo que no hai medio mas seguro para conocer las flaquezas de los amos que preguntárselas á sus criados, hizo sobornar una sirvienta de Violante, que á fuerza de oro prometió servirle completamente, y lo cumplió en efecto.

Para abreviar : Hinojosa tuvo maña para hacer al marques testigo presencial de una de las infinitas infidelidades de su dama. Encarecer el sentimiento del engañado amante es imposible. Su melancolía fué tal, que produjo una obstinada ictericia que estuvo á pique de costarle la vida. Mas el tiempo, su índole apática, y los cuidados y reflexiones del comendador, acabáron por suavizar, si no estinguir enteramente su pena.

Vivian con el marques, ademas de Hinojosa, un capellan sexajenario, hombre de bien, pero sobradamente pedante,que habia sido su ayo : su mayordomo, sujeto tan aritmético como una tabla pitagórica, y la servidumbre, que no dejaba de ser numerosa.

Una tarde, como á las dos de ella, y una hora

despues de haber comido, estaban reunidos en el comedor de la casa del marques, este, Don Juan, el comendador y el capellan.

Jugaban los dos últimos al ajedrez con el silencio y recojimiento que acompañan infaliblemente á la tal ocupacion, tan impropiamente llamada juego.

El marques, sentado en un sillon de maciza madera, guarnecido de clavos dorados, y forrado de terciopelo carmesí, se conservaba á la cabecera de la mesa, con los ojos cerrados como si durmiera; pero no lo hacia, ó soñaba en cosas tristes, pues dos lágrimas bajaban por sus lívidas mejillas, tan despacio que parecia que se avergonzaban de humedecer el rostro de un hombre.

Nuestro Don Juan, no mui léjos de su hermano, estaba tambien sentado á la mesa con la cabeza apoyada en una mano, el semblante descolorido, el ademan pensativo, y los ojos fijos que daba temor mirarle.

Desde que este jóven habia regresado de Flándes perdió la casa del marques cierto aspecto claustral que aun conservaba desde el tiempo de su padre. La natural alegría de Don Juan, y hasta su mismo aturdimiento, encantaban al marques, y daban mas libertad á las restantes personas de la casa para desembarazarse alguna vez de las severas formas que en aquel tiempo prescribia la etiqueta.

Esto, y el ser él naturalmente bondadoso, le granjeáron el afecto jeneral de tal manera, que

podia decirse que mas amo era él en la casa que su mismo dueño.

Como un mes ántes de la tarde en que nos hallamos regresó Don Juan á Valladolid despues de una ausencia de mas de tres semanas; viósele entónces enteramente distinto de lo que era al partir. Entónces, lleno de salud, impetuoso, decidor y alegre; despues, descolorido, pensativo, callado y melancólico.

Todos se admiráron, y todos anhelaban saber la causa de aquella metamorfósis; pero nadie llegó á conseguirlo. A cuantas preguntas se le hacian,contestaba: "Nada tengo; no sean aprensivos; yo estoi bueno, estoi alegre."

Nadie le creia una palabra, porque todos veian lo contrario de lo que afirmaba; mas cansados de preguntar, conjeturáron, y cansados tambien de conjeturar, dedujéron sabiamente que pues Don Juan estaba triste y enfermo, y ellos no sabian la causa, ó se habia vuelto loco, ó le habian hechizado.

Cada una de estas dos opiniones tenia en la casa su partido, aunque no faltaba quien adoptase las dos á un tiempo.

El comendador, cuya manía favorita era la de creerse el mas profundo de los observadores, era el que capitaneaba el partido de la locura; y el capellan, que no encontraba placer compatible en este mundo sublunar al de combatir á hisopazos y exorcismos con un espíritu maligno, afirmaba que el mancebo estaba hechizado. El marques era el justo medio, pues no creia que estuviese loco ni poseido;

creia alternativamente lo uno y lo otro, y á veces lo creia todo á un tiempo.

Descrito ya el teatro y los actores, vengámos á la accion.

—Jaque al rei, padre capellan, dijo el comendador dando un salto en la silla y frotándose las manos con visible satisfaccion.

El capellan, arrugando las cejas y con la mano tendida acia el tablero, iba á contestar no se sabe qué, cuando encendiéndosele el rostro repentinamente á Don Juan, se alzó de su asiento, y descargando el puño sobre la mesa, esclamo: "Imposible. Jamas." Y como desatinado se salió del aposento apresuradamente.

—¿Como imposible? dijo el comendador creyendo que Don Juan hablaba de su jugada; pero volviéndose al mismo tiempo de decir esto, y viendo los movimientos de su primo, no pudo ménos de esclamar: "Lo que yo digo; pobre mozo! loco rematado. Para hacer esto sin haber yo averiguado la causa, no puede ménos de estar loco."

—Loco.... lo será el que no vea en los desatinos de ese mancebo la mano de Astarot que le atormenta, replicó el capellan.

—Padre Teobaldo, ¡un Várgas endemoniado! Primo, un pariente loco...! Pero en efecto... pudiera... no sé... verémos... interrumpió el marques, despavorido y absorto con lo que pasaba.

—Un Várgas, señor marques, está tan sujeto á calamidades de esta especie como el mas

miserable jornalero. Nabucodonosor, rei de Babilonia, fué bruto muchos años, y...—Desde entónces acá no nos faltan ejemplos de grandes personajes que lo han sido toda su vida, repuso el comendador.—El rei Saul estuvo poseido del espíritu maligno, y el mismo David nos dice: *¿ Quare tristis incedo dum afligit me inimicus ? Sic est*, que el señor Don Juan de Várgas, aunque de ilustre nacimiento, es infinitamente inferior al pagano Nabucodonosor, al unjido Saul, y al rei profeta: ergo, Don Juan puede mui bien estar endemoniado.

—No lo niego, dijo el marques, cediendo al peso de tan poderosos argumentos.

—Yo no niego el *posse* por mi parte ; lo que niego, primo, es que vuestro hermano esté ahora endemoniado, contestó Hinojosa.

—*Probo*, esclamó el capellan.—Dejémonos de argumentos, padre. Yo soi observador, mui observador, y me intereso demasiado en el bienestar de Don Juan, para que en mas de un mes que hace que le vemos así no haya estudiado su enfermedad. Estoi seguro, segurísimo, de que los que padecen una demencia absoluta....—*Veritas veritatum.*—Nada de latines, capellan, y ménos de desvergüenzas: razones, y no citas ni insolencias, son las que aquí necesitamos.

—¡ Paz, paz, por Dios santo ! en mi casa no quiero riñas.—Ni reñimos tampoco: marques, ya sabeis que los doctores se tiran los bonetes en un acto, y luego salen de él tan amigos como entráron. Mi ministerio es de paz y....—

No se hable mas de ello, que será peor. Lo que importa es descubrir cual es en efecto el mal de Don Juan y ponerle remedio.—Sí, sí, eso es lo que importa, primo Hinojosa, ponerle remedio, como vos decis.—Las armas espirituales....—Son eficacísimas y escelentes á su tiempo, pero por ahora no las necesitamos.—¡ Oh pertinacia, oh ceguedad !—Dejad hablar al padre, primo: si le interrumpis siempre, ¿ como ha de esplicarse ?—

Con esta insinuacion del marques calló el comendador y pudo el capellan esplayar su erudicion, de la cual harémos gracia á los lectores, contentándonos con decir que en un largo, difuso y embrollado discurso, despues de esplicar mui por menor los síntomas que se advierten en los endemoniados, quiso probar que la melancolía, las frecuentes distracciones, y los repentinos accesos de cólera que se notaban en Don Juan, eran otras tantas señales de hallarse el infeliz sirviendo de posada á algun diablo, y no de los de menor importancia en el infierno.

Don Pedro le escuchó como quien oye llover; mas no así el marques, que acostumbrado desde la infancia á mirar al padre como un oráculo, y persuadido por otra parte de que sus últimos disgustos habian provenido de haberse apartado del camino que en sus consejos le trazaba el capellan, se sintió estrañamente conmovido, y no solo consintió, sino que suplicó á su antiguo ayo que desde luego

pusiese mano á la obra de echarle los demonios del cuerpo á su hermano.

Esto era justamente lo que el padre Teobaldo queria, pues en todo el discurso de su dilatada vida nunca se le habia presentado una ocasion de habérselas cara á cara con el señor demonio. Así es, que tomándole la palabra al marques, salió inmediatamente de la sala temiendo que el comendador no le hiciese volverse atras.

Iba en efecto Hinojosa á tronar contra tan desatinada idéa; pero la retirada del capellan y la del marques, que temiendo la tormenta se marchó tambien en pos de él, se lo imposibilitáron.

Parecerá á un lector del siglo XIX, que el padre Teobaldo y su alumno debian de ser mui necios para creer en el endiablamiento del pobre Don Juan, y sin embargo se desengañará de medio á medio.

No solo en el siglo XVI, sino en mucho despues, el último monarca español de la casa de Austria, Cárlos II, se hizo atormentar voluntariamente por espacio de muchos años consecutivos para que le sacaran del cuerpo los demonios, que estaba mui léjos de tener en él.

Este ejemplo bastará para probar cuales eran en la materia las idéas de aquellos tiempos, pues si en el trono habia tales preocupaciones, fácil es de inferir que mas abajo no faltarian.

Media hora despues de terminada la discusion entre el marques, el comendador y el ca-

pellan, entró este último en la estancia de Don Juan, vestido de sobrepelliz y estola, con el bonete en la cabeza, en la mano derecha un hisopo, y en la izquierda un misal abierto.

Seguíale un lacayo con un caldero de agua bendita, otro con una taza de aceite, el marques y su mayordomo, y dos ó tres criados mas, todos con el rosario en la mano.

Don Juan estába aletargado sobre su lecho, encima del cual se habia arrojado cuando salió del comedor con la precipitacion que se ha visto, y como el padre Teobaldo y su comitiva entráron silenciosamente en su aposento, nada sintió.

Rodeáron, pues, su cama, y quedándose el capellan á los pies, comenzó á leer en voz baja algunas oraciones del misal, respondiendo los circunstantes *amen* cada vez que terminaba una de ellas.

Al cabo de algunos minutos de rezo le pareció bien al padre rociar al demonio con agua bendita, y mojando el hisopo en el caldero, le mojó la cara á su sabor, con lo que despertó al pobre Don Juan; incorporóse este en la cama, y no sin algun sobresalto contemplaba el estraño grupo que veia, cuando una segunda descarga del hisopo le inundó completamente el rostro.

Váyanse á todos los diablos, esclamó colérico, ó por vida....—Hermano Don Juan, sosegaos, que por vuestro bien se hace todo esto, le interrumpió el marques, asiéndole de un brazo.

Le coje Várgas la cara lo mejor que pudo, y se encaró con su hermano, mirándole de hito en hito para asegurarse de que en efecto era él quien le hablaba, y que no era un sueño cuanto estaba sucediendo.

Entre tanto el capellan rezaba y rociaba intrépidamente, y el mayordomo y los criados respondian *amen* siempre que les tocaba.

Viendo Don Juan que de todo aquello no le resultaba mas mal que el de mojarse alguna cosa, y que su hermano parecia tener particular empeño en que siguiera la operacion, resolvió tolerarlo, y cruzándose de brazos permaneció inmóvil, limitándose á observar cuidadosamente los movimientos de cuantos le rodeaban.

Á cierta seña del capellan, el criado de la taza de aceite se aproximó al marques, y este, tomándola en las manos, se la acercó á los labios á su hermano: "Bebed, Don Juan, le dijo, bebed, siquiera por amor de mí."

Tomó Várgas la taza con mucho sosiego, y se disponia tal vez á beberla; pero el olor del aceite, en el cual iban ademas algunos granos de incienso, era tan fuerte, que lo percibió inmediatamente.

Entónces miró el brebaje de la taza, y volviéndose al marques le preguntó:—¿Esto quereis que beba, hermano?—Sí, hermano, bebedla, y sanareis de vuestra dolencia.—Yo no estoi enfermo, estais engañado, no estoi enfermo.

—Enfermo estais, dijo el capellan, y de enfermedad mortal.—Padre, no estoi enfermo;

mi salud es cabal, nada me duele.—El alma, el alma es la enferma.—Tal vez.—Bebed, Don Juan, volvió á decir el marques.—No, no, hermano, no ; este brebaje me haria reventar.

—Es preciso beberla, esclamó el capellan.—Es preciso, repitió el marques.—Es preciso, es preciso, dijéron en coro los criados.—Pues no la bebo, señores, no la bebo, replicó el interesado, volviendo á poner la taza en el plato que tenia el marques en la mano.

Este se la entregó al mayordomo, y al mismo tiempo echó á andar para salir del aposento, y en efecto salió. Entónces dos criados se aproximáron á Don Juan para obligarle á beber ; mas él conociéndolo cojió de nuevo la taza, bautizó con ella al mayordomo, y saltando en seguida de la cama, asió la espada que á la cabecera de ella tenia, y dió tras de todos á palos.

La puerta les parecia estrecha para salir por ella á cuantos habia en el cuarto, incluso el capellan, y con tanta precipitacion quisiéron huir, que al llegar á una escalera, por la que precisamente tenian que pasar, se le enredáron las piernas al mayordomo entre las del que llevaba la caldera, y uno y otro rodáron de alto á bajo, poniendo el grito en el cielo ; la caldera suelta soltó toda el agua que contenia, y despues con estrépito notable siguió á su portador hasta el piso bajo.

Los perros del marques, que eran bastantes, comenzáron á ladrar, y uno de ellos, abalanzándose á los dos caidos, sacó en triunfo el

peluquin del mayordomo, que mal trecho yacia al pie de la escalera.

El capellan y los restantes llegáron sin tropiezo hasta aquel punto, pero allí tropezáron en los dos que por bajar mas de prisa llegáron ántes.

Los primeros poseedores del suelo renováron sus ahullidos al recibir encima sus compañeros, y estos enredados unos con otros, y no acertando á levantarse, gritaban tambien cuanto podian.

Tan estraordinario rumor alarmó toda la casa, de modo que inmediatamente acudiéron el marques, el comendador, el cocinero, sus ayudantes, los pinches, &c.

Hinojosa soltó la carcajada viendo el singular grupo de hombres y perros que habia al pie de la escalera, y á Don Juan, que con la espada en la mano lo contemplaba desde lo alto de ella.

Era en efecto difícil no reirse: la calva del mayordomo salia de entre las piernas de un lacayo, y las narices del padre capellan hacian parte integrante del posterior de otro.

Un podenco se habia sentado sobre la espalda de uno con la peluca en la boca, y otros dos ó tres se entretenian con las piernas de los pobres caidos.

El primer cuidado de los recienvenidos fué levantarlos á todos, y examinar si tenian alguna herida, pero felizmente no halláron mas que tal cual chichon, aunque no habia uno que no se quejase como si se hallara en la hora de la muerte.

Puesto ya en pie el capellan, y recobrada su estola, que habia perdido en la retirada, volvió la cabeza á la escalera, y viendo en ella á Don Juan, como ya se ha dicho, echó á huir de nuevo diciendo: "Te conjuro, espíritu rebelde, te conjuro en nombre de Dios."

El comendador mandó retirar á todos los caidos, y habiéndolo hecho por sí el marques, sentido del mal éxito de aquella empresa, se quedó Hinojosa solo con Don Juan, á quien rogó que pasara con él á su cuarto, en lo que este consintió sin dificultad.

Solos ya, y sentados ambos pacíficamente, pasáron algunos minutos en silencio, reflexionando Don Juan en sus asuntos particulares, ó en lo que acababa de suceder, y su primo en la manera mas á propósito para entablar la conversacion. Bien hubiera querido Hinojosa que el hermano del marques rompiese la barrera haciéndole alguna pregunta; mas viendo que no lo hacia hubo de determinarse á romper el silencio.

—Estareis asombrado, Don Juan, con lo que acaba de pasaros.—¡Asombrado!.... ¿De qué puedo asombrarme ya en este mundo?—Sin embargo, primo, no es cosa que sucede todos los dias á un caballero esto de exorcizarle.—No, en efecto, y á la verdad no concibo qué estraño capricho ha sido el de mi hermano en hacerme esta burla tan intempestiva.—Os engañais, Don Juan, tomando á burla cuanto acaba de suceder. El marques os ama de véras, y es incapaz de tan pesada chanza.

No, primo, nadie ha tratado de burlarse de vos. El camino se ha errado, y yo bien se lo he dicho; pero las intenciones han sido las mejores del mundo.—Pero, ¿no me direis á qué viene el rociarme con agua de pies á cabeza, el rezarme, y sobre todo, el quererme hacer beber una taza de aceite?—Creeros endemoniado.—¡Jesus! El Señor me libre en lo sucesivo de semejante trabajo, como hasta aquí lo ha hecho.—Amen. Ya os he dicho que estoi persuadido de la falsedad de semejante suposicion. Y sin embargo, ¿qué quereis que crean los que observan sin cesar vuestra estraña conducta, sin que aparezca ni remotamente motivo para ella? ¡Don Juan, Don Juan! ¿Merece el marques, que os ama como un padre, y que tantos años hace os sirve de tal; merezco yo, mozo ingrato, merece la fidelidad de vuestro criado, que á todos nos tengais con el alma en un hilo, viéndoos perder la salud y hacer estrañas locuras? ¡Qué hemos de creer! decidlo vos mismo.

Miéntras que Hinojosa declamaba así con bastante vehemencia, Don Juan, levantándose de su asiento, comenzó á dar vueltas por el aposento, con visible ajitacion, y aun algunas lágrimas fujitivas se escapáron de sus ojos.

Viéndole así enternecido, no quiso el comendador atormentarle mas, ni perder la ventaja conseguida, y para conciliar ambos estremos se fué á su primo, y tomándole la mano afectuosamente continuó diciendo:

En vuestra mano está hacer cesar en un

punto todos nuestros temores.—Decid el medio, comendador.—Romped ese obstinado silencio; reveladnos la causa de vuestro padecer. Si ella es tal que admita remedio, se le aplicará; y si por desgracia no lo tiene, llorarémos con vos.

A esta última proposicion soltó Don Juan la mano de Hinojosa, y dió dos ó tres pasos sumamente aprisa; el comendador volvió á ocupar su asiento, esperando en él el resultado de aquel acceso.

No fué este mui duradero, pues apénas pasáron dos minutos, sentándose Várgas de nuevo empezó á hablar de esta manera:

"Si hai, primo, en este mundo personas que por todos títulos merezcan mi confianza, sois mi hermano y vos. Pero escuchadme bien, y sea esta la última vez que hablémos de semejante materia.

"Dentro de mi corazon hai una pena que me devora, que me seguirá hasta el sepulcro y mas allá, si despues de la muerte conservamos la mas pequeña parte de nuestra existencia.

"Mi honor está por ahora comprometido á no revelar la causa de mis disgustos. He dado mi palabra de no hablar. Escusad, pues, súplicas y razones. Los mas crueles tormentos no me arrancarian una sílaba mas de lo dicho.

"Nada me digais, comendador, para agradecer la tierna solicitud de mis parientes: bastante he hecho, pues confesando que tengo un secreto os he revelado ya mas de la mitad de él.

"Compadecedme; pero no os obstineis en saber mas de lo que puedo deciros.

"Grabad en la memoria lo que me vais á oir: si mi propio padre, saliendo del sepulcro solo para ello, diera un paso para sorprender mi secreto, pudiera ser que le arrancase la vida.

"Comendador, dadme la mano: nuestra amistad será eterna, como el agradecimiento que me inspiran vuestros cuidados; pero, lo repito, jamas, jamas volverémos á hablar de esta materia."

En tanto que Don Juan estuvo hablando, no apartó Hinojosa los ojos de su semblante, y si bien en algunos momentos se ajitaba estraordinariamente Várgas, es cierto que no advirtió en él síntoma alguno de demencia.

Convencióse, pues, de que en efecto la situacion de aquel mancebo dependia de causas naturales, aunque solo conocidas del mismo interesado, y renunció á su primera idéa.

—Os he escuchado, dijo, con la mayor atencion, y no pretenderé saber lo que como hombre honrado no podeis decirme. No se hable mas de ello. Pero voi á hacer una súplica que está en vuestra mano concederme. Ocultad lo que podais al ménos en presencia del marques: Don Juan, conocida es por vos su melancolía. No querais aumentarla. Ninguna gloria es mejor que la de vencerse á sí mismo.—Yo me esforzaré para complaceros. Recibid mi promesa.—Cuento con ella. Quedad,

primo, con Dios; y si alguna vez necesitais de un pecho fiel y de una espada que en sus tiempos tuvo buenos filos, el comendador Hinojosa no necesita saber en qué ni porqué le empleais; su vida es vuestra.—No quiera Dios que yo os envuelva en mis males; pero jamas olvidaré tan jenerosa oferta. Dadme los brazos.—Y el alma con ellos.

Abrazáronse en efecto los dos primos con la mayor ternura, y el comendador salió del aposento para dirijirse á la habitacion del marques, á quien encontró en conferencia con el capellan y el mayordomo sobre los medios de renovar con ménos riesgo y mejor éxito el pasado exorcismo.

La llegada de Hinojosa puso término á la discusion y al proyecto.

Dijo el comendador á aquellos tres personajes, que acababa de tener una larga conversacion con su primo, en la cual habia acreditado completamente que se hallaba en su sano juicio.

—Me ha confesado, añadió, que tiene penas que su honor le prohibe revelar. Vuestra merced, padre capellan, se ha engañado, y yo tambien. Don Juan no está endemoniado, y ménos loco. Probablemente su pena será algun amorío: es enfermedad de la edad. Los años la curarán. Entre tanto, dejémosle en paz por nuestra parte; harto tiene que hacer el desdichado con lo que se conoce que sufre interiormente.

Esto bastó por entónces para que el marques prohibiera al padre Teobaldo la continuacion de sus combates espirituales ; y gracias á la tal medida, pudo Don Juan dormir tranquilo, sin temer que al despertarse le ofreciesen por desayuno una taza de aceite bendito.

CAPÍTULO VI.

Morondo...." Que me llevan los demonios
.....
Voto á Cristo que me llevan."
Teodora...." ¿ Adonde ?"
Morondo....." No me lo han dicho,
Porque traen órden secreta."
(*La Adúltera Penitente, comedia de tres injenios,* Camer, Moreto, *y* Matos.)

Fiel á su palabra, procuró Don Juan disimular su melancolía en presencia del marques, y aunque á la verdad no pudo conseguir mostrarse alegre, por lo ménos dejó de abandonarse á ciertos accesos, como el que dió lugar á que le exorcizase el padre capellan, y que ántes de aquel suceso eran sumamente frecuentes.

Su tristeza era sin embargo la misma. Evitaba toda sociedad cuanto podia, y mas de una vez aconteció que el comendador le sorprendiese con los ojos inundados de lágrimas ; mas como Hinojosa habia prometido solemnemente á su primo no volverle á preguntar la causa de su pena, y ni siquiera hablarle de ella, se veia en la imposibilidad hasta de consolarle.

En este estado de cosas trascurriéron al-

gunos dias, hasta que en la noche de uno Várgas anunció á su hermano y primo que al siguiente por la mañana se ponia en camino para visitar cierta hacienda, en la cual era necesaria su presencia.

Convino el marques, y el comendador aplaudió el proyecto, creyendo, no sin fundamento, que la variacion de aires y la ajitacion de un viaje serian mui á propósito para distraer á Várgas de sus disgustos, y tanto mas, cuanto con sola aquella idéa de él se le notaba ya mucho mas alegre que se le habia visto en la última temporada.

Toda aquella noche estuvo Várgas amabilísimo, colmando de caricias á su hermano, al comendador, y aun al mismo padre Teobaldo, quien no dejaba de atribuir parte de tan inesperada mudanza á sus hisopazos y conjuros. En el momento de separarse Don Juan los abrazó á los tres con ternura, encargándoles que no le olvidasen.—Olvidaros ! dijo el marques, y en el corto tiempo que habeis de faltar de aquí, no es posible.—Mi ausencia, hermano, podrá ser mas larga de lo que yo mismo creo.—Norabuena ; por mucho que se tarde en concluir la obra que vais á dirijir, será cosa de pocas semanas.—Decís bien, hermano ; comendador, conservadme vuestra amistad.—Don Juan, mis ocupaciones aquí son ningunas ; si habeis menester un amigo que os acompañe, mi persona es vuestra.—No, primo, no ; vos podeis, y debeis quedaros. ¿ Qué seria del marques viéndose solo ? A Dios, pues.—A

Dios, y él os acompañe en vuestro viaje. Amen.—Amen.

Ántes de salir el Sol estaba Várgas en camino, sin mas compañía que la de un criado, que era el que siempre le seguia y estaba en su servicio desde la niñez. Callado, fiel y obediente, Pedro no conocia mas lei que la voluntad de su señor, de cuyas acciones nunca veia mas de lo que se queria que viese. Tan fácil hubiera sido saber por boca de un cadáver la enfermedad que le redujo á tal, como de la de Pedro nada de los asuntos de su dueño. Este, pues, le estimaba como á una joya preciosa, que no tenia reemplazo si una vez llegaba á perderse, y depositaba en él sus secretos con una confianza sin límites.

Una legua habrian andado los dos caminantes, cuando deteniendo Don Juan su caballo, dió lugar á que emparejase con él su criado.

—Pedro, le dijo, vamos á Madrigal.—Adonde usted mande.—Es preciso que tú te adelantes. Nada importa reventar el caballo; esta noche has de dormir allá.—Mui bien.—Toma esta carta, que entregarás tambien esta noche misma, si llegares, como deséo, ántes del toque de ánimas. Gabriel no estará entónces en su casa.—Está entendido, señor.—Si llegas despues de ánimas, mañana....—¿ Cuando el pastelero esté en misa?—Perfectamente, Pedro.—¿ Y la respuesta?—No la tiene. Marcha, y en habiendo entregado la carta métete en el meson, y no salgas de él por ningun pre-

testo. ¿Me entiendes?—Sí señor.—Nadie ha de conocerte ántes ni despues.—Estoi al cabo. —Fio en tu obediencia. Espérame allí, que ó yo iré, ó te daré noticias de mi persona. Marcha, Pedro. ¡Ah! ¿llevas dinero?—Poco.—Toma diez doblones. Silencio y ajilidad. Buen viaje.—Dios guarde á usted, amo mio. Diciendo esto arrimó Pedro las espuelas á su caballo, y poco tiempo despues le perdió Don Juan de vista.

No nos tomarémos el trabajo de seguir al amo ni al criado en todo su camino, sino que dejándolo en claro trasladarémos la escena de un golpe de pluma al siguiente dia, en el momento de oscurecer, á espaldas de una ermita que distaba como un tiro de bala de Madrigal.

Atado á un pino tascaba impacientemente el freno el caballo de Don Juan, y este con no mucha mas resignacion se paseaba aceleradamente al pie de los muros de la ermita. De cuando en cuando asomaba con precaucion la cabeza por una de las esquinas, y examinaba con aire de inquietud y ansiedad el camino que guiaba á la villa, y en el cual no se veian ni perros.

—Ya casi es de noche.... No viene....Si acaso Gabriel.... ¿Pero qué tan necio habia de ser Pedro que se dejase sorprender? Infeliz de él como así fuese. Un bulto.... La oscuridad no me deja distinguir quien sea: ¿si será ella?....¿Y quien ha de ser á estas horas por este paraje? Ines será. Respirémos.—En esto el bulto se venia acercando á toda prisa;

pero en vez de seguir hasta la ermita, tomó por una vereda que se apartaba de aquel camino como unos cincuenta pasos ántes de llegar á ella.

—¡ Maldicion ! No es Ines. Ya no viene.

Cualquiera que haya esperado alguna vez, y tratándose de asunto importante, concebirá fácilmente la estrema impaciencia de Várgas, á la cual se agregaba la duda en que se hallaba sobre si el mensaje habia llegado sin novedad á su destino, y de que aun cuando así fuese, se prestara Ines á sus deséos.

Tan presto se paseaba Don Juan presuroso, como haciendo alto de repente recojia hasta el aliento, y aplicaba el oido á la tierra para percibir aun el mas lijero ruido. Ya se sentaba sobre una piedra, ya corria despechado á ponerse en acecho, todo quejándose de su mala estrella, y votando como un desesperado, y todo en vano tambien.

Cerca de una hora pasó en aquel tormento, hasta que ya perdida la paciencia, y olvidándose de sus proyectos mismos, abandonó la posicion que ocupaba, y echó á andar acia Madrigal; á qué, él mismo no lo sabia; pero hai circunstancias en que el variar de posicion, sea como fuere, es indispensable. Cincuenta pasos habria andado con una ajitacion estremada, cuando vió salir de la villa un bulto negro.

La noche era ya estremada: el firmamento cubierto de opacas nubes que impedian el paso á los rayos de la naciente Luna; y el horizonte

oscuro como el abismo, y que de cuando en cuando iluminaba la luz rojiza y fugaz de los relámpagos, anunciaban una próxima tempestad.

Ajitadas, por el presentimiento que les inspira su instinto, las aves nocturnas, con vuelo rastrero y desigual cruzaban el campo en todas direcciones. El lejano ladrido de los perros, el son lúgubre de una campana, y hasta el susurro del viento en los sembrados, todo, en una palabra, contribuia en el momento de que hablamos á dar al paraje en que se hallaba Várgas el mas siniestro aspecto.

Al ver, pues, el bulto de que se ha hecho mencion, y olvidado de que un momento hacia hubiera dado cuanto le hubieran pedido por verlo en el camino, se sobrecojió un instante.

En efecto, la persona que á él se acercaba, cubierta de un traje talar, que flotando á merced del viento le prestaba aparentemente mas corpulencia que la que realmente tenia, no parecia andar, sino deslizarse por el camino; tales eran la lijereza de su paso y la rectitud con que caminaba.

En las circunstancias ordinarias Don Juan, que por una parte habia nacido valiente, y por otra era noble y castellano, hubiera visto con indiferencia, y tal vez no habria reparado en la circunstancia de caminar de este ó del otro modo una persona que pasaba por el camino.

Pero la hora, la disposicion del cielo, el paraje en que se hallaba, y que él mismo habia elejido como mas seguro para su intento, pues

era pública voz en Madrigal, que en las inmediaciones de aquella ermita, que hoi no existe, se verificaban frecuentes y espantosas apariciones; y sobre todo la ajitacion en que estaba su espíritu, le tenian tan trastornado, que la vista de la persona que se le acercaba le sobresaltó en efecto.

Hizo pues alto, y maquinalmente se persignó y sacó la espada. El bulto continuó marchando intrépidamente hasta estar á unos diez pasos de Don Juan, que entónces ya cesó de andar.

Pocos momentos bastáron para que, volviendo este en sí, reconociese la ridiculez de su conducta, y avergonzado de ella envainó la espada.

—Proseguid, dijo, dirijiéndose á la inmóvil persona que delante tenia; proseguid vuestro camino, quien quiera que seais, que así en mí no hallareis impedimento.—Don Juan! esclamáron, ¿sois vos?—Ines! ¿al fin habeis venido? —Sí, aquí estoi. Bien sabeis que arriesgo mi vida; pero en fin, ¿qué me quereis?—Aquí no estámos bien, Ines; cualquiera que pase puede vernos. Vamos á la ermita.—¿A la ermita, Don Juan?....—¿Y porqué no? Jamas os he conocido medrosa.—Verdad es, pero....—No perdámos el tiempo, que para nadie es mas precioso que para vos. Seguidme.

Al decir esto asió del brazo á Ines, y en aquella disposicion llegáron ambos á la espalda de la ermita, á la cual estaban unidos los restos de un pequeño edificio, que probable-

mente en tiempos antiguos habria sido habitacion del ermitaño, pues aunque inutilizada, conservaba una puerta de comunicacion con la iglesia.

Ya en la época de que hablamos hacia muchos años que la ermita tenia su cura, que habitaba en la villa; y la habitacion, abandonada, se habia ido arruinando progresivamente hasta no quedar mas que un solo ángulo, en el cual se conservaba parte del tejadillo.

A este ángulo, pues, se dirijiéron Ines y Don Juan sin proferir una sola palabra. Así que llegáron, Don Juan dispuso lo ménos mal que pudo un asiento de piedra para la pastelera, á quien dijo:—Sentaos, Ines. Hízolo así esta, y en seguida:—¿Y vos? preguntó.—Bien estoi en pie. ¿Con que habeis recibido mi carta?—Anoche me la entregó Pedro.—¿Y Gabriel?—No le he visto. No estaba en casa.—Bien.

Paróse aquí un momento como para recordar las especies, y en seguida continuó:

—Ines, repetiros que os adoro, es inútil; bien lo sabeis.—Me lo habeis dicho, Don Juan; pero no sé si será una prueba de ello estar un mes ausente sin darme noticia de vuestra persona ni siquiera por cortesía.—Tiene razon.—¿Qué respondeis á esto?—¡Qué respondo! Yo responderé; pero no interrumpais, ó de una conferencia que debe ser mui breve hareis una conversacion eterna. Os adoro, repito, y os adoraré miéntras viva, Ines. ¿Y como no adoraros? Yo que os he visto á la cabecera

de mi cama noche y dia sin separaros un momento, yo que os debo la vida.... —¿Y por quien la espusisteis?.... —Mas me valiera perecer entónces.—¡Don Juan!!!—Ines, tanta hermosura, tanta discrecion, y ese carácter anjélico, esa dulzura celestial, bastantes á hacer la dicha de cualquiera mortal, han hecho de mí un frenético. Ya sabes que solo vivo á tu lado. Ya ves tú que léjos de tí mi vida es un infierno. Ines, Ines, apiádate de mí.—Sosegaos, Don Juan. ¿Así cumplis las promesas que me haceis en vuestra carta? Hablémos en razon. Cuando postrado aun en el lecho, gracias á la temeridad con que os espusisteis por salvarme, me dijisteis vuestro amor, Don Juan, yo no os oculté que tambien os amaba. Ya entónces era inútil que mi boca repitiese lo que debiais haber adivinado en mis ojos; pero tambien os dije que Ines no se envileceria jamas á los ojos de su amante, arrojándose en sus brazos sin ser ántes su esposa; y vuestra esposa....Ines no puede, no debe serlo por ahora.—Ines, verdad habeis dicho en todo. Lo que entónces me dijisteis está grabado en mi corazon con caracteres indelebles. ¿Pero cual es el obstáculo que poneis á nuestra union? ¿La desigualdad de condiciones? Mujer celestial! ¿quien es mas en el mundo que tú para mí? Yo tambien he querido luchar, y tambien he opuesto á mi pasion todo jénero de reflexiones, y todas han sido inútiles. He venido á ser tu esposo, á vivir contigo eternamente, ó morir á tus pies de dolor.

Miéntras que Don Juan hablaba así con una vehemencia estraordinaria, Ines enternecida lloraba sin cesar. El llanto le impidió hablar durante algun tiempo, pero al cabo entre sollozos y suspiros prorumpió:

—Várgas, ¿qué decis? Sin conocerme, sin saber de mí mas que el nombre de Ines, viéndome en tan oscura condicion en compañía de Gabriel....—Una sola cosa exijo de tí, Ines, para darte mi mano, una sola cosa. Con una palabra vas á disipar una duda que pesa sobre mi corazon, y le oprime y le agovia.—Decid, Don Juan.—Antes jura decirme la verdad.—Si es secreto en que yo sola esté interesada, juro por el Dios que nos escucha, y que sabe leer el fondo de nuestros corazones, que sabreis la verdad entera, y nada mas que la verdad.—Pues bien, Ines, perdóname si tal vez mi duda te ofende; yo mismo me he reconvenido millares de veces por ella; pero es mas poderosa esta amarga duda que cuantos diques le opongo. Si tú supieras que en solo concebirla he sufrido yo mas tormentos que puede haber en los infiernos, me perdonarias. —Y bien, perdonado estais.—Decid, ¿Clarita, la hija de Gabriel, es tu hija?—No, Don Juan, no es mi hija.—Dios omnipotente! yo te doi gracias: tú eres digna de mi amor.

Un profundo silencio reinó en las ruinas despues de proferida por Don Juan esta última esclamacion.

El amor propio de Ines y su virtud misma se rebelaban contra la suposicion de Várgas,

y era menester toda la fuerza del amor y el peso de las razones que ella misma conocia haber tenido aquel caballero para concebir semejantes sospechas, para que no diese muestras de su indignacion.

Várgas, como el que acaba de arrojar de sí una pesada y molesta carga, aunque gozoso por verse libre de ella, estaba como enajenado; y ademas, conociendo tambien que su amada no podia estar mui satisfecha con su pregunta, no sabia como anudar de nuevo la conversacion sin que volviese á recaer sobre tan delicado y desagradable objeto.

Estando así ambos amantes, la tempestad que desde ántes de ponerse el Sol se habia ido preparando descargó con tremenda furia.

Un relámpago, á cuyo resplandor parecia incendiado el lejano horizonte, seguido de un espantoso trueno, fué el principio de la tormenta, que en seguida ya fué jeneral y terrible.

—Todos los santos del cielo me amparen, esclamó Ines, retirándose asustada al último rincon de las ruinas.— ¿Qué temes? dijo Don Juan, siguiéndola, y pasándole un brazo por la cintura, con ánimo sin duda de prestarla así su proteccion mas inmediatamente. ¿Estando conmigo, qué temes, Ines?— Vuestra proteccion, Don Juan, no creo que sea mui eficaz contra los rayos del cielo.—La tempestad no puede ser duradera: en la estacion en que nos hallamos son frecuentes, pero momentaneas.—Por poco que dure, siempre será lo

bastante para que yo, á ménos de ponerme en camino diluviando como está, llegue á casa despues que Gabriel, y entónces....—Entónces, infeliz de él si se atreviera á ofender á la esposa de Várgas.—La esposa de Várgas no lo soi aun, tal vez no lo seré nunca, y entre tanto á su autoridad estoi sujeta.—¿Y quien le ha dado esos derechos sobre tí?—Mi destino.—¿Y como?—Este es un misterio que ni vos debeis preguntarme, ni yo revelarle. Dejémos, pues, de hablar de ello, y separémonos tambien.—¡Como Ines! ¿Sin que hayas decidido de mi suerte?—Nos volverémos á ver dentro de ocho dias en este mismo paraje, y á la misma hora. Entónces tal vez me será lícito hablar mas que hoi puedo hacerlo.—¿No me dirás al ménos si me amas?—¡Ingrato! harto lo sabes.—¡Ines mia!—Don Juan, á Dios.—Espera: es imposible que con esta lluvia te pongas en camino.—Lo que es imposible es detenerme mas sin grave riesgo; tal vez es ya demasiado tarde.—Pues bien.... pero ahora me ocurre: yo puedo llevarte hasta la villa en mi caballo, cubierta con mi capa, y desde la entrada hasta tu casa poco hai que andar.—Vamos, pues.

Salió Don Juan de las ruinas en busca de su montura, pero la oscuridad de la noche era tal, que á dos pasos no se divisaba un árbol. Fuéle, pues, preciso marchar mui despacio y á tientas, buscando los únicos cuatro pinos que á unos seis ú ocho pasos de la ermita estaban, y á uno de los cuales habia atado su caballo:

tropezó por fin con uno de los pinos, pero no era aquel el que buscaba; fué al segundo, y le sucedió lo mismo, y otro tanto con el tercero y cuarto.

"Vamos, dijo para sí, he perdido enteramente el tino; no daré en toda la noche con el caballo."

Volvió de nuevo á recorrer los pinos, y viendo que tampoco en ninguno de ellos estaba, comenzó á dudar de si habria tal vez mas árboles de los que él creia haber contado; pero un relámpago, iluminando por un instante todo el lugar de la escena, le hizo ver que no se habia equivocado al contar los árboles, y que su caballo no estaba ni en el paraje que le habia dejado, ni cerca de él.

—¡Confunda Dios al pícaro ladron que se le ha llevado! esclamó furioso dando una patada en el suelo: ¡buenos estámos! A pie y sin dinero me deja, y ahora Ines habrá de andar á pie por ese camino, que está hecho un mar sin duda.

Mohino ademas y pesaroso dió la vuelta Várgas; no sin dificultad atinó á entrar de nuevo en las ruinas contiguas á la ermita, y así que estuvo dentro empezó á decir:

—¡Pobre Ines! estámos á pie: ó el caballo espantado con los truenos ha roto las riendas y echado á huir por esos campos, ó algun ratero se le ha llevado. ¿Tendrás que irte á pie?....¿No respondes?

El ruido solo de la lluvia, que impelida por el viento se estrellaba contra los muros de la

ermita, fué la contestacion que recibió Don Juan á su pregunta.

—Ines, responded por Dios santo.... ¿Se habrá ido? Capaz es ..... ¡Ines, Ines! ¿Os parece este momento para chancearos?.... ahi estais, sí, yo os siento andar.... ¿Me huyes?.... Responde, ó es....—Silencio, ó muerto sois, caballero, dijo al oido una voz de hombre para él desconocida: y al mismo tiempo asido de ambos brazos, sin saber por quien ni como, se halló en la imposibilidad de hacer el menor movimiento contra la voluntad de sus guardianes.—¡Traidores! dijo con rabia.—Silencio, repitió la misma voz que primero habia hablado: andad con nosotros, en la intelijencia de que si no quereis hacerlo por vuestro pie vendreis arrastrando. Silencio, repito, si amais la vida, que no tratamos de quitárosla, ni aun de ofenderos si á ello no nos fuerza vuestra imprudencia.

Concluida esta horrible oracion, echáron á andar los que tenian agarrado á Várgas, y él tambien hubo de hacerlo con ellos mal que le pesase.

Durante algun tiempo conoció Don Juan que caminaba por las ruinas en razon á la desigualdad del terreno y á la multitud de escombros con que continuamente tropezaba; y aunque la estension que en diferentes direcciones le hiciéron andar, le pareciese mayor que las que las mismas ruinas tenian, lo atribuyó en parte á su turbacion, y en parte á error en su primer cálculo.

Yendo así le tapáron el rostro con un pañuelo ó capa que le echáron sobre la cabeza; precaucion bien escusada, pues que, como ya se ha dicho, la noche era sumamente oscura. A poco rato el piso ya se ofrecia unido y de nivel, y sus propios pasos, repetidos por un eco no mui claro, resonaban en los oidos del prisionero; en seguida le hiciéron bajar una escalera, volver á andar por terreno llano, subir otra escalera, y al cabo bajar una tercera; desde allí atravesar una zanja; y por último, saliendo de ella, sentarse en uno que le pareció escaño de madera.

En todo el tiempo no oyó Don Juan proferir una palabra, de manera que la única conjetura que sobre su situacion pudo formar fué, por el rumor de los pasos, la de ser tres las personas que con él iban, una delante y dos asiéndole de ambos brazos.

La circunstancia de faltarle el caballo le hizo creer que se hallaba en poder de ladrones, lo que le era sumamente sensible, no por él, sino por Ines, que era ya de suponer se hallaba en sus manos. En la situacion en que se hallaba, solo un recurso se le ofrecia para salvar á su amada de las garras de aquellos malvados, que era el de ofrecerles por la persona de la pastelera un rescate considerable en dinero, y así se propuso hacerlo tan luego como hubiese terminado su caminata y le diesen los ladrones lugar para ello.

En medio de estos proyectos, y como á pesar suyo, resonaba una voz en su conciencia,

que le decia: "¿Porqué te obstinas en venir á Madrigal, si cuanto haces y dices en él redunda en daño tuyo?" El corazon respondia: "Estoi enamorado, y yo mando." La cabeza podia haber replicado en el gusano de la fábula: "Usted tiene razon: así va ello."

11

CAPÍTULO VII.

¿ Donde estás, señora mia,
Que no te duele mi mal ?
O no lo sabes, señora,
O eres falsa y desleal.
(*Romance autógrafo.*)

Uno de los infinitos y mas agradables privilejios que el jénero romántico concede á los que le cultivan,es el de decir las cosas cuando y como les viene á cuento, dispensándolos de la prolija obligacion de empezar una historia por su principio, de referir hasta las veces que el protagonista fué azotado por el *domine* en su infancia, y de seguirle paso á paso en el discurso de su vida sin hacer gracia al lector de uno solo de sus pensamientos, por insignificante y necio que parezca.

El autor romántico como que puede hacer todo aquello á que su injenio alcance, cuando no mas, se rie del órden cronolójico ; su fin es unas veces divertir, otras horrorizar, pero siempre inspirar interes; y usando en toda su latitud de aquella máxima de no sé qué autor, que establece que *el fin santifica los medios*, sigue el camino que su fantasía le dicta,

despreciando reglas, hollando preceptos, y preguntando solo á sus oyentes: ¿Se divierten ustedes? ¿Sí? Pues bueno va.

En uso de mis facultades, y como ejemplo práctico, he puesto el exordio de este capítulo, con el cual respondo de antemano á la objecion que sin duda me hará la crítica clásica de andar algo descosido en mi novela, y hago solemne protesta de que por ahora, y siempre que me convenga, seré romántico, reservándome empero refujiarme en el clasicismo cuando las circunstancias lo exijan.

Poco mas fastidiado que deberá estarlo el que ahora me lea con la impertinente disertacion que precede, se hallaba Don Juan de Várgas en el mismo paraje y situacion en que le dejámos al fin del capítulo anterior, esperando con ansia el resultado de una conferencia que indudablemente se estaba celebrando á pocos pasos de él, pues el rumor de varias voces, aunque vagas, heria sus oidos.

Parecióle al cautivo que los que hablaban no pasarian de cuatro ó cinco personas, y entre ellas creyó distinguir el eco de una que debia serle conocida: pero como su turbacion no permitiese que recordara entónces quien era, se persuadia á que aquel hombre podria mui bien tener semejanza en la voz con algun conocido suyo, y serle sin embargo enteramente estraño.

Despues de hablar un rato en voz tan baja que nada de su conversacion pudo percibir Don Juan, animándose la discusion, uno es-

clamó en tono aun mas desagradable que lo que decia, y con acento gallego, ó mui parecido á él: "Mateislu." Toda la sangre se le heló en las venas al hermano del marques al oir tan terrible sentencia.

—Sí, sí, dijéron á un tiempo dos ó tres de los que conferenciaban.—Es lo mas seguro, esclamó el que habia hablado á Várgas y estaba entónces sujetándole en el escaño; y acompañó su esclamacion con un movimiento del brazo derecho, que á pesar de estar cubierto no pudo ménos de distinguir el preso, quien dándose ya por muerto hizo mental y fervorosamente un acto de contricion.

—Tenéos, gritó entónces la voz que á Várgas le parecia conocer; tenéos. ¿Quien os ha dado derecho para disponer de la vida de ese hombre?—Nuestra seguridad lo exije, replicó ásperamente el de las ruinas.—Mateislu, volvió á decir el que hizo la proposicion.—Os lo prohibo, insistió el piadoso; no teneis facultad para ello. Solo Dios es árbitro de la vida de los hombres.—Y el rei, contestó una voz que hasta entónces no se habia oido.—Sí, sí, y el rei, repitiéron todos á coro.—Bien, dijo el defensor de Várgas, y el rei; esperémos su decision, y tiemblen todos su justicia si se atreven á tocar á ese mancebo sin órden suya.—Esperémos norabuena.—Esperémos.—Esperémos.—Y el silencio mas completo volvió á establecerse en torno del preso.

El primer movimiento de este fué dar gracias á Dios por haberle libertado de tan grande

peligro, deparándole en medio de aquellos forajidos un alma compasiva que intercediese por él. Pero concluido este acto de piedad, y tranquilo ya por su vida, empezó á reflexionar sobre la última parte de la discusion que sobre su suerte acababa de tener lugar, y cuánto mas meditaba ménos la comprendia.

Un salteador de caminos, estableciendo que solo Dios tiene derecho á quitar la vida á los hombres, y los demas tan celosos por el monarca, que al momento le replican que tambien es el de dar muerte uno de los derechos del rei, á la verdad son cosas no mui comprensibles si no se toman en sentido irónico; pero que para disponer de la suerte de un caballero que está en sus manos esperen los ladrones la resolucion del rei, era lo que volvia loco á Don Juan, y hubiera enloquecido tambien á cualquiera.

Tal vez si la cuestion se le hubiese propuesto siendo otro el paciente, y estando él tranquilo en casa de su hermano, hubiera atinado con la única solucion racional que podia dársele, y era la de suponer que los ladrones llamaban rei al forajido que los mandaba, y que tal vez estaria ausente; pero como á la verdad la situacion de Várgas no era la mas á propósito para acertar enigmas, daba vueltas y mas vueltas al asunto, y cada vez lo entendia ménos.

Dirémos sin embargo, en defensa de su injenio y honor de la verdad, que no le era fácil hacer raciocinio alguno seguido, pues la igno-

rancia en que estaba sobre la suerte de Ines le aflijia aun mas que su propio peligro.

La última y lejana campanada del reloj de la villa acababa de sonar las nueve de la noche, cuando distrajo á Don Juan de sus reflexiones el ruido que hiciéron al levantarse de los asientos que ocupaban todos los salteadores, á escepcion de sus dos guardianes que permaneciéron inmóviles.

"El rei," se oyó decir en voz baja todo al rededor.

"¡El rei! esclamó para sí Don Juan. ¡El rei! ¿Si estaré soñando?" Caballeros, empezó á decir una voz todavía mas familiar á los oidos de Várgas que la de que primero hemos hablado; pero reparando sin duda en el prisionero, se interrumpió, esclamando: ¿Qué es esto?—Yo lo diré, señor, contestó el que habia intercedido por nuestro caballero; y el ruido de sus pasos anunció que se acercaba al recienvenido para enterarle sin duda de lo que habia pasado.

Despues de un breve rato dijo riéndose el que Don Juan suponia ser el llamado rei:—Yo lo sabia; pero se me olvidó advertíroslo. ¡Buen susto habrán pasado! ¡Coello!—¿Señor? respondió el de las ruinas.—Venid.—¿Y este hombre?—Dejadle; con Sousa basta.

Entónces obedeció Coello, y Várgas pudo disponer de su brazo derecho; mas conociendo que habria temeridad en intentar retirarse, resolvió someterse pacientemente á su suerte, y permaneció tranquilo.

Poco tardó en volver Coello á su puesto, y decir:—Soltad, señor Sousa, á ese caballero. Señor Don Juan de Várgas, poned la mano derecha sobre el puño de vuestra espada.—Está puesta.—Levantaos.—Ya estoi en pie.—¿Jurais por el signo de nuestra redencion, por Dios y su Santísima Madre, y prometeis á fé de caballero sobre vuestro honor, que si os permitiese salir de aquí, sano y salvo, jamas revelareis de manera alguna la menor circunstancia de cuanto acaba de pasaros?—Antes de jurar me es fuerza hacer una pregunta, señor....—Que diga.—Decid.—En el mismo paraje en donde me habeis sorprendido estaba en mi compañía una dama....—Está segura, tranquilizaos.—¿Quien me lo asegura?—¿Bastará, dijo el que mandaba, bastará que ella os lo diga?—Sí, contestó Várgas despues de algunos instantes de reflexion.

Separóse Coello de Várgas, y al cabo de algunos minutos volvió acompañado de Ines, quien dirijiéndose á su amante le dijo:—Don Juan, no temais por mí, segura estoi. Jurad lo que os han dicho y retiraos.—Ines, no me engañeis. Si hai el menor peligro....—Ninguno, os lo protesto. Jurad, siquiera porque yo os lo ruego.—Repetid lo que quereis que jure.

Hízolo así Coello, y Don Juan juró. Concluido este acto, el mismo Coello, asiéndole de la mano, le mandó que le siguiese, y echando ambos á andar, y sin saltar zanja, ni subir mas de una escalera, se halló Várgas en el mismo paraje en que fué sorprendido. Quitóle Coello

la capa que le cubria la cabeza, y retirándose precipitadamente, sin que su prisionero supiese por donde, le dejó enteramente libre.

La tormenta habia pasado; la Luna, abriéndose paso al traves de algunas nubes que aun quedaban, iluminaba la campiña, que aun conservaba cierto aspecto melancólico y abatido, y el silencio no era interrumpido por sonido alguno.

Don Juan necesitó de algunos minutos para recobrar enteramente sus sentidos, y aun no mui sosegado salió de las ruinas, con ánimo de irse á pie hasta Madrigal; mas con harta sorpresa suya veia su caballo atado al mismo árbol, y en la misma forma que le habia puesto él por la tarde, sin que faltase nada de cuanto encima tenia.

Montó, pues, y en breve tiempo llegó al meson, donde su fiel Pedro le estaba esperando.

CAPÍTULO VIII.

Vivir con ella en ignorado asilo
Sus sienes coronar de mirto y rosa,
Y una mirada dulce, cariñosa,
En premio recibir de mi desvelo,
Es mi sola ambicion, mi solo anhelo.
(*Oda inédita.*)

La mala cama, el ruido de las caballerías, y mas que todo su ajitacion, no permitiéron á Várgas disfrutar en la posada de un solo instante de reposo.

Representábanse sin cesar en su fantasía las escenas del principio de la noche, y el peligro que acababa de correr le parecia aun mayor despues de pasado que cuando en él se hallaba, sucediéndole lo que al caminante, que á fuerza de penas logra verse en lo mas alto de una escarpada roca, que ya en su cima se horroriza contemplando el precipicio á cuya orilla pasó.

Pero lo que mas le mortificaba era cierto escrúpulo de conciencia sobre haber creido lijeramente en la seguridad de Ines, que sin cesar se le ocurria. En vano se recordaba á sí mismo la absoluta imposibilidad en que se

hallaba, de defender á su querida, cuando se le exijió el juramento que prestó para obtener su libertad; en vano la misma Ines le habia rogado que jurase. A todas sus reflexiones se decia: "Yo debí morir á su lado ó salvarla conmigo."

En estos pensamientos le sorprendió el alba, y apénas el primer rayo de luz penetró en su aposento, se vistió apresuradamente, y envuelto en una gran capa, con su sombrero de ala ancha calado hasta las cejas, se puso en la calle.

Dirijióse inmediatamente á la pastelería, que como es de razon encontró cerrada. Cediendo á su impetuosidad iba á llamar á la puerta, pero por fortuna suya cuando ya tenia el aldabon en la mano le detuviéron el brazo por detras.

—¿Quien se atreve á ponerme la mano encima? dijo Várgas lleno de cólera y sacando al mismo tiempo la daga.—Yo, señor Don Juan.—Frai Miguel, ¿y con qué derecho? Seguid vuestro camino, y dad gracias á ese hábito si no llevais el premio que merece vuestra insolencia.—Caballero, vuestra cólera ni me asusta ni me enoja; sois mozo, y soldado; yo, anciano y relijioso. ¿Qué gloria ni qué provecho os reportaria el maltratarme?—Padre mio, conclúyase la conversacion; siga vuestra paternidad por donde iba, y déjeme á mí acudir á mis negocios, que por Dios santo no estoi para sermones: y al concluir estas palabras volvió á asir el aldabon; mas Frai

Miguel se opuso tambien segunda vez á sus intentos.

—Fraile, ó demonio en figura de tal, ¿has salido del averno solo para precipitarme? Retírate al momento, ó te mato si mil vidas tuvieras; esclamó Várgas loco ya de furia, y desembozándose, enseñó la daga desnuda al vicario de Santa María. Mas este impávido, sin mudar siquiera de color, y permaneciendo inmóvil delante de la puerta de Gabriel de Espinosa, le contestó mostrándole el pecho: "Herid, señor Don Juan de Várgas, herid norabuena si tan ciego estais que desconozcais no solo vuestros propios intereses, sino los de la persona misma á quien quereis servir. Sacad de esta vida miserable á un hombre que, resignado con la voluntad de Dios, siempre está pronto á comparecer ante su trono: pero creedme: de no pasar sobre mi cadáver, no cometereis ahora la imprudencia de llamar á esta puerta."

La sangre fria de Frai Miguel, su tono solemne, y la firme decision que en su rostro se mostraba de llevar adelante su propósito, paralizáron los efectos de la cólera de Várgas: con los brazos caidos, baja la cabeza, y oido atento, escuchó cuanto el fraile quiso decirle, y aun despues de haber concluido aquel de hablar, permaneció algun tiempo en silencio.

—Frai Miguel, he andado sobradamente lijero, lo confieso; pero vuestra paternidad me ha provocado. Sea como quiera, respeto vuestro carácter, y voi á daros una prueba de

ello, sometiéndome á hacer esplicaciones que á nadie debo. Si presumis que mi venida á esta casa tiene algo de hostil, os engañais. Deséo solo saber que una persona de ella....—¿Ines?—Sí, Ines: puesto que lo habeis dicho, deséo saber si está en su casa.—Lo está.—¿Quien os lo ha dicho?—Yo la he visto.—¿Cuando?—Anoche.—¿A qué hora?—A las diez de ella.—¿No me engañais?—Mancebo, estas canas, y este hábito, ¿merecen por ventura tan injuriosa desconfianza?—No, Frai Miguel. Dadme esa mano: seámos amigos. —Yo lo soi vuestro mas de lo que pensais, señor Don Juan, y voi á daros pruebas de ello si teneis la bondad de seguirme.—Vamos; pero permitidme que os pregunte como á hora en que nadie anda por las calles os hallais vos en ella.—Señor Don Juan, el temor que tenia de que usted intentase lo que ha tratado de hacer.—¿Pues como podia vuestra paternidad sospecharlo, cuando yo mismo no he formado el designio de visitar á Gabriel hasta hace media hora?—¿Y de qué servirian mis años y mi esperiencia si no pudiera yo preveer las acciones de un hombre apasionado ántes que él mismo? Yo he sido jóven como usted, señor caballero; ántes de vestir este hábito tambien las pasiones me han atormentado.—Norabuena; pero ¿qué antecedente tenia usted, padre vicario, para creerme desasosegado por Ines?—¿Qué antecedente? El habérmelo dicho ella misma.—¿Ella? ¿Y os ha dicho que?....—Me ha dicho que la amais,

que os ama.—Frai Miguel, si tratais de sorprenderme, os habeis engañado ; yo no....—Detenéos, que yo no os pido que confeseis ni negueis cosa alguna : voi simplemente á referiros lo que Ines me ha dicho. Se reduce, pues, á que entre ambos median relaciones amorosas, y que ayer en una cita las circunstancias fuéron tales que al separarse de vos debia quedaros alguna inquietud por ella. La pintura que en seguida me hizo del carácter vehemente del señor Don Juan de Várgas, y el conocimiento que yo tengo del de Espinosa....—¿ Con que le conoceis ?—Sí, le conozco : dejadme concluir. Temí, pues, el paso que queriais dar, del cual no hubierais sacado mas fruto que comprometer á vuestra amada. Ved aquí porqué á pesar de esa capa y ese sombrero os he conocido.

Calló el fraile, y Várgas, perdido, por decirlo así, en un laberinto de conjeturas, no acertó tampoco á decir palabra hasta hallarse dentro del monasterio y en la celda del vicario.

En ella hizo su dueño los honores á Don Juan con toda cortesía, y sentados ambos volvió á tomar la palabra el vicario.

—En vista de la manera con que esta mañana han sido recibidos mis buenos oficios, tal vez, señor Don Juan, debiera yo abstenerme de mezclarme en asuntos ajenos. Pero mi deber, como ministro del altar, es sacrificarme por conservar la paz en las familias, y ademas, por razones que tal vez ántes de mucho podrán ser públicas, estoi particularmente interesado

en el negocio de que vamos á hablar. Será preciso, pues, que se me escuche con paciencia.—Contad con ella, Frai Miguel, y decid cuanto os ocurra, contestó Várgas reprimiendo á duras penas la espresion del enojo que tantos exordios y preñeces le causaban.

—Usaré de esa licencia, repuso el vicario, y procuraré ser breve. Vuestro nacimiento es ilustre, y yo me complazco en creer que no tratareis de oscurecer su nobleza con accion ninguna que de él desdiga.—Padre vicario, no hableis mas de eso: nadie ha dudado hasta hoi de la honradez de los hijos de mi padre, y....—No se exalte, que tampoco dudo yo; lo que he dicho ha sido solo para haceros conocer el inminente peligro en que una loca pasion os pone.—Mi pasion no es loca.—Sí lo es; y lo probaré. ¿Conoceis á Ines?—¿Si la conozco? Mejor que á mí mismo. Bella, sensible, jenerosa, honrada, y de nobles pensamientos, Ines ha nacido para ocupar un trono. Sí, la conozco, Frai Miguel; y el dia que la conocí decidió del destino de mi vida entera.—Jóven infeliz, si eso es así os compadezco.—¿Y porqué? Si amo, tambien soi amado: en breve un lazo santo nos unirá.—Os engañais.—¿Y quien se atreveria á oponerse á la firme voluntad de ambos? ¿Quien miéntras Várgas tenga brazo y espada le impedirá que sea esposo de Ines? La familia de Várgas no podrá impedirlo, yo os lo fio.—¿Y Gabriel?—¿Tiene ese hombre mas de una vida?—¿Pareceos el homicidio buen camino para llegar á la felici-

dad ?—No sé, ni quiero saber mas sino que Ines ha de ser mia.—La pasion es quien habla, Don Juan, no vos. Atendedme os ruego. Dejémos por un momento á Gabriel á un lado, y hablémos de vos solo y de vuestra familia. De Ines, como ella misma os ha dicho, nada mas conoceis que el nombre.—Y el alma.—Creeis conocerla, y tal vez....—Tal vez arrancaré la lengua al que fuere osado á ponerla en la que adoro.—No es ese mi ánimo. Pienso como vos.—Ines es capaz de hacer feliz á su marido. ¿ No es verdad, padre mio ?—Así lo creo, pero Ines hoi es mui poco para ser vuestra esposa ; mañana tal vez será demasiado.—No os entiendo,á fe mia.—Ni yo puedo esplicarme mas. —Norabuena. Cuantos me hablan de algun tiempo á esta parte lo hacen misteriosamente ; ya me voi habituando. Continuad, padre.— Si vuestra familia llega á saber los proyectos que formais, ¿ cual será el resultado ? Una persecucion violenta caerá sobre la infeliz Ines ; ¿ y esta no será hasta que se la ponga en posicion que os sea imposible llegar á ella ? Un matrimonio clandestino, Ines no consentirá en él ; vivid seguro de ello. ¿ Qué partido os queda ?—Casarme hoi mismo con ella, y hoi mismo huir con ella á pais estranjero.—Y allí sin recursos de ninguna especie, Don Juan de Várgas mendigará el sustento para él y su esposa ; ¿ no es cierto ? La miseria y cuantos males la acompañan son el presente que vuestro amor quiere hacer á la mujer que idolatrais. Don Juan, por ella y por lo mismo es-

cuchad la voz de la razon : es forzoso que renuncieis á Ines.—Antes morir mil veces.—Mancebo, correis á vuestra perdicion.—¿ Qué importa ? Sin ella no puedo ser nunca feliz ; esto es cierto, ciertísimo, Frai Miguel.—Señor Don Juan, este negocio es harto ajeno de mis años y mi carácter ; pero me intereso tan de véras por Ines y por vos, que consiento tomarlo á mi cargo, si me prometeis no dar en él paso ninguno sin anuencia mia.—¿ Y Vuestra Paternidad me promete que no abusará jamas de mi confianza para alejarme de Ines ?—¡ Qué suspicacia! Sí, prometo.—Pues yo tambien.—Está dicho. Un solo medio hai por el que tal vez podeis llegar á ser esposo de Ines.—¡ Ah ! decid cual, y vereis estoi pronto.—Exije de vuestra parte grandes sacrificios.—Ninguno habrá que me lo parezca siendo por ella.—Esponeros á riesgos inminentes.—Mas de una vez he espuesto ya el pecho á las balas.—Son tambien necesarios la paciencia....—Tendré la de un santo.—La sumision....—Seré un esclavo.—El silencio....—Callaré como un muerto.—Todo os parece fácil ahora.—A la prueba me remito. —Acepto la promesa.—¿ Pero Ines será mia ? —Tal vez.—¿ Tal vez no mas ?—Vuestra será. —Sois mi ánjel tutelar.

Y el pobre fraile se vió abrazado, besado, acariciado de todas las maneras posibles, y á pesar de su gravedad, no pudo ménos de sonreirse y enternecerse con el entusiasmo de Várgas.

Mas fácil es imajinar que describir el estraño

grupo que formaban un fraile anciano y un caballero mozo, estrechamente abrazados, y llorando como dos chiquillos.

Várgas enajenado de gozo, Frai Miguel enternecido, se miraban el uno al otro con una espresion tan singular, tan dulce, que mas parecian padre é hijo que dos estraños.

En esta situacion los sorprendió Gabriel de Espinosa, que sin pedir licencia ni llamar, abrió la puerta de la celda y entró en ella como pudiera hacerlo en su casa.

Iba el vicario á levantarse de su asiento, mas á una seña del pastelero permaneció tranquilo.

—Frai Miguel de los Santos, guardeos el cielo, dijo Espinosa con el mismo tono de voz que ya le habia oido Don Juan cuando le vió por primera vez. Pero entónces no se desmayó el fraile, sino que haciéndole una reverencia, le respondió :—Señor Gabriel, él venga con vos.

Al escuchar el saludo del pastelero, Várgas se estremeció sin saber él mismo porqué. Verdad es que aun cuando Don Juan pasó en casa de Espinosa mas de quince dias para curarse de la herida que recibió en la pradera, puede decirse que apénas le vió.

Pasábanse en efecto los dias enteros sin que Gabriel entrase en la habitacion que ocupaba su huésped, y cuando lo hacia era por pocos minutos, limitándose su conversacion á preguntar por la salud del enfermo y desearle un pronto restablecimiento.

Tan estraña conducta no pudo ménos de

llamar la atencion del hermano del marques; pero á cuantas preguntas hizo á Ines sobre la materia, jamas oyó otra respuesta que la de que aquel hombre era de carácter naturalmente áspero y oscuro.

Por otra parte, Várgas, continuamente en compañía de Ines, y enamorado hasta no mas de ella, no echaba mucho de ménos la sociedad de Gabriel: de manera que cuando llegó el caso de volverse á Valladolid, sus relaciones con él eran poco mas ó ménos las mismas que el primer dia de haberse visto.

No habia, pues, entre ambos la mayor intimidad, y no sabia Don Juan, en la ocasion de que hablamos, como tratarle; pero Espinosa zanjó la dificultad llegándose á él con aire afable, aunque sobradamente familiar, y diciéndole:

—¿Pues como, señor Don Juan de Várgas, vos en Madrigal, y no en mi casa que tan vuestra es?

Tomó entónces Frai Miguel la palabra, y contestando por Várgas, dijo: que al llegar este á la villa, aquella misma mañana, le habia él encontrado y llevádosele consigo, sin darle lugar á otra cosa. Con esto tuvo Don Juan el tiempo suficiente para recobrarse, y contestando al cumplimiento del pastelero, con no ménos cortesanía que la suya, la conversacion se hizo jeneral, fácil é indiferente.

Ya en esto se acercaban las ocho de la mañana, hora en que el vicario decia diariamente la misa, y con este motivo se retiró á hacer

oracion para prepararse á celebrar dignamente tan santo sacrificio.

Quedáronse, pues, solos Don Juan y Espinosa, y este manifestó en la conversacion un talento tan claro, tan vasta instruccion, y sobre todo, un conocimiento de los hombres, que sorprendió á Várgas.

Hizo Don Juan caer la conversacion sobre la política de la época, y el pastelero en breve le manifestó que estaba mui al corriente de ella.

Habló de toda España, de Italia y de Flándes, como hombre que todo lo habia corrido, y con aprovechamiento. Los asuntos de Portugal los tocó lijeramente, y esto lo atribuyó Várgas al justo temor que entónces se tenia de tratar semejante materia, pues Felipe no consentia sobre ella la menor discusion.

Como quiera que fuese, el hecho es que cuando se trató de ir á oir la misa, Várgas estaba prendado del pastelero, y lleno de asombro de que un hombre de oficio tan bajo tuviese tal instruccion y discernimiento. Lo que únicamente le disgustaba en él era cierto aire de iniciativa y decision que tomaba en las conversaciones. Decia en efecto las cosas no como quien anuncia una opinion, sino á manera de axioma. Si el oyente le replicaba, solia satisfacer á su objecion con fuerza y brevedad; pero si aun se le oponian, cesaba de hablar arrugaba el ceño, y ya no era posible hacerle volver á entrar en materia.

Este proceder tan contrario á lo que su oficio prometia; su ninguna aplicacion al traba-

jo ; su amistad con Frai Miguel, y sobre todo, Ines tan dama, tan llena de honrado orgullo, persuadiéron á Don Juan de que en la historia de aquel hombre se encerraba algun estraño misterio, y que de él dependian todas las reticencias que notaba en su querida y en el vicario.

A juzgar por las apariencias no iba en esto Várgas mui descaminado ; mas mirando el asunto mas despacio no parece que fuese cosa estremadamente sorprendente el que un hombre de baja esfera viajase mucho, pues al cabo pasteleros en todas partes los hai. Los misterios de Ines y los del vicario eran á la verdad incomprensibles ; pero por lo mismo, todo cálculo fundado sobre ellos debia ser de ningun valor.

Acabada la misa, el vicario, Várgas y Espinosa tomáron chocolate juntos en la celda del primero, y ya terminado el desayuno pidió licencia Frai Miguel á Don Juan para tratar con el otro de cierto asunto de la comunidad.

Várgas se retiró inmediatamente, y ofreciendo volver en breve á verse con el vicario, tomó, casi sin saberlo, el camino de la pastelería.

Entróse en ella, y en la tienda le recibió el mulato con toda la afabilidad que en él cabia, y era sobre poco mas ó ménos la de un perro de presa, que si no muerde á su amo, no deja tampoco de enseñarle los dientes.

—Domingo, dijo Don Juan, ¿y tu ama ?—¿ Qué ama ?—Ines. ¿ No está en casa ?—No.—¿ Adonde ha ido ?—No sé.—¿ Y volverá pron-

to?—No sé.—¿Hace mucho que ha salido?—No sé.—¿Pero como no has de saber cuanto tiempo hace que se marchó?—No sé. Ya he dicho que no sé. ¿A qué viene tanta pregunta?

Como Várgas conocia el carácter de Domingo, no se obstinó en hacerle mas preguntas, y aunque como buen enamorado estaba lleno de impaciencia por saber de su dama, no quiso proseguir un interrogatorio que indudablemente habia de ser inútil.

Trataba sin embargo de buscar medio para ver á Ines, cuando inesperadamente se abrió una de las puertas que comunicaban de lo interior de la casa á la tienda, y entró en esta una niña de tres á cuatro años de edad, en cuyas facciones se notaba una semejanza estraordinaria con las de Ines. La única diferencia que entre ambos rostros habia, era el de ser algo ménos fiera y mucho mas dulce la espresion habitual del de la niña que el de la mujer. El color de la primera era tambien mas blanco que el de la segunda, pero una y otra circunstancia podian mui bien atribuirse, y se atribuian en efecto por el vulgo, á las distintas edades de las personas comparadas.

Así que la niña vió á Várgas, corrió acia él, y pagó con un sinnúmero de inocentes caricias las infinitas que le hizo el caballero.

—Juanito mio, ¿me quieres todavía? preguntó á Don Juan.—Sí, hija mia, mas que nunca. ¿Y tú á mí, Clarita?—Mucho, mucho.—Me alegro; pero ¿qué tienes? ¿Estás

llorosa ?—Sí, he llorado.—¿ Y porqué has llorado, ánjel mio ?—Porque tia Ines se ha ido y no me ha querido llevar.—¡ Hai tal ! Déjala que venga, verás como la reñimos.—Si ya no viene !—¿ Qué dices, Clarita ?—Que ya no viene en mucho tiempo.—¿ Quien te lo ha dicho ?—Papá.—Habrá sido por engañarte. Estará en misa, ó á comprarte dulces.—No lo creas, Juanito. Ha salido en un caballo, y dos señores la han ido acompañando.—¡ El cielo me valga ! ¿ Y cuando se han ido ?—Esta mañana mui tempranito.—Vaya, tú me engañas, Clarita.—No te engaño ; mira, y se han ido por la puerta del corral. Tia Ines lloraba, y papá estaba tan serio, tan serio, ¿ sabes ?—¿ No sabes donde ha ido ?—No, pero mui léjos. Ya se lo diré á la señora, que me hacen rabiar.

Estas últimas palabras de la niña ya no las escuchaba Don Juan, á quien la sorpresa y disgusto embargaban los sentidos, y tenian como fuera de sí.

Viendo Clarita que su Juanito, como ella decia, no contestaba, alzó el rostro para mirarle, y viéndole encendido como una grana, y con los ojos que, parecia, iban á saltársele del craneo, fué tanto lo que se asustó, que inmediatamente saltó al suelo, desde sus rodillas, en que estaba sentada, y se echó á llorar amargamente.

El mulato se acercó al instante, y con el ruido del llanto, volviendo Don Juan en sí, acudió á ver qué ocurria.

—¿Qué tienes, niña? ¿Porqué lloras?—Porque te has enojado conmigo—No, inocente, no; vamos, calla. Si sabes que te quiero. Un poco de agua para esta criatura, Domingo.

Este, que parecia conmovido, trajo un vaso de agua, y poniéndose de rodillas se le presentó á la niña en la mano; pero Clarita, apartándole de sí con mucho despego, le dijo:—Yo no bebo sin salvilla, Domingo.—Déjate ahora de eso, replicó Várgas, bebe.—No, no; papá y la señora no quieren.

Domingo sin replicar palabra echó una mirada en rededor de sí, y no viendo con qué suplir la falta de la salvilla, echó mano de su propio sombrero, y colocándole debajo del vaso se volvió á acercar á Clarita, quien á fuer de niña celebró con una sonrisa la invencion del mulato, y bebió.

Várgas en seguida le dió un beso, y prometiendo volver pronto echó á andar para el monasterio, resuelto á adquirir de un modo ó de otro noticias de su Ines.

Pero el destino lo tenia ordenado de otra manera. Ni el fraile ni el portero estaban en la celda, ni en parte alguna del monasterio.

No por esto perdia Don Juan la esperanza. Volvióse al meson, mandó ensillar los caballos, y montando, seguido de su criado, emprendió nada ménos que correr todas las cercanías de la villa, con objeto de descubrir la direccion que habian tomado Ines y los dos hombres que segun Clarita la acompañaban.

En esta penosa faena empleáron todo aquel

dia amo y criado. Aquí se hacia un labriego estúpido repetir veinte veces una pregunta, que al cabo no comprendia. Mas allá les contaban un cuento mui largo para decirles que tres dias ántes habian pasado por aquel paraje unos arrieros, pero que nada habian visto de lo que se les preguntaba.

En resúmen, á las oraciones no sabia Várgas otra cosa mas que lo que le dijo un trabajador, de que estando en las viñas habia visto á lo léjos tres caballerías; que en las dos de los costados le parecia iban caballeros dos hombres; pero que en la del medio no distinguió mas que un bulto negro ó carga. Lo único que el trabajador aseguró fué, que se dirijian por el camino de Medina del Campo.

Esta noticia era bien escasa y vaga. Lo natural hubiera sido volverse á Madrigal y tomar informes de Frai Miguel, pero la impaciencia de Várgas no conoció límites. Así, pues, envió á Pedro al monasterio con un recado para el vicario, suplicándole que valiéndose del mismo conducto le hiciese saber por escrito lo que pudiese sobre el viaje de Ines, y él continuó el suyo para Medina.

CAPÍTULO IX.

Hagámos un esfuerzo jeneroso;
Algun auxilio en nuestro mal busquémos;
Si el cielo nos le niega, perezcámos,
Que ménos malo, y doloroso ménos,
Es de una vez el renunciar la vida,
Que ser esclavos y existir sufriendo.

Cuatro leguas de Castilla que andar en un caballo cansado ya de correr durante un dia entero, es pesada taréa, y mas para el que aun volando hubiera creido andar despacio. Pero, mal que le pesase á Don Juan, le fué menester tardar seis horas en su camino, y llegar por consiguiente á su destino pasada la media noche, hora en que ya no se veia alma viviente por las calles, ni puerta alguna que no estuviera cerrada.

Ni el jinete ni el caballo habian tomado alimento alguno en todo aquel dia, y uno y otro estaban desfallecidos. Don Juan con el aturdimiento perdió el tino al ir á la posada en que acostumbraba parar, y cuando despues de andar media hora por calles y encrucijadas quiso recordar, ya se halló fuera de camino y enteramente desorientado. Lo peor del caso

fué, que á fuerza de dar vueltas se habia salido de la villa, y estaba á su parecer en el estremo opuesto al de su entrada.

¿Qué remedio? Volverse atras; pero el caballo dijo que no podia mas y se tendió. Don Juan, que felizmente no recibió lesion alguna en la caida, hubo de resignarse á esperar que con el alba pasara algun alma compasiva que ayudándole á desembarazar la pierna derecha que tenia debajo del caballo le sacase del purgatorio.

Dejamos á la consideracion del lector la desesperacion, las imprecaciones y penas del buen caballero, y por él y por nosotros nos apresurarémos á referir como salió de tan mala posicion.

Empezaba apénas á iluminar el horizonte la dudosa luz del crepúsculo, cuando el ruido de los pasos de algunos caballos en el estremo de la calle en que estaba tendido Várgas, le anunció que se aproximaba el instante de su libertad.

—¿Qué diablos está haciendo ahi? preguntó uno de los que venian.—¿No lo ve, pese á mi vida? respondió Don Juan: estoi preso debajo de este maldito rocin, que Dios confunda.—¡Ah! ¡ah! ¡ah! Y es verdad. Divertido está el buen hombre.—Lo que importa es que usted, señor hidalgo, me ayude á salir de aquí.—Vamos de prisa, hermano, no puede ser. A Dios.

—No daré un paso mas ántes de que se ayude á ese caballero á ponerse en pie, dijo en voz baja, pero con firmeza, una mujer que con los caminantes iba. Oido esto, los que la acom-

pañaban, sin replicar palabra echáron pie á tierra, y en breves instantes pusiéron en pie al pobre Várgas. Este, á pesar de lo mohino y mal trecho que se hallaba, se acercó inmediatamente á la dama, que permanecia á caballo, y con las mas corteses espresiones agradeció el favor recibido.

Miéntras él hacia su arenga montaban á caballo los que le habian auxiliado, y la dama, aprovechándose para no ser oida de ellos del ruido que hacian, dijo en tono apénas intelijible á Várgas: "El Domingo próximo á la oracion en el Cármen de Valladolid; si no el siguiente en la ermita de Madrigal."

Dicho esto, sin esperar respuesta, se alejó con viveza, y en seguimiento suyo fuéron los demas, que eran tres hombres á caballo.

.—Es Ines, no tiene duda. El Domingo próximo.... Bien; ¿pero no seria mejor seguirla ahora mismo? Sí por cierto.... El caballo no puede con su pellejo.... Esperémos, no hai otro remedio.

En ejecucion de tan loable y necesario proyecto echó Várgas á andar en busca de la posada, con la cual dió por fin, no sin trabajo; y por aquella vez triunfáron el cansancio y el hambre del amor y la inquietud.

Dejémosle descansar, que bien lo necesita, y veámos como Pedro desempeñó su comision.

Inmediatamente que se separó de su amo se dirijió al monasterio, mas le fué imposible ver por entónces al vicario, pues se le dijo que en

aquel momento se hallaba en el locutorio con la señora Doña Ana de Austria.

Pedro, paciente como el que mas, dijo que estaba bien, que esperaria; y en efecto esperó nada ménos que dos horas, al cabo de las cuales salió de su conferencia Frai Miguel, pero no solo, sino acompañado de Gabriel de Espinosa.

Como criado en casa de un título de Castilla, y acostumbrado por consiguiente á ver desde la infancia observadas rigorosamente las leyes de la etiqueta y distincion de jerarquías, no pudo ménos de sorprender estraordinariamente al sirviente de Várgas, que un pastelero gozase de tan alto favor, que una persona de sangre real le admitiese en su presencia, y nada ménos que por mas de dos horas.

No tuvo sin embargo tiempo de hacer reflexiones el criado, pues apénas le hubo visto el vicario se acercó á preguntarle qué se le ofrecia.

Como Gabriel estaba presente, Pedro no quiso decir el verdadero objeto que allí le tenia, y se contentó con decir que su amo le enviaba á informarse de la salud de su reverencia.

—Buena, á Dios gracias; dijo Espinosa, riéndose maliciosamente; mui buena: desde esta mañana acá, no ha sufrido alteracion. Hermano Pedro, desempeñad vuestra comision, que yo que soi quien lo impido me apartaré lo suficiente para no oiros; aunque es inútil, pues ántes de que hableis sé ya lo que vais á decir.

Quedóse Pedro al oir estas palabras como petrificado; y como el pastelero continuaba mi-

rándole con cierta espresion burlona, y hasta el fraile mismo, á pesar de su gravedad, dejaba ver en el rostro no poco de mofa, el pobre criado no acertaba á hablar.

Viendo esto, volvió Gabriel á tomar la palabra.—Andad, Pedro, y decid á vuestro amo que se vuelva á Valladolid, que no tardará mucho en tener noticias de la que deséa.

Miéntras que Espinosa hablaba así, Pedro, recobrando su espíritu, y llenándose del orgullo que la libréa de la casa ilustre de los Várgas le inspiraba, se indignó de que aquel miserable quisiese darle órdenes á su noble amo.

—Señor Gabriel, dijo en tono bastante animado, mi amo el señor Don Juan de Várgas no me ha dado para vos comision ninguna, ni sé yo qué relaciones pueda un pastelero tener con él, para tener la osadía de mandarle á decir lo que ha de hacer ó no hacer.

En tanto que hablaba Pedro se obró en la fisonomía de Espinosa una revolucion completa. A la espresion irónica sucediéron instantaneamente la gravedad, el desprecio y la cólera.

Sus cejas largas y pobladas se uniéron por un movimiento de contraccion en los músculos de la frente; los ojos le brotaban fuego, los labios se le pusiéron lívidos, y los dientes empezáron á chocar entre sí con violencia.

—Es claro, esclamó, no pudiendo ya contenerse: calla, ó pagas con la vida tu atrevimiento.

Y hablando así echaba mano á la daga de que ya hemos hecho mencion.

Pedro, que no era cobarde, y tambien llevaba una especie de cuchillo de monte, le empuñó para defenderse, y sabe Dios cual hubiera sido el resultado de aquella escena, á no haber interpuesto el fraile su mediacion.

—¡ Qué imprudencia, señor, qué imprudencia ! dijo, dirijiéndose al pastelero. ¿ Sabe acaso con quien habla ?—Teneis razon ; pero esto ya es insufrible. Prefiero mil veces la muerte á vivir así envilecido.—No está léjos el dia. Y vos, Pedro, retiraos, y dad á vuestro amo de mi parte el recado que habeis oido de boca del señor Espinosa.

Obedeció el criado, pero no fué sin estremada repugnancia y mayor admiracion.

" Este Gabriel, iba diciendo entre sí, Dios me lo perdone, pero no puede ser cosa buena ; y el padre, el padre, fuera de la corona, tampoco me fio mucho en él. Dios quiera que no le dén que sentir á mi pobre amo. En fin, yo soi mandado ; con obedecer cumplo, y sea lo que Dios quiera."

—Frai Miguel, dijo gravemente Espinosa despues que Pedro se hallaba á suficiente distancia para no poder oirle, ya lo veis, es preciso que termineis de una vez.—Señor.... —Hablad con Espinosa.—Pues bien, Señor Espinosa, usted sabe que no se perdona medio para llegar al deseado término. La señora Doña Ana....—No hablémos de ella : ¡ ojalá todos tuvieran su celo !—Yo....—Estoi satis-

fecho de vuestros servicios.—Ahora los demas....—Los demas, los demas, en todos hai morosidad, tibieza, y miedo sobre todo. Felipe y su inquisicion hacen temblar á los que yo tenia por mas valientes.—Cierto es que así sucede; pero no por eso debemos desalentar. Gracias á los sacrificios que la señora Doña Ana está pronta á hacer, habrá fondos con que hacer frente á los primeros gastos.—Yo no quiero que Doña Ana se desprenda de sus alhajas.—Sin embargo, es indispensable que así sea, so pena de renunciar para siempre á lo que de derecho es del Señor Gabriel de Espinosa. La comunicacion con nuestros amigos de Portugal es tan difícil, que raya en lo imposible. Los ajentes del monarca español tienen minada toda la nacion, y, dolor da decirlo, hai portugueses tan viles, que les sirven de espías. Usted sabe tanbien como yo las inmensas dificultades que han tenido que vencer los pocos que hasta aquí han llegado, y que estos vienen en estado de no poder contribuir mas que con su persona. Cuanto habia ilustre y amigo de usted en aquel reino ha sido proscripto, ya con un pretesto, ya con otro, y si alguno se ha salvado maravillosamente del naufrajio comun, se halla mas en disposicion de necesitar auxilio que de prestarlo. Todo esto es notorio á usted; tampoco se oculta á su penetracion, que son muchas las razones que le autorizan, y mas diré, le obligan á aceptar las ofertas de la señora Doña Ana. Señor, no hacerlo desde

luego no solo es desacertado, sino criminal.—¡Criminal, Frai Miguel! Os olvidais....—No me olvido, no señor; pero mi celo, mi santo ministerio, y la urjencia de las circunstancias, exijen que diga la verdad desnuda, aun á riesgo de enojar á usted, cosa que en otro caso no haria por cuanto hai en el mundo.

Durante el largo razonamiento de Frai Miguel se paseaba Espinosa por el claustro en que se hallaban, y el vicario le seguia hablándole si bien con enerjía, no por eso con ménos respeto. Gabriel dejaba ver en toda su persona el aire de un hombre acostumbrado á tales deferencias, y que por consiguiente las recibe sin orgullo ni admiracion.

Despues de algunos instantes de meditacion rompió el silencio el pastelero.

—Frai Miguel, meditarémos detenidamente esta noche vuestra proposicion, y sabreis mañana lo que resolvemos.

Por toda contestacion el vicario se inclinó humildemente, en señal de quedar enterado.

Espinosa, sin mirarle siquiera, continuó diciendo:—La adquisicion de Várgas nos va á ser preciosa. Su familia tiene prestijio y dinero; él es entusiasta y valiente, y estas dotes son mui á propósito para casos de esta especie.—Ciertamente, contestó el fraile; pero usted sabe sin duda que Don Juan deséa....—¿Y qué me importa á mí lo que Don Juan deséa? Sírvanos, que despues á cargo de nuestra munificencia queda el recompensarle.—Es que para que nos sirva como usted deséa, no hai

mas que un medio.—Ines. Lo sé, lo he visto ántes que vos. Desde el instante en que la vió se le trastornó la cabeza. Con mi larga peregrinacion he aprendido, Frai Miguel, á conocer los hombres. No es el oro, ni la gloria, ni las recompensas, la manera de gobernarlos; cada uno de ellos lleva dentro de sí el medio para servir de juguete al que sabe estudiarlos. Las pasiones, padre mio, son el resorte que hai que tocar: ser diestro en la fantasmagoría. Enseñad á cada uno en perspectiva y abultado el objeto á que su corazon le inclina, y los vereis corriendo tras de una sombra, abandonar todas las realidades posibles. La dificultad está en graduar la luz proporcionalmente á la vista de cada uno. Los hai que en una piedra ven un trono, ó un tesoro, ó una belleza, porque todo lo miran al traves del prisma de sus deséos. Para otros es necesario mas artificio; pero al cabo pocos son los que no caen en la red.— ¿Y está ya el Señor Espinosa resuelto á servirse de Don Juan?—El tiempo dirá lo que debe hacerse. Frai Miguel, quedad con Dios.—Él os guarde, como yo se lo ruego sin cesar.

Humillóse el fraile al decir esto; Gabriel inclinó lijeramente la cabeza, y saludando graciosamente con la mano, salió á paso largo del claustro.

Contemplábale el vicario inmóvil, y al perderle de vista esclamó en tono bajo y doloroso.

"¿Cuando se moderarán esa impetuosidad

y ese orgullo escesivo, que son los que nos han traido á este punto ? Jamas."

En tanto caminaba Pedro á Medina del Campo, adonde llegó mucho ántes que su amo se presentase en la posada, lo que le inquietó sobremanera, y sin duda se hubiera puesto en marcha de nuevo por adquirir noticias de él, si su montura, no ménos cansada que la de Várgas, se lo hubiera permitido. Gracias á esta circunstancia, halló Don Juan á su sirviente en la posada, y supo de él cuanto habia ocurrido con Frai Miguel y Espinosa. Y como el aviso de este convenia con la cita de Ines, desde luego resolvió el hermano del marques regresar á Valladolid ; sin embargo, ántes pasó por la hacienda á que supuso se dirijia su viaje, y dando en ella las disposiciones convenientes se encaminó á la residencia de su hermano.

CAPÍTULO X.

. . . . . ¿ Y su frente
Pudo hollar impudente
La vil posteridad con lauros de oro ?
(Quintana. *Oda á Padilla.*)

Don Juan de Austria, hijo natural del emperador Cárlos V., primer rei de su nombre en España, tuvo fuera tambien de matrimonio, en una señora madrileña, dos hijas, de las cuales una era la Señora Doña Ana, monja profesa en el monasterio de Santa María la Real de la villa de Madrigal.

La misma política estrecha, mezquina y tiránica que jamas concedió al vencedor de Lepanto las prerogativas de infante de España, que impidió siempre los distintos enlaces que se le ofrecian á aquel príncipe, verdaderamente grande, y que por último abrevió acaso sus dias en medio de la juventud y de la gloria de que en Flándes se estaba cubriendo; esa misma hizo monja á Doña Ana.

Bien conocia el malogrado héroe el carácter suspicaz, sombrío y cruel de su hermano, y la

prueba de ello es, que tuvo siempre oculta la existencia de sus hijas, hasta que en la hora de la muerte confió aquel secreto á su digno amigo el Duque de Parma Alejandro Farnesio, capitan insigne, príncipe magnánimo, y sobre todo modelo de los caballeros de su siglo.

Imposible hubiera sido ocultar á Felipe II que su hermano dejaba dos hijas, por razones que, sobre ser mui obvias, serian harto prolijas de esplicar; hízoselo, pues, saber Farnesio, recomendándoselas en su nombre, y en el del difunto príncipe. La conducta del rei fué en aquella ocasion precisamente la misma que habia usado con Don Juan de Austria. Recibió la noticia con agrado, acojió á las huérfanas con hipócrita afabilidad, y al poner su mano sobre sus cabezas, como para bendecirlas, puede asegurarse que impuso sobre el cuello de aquellas dos inocentes el yugo de hierro que habia de agoviarlas toda su vida.

Cobarde, como su padre valiente; cruel, como aquel jeneroso; y fanático, como relijioso era Cárlos, ningun crímen arredraba á Felipe cuando se trataba de su seguridad, de su venganza, ó de los mal entendidos intereses de su relijion.

Parricida en el príncipe Don Cárlos, fratricida en Don Juan de Austria, ¿qué podia esperarse que hiciese con sus sobrinas?

Relativamente hablando, su conducta con ellas fué escelente, pues se limitó á sepultar á ambas en el claustro, contentándose con estin-

guir así la descendencia de un hombre que aun muerto le causaba celos.

Por lo demas, la Señora Doña Ana habia recibido la promesa de ser prelada de su monasterio, y entre tanto vivia en él con la posible independencia. En vez de estar reducida como las demas relijiosas á una sola celda, tenia una habitacion espaciosa y decorosamente amueblada. Concediósele un locutorio aparte para dar audiencia en él; conservó el tratamiento de Escelencia, y sus obligaciones se limitáron á la asistencia al coro, y aun de esta se podia dispensar siempre que le acomodaba. Dos relijiosas profesas, ambas nobles de nacimiento, servian inmediatamente á su persona, y otras varias legas desempeñaban los oficios mecánicos de su obligacion. En una palabra, sus grillos se doráron con esmero, mas no por eso dejáron de ser grillos.

La figura de la Señora Doña Ana era como la de la mayor parte de las hembras de la casa de Austria, mas bien imponente que bella, mas majestuosa que afable; pero no así su carácter, verdaderamente anjelical.

Educada por su madre en el mayor recojimiento, y habituada á una vida monótona y silenciosa, de la cual salió para entrar en el claustro, su espíritu habia tomado cierta tendencia á la meditacion, que dejándose ver en su rostro, hacia mui á menudo parecer que estaba en éxtasis.

No hallando en el momento de desenvolverse la sensibilidad en su corazon objeto en

que emplearla, naturalmente recayó toda ella en su madre y en sus augustos parientes; pero esto no bastaba. La juventud busca siempre un objeto ideal, no siendo suficiente la imperfeccion de los que le rodéan á satisfacer sus inmensos deséos. Para los que viven en libertad se encarga el amor de realizar estas ilusiones, y las realiza en efecto, si bien suele pagarse la corta felicidad que proporciona con amargos desengaños; pero la infeliz relijiosa, ¿qué recurso tiene? La devocion.

Cuando esta es síncera, cuando no se limita á prácticas ridículamente supersticiosas, sino que va acompañada de una fe pura, de una conciencia tranquila y un corazon sencillo, ¡dichoso el que la ejerce! En ella encuentra refujio y esperanza, consuelo y remedio para todas las calamidades de la vida.

Doña Ana, pues, era devota, sínceramente devota; y si bien tenia todas las supersticiones que pocos dejaban de tener en España en aquel siglo, habia por lo ménos en lo íntimo de su corazon un fondo inagotable de piedad, y aun de tolerancia; virtud verdaderamente rara en la época en que vivió.

Sin embargo, á pesar de toda su devocion, á haber estado en su mano decidir de su suerte, no hubiera seguramente tomado el hábito. La naturaleza la habia hecho mas para madre de familia que para relijiosa, y ella misma lo conocia. La vista de un niño producia en aquella señora una sensacion difícil de esplicar. Sin que la reflexion bastase á

impedirlo, suspiraba, contemplando cuan sin culpa ni voluntad se veia obligada á renunciar hasta á la esperanza de recibir nunca las inocentes caricias de que veia colmadas por sus hijos á otras mujeres.

Entónces hubiera querido haber debido el ser á un oscuro jornalero, y ser dueña de su persona, mas bien que ser hija de un príncipe de la ilustre casa de Austria á tanta costa.

Por mas esfuerzos que hagan la supersticion y el fanatismo para violentar la naturaleza, su voz se dejará siempre oir en el fondo de nuestros corazones; y las desdichadas víctimas de las instituciones de los hombres, luchando entre la fuerza de sus propios sentimientos y los errores que una educacion viciosa les haya imbuido, vivirán en perpetua y espantosa agonía.

¿No es ya tiempo de que desaparezcan de las naciones cultas tan monstruosos abusos?

Tales eran las disposiciones y situacion de Doña Ana, cuando Frai Miguel, nombrado vicario de su monasterio, y su confesor, se presentó en Madrigal.

Uno y otro tardáron poco en hacerse justicia respectivamente, y de aquí resultó entre ambos la mas estrecha y sincera amistad.

Frai Miguel amaba á Doña Ana como un padre á su hija, y no podia ménos de ser así, porque aquella señora habia heredado todas las escelentes cualidades del infeliz príncipe á quien debia el ser.

Poco tardáron en no tener secretos el uno

con el otro. El vicario supo de boca de Doña Ana lo que sobre sus sentimientos hemos dicho ya; y la noble relijiosa recibió la confianza de las penas que atormentaban á Frai Miguel, y de que aun no hemos hablado.

Ya hemos dicho que el vicario de Santa María, ántes de serlo, habia sido confesor del rei Don Sebastian de Portugal, y todo el mundo sabe qué este monarca, habiendo hecho, contra el dictámen de todos sus consejeros, ó al ménos de los mas hábiles, una espedicion á Africa, desapareció en una batalla que dió delante de Tánjer, en la cual fuéron los cristianos completamente derrotados, sin ser posible encontrar el cadáver del rei entre los demas ni saber su paradero.

El cardenal Don Enrique ocupó entónces el trono de Portugal, y habiendo muerto sin sucesion, á pesar de haber obtenido del papa dispensa de sus votos para casarse, le sucedió en la corona Felipe II, en virtud de sus derechos, apoyados en un ejército que, á las órdenes del Duque de Alba, derrotó á Don Antonio, prior de Crato, príncipe que los portugueses hubieran preferido con razon al rei de España.

Pero á pesar de que todo esto sucedia, suponiéndose como cierta la muerte del rei Don Sebastian, no faltaban en Portugal personas que creyesen que aun existia. Y esto no solo entre el vulgo, sino en las clases mas elevadas del Estado.

En el número de los que seguian esta opinion

se hallaba Frai Miguel, fundándola en la circunstancia positiva de que no habia uno solo de los que habian escapado con vida de la batalla, que dijese que habia visto morir al rei, y sí alguno que aseguraba que se habia retirado herido gravemente con direccion á la costa.

Ademas, durante el corto reinado de Don Enrique corriéron distintas veces rumores de que Don Sebastian se habia presentado, ya en un punto, ya en otro de la costa, siendo de observar que tanto el rei cardenal como Felipe II, cada uno en su tiempo, castigáron con la mayor severidad, no solo al que decia haber visto en vida á Don Sebastian, sino aun á aquellos que se limitaban á opinar que era posible que no hubiese muerto.

Si la historia de Felipe no ofreciese en cada una de sus pájinas mil pruebas de su hipocresía, su conducta en esta ocasion bastaria solo á destruir la cualidad de eminentemente relijioso con que sus parciales han querido honrarle. Un hombre timorato cualquiera,da á cada uno lo que lejítimamente le pertenece; y cuando las circunstancias le hacen dueño de un objeto al cual pueda parecer dudoso su dominio, no descansa hasta aclararlo, porque prefiere la tranquilidad de su conciencia á cuantos tesoros encierran las entrañas de la tierra.

Tal vez se dirá que en política hai ocasiones en que los principios de la estricta justicia deben plegarse á las circunstancias del momento, y que acaso de una pequeña infraccion de ellos, en perjuicio de uno ó de algunos parti-

culares, resultan bienes infinitamente superiores á la masa. Esto se ha dicho hace muchos siglos, se dice en el nuestro, y se dirá en los futuros, siempre que los gobiernos quieran, ó por malicia ó por ignorancia, infrinjir los pactos sociales, que tácitos ó espresos existen en todas las naciones, inclusa la Turquía, donde lo es el Alcoran; pero como no porque todos digan una cosa, por eso es buena, habrán de permitirnos que les digámos humildemente nuestra triste opinion, y es que en jeneral jamas de una mala accion resulta un bien; que si tal vez á primera vista aparece así, es indudable que examinada la cosa á fondo y despacio, se hallará que no es lo que parece; y por último, que al mismo resultado, aun suponiéndole bueno, se hubiera podido llegar sin cometer el crímen, con un poco mas de paciencia y de trabajo.

De cualquiera modo, Felipe procedió siempre con su severidad característica contra todos los sebastianistas, y era igual el placer que su corazon de tigre recibia viendo quemar vivo al infeliz que acaso cantó por distraccion

"Si ha venido ó no ha venido.
¿El Mesías prometido?
No ha venido."

ó se mudó de camisa un Sábado, ó tuvo la desdicha de no nacer aficionado á la carne de cerdo; que al que era bastante osado para decir que su penúltimo rei acaso aun viviria.

No conociamos en aquella época los españoles la sutil invencion de la policía, mas en cambio teniamos la inquisicion, que no le iba en zaga, y aun le llevaba ventajas, y no pocas.

Gracias á las luces del siglo, la policía encuentra pocos delatores fuera de la clase abyecta de la sociedad, y aun en ella se avergüenzan los hombres de ser ministros de tal institucion.

Por el contrario el difunto santo oficio, desde el monarca hasta su último vasallo, contaba con otros tantos servidores. Las personas reales se honraban llevando un hacecito de leña para freir á algun desventurado hereje; una junta de sus calificadores decidió de la suerte del príncipe de Asturias Don Cárlos.

Los grandes de España ansiaban verse alguaciles mayores, y desempeñar otros oficios del nefando tribunal.

La cruz verde de familiar condecoraba el pecho de un número considerable de nobles y funcionarios públicos.

En una palabra, no parece sino que eclesiásticos y seculares, nobles y plebeyos, toda la nacion, en fin, quiso hacerse cómplice de los millares de asesinatos jurídicos cometidos por la inquisicion; al paso que la mayor afrenta que hoi puede hacérsele á un hombre es llamarle *esbirro*.

Frai Miguel, despues de haber sufrido valerosamente la mas cruel de las persecuciones, y llevado con resignacion la reclusion en que se le tuvo algunos años, aprendió á ser cauto.

Cesó de hablar de su malogrado rei, é interpretándose su silencio como prueba de hallarse convencido de la muerte de Don Sebastian, lográron sus valedores, no sin trabajo, que se le pusiera en libertad y se le agraciase con el vicariato de Santa María, destino, á la verdad, poco apetecible para un provincial, pero preferible siempre á un encierro.

Allí, como hemos dicho, encontró á la Señora Doña Ana, y se interesó por ella vivamente tan luego como llegó á conocer sus escelentes prendas.

La hija de Don Juan de Austria se consideraba, con razon, como víctima de la política de su tio el rei, y así Frai Miguel llevaba en el mero hecho de ser perseguido por el mismo una gran recomendacion para ella.

Las conversaciones entre el portugues proscripto y la relijiosa, versaban constantemente sobre dos solos puntos: la gloria y desgracia del vencedor de Lepanto, y la aciaga batalla de Tánjer.

Insensiblemente las opiniones del vicario, sobre esta última materia, fuéron inculcándose en Doña Ana, de modo que á mui poco tiempo llegó á ser tanto ó mas celosa sebastianista que él mismo. Si Frai Miguel hacia una penitencia, una oferta cualquiera á un santo para lograr por su mediacion la deseada vuelta de su rei, Doña Ana no solo le imitaba, sino que en ocasiones llegaba á sobrepujarle en celo. Una rica lámpara de plata ardia de continuo en el coro alto de su monasterio, ante una

imájen de nuestra Señora, en muestra del ardiente deséo que la hija de Don Juan de Austria tenia de ver restituido á su trono al rei Don Sebastian. Jamas oraba sin dirijir al cielo repetidas súplicas con el mismo fin; y en resúmen, su pensamiento dominante, único mas bien, era el del regreso de aquel malhadado príncipe á su pais.

Pero la verdad nos obliga á decir, que ademas de la compasion que las desgracias del rei de Portugal inspiraban al sensible corazon de la augusta relijiosa, y del cariño que le profesaba por ser hijo de la princesa Doña Juana, hermana predilecta de su padre, habia un motivo, tal vez mas poderoso, para que Doña Ana se interesase tanto en que Don Sebastian viniese y volviese á reinar.

Era este motivo la persuasion en que se hallaba, gracias á los continuos y repetidos esfuerzos que para ello hizo Frai Miguel, de que en el caso de verificarse lo que tanto deseaba, y de contribuir aquella Señora tan eficazmente como pensaba hacerlo al restablecimiento de la independencia de Portugal, Don Sebastian obtendria del Sumo Pontífice para la Señora Doña Ana la dispensa de sus votos, y se uniria á ella con el lazo del matrimonio.

Preciso es confesar que el vicario en esta ocasion prescindió un poco de su carácter, habitualmente candoroso, y fué político en toda la estension de la palabra, ofreciendo á la vista de la reclusa una perspectiva tan halagüeña, que no podia ménos de obligarla á entrar en

sus planes, y prometiendo mas acaso de lo que hubiera podido cumplir, aun cuando Don Sebastian no hubiese en efecto muerto y pudiera recobrar su corona, ambas cosas por lo ménos harto problemáticas.

Pero háblesele á un amante de estrechar entre sus brazos á la que ama; á un prisionero, de recobrar su libertad: por mas incierto, por mas peligroso, y acaso imposible, que al indiferente parezca conseguir lo uno ó lo otro, á los interesados no les parece nunca que ofrece la menor dificultad, y apénas tocando la barrera de diamante que el destino opone á sus deséos, creen en ella.

Tal fué el caso de la Señora Doña Ana. A las primeras insinuaciones que el vicario le hizo sobre la materia, su fantasía se inflamó. Aquel corazon, á quien jamas la idéa del amor se habia presentado sino asociada con la del crímen, pudo, al fin, concebir la esperanza de amar un dia sin delito, y de amar á un guerrero esforzado, célebre por su valor y sus desgracias, y rei en fin.

Recobrar de una vez la libertad, sus derechos de mujer, la clase en que su ilustre nacimiento la colocó, salir de la estrechez del claustro al esplendor del trono, y sacudir las cadenas de Felipe, eran para Doña Ana consecuencias inmediatas y precisas de la aparicion de Don Sebastian.

¿Qué mucho que con tales esperanzas no dejase en sosiego á un solo santo del cielo para conseguir se realizasen?

Sin embargo, empezó por oponer algunas resistencias al proyecto del matrimonio; y como Frai Miguel, conociendo que aquello solo era por el bien parecer, insistiese sin cesar en ello, acabó por convenir en que se prestaria, *aunque con repugnancia, á los deséos de su augusto primo, y á las órdenes del Santo Padre.*

Conformidad admirable, tanto mas cuanto su augusto primo probablemente no existia, y el *Santo Padre* en lo que ménos pensaba era en sacarla de su monasterio.

Ademas de la señora Doña Ana, contaba Frai Miguel en el monasterio con el amor de casi todas las relijiosas, á quienes su vida austera y penitente habia inspirado una veneracion sin límites; y desde que se hallaba en Madrigal habia vuelto á anudar algunas relaciones en Portugal con la mayor cautela y tan buena maña, que logró sustraer su correspondencia á la vijilancia de los ajentes de Felipe.

Valióse para ello de un médico portugues establecido en el mismo Madrigal, de quien en lo sucesivo tendrémos ocasion de hablar.

Este era el estado de Frai Miguel y la Señora Doña Ana, cuando Don Juan de Várgas se presentó en Madrigal por la vez primera.

CAPÍTULO XI.

Los dias que apresurado
Quieres hora apresurar
Un tiempo te ha de pesar
Que hayan tan presto llegado.

Los dias que trascurriéron hasta el Domingo en que Ines habia prometido á Don Juan de Várgas verse con él á la hora de la oracion en el Cármen de Valladolid, caminár on para el impaciente amante con una lentitud insoportable.

Todas las tardes su paséo, sin preceder deliberacion, era acia el lugar de la cita, y en él su ocupacion calcular hasta por minutos el tiempo que debia trascurrir hasta el deseado instante. Triste condicion la del hombre, que con ridícula inconsecuencia deséa abreviar el curso de su corta vida por acelerar tal época de placer que acaso nunca llega.

Cinco dias mortales se pasáron hasta que amaneció el Domingo señalado. Don Juan oyó misa en el Cármen, se paseó hasta la hora de comer á sus inmediaciones, y por la tarde volvió tambien al mismo paraje.

La oracion sonó: en lo que ménos pensó Várgas fué en rezar. Recorrió con la vista la larga estension del Campo Grande, que así se llama el paraje en que se halla en Valladolid el convento del Cármen; pero aunque en él vió diferentes personas, ninguna se acercó al punto convenido en largo tiempo.

Por fin, dos hombres embozados hasta los ojos, y dejando ver por debajo de las capas cada uno una espada de tremenda lonjitud, se dirijiéron al pórtico del convento con aire, aunque resuelto, cauteloso.

Don Juan los miró un momento; pero preocupado con la idéa de ver venir á Ines, apénas paró la atencion en aquellos dos hombres. Por su parte los embozados parece tampoco hiciéron reparo en él, y diéron vuelta á aquellos alrededores, rejistrándolos escrupulosamente, con el objeto sin duda de buscar en ellos á alguna persona, ó de asegurarse de que ninguna habia oculta. Terminado este exámen, que fué de bastante duracion, uno de ellos se acercó á Várgas, que tambien iba embozado, y sin saludarle, ni andar en mas ceremonias, le dijo:

—Amigo, háganos el gusto de despejar el campo, que habemos menester estar solos.

El hermano del marques, impaciente con la tardanza de su amada, contrariado ademas con la importuna llegada de aquellos hombres, y poco acostumbrado á verse tratar con tan poca cortesía, sintió impulsos de responder á estocadas á tan grosera intimacion; pero re-

flexionando que empeñar entónces una querella, era lo mismo que imposibilitarse de ver á Ines, se contuvo, no sin trabajo, y respondió con aparente flema:

—Caballeros, un negocio de importancia me impide darles gusto por ahora. Tal vez me convendria á mí tambien estar solo; mas por amor de la paz me convendré á que vuesas mercedes estén aquí tambien.

Iba el que dió principio á esta conversacion á responder no sabemos qué, cuando el otro embozado, que hasta entónces habia permanecido á alguna distancia, acercándose precipitadamente á su compañero, le dijo:—Ó el oido me engaña, ó ese hombre es Don Juan de Várgas, y á fe que me alegrara.—Alegraos, pues, replicó el amante de Ines, mostrándole el rostro á descubierto, que yo soi en persona.

—¿Qué vais á hacer? esclamó el que primero habia hablado de los dos.—Lo vereis, respondió el segundo; y separándose de él, y dirijiéndose á Don Juan, continuó diciendo:—Si no ando errado, Señor Don Juan, vos amais á una mujer que tiene por nombre el de Ines.

Toda la sangre de Várgas se inflamó al oir tal interpelacion. El que entónces le hablaba, ni era Espinosa, ni Frai Miguel, y solo ellos dos y su criado Pedro tenian algun indicio de sus amores. ¿Como, pues, aquel desconocido se mostraba tan al corriente de ellos? "Es un rival, dijo para sí: solo un rival, y rival favorecido, puede saber que yo amo á Ines."

El raciocinio no era mui exacto; pero de

tal modo se le asentó en la cabeza á Don Juan aquella idéa, que desde luego se resolvió á reñir con aquel hombre, y así le contestó con sobrado desabrimiento:

—Señor mio, no estoi acostumbrado á dar cuenta de mis pensamientos al primer impertinente que tiene la osadía de venir á interrogarme; y así, si no quereis llevar respuesta de que os pese, idos norabuena, y dejadme en paz.—Esa arrogancia podrá convenir con vuestros criados, pero no con los que cuando ménos son tanto como vos.—Si en efecto sois caballero, replicó Várgas lleno de ira, yo os responderé como conviene. Y al acabar estas palabras echó mano á la espada.

No anduvo perezoso su contrario, pues empuñó la suya diciendo:—A esto queria yo venir á parar.—Hubiéraislo dicho desde luego, y ahorraramos palabras, repuso Don Juan ya riñendo.

Su enemigo, para pelear, hubo de desembozarse y dejar ver un rostro de hombre en estremo blanco. El cabello era rubio y rizado, los ojos azules, y la fisonomía, aunque podia pasar por bella, sin embargo carecia de viveza y gracia.

Várgas reñia con serenidad, pero airado; su antagonista con valor, pero sin gran vehemencia. Ambos eran jóvenes, robustos, y diestros, al parecer, en el manejo de las armas.

El embozado que primero habló, aunque daba de cuando en cuando algunas muestras de descontento por lo que presenciaba, per-

maneció inmóvil en su puesto, hasta que despues de dos minutos de peléa, su compañero, estrechado vivísimamente por Várgas, empezó á perder terreno. Entónces sin consideracion alguna sacó tambien su espada y cerró con Don Juan. Este, viéndose de repente con dos enemigos en vez de uno, se sorprendió algun tanto, y dió lugar á que su nuevo adversario le hiriese, aunque levemente, en la mano izquierda. Empero al ver correr su sangre tan alevosamente derramada, la ira le dió nuevas fuerzas, y echando prontamente mano á la daga, de que hasta allí desdeñó de hacer uso, se dió tan buena maña, que no solo mantuvo á suficiente distancia de su cuerpo los aceros de sus enemigos, sino que tuvo la fortuna de desarmar al que provocó la riña, haciendo saltar su espada á mas de cuarenta pasos.

Pero aquel triunfo hubo de serle funesto, pues el desarmado, furioso con el desman que le sucedia, corrió en busca de su arma, y volviendo con ella iba á atacar á Várgas por un costado, esperando que ocupado en combatir con su compañero no lo echaria de ver. Engañóse en esto. El hermano del marques no era novicio en las armas, y como mas de una vez se habia visto en Flándes en lances cuando ménos tan apurados como aquel, conservaba la misma serenidad que si estuviera sentado á la mesa de su hermano. Calculando con razon que de hombres que peleaban dos contra uno todo lo malo podia esperar, no

perdió de vista al desarmado, y observando su marcha le conoció la intencion. Reconociendo, pues, el terreno con una rápida ojeada, empezó á retirarse con tanto acierto, que en un instante se halló con las espaldas guardadas por el convento, y su enemigo vió frustrarse la esperanza de acabar con él traidoramente.

La pérfida conducta de aquellos dos hombres se avenia mui mal con el valor con que peleaban, porque en realidad lo hacian como hombres decididos, y que no empezaban entónces á manejar la espada.

Mas de siete minutos duró aquella lucha desigual; en ella recibió Don Juan la herida de que hemos hablado, y sus dos enemigos no se hallaban mejor parados, pues el rostro de uno estaba cubierto de sangre, y el otro recibió una estocada en un muslo.

Sea por las heridas, sea por cansancio, ambos se retiráron simultaneamente al cabo de este tiempo como á unos seis pasos de Várgas, y este, demasiado fatigado para perseguirlos, aprovechó con gusto aquella ocasion de recobrar sus fuerzas.

Los tres con las puntas de las espadas apoyando en tierra, respirando apénas, y con la vista clavada en el enemigo, hubieran parecido estatuas, si la sangre que corria por sus vestidos no demostrara que eran hombres.

Es probable que la peléa se hubiera renovado, y tal vez terminado con fatal éxito para Várgas, si á poco de hallarse los tres actores de aquella escena en la disposicion que hemos

dicho, no apareciera entre ellos una mujer, cubierta con un manto negro, pero que á pesar de él conoció desde luego Várgas por Ines.

La pastelera de Madrigal, que no esperaba hallar en aquel sitio á Don Juan cubierto de sangre, y en disposicion tan hostil, dió muestra de su sorpresa y sentimiento con un profundo suspiro, que fué el que advirtió de su presencia á su amante y á sus dos enemigos.

—Señor Don Juan, ¿qué es esto, qué es esto? preguntó Ines.—Esto es, señora, dijo el provocador de Várgas, sin dar lugar á que este respondiese, esto es un efecto de vuestra acertada eleccion.—Decid mas bien, replicó la morena con dignidad y fuerza, de vuestra inconcebible imprudencia, de vuestra ridícula obstinacion, por no decir otra cosa.—Podeis gloriaros, Ines, esclamó Don Juan, de tener un amante en ese hombre digno de figurar en una banda de salteadores. Mirad el denuedo con que esos hombres han tirado la espada contra uno solo; y es lástima, en verdad, que no hayais presenciado el valor con que trataban de asesinarme por la espalda.

La acusacion era demasiado cierta, y en el fondo de sus corazones era imposible que los embozados dejaran de conocer su justicia; pero hallándose una mujer presente no les pareció decoroso convenir en ella, y así el que primero riñó, contestó lleno de ira real ó aparente:

—Mentís como un bellaco.—Miserable, gritó Don Juan, yo castigaré tu insolencia; y

diciendo y haciendo acometió con no vista furia á su enemigo, quien no dejó de defenderse bizarramente. Su compañero, que como ya se ha visto, nada tenia de escrupuloso, iba tambien á tomar parte en la peléa; mas Ines, advirtiéndolo con tiempo, se arrojó sobre él tan de improviso, que le arrancó la espada de las manos, y separándose algun tanto le presentó la punta de su propio acero á dos dedos del pecho, diciéndole:

—Cobarde, por la vida del rei te juro que te atravieso si das un paso mas. No, en mi presencia no asesinareis á un caballero. Pelée en hora buena con uno, ya que tan locos sois que buscais vuestra perdicion y la nuestra; pero con dos no será miéntras yo pueda impedirlo.

Entre tanto peleaba Várgas con singular denuedo, y su enemigo no se defendia con ménos. Mas como ambos estaban ya cansados, apénas tiraban golpe peligroso, y si lo hacian no encontraban dificultad en parárselos recíprocamente.

A poco de haberse empezado este nuevo combate, Ines que en medio de su singular posicion conservaba una admirable serenidad, esclamó: "La justicia, caballeros, la justicia."

Los que reñian suspendiéron su combate, y el desarmado, volviendo atras la cabeza, vió en efecto que ya á la mitad de la distancia que media entre el convento del Cármen y la calle de Santiago se percibia á la luz de una gran linterna que traian un grupo de siete á ocho

personas que probablemente habrian oido el ruido de las espadas, segun la prisa con que caminaban.

La justicia es, repitió aquel hombre; huyámos.—Señor Don Juan, dijo el otro, ya veis que por ahora no es posible terminar este asunto; yo buscaré ocasion en que podámos hacerlo sin temor de ser interrumpidos.—Y entónces, respondió Várgas con amarga ironía, procurad llevar otros dos ó tres amigos, por si no bastareis solo.

No replicó á esto aquel hombre, ya por no tener qué, ya, y es lo mas cierto, porque los de la linterna se acercaban tan de prisa que no daban lugar á ello. Lo que hizo, pues, fué envainar su espada, y seguido por su compañero echó á andar con bastante celeridad á pesar de su herida.

Ines, llegándose á su amante, le dijo:—Don Juan, las apariencias me condenan, pero cuando las circunstancias lo permitan yo os haré ver mi inocencia; por ahora me es fuerza retirarme.

Miéntras la pastelera hablaba así, los que huian, advirtiendo que no los seguian, hiciéron alto, y uno de ellos volviendo la cabeza dijo en voz alta: "Vamos, señora." Obedeció Ines, y Don Juan despechado esclamó: "Seguidlos, señora, seguidlos, que ya yo quedo satisfecho de vuestro amor."

Aunque hubiera querido la morena replicar no se lo permitieran sus impacientes compañeros, que asiéndola cada uno por un brazo

tardáron poco en desaparecer á la vista de Várgas, gracias á la oscuridad de la noche.

Un momento despues los de la linterna, haciendo alto como á unos veinte pasos de nuestro caballero, que apoyando la espalda á los muros del convento, y con la espada en la mano, permameció inmóvil, diéron el acostumbrado grito de ¿quien va á la ronda?—Un hombre solo, un caballero, respondió Don Juan.

Animados con esta respuesta, los ministros de justicia, que tales eran en efecto, se acercáron á Don Juan, y formáron círculo en rededor de él.

—La espada, dijo ya entónces el que capitaneaba aquella jente, y por el traje parecia majistrado.—¿Y quien me la pide? preguntó Várgas.—El rei nuestro señor (aquí el juez, sus ministros y Várgas se descubriéron la cabeza respetuosamente), y en su nombre Don Rodrigo Santillana, su alcalde del crímen en la real chancillería de Valladolid.—Tomad, pues, señor alcalde, aunque ignoro la causa porqué se me pide.—Vuestro nombre y profesion.—Don Juan de Várgas, caballero y capitan de caballos, hermano del marques de*** para serviros.—Tomad vuestra espada, señor caballero, que de persona de tan honrado linaje no es de sospechar accion villana, y seguidme si os place.

Recibió Don Juan su espada, y tomó con el alcalde la vuelta para Valladolid. En el tránsito le dijo Don Rodrigo que habiendo salido aquella noche á hacer su ronda, y entrando en

el Campo Grande, le llamó la atencion oir acia el Cármen ruido de espadas, y que como aquel era el paraje en que á tales horas salian los caballeros irritados, habia acudido á él, deseoso de evitar, como era de su obligacion, cualquiera desgracia. Don Juan contestó, que él habia acudido allí para cierta cita, y que sobreviniendo impensadamente dos desconocidos, y queriendo arrojarle del sitio con brutal grosería, negándose él á hacerlo, le acometiéron ambos, hiriéndole, como se deja ver; que habiendo advertido uno de sus enemigos que se aproximaba la justicia, y avisádoselo al otro, echáron ambos á huir; y que él, no teniendo motivo para hacerlo, permaneció firme allí hasta la llegada de la ronda. Por último, Várgas concluyó protestando que estaba pronto á seguir á Don Rodrigo á la prision si á ella queria llevarle, pero que no le parecia justo se atropellase á un hombre principal por haber defendido su vida contra dos asesinos.

Don Rodrigo Santillana, que era un buen majistrado, pero mui cortesano y ambicioso, aprovechó con gusto aquella ocasion de adquirir la poderosa proteccion de la familia de los Várgas, aunque bien conocia que era á espensas de lo que la justicia exijia, pues al cabo á Don Juan se le habia hallado á deshoras y casi en despoblado con la espada ensangrentada en la mano, y herido ademas. Su deber era retenerle en prision hasta averiguar su inocencia; su interes le aconsejaba creer en ella

desde luego, y este, como sucede con frecuencia en tales casos, triunfó entónces tambien.

El alcalde, pues, dió desde luego entero crédito á cuanto Don Juan le dijo, y escusándose humildemente de haberse visto precisado á tratarle al principio con poca cortesía, no solo le declaró que estaba libre, sino que quiso acompañarle, y le acompañó en efecto con toda su ronda hasta la puerta de la casa de su hermano el marques. Verdad es que en esto último se encerraba tambien el designio de cerciorarse de que Don Juan era realmente la persona que habia dicho ser, lo que vió confirmado plenamente con el respeto con que los criados le recibiéron.

Finalmente, Várgas y Santillana se despidiéron los mejores amigos del mundo, y con la promesa de volverse á ver mui presto. El primero se retiró á devorar sus penas en el silencio de su estancia, y el segundo á buscar con sus ministros en las calles de Valladolid algun plebeyo descarriado en quien compensar con el rigor la induljencia escesiva que habia usado con el noble capitan de caballos.

CAPÍTULO XII.

Todo es ya por demas: ¿ Qué soi ahora ?
(QUINTANA, *Pelayo.*)

RAYABA el Sol en el mas alto punto de su diaria carrera iluminando con sus rayos las vastas llanuras de Castilla la Vieja, cuando por tercera vez pisó el suelo de Madrigal el enamorado y mal contento Don Juan de Várgas, ocho dias despues de la noche en que con motivo de los acontecimientos del Campo Grande le dejó en su casa el alcalde Don Rodrigo Santillana.

Empleó los siete primeros en hacer en todo Valladolid las mas esquisitas dilijencias para encontrar á su dama, recorriendo con este objeto cuantas posadas públicas ó secretas él conocia, ó sus amigos le indicáron; mas no solo no dió con ella, sino ni tampoco con el menor indicio de haberse aposentado en ninguna.

Tan cautelosa manera de proceder, las relaciones de aquella mujer con los hombres que le atacáron en las inmediaciones del convento

del Cármen, y sobre todo su dependencia del pastelero Gabriel de Espinosa, no podian ménos de debilitar el ventajoso concepto que otras circunstancias le habian hecho formar de ella; y no hai duda que á no estar tan ciegamente enamorado, bastarian á separarle de ella enteramente. Pero ya en su posicion, cada reflexion que le ocurria en contra de Ines no producia otro resultado que el de hacer mas penoso su estado, exasperarle por consiguiente, y llevarle á ser capaz de cometer los mayores escesos por salir pronto de la intolerable incertidumbre en que vivia.

Vista, pues, la inutilidad de sus pesquisas en Valladolid, marchó á Madrigal, resuelto á obtener de Ines, si acudia á la ermita en cumplimiento de su oferta, esplicaciones terminantes, y quedar de acuerdo con ella en unirse ó separarse para siempre.

La promesa que habia hecho á Frai Miguel, de no dar paso ninguno en el asunto sin acudir á su mediacion, no fué parte para detenerle, porque consideraba roto aquel pacto, y no sin fundamento, ya en virtud de haberse ausentado de Madrigal Ines durante su misma conferencia con el vicario, ya porque en el lance de Valladolid no veia mas que un lazo tendido por Espinosa, quien á juzgar por la estrecha amistad que con el fraile tenia, obraba de acuerdo con él.

Con estas disposiciones entró Don Juan en el meson de Madrigal, y sin salir de él esperó la hora de la cita; pero amaestrado con la pa-

sada, llevó en su compañía á Pedro, y así él como su criado cuidáron de ir prevenidos de armas de fuego.

Aun era bastante la claridad del crepúsculo cuando llegáron á la ermita, para permitirle rejistrar escrupulosamente las ruinas que fuéron teatro de la aventura de su prision; pero por mas que hizo no pudo hallar vestijios de puertas, trampa ni entrada secreta alguna, de manera que el tal exámen solo produjo la utilidad de entretener por algun tiempo su impaciencia.

Por esta vez no se le hizo esperar mucho, pues pocos instantes despues de la hora señalada se presentó, no Ines, sino el mulato Domingo, quien saludando con su acostumbrada aspereza, le puso en las manos un pliego, cuyo sobrescrito decia así:

"Al Mui Ilustre Señor Don Juan de Várgas, guarde Dios muchos años." Abrióle sin tardanza aquel caballero, y halló que decia así:

"Señor Don Juan: la persona á quien vuesa merced espera en las ruinas, ni está hoi en Madrigal, ni estará en algunos dias. Escríbole estas letras para ahorrarle el trabajo de esperarla inútilmente, y para decirle que si deséa tener noticias de ella, puede venirse por esta su celda, en donde sabe que siempre será recibido como quien viene á honrarla con su presencia. Y con esto queda rogando á Dios por la salud de vuesa merced su humilde servidor y menor capellan—*F. M.*"

Aunque la carta no llevaba mas firma que

estas dos iniciales, su contenido declaraba bien que el que la habia escrito era el vicario de Santa María; y Don Juan, no hallando otro partido que tomar, se decidió á aceptar la invitacion que aquel le hacia, echando á andar inmediatamente para el monasterio.

Domingo así que entregó la carta, volvió la espalda, y miéntras Don Juan leía, se metió en el pueblo.

Recibió Frai Miguel á Don Juan con cordialidad y cortesía ; pero Várgas que en el fondo de su corazon estaba indignado con él, casi se le presentó con grosería. Debió sin duda de advertirlo el vicario, mas no se dió por entendido, y empezó á preguntarle por su salud con el mismo desembarazo que si el dia ántes se hubieran visto, y despues de ello se puso á hablar del tiempo con admirable flema.

—Todo eso está bueno, le interrumpió Várgas á breve tiempo ; pero mi venida no ha sido á hablar de materias indiferentes. A quien tan bien enterado está de mis negocios, no tengo necesidad de decirle cuanto me ha ocurrido desde que nos separámos, pues desde luego supongo lo sabrá.—Así es la verdad.—Y probablemente lo sabria aun ántes de sucederme.—En eso os engañais, y me haceis una cruel injusticia....—Sea en buen hora. Tampoco he venido á discutir esa materia. Lo que me importa es saber las noticias que habeis prometido darme.—Y lo cumpliré.—A eso aguardo.—Primero tengo que exijir del señor Don Juan la promesa formal de some-

terse á ciertas condiciones. — Veámoslas.— Primeramente guardar inviolable secreto sobre cuanto yo le revele, ó en consecuencia de ello descubriere hoi, mañana, ó en cualquier tiempo.—Aceptada.—¿ Lo jurais ?—Por mi honor y esta cruz.—En segundo lugar perdonar de aquí para delante de Dios á los dos hombres que os acometiéron la noche del Domingo pasado, renunciando á toda idéa de venganza, y mirándolos como amigos si necesario fuese. —Frai Miguel, ¿ sabeis la villanía que usáron conmigo ? Sabeis....—Todo lo sé.—¿ Y podeis aprobar tal infamia ?—No permita el Señor que en mi pecho se abriguen semejantes sentimientos. No, Señor Don Juan ; aquel desventurado lance me ha costado muchas lágrimas, y me las hubiera hecho derramar eternas si os costara la vida. Pero creedme, no hubo en él premeditacion. Acontecimientos inevitables os hiciéron encontrar con aquellos hombres ; lo demas fué obra del espíritu maligno, que no desperdicia ocasion para perder á los hijos de Adan. ¿ Os resolveis, pues, á perdonar ?—Padre vicario, mirad lo que pedís.—Lo que como cristiano debeis hacer.— Perdonados están.—¿ Y prometeis tambien no renovar el duelo ?—Siempre que no se me provoque á ello de nuevo. Si este caso llegara, sé lo que el honor exije de un caballero, y no dejaria de hacerlo si mi padre saliera de la tumba solo para rogármelo.—Funesta preocupacion la del honor, que os hace hollar los mas santos preceptos de la relijion....—Padre

vicario, dejémos este punto: yo seguiré vuestra opinion á ciegas cuando se trate de teolojía; en materias de esta especie fiaos de mí, que yo sé lo que he de hacer. Os repito que no tiraré de la espada contra esos hombres si á ello no me provocan. Ved si esto os parece bastante, y por Dios, vamos á lo que importa. —Consiento en recibir vuestra promesa tal como la haceis. Resta que os convengais en mirarlos como vuestros amigos, si la ocasion se presentase de ser así necesario.— ¿ Y quien decidirá que así sea?—Ines; vos mismo.— Prometido tambien.—Restan ahora dos únicas condiciones, pero son las mas importantes. —Y bien; decidlas.—Se os va á confiar un gran secreto, pero no en todas sus partes por ahora. ¿ Ofreceis que contentándoos con saber lo que se os diga, no tratareis en manera alguna de averiguar el resto?—Sí, ofrezco.— Lo último á que os queda que comprometeros es á renunciar para siempre á Ines....—Jamas. —Escuchadme.—No, de eso no hablémos.— Señor Don Juan, permitidme que acabe, y responded despues lo que gusteis. Es preciso, pues, que prometais renunciar para siempre á Ines; pero esto será en el caso que no os convenga el medio que ella misma os propondrá para llegar á ser su esposo.—Si yo me negare á ello, desde luego consiento en renunciar á Ines.—Olvidando, si es posible, hasta que la habeis conocido, cesando de seguirla, de mezclarse en sus operaciones, y de averiguar su paradero.—A todo me obligo.—¿ A fé de ca-

ballero y de cristiano?—Por mi honor y mi relijion lo juro ante ese Divino Señor que está sobre vuestra mesa. Y si no lo cumpliere téngaseme por indigno de mi noble nacimiento, y en la hora de la muerte se me demande ante el Todopoderoso.—Amen.—¿Quereis mas? —No; basta lo hecho.—Cumplid ahora vuestra promesa.—Voi á hacerlo.

Entónces el fraile, levantándose de su asiento, se dirijió á la puerta de un retrete que en la celda habia, y abriéndola salió de él Gabriel de Espinosa

Ya se deja conocer cual seria la sorpresa de Várgas con la aparicion de aquel personaje, á quien estaba léjos de esperar. Estaba en pie y descubierto delante del crucifijo de la mesa del vicario, con la mano derecha aun puesta sobre el puño de la espada, cuando Frai Miguel abrió la puerta del retrete; y así permaneció, sin que la multitud de diversos pensamientos que le asaltáron al ver al pastelero, le diera lugar á variar de postura, ni á proferir una sola palabra.

Gabriel, envuelto en su capa. con su ancho sombrero calado hasta las cejas, y con aire aun mas grave que de ordinario acostumbraba, salió de su escondite á paso lento, y ocupando el sillon del vicario, colocado este á su lado en pie, empezó á hablar sin descubrirse la cabeza ni hacer otro movimiento que el de dejar caer el embozo de la capa lo bastante para poder esplicarse fácilmente.

" Señor Don Juan," dijo, " desgracias inaudì-

tas y continuadas han reducido muchos años, y reducen aun hoi, á ocultar su nombre y persona al que estais viendo, y nació mui léjos de la humilde condicion en que le habeis conocido.

"Desde que por la vez primera me visteis, mi persona debió de llamaros la atencion, pues me seguisteis obstinadamente, á pesar de que yo, teniendo graves motivos para desear no ser conocido por entónces, y creyendo, á causa de ignorar quien erais, que fueseis un espía de mis enemigos, hice cuanto pude por evitar vuestras miradas."

Aquí Espinosa, como si hasta entónces no hubiera advertido que tanto Várgas como el vicario estaban en pie, se dirijió á ambos diciéndoles gravemente: "Sentaos." Uno y otro obedeciéron, lo que de parte del fraile no parecia estraño, mas sí de la de Don Juan, quien sin poderlo él mismo comprender, se sentia humillado en presencia del singular pastelero. Este, despues que tuvo á su auditorio sentado, continuó su interrumpido discurso de esta manera.

"Desde entónces acá he tenido justos motivos de cambiar mi primera opinion. He visto en vos un caballero valiente, jeneroso, y perseverante en sus designios; y creed lo que os digo, pues si bien la lisonja me ha cegado mas de una vez en otros tiempos, ya por mi posicion, ya por mi carácter personal, jamas han pronunciado mis labios una palabra de alaban-

za sin que el corazon sintiera mas acaso de lo que la lengua decia.

"Pero estas mismas prendas recomendables que yo conocia en vos, señor caballero, me retraian de comprometeros en una empresa, aunque justa, aventurada y sobradamente peligrosa, en la cual por interes personal y por obligacion os vereis empeñado uniendo vuestra suerte á la de Ines.

"Incapaz, como lo soi, de cometer una villanía, tampoco la hubiera creido ni la creo de vos: así, pues, dias ha que os hubiera enterado de todos mis secretos, sin otra precaucion que la de encargaros el sijilo, seguro de vuestra honradez; pero la seguridad de muchos y mui fieles amigos, las reglas de la prudencia, y los consejos de personas que acaso se interesan tanto en vuestro bien como en el mio, me han movido á exijir de vos por medio de Frai Miguel las promesas que acabais de hacer solemnemente.

"Ni el tiempo ni el lugar son ahora á propósito para revelaros quien yo sea. Básteos saber que nací caballero; que mi casa es ilustre, algunos de mis hechos gloriosos, y mi fortuna tan escasa, que de noble y principal, me ha reducido á humilde pastelero.

"Contando con el favor de Dios y la fidelidad de mis amigos, en cuyo número espero contaros mui en breve, tardará poco acaso el dia en que recobre mi ser primero: entónces, Señor Don Juan, yo os aseguro que no tendreis motivo de arrepentiros de haberme conocido.

Este pliego (enseñándole uno sellado), que os prohibo abrais hasta hallaros en Valladolid, os instruirá de parte de lo que deseais saber, y os pondrá en disposicion de enteraros del resto.

"Recordad vuestras promesas, y cumplídmelas relijiosamente. Ahora tomad inmediatamente el camino de Valladolid. Nada mas tengo que deciros. Guárdeos el cielo."

Acabando de hablar se puso en pie, entregó á Frai Miguel el pliego, y despues de haberle recibido este tambien de pie, y haciendo una profunda reverencia, salió Gabriel de la celda sin dignarse siquiera volver la cabeza para ver el efecto que sus palabras habian producido en Don Juan de Várgas, quien absorto con cuanto le pasaba, ni queria responder, ni aun cuando hubiera querido acertara á hacerlo.

Luego que Espinosa salió del aposento, entregó Frai Miguel el pliego á Don Juan, y este, recibiéndole maquinalmente, empezó á volverle entre las manos, en tanto que sus ojos, fijos en el suelo, denotaban claramente que aun no se habia recobrado de su primera sorpresa.

No le pareció bien al vicario hablarle por el momento, sino que quiso que por grados se fuese él mismo serenando, y luego que conoció, al cabo de algunos minutos, que esto iba verificándose, le preguntó:

—¿Y bien, Señor Don Juan, no pensais en pasar hoi á Valladolid?—¿A Valladolid? respondió Várgas como si despertase de un sueño, ¿á qué?—¿A qué? A lo que con tanta ansia deseabais no hace mucho.—Sí; á ver á Ines

sin duda. Este pliego dirá donde se halla, ¿no es verdad, padre vicario?—Recordad nuestro convenio, y nada me pregunteis.—Sí; es cierto. Nada debo preguntar verdaderamente: jamas hombre se habrá visto en tan estraña situacion. ¡Como ha de ser! Mi estrella lo quiere así.—No os desanimeis; estos misterios tardarán poco en cesar; la justicia triunfará, y entónces....—Ines será mia.—Vuestra será si vos quereis, Señor Don Juan....—¿Si yo quiero?... Frai Miguel, á Dios: vea yo á Ines, y entónces conocereis si hai nada difícil para mí tratándose de obtener su mano.—El cielo os sea propicio en vuestro viaje.

Así que Don Juan salió de la celda, la fisonomía naturalmente grave del vicario tomó un aire de contento y satisfaccion que pocas veces se dejaba ver en ella, y frotándose las manos esclamó:

—Con este ya se puede contar hasta la muerte: ¡porqué no estarán todos enamorados, y nuestro triunfo seria seguro!

CAPÍTULO XIII.

Mas padres tiene que miembros:
Acomodad, pues, el mio,
La que quereis encajarme
Esto de padre postizo.
(Quevedo.)

En tanto que sus amores con la bella pastelera absorvian toda la atencion de Várgas, ocurrian en su propia familia acontecimientos de la mayor importancia para él, y que á pesar de que se ponia algun cuidado en ocultárselos, hubiera podido cuando ménos sospechar, si no se hallara tan preocupado en sus propios asuntos.

Siete meses hacia que el marques, gracias, como se ha dicho, á su primo el comendador Hinojosa, habia roto sus relaciones con la supuesta viuda del contador de Indias. Hizo en ello el pobre un gran sacrificio, á lo que se le dijo que su pundonor exijia; pues tal era la debilidad de su carácter y la pasion que habia sabido inspirarle la diestra meretriz, que acaso la hubiera perdonado sus infidelidades, dando crédito á las reiteradas protestas de arrepentimiento y enmienda que, aun en el acto de

verse sorprendida, le hizo con finjidas lágrimas. Por fortuna Hinojosa, que se hallaba presente, impuso silencio á aquella insolente, y arrancó de sus redes al obcecado amante.

No por esto perdió ánimo Violante: la posesion de un hombre rico, apasionado y tonto, era demasiado preciosa para dejarla perder sin que hiciese por evitarlo los mayores esfuerzos. Así, pasados los primeros ocho dias despues de la riña, y enterada por sus espías de la gran melancolía del marques, creyó oportuno escribirle un billete lleno de pasion, de arrepentimiento, y de protestas de darse una muerte violenta, si su adorado amante no queria perdonarla.

Si el tal billete hubiera llegado á su destino, no tiene duda que produjera el efecto que de él se prometió quien le escribia; pero Hinojosa estaba alerta. Previendo desde luego que Violante no dejaria de intentar el recobro de su perdida cucaña, tomó tan bien sus medidas, que la carta cayó en sus manos, y apaleó lindamente al portador, prometiéndole que le haria la cabeza añicos, si bajo cualquier pretesto osaba volver á presentarse en aquella casa.

El pobre mensajero volvió á la de Violante con las orejas bajas, y pintó con tan vivos colores la manera con que le habian recibido, protestando con tales véras que no volveria aunque en recompensa le ofrecieran todo el oro del mundo, que de allí en adelante no en-

contró la dama criado que quisiera encargarse de semejantes comisiones.

Tomó entónces el partido de rondar en persona las cercanías de la casa de su amante, decidida á hablarle si lograba la dicha de verle salir solo de ella alguna vez. Tambien esta tentativa salió frustrada. El marques salia raras veces, y siempre acompañado del inflexible comendador, del cual Violante temia, no sin fundamento, que la tratase con tanto ó mas rigor que á su criado.

Todas estas dificultades, y la falta que desde el principio empezáron á hacerla los espléndidos regalos del marques, exasperáron el ánimo de aquella mujer en vez de abatirle.

El amante por quien vendia al hermano de Don Juan, que era uno de aquellos hombres despreciables cuya especie se ha conservado por desgracia hasta nuestros dias, que comerciando con las gracias de su persona, se humillan hasta el punto de recibir un salario de la ramera descarada, así que la vió sin la mina donde hasta entónces habia estado surtiéndose con profusion de cuanto necesitaba para sostener sus vicios, la abandonó sin consideracion alguna, desapareciendo de la noche á la mañana, y llevándose de paso las alhajas que encontró mas á mano. Y no era esta sola la desgracia que tenia que esperimentar Violante, pues la suerte le reservaba otra, que en su situacion parecia aun mas terrible que todas. A poco tiempo de verse abandonada por sus dos amantes, se confirmó en la sospecha que

ántes habia tenido de hallarse en cinta. Los primeros dias creyó aquella infeliz volverse loca; pero meditando despues en su situacion, formó un plan para salir de apuros que no podia estar mejor combinado.

Redujo á dinero metálico las muchas joyas que aun le quedaban; y aumentando con él y con lo que produjo la venta de sus magníficos muebles el bolsillo que habia tenido la prudencia de ocultar á su pérfido amante, se halló con un capital que, depositado en manos seguras, le producia lo bastante para vivir con decencia, si bien con la mas severa economía.

Hecho esto tomó una habitacion reducida, conforme á su nueva posicion, no mui léjos de la casa del marques; y sin mas asistencia que la de una sola criada, entabló una vida tan retirada como ántes la habia tenido bulliciosa. Desapareciéron las galas y los adornos, reemplazándolos un modesto hábito del Cármen y un manto negro. En vez de los banquetes y festines se sustituyéron las misas y devociones. En una palabra, en ménos de un mes la cortesana Violante se convirtió en una beata, que tenia asombrado á su barrio con la ejemplar vida que hacia.

Por mas de tres dias fué aquella mujer el objeto de la conversacion jeneral en todo Valladolid. Los hombres decian que se habia vuelto loca; las viejas, que Dios la habia tocado en el corazon; los predicadores, con alusiones sobradamente claras, incitaban á seguir el ejemplo de aquella pecadora á todas las que

se hallaban en su caso; pero las mujeres jóvenes y algunos hombres de talento pensaban que aquello no era mas que una nueva farsa. Hinojosa opinaba tambien del mismo modo; y el marques no opinaba nada, porque como á nadie veia mas que á su primo y al capellan Teobaldo, y ambos se guardaban mui bien de hablarle de semejante materia, ignoraba cuanto pasaba.

Desde que Violante adoptó su nuevo método de vida, renunció absolutamente á hacer dilijencia ninguna para reconciliarse con el marques; y el comendador, que al principio habia temido que todo aquel aparato de devocion y reforma de costumbres no fuera mas que una añagaza para sorprender á su incauto primo, acabó por persuadirse de que la dama no pensaba ya en él. Este era precisamente el punto mas importante para la ninfa. Hinojosa era su mas temible, ó por mejor decir, su único enemigo, pues Don Juan ni la conocia, ni pensaba en ella; el padre Teobaldo era un sandio personaje mui fácil de engañar, y el marques estaba vencido con poquísimo trabajo á favor suyo.

Un mueble el mas indispensable para toda devota es el de un director espiritual; y para los fines de Violante lo era entónces estremadamente. Lo importante era hacer una eleccion acertada. El padre Teobaldo fué la persona en quien primero se fijó; pero reconoció desde luego la imposibilidad de lograrlo, pues aquel capellan, afecto al servicio particular de

la familia del marques, y haciendo una vida sedentaria por hábito, por vejez y por inclinacion, no ejercia jamas sus funciones sacerdotales fuera del oratorio de la casa de los Várgas.

Como su vida anterior la tenia á mucha distancia de los eclesiásticos, á escepcion de uno que otro cortesano, fué preciso que se dirijiese á varias beatas con quienes habia hecho conocimiento desde que ella lo era tambien; y despues de haber escuchado con atencion sus informes sobre diferentes relijiosos, elijió por fin para su director espiritual á cierto domínico anciano, llamado el Padre Maestro Retamar, hombre célebre por su piedad, y mas aun por su candor y beneficencia.

El bueno del padre la recibió con amor; oyó lo que quiso decirle: la prometió su asistencia y auxilios; y en una palabra, dando crédito á la finjida historia de seduccion que le plugo á la ninfa contarle, aunque sin nombrarle por entónces el seductor, se aficionó á ella sobremanera.

Sucedió que Violante tuvo una lijera enfermedad. El padre Retamar fué á verla diariamente, y como su edad y buena reputacion le ponian enteramente á cubierto de toda suposicion maligna, el resultado fué que todo el que lo supo empezó á creer síncero el arrepentimiento y verdadera la reforma de aquella mujer. Las beatas de aquel barrio se deshacian en alabanzas de la nueva Magdalena: no faltaba entre ellas quien opinase que si conti-

nuaba viviendo de aquella manera, podria llegar á ser una bienaventurada.

No dejaba de tener mérito tampoco para Violante la novedad de su posicion. Fijar la atencion del público, habia siempre sido su mayor deséo. Hacerlo escandalizando ó edificando, debia serle y le era con efecto indiferente. Ademas, los placeres la habian ya saciado; y si bien no dejaba alguna vez de bostezar de aburrimiento en la iglesia debajo de su manto, hallaba la compensacion en la perspectiva de asegurarse para siempre una fortuna sólida é independiente.

Entre tanto su preñez adelantaba, aproximándose á su término, y con él llegaba la época fijada para la ejecucion del gran proyecto.

Una tarde, pues, que el reverendo Retamar á la vuelta del paséo habia entrado á verla, la halló deshaciéndose en lágrimas con el rosario en la mano, y preguntándole qué era lo que tanto la aflijia, respondió la taimada:

—¿Qué ha de aflijirme, padre mio? Mis pecados son muchos, pero la pena que por ellos se me impone en este mundo es superior á mis fuerzas.—No digais eso, hija; no lo digais: por graves que vuestras penas os parezcan, el Señor, que os las envía, sabrá porqué: llevadlas con resignacion, hija, y se os recibirán en descuento de vuestras culpas.—Padre mio, por mí no lo siento: conozco que todo castigo es poco para mi frajilidad; pero si

quereis oirme un momento á solas sabreis la justa causa de mi dolor.

El compañero del padre maestro tuvo la bondad de salirse al cuarto donde estaba la criada, y solos aquel y su penitenta, empezó esta á decir:

—Yo, padre, soi viuda de un contador de Indias: volví jóven á España, y me establecí por desdicha en Valladolid. Dios ha querido dotarme, segun dicen, de alguna hermosura; ella y mi jenio festivo atrajéron inmediatamente á mi casa á todos los caballeros mas jóvenes, mas galanes, y tambien mas libertinos de la ciudad.—Cosa demasiado natural, hija mia, demasiado natural; pero todo eso ya me lo habeis dicho diferentes veces.—Quiero tomar las cosas desde el principio, para presentaros completo el cuadro de mis desdichas y flaquezas.

Diciendo esto empezó Violante á llorar de nuevo con profundo sollozo, tanto que el pobre fraile tuvo que acudir á su pañuelo, y medio lloroso aun la dijo:

—Confianza en Dios, que es misericordioso; prosiga, hermana, prosiga.—Muchos fuéron los que desde luego me galanteáron, pero desechados inmediatamente, tuviéron bastante cordura para limitarse á ser mis amigos, visto que no podian ser amantes. Dos de ellos, sin embargo, se obstináron. Uno, ¡ai de mí! el marques de ***, y otro un Don Rodrigo, mancebo de perversas inclinaciones. El primero, lleno de buenas prendas, fué cautivando insensiblemente mi corazon: el segundo á quien

siempre miré con el mas alto desprecio, despues de haber intentado en vano rendirme por cuantos medios se le ocurriéron, juró vengarse de mis desdenes, y lo cumplió demasiado. El marques, Padre Retamar, que sabia bien que yo no era mujer para ser su manceba, se limitó mucho tiempo á galantearme con la mayor moderacion y respeto, hasta que ya, no pudiendo (decia él) resistir á su amor, me propuso darme su mano. Figuraos si tal propuesta, hecha por un hombre á quien yo amaba tiernamente, seria para mí grata y seductora. Reflexioné, sin embargo, que aunque mi nacimiento fuese honrado, era mui inferior al suyo, y que casándose conmigo iba no solo á indisponerse con su ilustre familia, sino tal vez á esponerse al enojo del rei. Quise mas bien renunciar á mi propia dicha que proporcionar tales disgustos á mi amante.—No se puede obrar con mas juicio ni con mas virtud. Adelante, que hasta aquí no teneis motivos de aflijiros.—¡ Ah padre ! Vereis en lo que sigue cuan fundado es mi dolor. Declaré, pues, al marques, que estaba firmemente resuelta á no casarme con él; y como le viese, sin embargo, insistir con mas fuerza que ántes en su proposicion, me exalté tanto, que juré por la salvacion de mi alma no ser jamas su mujer.—Mal hecho, hija ; mui mal hecho : quebrantaste el segundo mandamiento jurando sin necesidad. —Las consecuencias de aquel malhadado juramento fuéron fatales. Desesperado el marques con mi negativa, enfermó ; y negándose

á admitir cuantas medicinas se le querian administrar, tres facultativos declaráron unánimes que indudablemente moriria. Yo le amaba, padre mio, como aun hoi le amo á mi pesar: le veia morir, y sabia que era la causa de ello. Fuí á verle, y me estremezco solo al recordar el estado en que le hallé. Cárdeno el color, hundidos los ojos, sin voz apénas: en resúmen, con todas las señales de una muerte próxima. Partióseme el corazon de dolor con tan triste espectáculo. Así que el desdichado me vió, dió un profundo suspiro, y en tono sepulcral me dijo: *Tú me matas.* ¿Qué habia de hacer una débil mujer en tan amargo trance? El amor y la compasion sofocáron el grito de mi conciencia, y le ofrecí que, ya que mi juramento no me permitia nunca ser su esposa, le sacrificaria mi reputacion entregándome á sus brazos, si él consentia en tomar las medicinas y sujetarse á cuanto los médicos le ordenasen. Todo lo prometió y cumplió con indecible alegría. Mis cuidados, sus esperanzas, y los buenos facultativos, le restableciéron en breve tiempo. Yo, padre, tambien cumplí mi criminal promesa.—Dios tenga piedad de vos, hija mia.—Así sea, como lo espero de su misericordia. Vivímos algun tiempo el uno en los brazos del otro: súpose en la ciudad, y perdí para siempre mi buena opinion. No tardáron nuestros amores en llegar á los oidos de Don Rodrigo: la idéa de ver á su rival en mis brazos le enfureció de manera que, segun he sabido despues, trató de asesinarnos á ambos:

pero tranquilizándose en breve, meditó y puso en práctica otra venganza mas cruel si cabe. Imposible parece que haya hombre que conciba tan infernal proyecto; víctima soi de él, y apénas puedo creerlo. Don Rodrigo se puso de acuerdo para perderme con un primo del marques llamado el comendador Hinojosa, quien aspirando á manejarle por sí y apropiarse parte de sus riquezas, me aborrecia y aborrece mortalmente. Sedujéron á dos de mis criados, que una noche en la cena me sirviéron un vino infeccionado con cierto licor soporífero, que tardó poco en aletargarme. Lleváronme á mi lecho, y en él se introdujo el traidor Don Rodrigo. El marques, conducido por su primo, me vió á la mañana siguiente en los brazos de aquel malvado. Despertóme el ruido de las voces de mi injuriado amante y de su infame pariente. Figuraos mi turbacion. El marques no quiso oirme; Don Rodrigo huyó, robándome las joyas que yo llevaba puestas la noche ántes. Yo miraria esta desgracia como un bien, pues á ella debo el haber abierto los ojos sobre mis estravíos, si yo sola hubiera sido la víctima de ella; pero una inocente criatura que aun no ha visto la luz, y que debe la existencia al marques, va á verse en la miseria, privada del consuelo de abrazar á su padre, y sin mas amparo que el de una madre infamada por la mas atroz de las calumnias.—

Al concluir su bien compuesta novela dió Violante una muestra de su talento en el arte

de finjir, llorando y sollozando á mas y mejor con no poca pena del candoroso domínico.

Este, despues de emplear con la mejor fé posible todas las razones que su caridad le sujirió para consolar á la que él creia mas desgraciada que culpable, viéndola algo mas serena, acabó por preguntarla qué partido pensaba tomar en aquellas circunstancias. Violante contestó, que verdaderamente no sabia que hacer ; y que estaba resuelta á seguir los consejos de Su Reverencia, si tenia la bondad de querer ocuparse en los asuntos de una criatura tan miserable. El fraile protestó que sus deberes y la propension natural de su corazon le hacian mirar como la mas sagrada de sus obligaciones el auxiliar á los menesterosos, de cualquiera manera que lo necesitasen y en su mano estuviese el hacerlo ; que en consecuencia aconsejaria á su penitenta lo que mejor le pareciese ; y que para esponerse ménos á errar, lo pensaria detenidamente aquella noche, y á la siguiente mañana volveria á conferenciar con ella. Despidióse, pues, exhortando á Violante á la resignacion, y á implorar con repetidas y fervorosas oraciones el auxilio del Todopoderoso.

Antes de las diez de la mañana del siguiente dia, va el bueno del Padre Retamar salia de la casa de su hija de confesion, despues de haber convenido con ella en el jiro que debia darse á aquel asunto, y de haberse ofrecido espontaneamente á tomarlo todo á su cargo.

Para no perder tiempo se dirijió entónces

mismo á la casa del marques, en donde su hábito y su nombre, ventajosamente conocido en toda la ciudad, le abriéron paso sin dificultad hasta el cuarto del que buscaba, á quien acompañaban en aquel momento el comendador y el Padre Teobaldo. Los tres se pusiéron en pie para recibir al relijioso; y así que este, despues de corresponder cortesmente á su saludo, anunció que deseaba hablar reservadamente al dueño de la casa, se retiráron los otros, dejándole á solas con él.

Hinojosa no lo hubiera hecho si sospechara el negocio que llevaba á su cargo el domínico; pero ¿quien habia de figurarse que un hombre á todas luces respetable era, sin saberlo, instrumento de las maquinaciones de una mujer abandonada?

Solos ya el marques y el Padre Retamar, estuviéron algunos instantes en silencio, esperando el primero á que el otro hablase, y sin saber el fraile por donde principiar. El marques, cansado de esperar en balde, rompió por fin el silencio.

— ¿No podré saber, dijo, qué motivo es el que me proporciona la honra de esta inesperada visita de vuestra paternidad?—La honra es toda mia, toda mia, señor marques; y el motivo que me trae es uno mui grave, en que se halla interesada nada ménos que vuestra eterna salvacion.—¡Jesus me valga! Padre maestro, no tardeis en decírmelo.—No quisiera, señor mio, que se me tuviera por entremetido: protesto desde luego que solo el interes

de la relijion y el cumplimiento de mis obligaciones como sacerdote es el que me mueve á venir á hablaros.—Vuestra paternidad puede decir cuanto quiera, seguro de que yo le escucharé con la veneracion que todo buen cristiano debe á los relijiosos.—No esperaba yo ménos del hijo de vuestros padres (que en gloria estén). Yo los he conocido, señor marques, y puedo certificar que eran personas de singular virtud y ejemplares costumbres. —Muchas gracias, Padre Retamar, por la merced que les haceis.—Justicia y nada mas, señor marques ; pero vamos al asunto, que es lo que importa.

Tosió el fraile, limpióse las narices, y despues de aclarada la garganta en el tiempo que fué menester para tomar aliento y hacer ánimo, dijo por fin :

— Vuestra señoría no habrá olvidado que en otro tiempo conoció á una señora llamada Violante.

El marques mudó de color, pero no respondió palabra. Un instante despues continuó el padre :

— Yo, señor marques, aunque indigno sacerdote, soi hace algunos meses confesor y director espiritual de esa aflijidísima y arrepentida mujer. Con esto digo bastante para que me supongais enterado de cuanto ha mediado entre ella y vos. Sí señor, todo lo sé ; y aun lo que vos mismo ignorais. Un Don Rodrigo....— ¡ Bribon ! esclamó el marques. —Mas de lo que Su Señoría piensa, pues va-

liéndose de un ardid infame, como puedo probarlo, supo hacer que pareciese delincuente á vuestros ojos la que jamas cometió otro delito que el de ceder á vuestras instancias.—Padre mio, os han engañado. Yo, yo mismo la he visto en los brazos de Don Rodrigo. ¿Qué podrá decir á esto?—¿Qué podra decir? Lo que oireis de mi boca.

Y en seguida refirió el Padre Retamar al marques la fábula que Violante le habia contado á él, omitiendo solo, por amor de la paz, la parte que en ella se atribuia al comendador. Para probar la verdad de todo cuanto dijo, ofreció presentar la criada que se suponia seducida por Don Rodrigo, y que arrepentida de su delito, estaba pronta á declararlo en forma, siempre que se la prometiese su perdon.

Violante habia buscado á la misma criada que la vendió á ella al comendador Hinojosa; y aquella mujer, que solo aspiraba á ganar dinero, importándole poco que para lograrlo se tratase de engañar ó desengañar á un marques tonto, convino desde luego en representar el nuevo papel que se le propuso. Empezó á representarlo el mismo dia de que vamos hablando, en casa de su ama, delante del padre Retamar; y este con su testimonio quedó tan convencido de la inocencia de Violante, que hubiera sufrido el martirio por defenderla, lo mismo que por confesar la verdad del evanjelio.

Oyó el marques con suma atencion y no poco enternecimiento la relacion de las desgracias

de su querida; pero cuando acabó de convencerse de su inocencia fué cuando el padre domínico, con un calor que acostumbraba pocas veces, le hizo saber la vida ejemplar y retirada que despues de su separacion habia tenido Violante.

—Sí, esclamó con indecible gozo, sí; es inocente, y sus trabajos recibirán la recompensa, y volverémos á unirnos....—No señor, replicó el fraile. ¿Podeis hacer la injusticia al hábito de nuestro Padre Santo Domingo, de creer que un hombre que le viste se habia de mezclar en este asunto para reconciliar á dos amantes, para restablecer unas relaciones ilejítimas, para contribuir á la perdicion de dos almas?.... No señor: no será así; y estad seguro de ello.

El pobre hermano de Don Juan, oyendo aquella filípica, aunque justa, inesperada, se quedó precisamente como un niño sorprendido infragante por su pedagogo haciendo alguna travesura de marca mayor. Con los ojos espantados, la boca abierta y las manos cruzadas largo tiempo, aun despues de haber acabado de hablar el fraile, escuchaba á ver si tenia algo mas que decirle. Entre tanto el padre Retamar, recobrando su acostumbrada calma, volvió á tomar sosegadamente el hilo de su discurso.

—Violante ha reconocido que se hallaba en el camino de la perdicion: se ha apartado de él, y está resuelta á no volver á pisarlo. Vuestra mujer lejítima bien sabeis que no puede serlo: así, pues, como cristiano estais obligado

á renunciar para siempre á ella. Mas aun nos resta que hablar del mas importante, del verdadero objeto que me ha traido á esta casa. Violante está en cinta.—¡ Madre mia de los Dolores ! ¿ Será posible, padre Retamar ?—Tan posible, que en breve dará á luz, Dios mediante, una criatura cuyo padre sois.—¿ Yo su padre ?.... Pero y Don Rodrigo....—Calculad las fechas, señor marques, y vereis como en ese punto no debe quedaros duda.

Tenia el marques demasiada inclinacion á Violante para no creer cuanto bueno de ella le quisiesen decir ; y como por otra parte, en consecuencia de su educacion monástica, cuando un eclesiástico le hablaba era siempre de su opinion, se dió desde luego por convencido, y lo quedó plenamente de la paternidad con que la dama quiso favorecerle.

Conseguido esto, lo demas era fácil de arreglar. Aunque no sin repugnancia prometió el marques no ver á Violante ; y aseguró, con el mayor gusto, que reconoceria en forma al hijo ó hija que ella diese á luz, señalando á su madre una pension vitalicia de mil ducados sobre todos sus bienes por medio de escritura legal que habia de otorgarse en las veinte y cuatro horas, contadas desde entónces mismo. Por último, conviniéron en que todo lo tratado entre ambos quedaria secreto, pues el marques no queria esponerse á las reconvenciones de Hinojosa, ni disgustar á su hermano. Inmediatamente el marques pidió su coche y salió á casa de su escribano á formalizar la escritura

de la pension; y el fraile se fué á dar cuenta del buen éxito de sus dilijencias á Violante, quien no tuvo poco trabajo en ocultar su inmensa alegría bajo el velo de una devota conformidad con la voluntad del Señor.

Quince dias despues dió la beata de nuevo cuño á luz un muchacho robusto, al que el padre Retamar al bautizarle con el nombre de Don Pedro Alcántara de Várgas, que era el mismo de su presunto padre, dijo que encontraba maravillosa semejanza con el marques. Este, que en aquel acto vió tambien por primera vez al tierno infante, se deshacia en lágrimas de gozo, estrechándole en sus brazos, y jurando que todas las facciones eran las de la familia de los Várgas, si bien mas bellas por lo que de Violante tenia. El hecho es que el recien nacido era, como lo son todos, un rollo de carne con ojos y facultad para llorar, en cuyo rostro, aun en embrion, solo la ceguedad del cariño encuentra semejanzas que no pueden existir.

No nos atreverémos á decir que el nuevo Don Pedro Alcántara fuese en efecto hijo del marques, pero tampoco á negarlo; y esto en razon á que ni su propia madre podia decir en ello cosa cierta.

Una labradora de Simáncas, villa pequeña situada sobre un cerro en las orillas del Pisuerga á dos leguas de Valladolid, buscada de antemano, se llevó al niño para criarle, y solo se le dijo que era de padres nobles y ricos, sin descubrir quienes fuesen. El Padre Retamar

quedó encargado de pagar á aquella mujer un espléndido salario, y de suministrarla ademas cuanto necesitase.

Violante se restableció pronto, y aunque con la pension del marques hubiera podido vivir con mas lujo, conservó por prudencia su método anterior de vida, sin mas diferencia que la de hacer una vez cada semana un viaje á Simáncas á ver á su hijo, á quien queria entrañablemente, y de cuya conservacion dependia en gran parte su fortuna.

Desde la visita del Padre Retamar, la amistad del marques á su primo el comendador empezó á enfriarse tan notablemente, que advirtiéndolo aquel caballero tomó la resolucion de no mezclarse de allí en adelante en darle consejos, visto que el marques estaba siempre en conversaciones secretas con su capellan, á quien habia confiado su secreto.

Justamente estos sucesos coincidiéron con el segundo y tercer viaje de Don Juan á Madrigal; y ambos hermanos, ocupados en sus amores, cuidáron poco uno de otro, contentos con que no se observasen sus pasos, ni se pusiesen trabas á sus operaciones.

CAPÍTULO XIV.

Don Tello.—Quiera Dios, Señor Don Juan,
Que volvais mui felizmente.

Don Juan.—Breves los dias de ausente,
Señor Don Tello, serán.
(MORETO : *El Lindo Don Diego.*)

Dos ó tres dias despues del nacimiento de su equívoco sobrino regresó Don Juan á Valladolid : y apénas hubo llegado á su habitacion, cuando encerrándose en ella abrió el misterioso pliego que Gabriel le habia entregado. Rota la primera cubierta, halló que contenia otro pliego sellado con las letras S. R. L., cuyo sobrescrito era el siguiente :

*

" A Doña Ines Coutiño, Sotomayor, Álvarez de Castro ; en el convento de relijiosas de la órden de....
" Salud y gracia."

A mas de este halló Várgas un billete abierto que decia así :

" Señor Don Juan : en el convento de relijiosas de la órden de.... que no podeis ignorar en qué parte de la ciudad se halla, encontrareis la dama á quien va dirijida la adjunta carta. Para que se os permita la entrada en él, preguntad por Doña María de Castro, y decid que vais á hablarla de parte de su tio el abad.= Dios os guarde, como deseamos.=S."

—¡ Otro misterio mas ! esclamó Don Juan ; pero á bien que en viendo yo á Ines habrán de terminarse sin remedio.

Concluyendo esta reflexion se puso á vestirse para presentarse en el convento con la debida decencia, y aun no habia acabado de hacerlo, cuando viniéron á buscarle de parte de su hermano el marques, que deseaba hablarle inmediatamente.

Trasladóse Várgas sin detencion á su cuarto, y le oyó, con no poca sorpresa, decir que un asunto importante le llamaba á Madrid, para donde pensaba salir sin falta al dia siguiente por la mañana, llevando consigo al padre Teobaldo.

Don Juan, admirándose de que su hermano se decidiera á viajar, y á Madrid, adonde jamas habia querido pensar en ir, y mas aun, de que tuviese asuntos reservados para él, cosa que hasta entónces no le habia sucedido, pero deseoso tambien de abreviar la conferencia para poder marcharse al convento, se limitó á contestar que estaba bien, pues el marques lo creia conveniente, y á desearle un feliz viaje y pronta vuelta.

Por su parte el marques, que habia temido que su hermano le hiciese mil preguntas á las que no sabia qué contestar, se dió por mui contento de verse libre de aquel apuro; y so pretesto de disponer las cosas para su viaje, se despidió de Várgas, que no le hizo repetir dos veces el permiso para retirarse.

¿Quien podrá pintar la ajitacion de Várgas en el tránsito desde su casa al convento designado en la esquela anónima que el pliego contenia? Seria imposible.

Perdíase en conjeturas á cual mas singular, á cual mas descabellada y distante de la verdad; pero lo que mas le aquejaba era el temor que le hacia concebir el haber visto hasta entónces burladas siempre sus esperanzas, de nó conseguir aun en aquella ocasion el deseado conocimiento de quien era Ines, y de los medios indispensables para poseer su mano. Las tres iniciales del sello y la que servia de firma al billete eran tambien para Várgas otra materia de interminables cavilaciones, pues ni acertaba ni podia acertar con su significado. Por manera, que aunque el convento distara mil leguas de Valladolid, llegara á él tan embebido como entónces llegó en sus diversos pensamientos.

Entró en la portería, llamó al torno, y dando allí el recado que se le prevenia en el billete, recibió órden de pasar al locutorio, al cual fué conducido por la demandadera. Llévale esta, no al locutorio jeneral donde las madres recibian las visitas, sino á uno particular, amueblado con la limpieza y nimiedad de adornos

que acostumbran las monjas, pero con mas suntuosidad y elegancia que en tales parajes suele hallarse. La demandadera, mujer habladora y bachillera, por si acaso Don Juan no habia reparado aquella diferencia, se la hizo notar, advirtiéndole que el tal locutorio era el reservado en que la madre abadesa recibia las visitas de Su Ilustrísima el señor obispo y otros personajes de distincion.

Con poca cuerda que Don Juan la hubiera dado, habria podido saber la historia detallada de todos y cada uno de los muebles de aquel aposento; pero Várgas, que desde que entró, habia clavado los ojos en la reja que separaba la parte destinada para los profanos de la que ocupaban las relijiosas, no se dignó responder una sola palabra; y la demandadera, picada de ver que se la trataba con tanta indiferencia, se retiró, murmurando entre dientes que era lástima que un mancebo tan galan de persona, no fuera algo mas cortes.

No se pasáron tal vez tres minutos desde que el hermano del marques entró en el locutorio hasta que se abrió la puerta de este que comunicaba con lo interior del convento, y entró por ella una dama de noble porte y elegante traje.

Llevaba un vestido de rica seda negra labrada, con la manga, que solo llegaba hasta el codo, mui ancha, y terminada de la misma manera que la del hábito de algunos frailes, en figura triangular. El jubon era ceñido al cuerpo, cerrado por las espaldas y abierto por

delante, con dos solapas caidas sobre el pecho. Una gola blanca como el armiño ceñia su garganta. El talle del vestido, arreglándose á la forma del cuerpo, iba sobre la cadera; y la falda, con bastante vuelo, era algo mas larga por detras que por delante. Una rica cadena de oro, que daba dos vueltas al cuello y caia con gracia sobre el pecho y espaldas, llevaba pendiente un magnífico medallon guarnecido de diamantes con el retrato de una mujer jóven y hermosa. El peinado de aquella dama era sumamente sencillo y gracioso: el pelo recojido en un rodete colocado bastante atras, y la parte de delante dividida como hoi se lleva, pero sin rizo alguno. Dos hilos de perlas finas daban vuelta á la cabeza y se terminaban sobre la frente en un broche, en el cual brillaba un diamante de alto precio. Para no dejar nada por decir, añadirémos que en las manos de aquella dama se veian muchas sortijas, y que en la derecha llevaba un libro de oraciones encuadernado en terciopelo morado con abrazaderas de plata.

Menester fué que Várgas la mirara mui despacio para reconocer en una persona tan ricamente ataviada á la humilde pastelera de Madrigal; pero en fin, no pudiendo negarse á lo que sus ojos veian, esclamó:

—Ines, ¿sois vos?—Yo soi, Don Juan: no me causa estrañeza vuestra admiracion; pero en verdad no deja de sorprenderme que hayais descubierto mi asilo, el nombre que en él me dan, y la manera de verme.—Yo mismo, Ines,

no sé como esto ha sido ; tal vez vos podreis comprenderlo mejor viendo este pliego.

Sacó entónces el que llevaba, y alargósele á Ines al traves de la reja. La bella morena le recibió con gravedad. reconoció el sello ántes de abrirle, y se puso en pie para hacerlo. Así que lo hubo verificado, buscó la firma, besóla con respeto, y despues, siempre en pie, leyó su contenido con la mayor atencion.

Várgas la miraba sin acertar á comprender tanta ceremonia, y esperando con ansia el resultado de aquella lectura, que duró lo bastante para que le pareciera interminable.

Por fin Ines, despues de haberse enterado mui á su sabor del contenido del pliego, volvió á doblarle escrupulosamente, y le encerró en un saco llamado limosnero que llevaba pendiente de la cintura, así como un cordon de hilo de oro que le servia de ceñidor, y se terminaba en dos borlas casi sobre los pies.

—La persona de quien dependo, dijo la dama pastelera ya sentada, la persona de quien dependo únicamente en este mundo, me autoriza á enteraros de la historia de mi vida, á declararos quien soi, y á daros esplicaciones sobre un lance que ha podido dar lugar á dudas sobre mi sinceridad. Hablo de lo ocurrido en el Cármen. Lo que voi á deciros, parecerá tal vez falta de recato ; pero acostumbrada á vivir entre hombres y en medio de los peligros hace años, puede disculpárseme si me muestro algo mas libre que otras de mi sexo. El primer hombre á quien he amado, el único

que he amado, el que hoi amo y amaré siempre, sois vos, Don Juan.—¡ Celestial Ines ! ¡ Quien será mas dichoso que yo cuando os oigo hablar así !—Bajad la voz, no nos oigan, y escuchadme, porque seria imprudente prolongar esta visita demasiado. Hace tiempo que yo preveia que llegariamos al punto en que hoi estámos, aunque tal vez no contaba con que fuese tan pronto. Sin embargo, tengo ya concluida una relacion acaso prolija de los principales sucesos de mi vida. Por el escrito que os entregaré, podreis juzgar si soi ó no digna de vuestro amor. Pero ¡ ah Don Juan ! ¿ Porqué quiso el destino que me conocierais ?—Para mi ventura, adorada mia.—Plegue al cielo que así sea, pero temo lo contrario : yo no puedo ser vuestra sino con una condicion.—¿ Y dudais de que todas me parecerán suaves, deliciosas, tratándose de lo que mas deséo ?—Tal vez no ; y ese es mi mayor tormento. Don Juan, la empresa en que se os quiere comprometer no solo es arriesgada, sino, y ojalá que me engañen mis tristes presentimientos, desesperada, imposible de llevar á cabo. ¿ Cual seria mi dolor si rico, jóven, y dueño de mi corazon, os viera víctima de proyectos que nada os interesarian si no me hubierais conocido ?—Y bien, Ines, desde este momento son mios ; no necesito saber sino que podrán acarrearos alguna utilidad, y conducirme á mí á la dicha de ser vuestro esposo, para ser el mas celoso partidario de ellos. ¿ Qué es preciso hacer ? ¿ Atravesar los mares ? ¿ Aban-

donar patria y familia? ¿Pelear, renunciar á mi proprio nombre, servir de esclavo? Hablad, Ines: ¿qué se exije de mí? Decidlo; y si hai peligro, por grande que sea, que me detenga un instante, despreciadme entónces como indigno de vuestro amor.

El entusiasmo de Don Juan conmovió á Ines estraordinariamente; y no permitiéndola su ajitacion responder de palabra, alargó por la reja una mano, que fué besada con indecibles transportes.

— Y bien, mi Ines, mi señora, mi vida, ¿qué me decis?— ¿Qué he de deciros, Don Juan? Si yo hubiera de combatir con solo mi amor, aunque grande, tal vez pudiera vencerlo, mas que me costara la vida; pero con el vuestro tambien, me es imposible. Sea, pues, lo que el destino ordenase. Esperadme un momento.

Salió diciendo esto del locutorio, y en breve volvió, trayendo una caja ó estuche de madera preciosa, la cual con su llave pendiente de un cordon entregó á Várgas, diciéndole:

— Dentro de esa caja hallareis la historia de la mujer en quien habeis puesto los ojos. El cielo sabe si me cuesta que nos separémos tan pronto, pero es preciso: idos, Don Juan. —¿Tan presto, señora?—No podemos ni debemos llamar la atencion de las relijiosas. Dentro de tres dias volved á la hora de hoi. —¡Tres dias, Ines! ¡Tres dias sin veros!— Tiempo hubo en que un mes no os pareció mucho tiempo de ausencia.—¿Aun os dura esa memoria, Ines mia? Paréceme que ya he

pagado bastante aquel delito. Es imposible que pudiendo veros pase yo tres dias sin hacerlo.—Pues bien, venid pasado mañana : ya rebajo un dia. A Dios, y no me olvideis.—Antes me olvidaré de que existo. — Mucho ponderais, Señor Don Juan.—Mas siento, señora, á fé de caballero.

En esto, desasiendo Ines su mano de las de su amante, que al tomar la caja se habia quedado con ella, se retiró lijeramente para salir del locutorio. Ya en la puerta volvió la cabeza, y mirando á Várgas con toda la espresion del amor y del agradecimiento, " á Dios, mi Don Juan," le dijo, y desapareció.

Várgas salió del convento arrebatado de gozo, y volando mas que andando, corrió á examinar el contenido de la preciosa cajita.

CAPÍTULO XV.

La mas bella niña
De nuestro lugar,
Hoi viuda y sola,
Y ayer por casar.
(Góngora.)

MANUSCRITO DE INES.

"¡ Oh Clara ! ¡ Mi amada Clara ! Si desde tu morada celestial tu alma pura puede todavía conservar sus relaciones con los objetos que en la tierra le fuéron queridos, me atrevo á creer que nunca tu espíritu se apartará de tu Ines. La feliz indiferencia por los hombres, que tanto envidiabas en ella, ha desaparecido para siempre : ahora y no entónces es cuando comprende todos tus tormentos. ¡ Pobre Clara ! Solo en la tumba has hallado el descanso. ¿ Será mi destino correr igual fortuna ?

"Aun no sé si este escrito será jamas leido por otro viviente mas que yo misma. ¿ Quien podrá asegurar que la persona para quien le destino querrá comprar, á costa tal vez de su propia dicha, la satisfaccion de su curiosidad con respecto á mí ? Como quiera que sea,

si estos caracteres, trazados por mi mano, llegaren á las suyas algun dia, sèpa que para él, y para él solo, he podido resolverme á confiar al papel las desgracias de mi familia, cuyo término está cuando ménos mui lejano.

" Don Sebastian Coutiño de Alvarez nació en la ciudad de Oporto, en el reino de Portugal, vástago de una ilustre familia. Su inclinacion le llamó al ejercicio de las armas desde la niñez, y en ella se envejeció. Era Don Sebastian un soldado á toda lei: valiente, síncero, y fiel á su rei. Ya mui adulto se enamoró, y obtuvo sin dificultad la mano de Doña María Sotomayor de Castro, que era una señora igual á él en nacimiento, superior en fortuna, y célebre por sus virtudes y claro entendimiento.

" Fruto de este matrimonio fuéron dos hijas: mi pobre hermana Clara y yo, que nací dos años despues.

" Apénas habria yo cumplido cuatro años, cuando tuve la desgracia de perder á mi madre; y á pesar de ser entónces tan tierna mi edad, no he podido jamas olvidar la dolorosa impresion que aquel suceso me causó, ni los estremos que mi padre hacia con la afliccion de separarse para siempre de una esposa á quien adoraba. Clara y yo recibímos, deshechas en lágrimas, la última bendicion de nuestra madre moribunda; y solo á ella puedo atribuir el que en medio de tantas vicisitudes en que despues nos hemos visto, ni la una ni la otra nos háyamos apartado un solo

instante de la senda de la virtud: gracias sean dadas al que todo lo puede.

" El mismo año de la muerte de mi madre, que fué el pasado de 1578, partió el rei Don Sebastian á su desgraciada espedicion al Africa; y mi padre, no queriendo dejar de acompañarle, nos puso al cuidado de una parienta de mi madre llamada Doña Francisca de Alba, mujer de Don Frei Cristóbal Tabora, gran privado del rei, y que tambien le acompañó en aquella sangrienta jornada, causa de dolor eterno para Portugal.

" Parece que mi padre al despedirse de nosotras tenia el triste presentimiento de no volvernos á ver. Estrechónos en sus brazos mil veces, y no pudo dejarnos sin derramar copiosas lágrimas; cosa en él bien singular, pues acaso en esta ocasion y en la de la muerte de mi madre serian las dos únicas de su vida en que se le viese llorar.

" Perdióse la batalla: murió en ella la flor de la nobleza lusitana, y la consternacion fué jeneral. Mi tia Doña Francisca no supo de su marido; nosotras ignorabamos la suerte de nuestro padre; y ni teniamos ni podiamos hallar consuelo, porque donde quiera que volviesemos la vista solo hallabamos horfandad, viudez y desolacion. Jamas pueblo alguno fué tan severamente castigado por faltas de su rei como Portugal por el imprudente arrojo de Don Sebastian.

" La edad de Clara y la mia nos libertáron entónces de apurar aquel cáliz de amargura;

pero sin embargo, mi hermana, que nació con un corazon demasiado sensible, contrajo desde entónces una melancolía que conservó hasta el sepulcro.

" Para colmo de desdichas, nuestra tia se hizo un objeto de sospechas eternas para el gobierno ; y es de advertir que cuantos volviéron de la batalla, ó eran deudos, amigos y allegados de los que fuéron á ella, ó bien habian gozado de algun favor con Don Sebastian, fuéron desde entónces perseguidos mas ó ménos, casi sin escepcion.

" ¿ Qué cosa mas natural que ignorándose la suerte de un padre, de un esposo, de un hermano, de un amigo, se tratase de inquirir qué era de él ? ¿ Quien se atreverá á condenar al que no quiere convencerse, sin haber adquirido pruebas innegables, de que ha perdido para siempre á una persona querida ?.... Y sin embargo cualquiera de estas dos cosas se miraba y se mira hoi en Portugal como un crímen atroz.

" Doña Francisca de Alba preguntaba, inquiria, buscaba sin cesar indicios de que su marido no habia muerto.... ' *Conspira*,' dijéron los satélites del tirano ; y la triste viuda se vió mui cerca de ser sepultada en un calabozo. Tuvo, pues, que salir de Lisbóa y establecerse en su quinta de la Torre Vieja. Nosotras la seguímos ; pero mi tia, que aun no se consideraba segura, no queriendo esponernos á una tropelía de las que entónces eran frecuentes, ni envolvernos en su ruina, nos envió á la

Sierra del Carnero con una criada de confianza llamada Marta y el mulato Domingo, á quien Don Juan conoce.

" En lo mas escondido de un profundo valle, en medio de un bosque de naranjos y limoneros, una choza, que tal parecia por su techo pajizo y paredes de caña, nos ofreció un asilo cómodo y seguro, del que jamas me olvidaré aun cuando algun dia llegue á habitar suntuosos palacios. Formaba aquel valle una cadena circular de montes poblados de añosas encinas, y de lo mas alto de uno de ellos corria un abundante y cristalino arroyo, cuyas aguas fertilizaban su suelo, y habiendo no léjos de la choza un profundo remanso, nos proporcionaba el placer de bañarnos en el estío. Una sola vereda de cabras era la comunicacion que existia entre nosotros y el resto del mundo. Nuestra choza era grande, bien repartida, y cómoda. Poco tiempo despues de habitarla se retiró tambien á ella, huyendo de la persecucion, el capellan de mi tia, anciano venerable y lleno de instruccion, que tomó á su cargo educarnos á Clara y á mí. Marta nos instruia en las labores propias de su sexo.

" Pocas veces dejámos mi hermana y yo de ver brillar en el horizonte el primer rayo del Sol: siempre juntas, siempre con los brazos enlazados corriamos el valle, y cada dia encontrabamos un nuevo placer. Hoi era un nido de ruiseñores; mañana la temprana fruta de un árbol querido. Corriamos, saltabamos, y el tiempo presente era el único que nos ocu-

paba. Ni el estudio ni el trabajo se nos hacian penosos, porque no nos obligaban á él: nuestro preceptor era el hombre mas induljente, mas tolerante que es posible imajinar; y nosotras le queriamos tanto, que la idéa de complacerle nos hacia aprender con gusto cuanto queria enseñarnos.

"Clara, de mas edad, mas reflexiva, con mayor talento que yo, aprovechaba tambien mas; pero me queria con tanto estremo, que tenia un verdadero pesar cada vez que se conocia superior á mí. Si el hombre que dice haberse prendado de mí hubiera conocido á aquel ánjel, viéndome á su lado me tendria por despreciable."

—Imposible, esclamó Várgas al llegar aquí, imposible: no puede haber habido mujer igual ni comparable á tí, Ines mia. Despues de haber desahogado así su corazon, continuó leyendo.

"Pero yo me olvido de que estos detalles, tan interesantes para mí, han de cansar á cualquiera otra persona: ocho años pasámos en aquella soledad sin que el menor incidente viniera á turbar nuestra dicha. Nuestros bienes, fielmente administrados por mi tia, nos ponian en estado de proporcionarnos toda especie de comodidades: nada deseabamos ni teniamos que desear.

"Yo tenia ya trece años; mi hermana quince, y era hermosísima criatura. Dicen que se me parecia; pero yo, y no pase por modestia, le soi mui inferior. Clara era mui blanca, perfectamente formada, y sus facciones no eran

solo regulares, sino ademas sumamente agraciadas. Su porte era grave, dulce su mirar, encantadora su sonrisa. En jeneral parecia melancólica, y jamas su alegría fué estrepitosa; pero habia en su corazon una vehemencia, en su fantasía una exaltacion, que dan lugar á decir que en los pocos años que pisó la tierra, mas que en ella vivió en un mundo ideal.

"Cuando al despertarnos por la mañana me referia sus sueños, me parecian de aquellos cuentos maravillosos que me entretenian en mi primera infancia. Todo en ellos era sublime, estraordinario, y bueno. La misma inclinacion se notaba en sus lecturas: siempre prefirió las obras mas metafísicas. Nunca la oí hablar de tesoros, sino de virtud y gloria. Decir que era mui relijiosa, es escusado; en su carácter no podia ménos de serlo. Era demasiada su semejanza con los espíritus celestiales para que dejase de estar siempre en comunicacion con ellos por medio de la oracion.

"De mí solo diré que adoraba á mi hermana, y que tenerla á mi lado y juguetear eran todos mis deséos.

"Una tarde de verano, ya mucho despues de puesto el Sol, nos hallabamos las dos hermanas á la orilla del lago, sentadas al pie de un sauce y abrazadas como de costumbre. Hablabamos de nuestros padres, ó por mejor decir, Clara hablaba y yo la escuchaba. No se le habia olvidado ni una sola de las circunstancias de la muerte de mi madre, ni de la despedida de su esposo: referíamelas entónces acaso

por la millonésima vez, y sin embargo nuestras lágrimas corrian en abundancia. Clara, refiriendo una desgracia, hubiera hecho llorar á las piedras.

"En esta disposicion, no sé como alcé la vista, y en la cumbre del monte que teniamos en frente, que era justamente el que atravesaba la vereda por donde se entraba en nuestro valle, creí divisar cuatro ó cinco hombres á caballo. Comuniqué mi observacion á Clara, y esta confirmó mis sospechas.

"Desde que habiamos ido á la cabaña, continuamente estabamos oyendo que aquel era el único rincon de Portugal donde se podia vivir sin estar espuesto á las persecuciones del tirano.

"Sabiamos que nuestra tia no se habia venido á vivir á él por no esponerse á que le confiscasen sus bienes, no atreviéndose á visitarnos sino mui de tarde en tarde, y con las mayores precauciones, para que no se descubriese nuestro retiro. Tampoco se nos habia ocultado que nuestro capellan estaba allí para sustraerse á la proscripcion que le amenazaba. En una palabra, estabamos convencidas de que el descubrimiento del valle en que viviamos, seria seguido infaliblemente de nuestra ruina.

"Con estos antecedentes es fácil de concebir cual seria nuestro sobresalto viendo aquellos cinco hombres que descendiendo del monte se aproximaban á paso largo á nosotras.

"Yo me arrojé en los brazos de Clara, á quien estaba acostumbrada á mirar como mi

natural protectora, y conocí que aunque procuraba serenarme, no estaba tampoco mui tranquila.

—" ¿ Qué hacemos ? le dije.—Huyámos á la choza, me respondió ; tal vez no nos habrán visto.

" Tomámos inmediatamente este partido, y llegámos casi sin aliento á la pieza en que el capellan leyendo y Marta en sus labores, nos viéron entrar de aquella manera con no poca sorpresa. Pero nosotras, sin darles lugar á que nos preguntasen cosa alguna, les referímos lo que habiamos visto.

" El capellan, creyendo ya verse en poder de los jenízaros de Felipe, y de allí sepultado en un calabozo de la inquisicion, se quedó petrificado ; y Marta no pensó mas que en tratar de escondernos á mi hermana y á mí. Parecióme bien aquella resolucion, pero no así á Clara. Esta dijo, que si eran jentes enviadas por el rei las que venian, sin duda estarian bien informadas de cuantos y quienes fuesen los habitantes de la cabaña, y que ocultarse cualquiera de ellos solo serviria para darles lugar á cometer mayores tropelías sin fruto alguno para el escondido, á quien irremediablemente habian de encontrar por fin.

" Estaban Marta y el capellan combatiendo aquella opinion, cuando se viéron interrumpidos por dos ó tres golpes dados con fuerza á la puerta, que nosotras al entrar habiamos cerrado.

" Cual seria nuestro temor, se deja com-

prender. Quedámonos por algun tiempo inmóviles como estatuas: llamáron segunda vez á la puerta, y fué preciso pensar en lo que se habia de hacer.

—"Es necesario responder, dijo Clara.—¿Y quien se atreve? replicó Marta: yo no.—Ni yo, esclamó el capellan.—Pues yo iré, dije yo entónces.—Vamos las dos, añadió Clara; y así se hizo.

"Acercámonos en efecto á una ventana, desde la cual vímos que el que llamaba á la puerta era el mozo de confianza que mi tia solia enviarnos con las provisiones y otras cosas necesarias. Ambas hermanas nos echámos á reir del gran miedo que sin causa habiamos pasado, y abrímos al bueno de Santiago, que así se llamaba el mozo, quien nos manifestó que tambien se habia sorprendido y asustado con nuestra tardanza en responderle.

"El capellan y Marta creo que miéntras esto pasaba en la puerta, estarian encomendándose á todos los santos del cielo, pues cuando entrámos en su cuarto con Santiago los hallámos de rodillas, blancos como la pared, cruzadas las manos, y clavados los ojos en el cielo. Costónos algun tanto convencerlos de que nada ocurria que pudiera justificar sus temores; pero por fin acabáron cediendo á la evidencia, y el buen eclesiástico preguntó á Santiago cual era el objeto de su venida. Respondióle este, que lo veria por la carta de Doña Francisca de Alba que puso en sus manos.

"Nunca he visto pasar á un hombre con

tanta rapidez del esceso de la afliccion al colmo de la alegría, como pasó entónces el capellan con la lectura de aquella carta, que contra su costumbre de hacerlo en voz alta, reservó entónces para sí.

"Brilló en su rostro un contento inesplicable; y como si le hubieran quitado por encanto veinte años de encima, se levantó de su asiento con indecible ajilidad, y frotándose las manos, dió dos ó tres paséos por la sala ántes de decirnos una palabra.

"Esperabamos las tres, con la ansiedad que tan natural es en nuestro sexo, la esplicacion de todo aquello; pero por entónces lo que supímos servia mas para irritarla que para satisfacerla.

—"Hijas mias, los hombres que habeis visto á caballo no son lo que pensabais. Vienen aquí, pero como amigos. Bien me lo daba á mí el corazon: por eso no me he asustado tanto como vosotras.

"Esto nos dijo el capellan; y Clara y yo, oyendo su intempestiva fanfarronada, nos mirámos, faltando poco para que soltaramos la carcajada.

—"Son, continuó él sin advertirlo, sujetos de distincion. Uno de ellos viene enfermo, y es menester disponerle una cama. Vamos, señora Marta, no perdais el tiempo. Y vosotras, hijas mias, supongo que no tendreis inconveniente en ceder vuestro aposento para un desgraciado. ¿No es verdad?—Y con mil amores, respondió Clara, cuyo tierno co-

razon compadecia ya al hombre de quien se le hablaba.

" Marta, mi hermana y yo volámos á nuestro cuarto. En un instante hicímos desaparecer nuestras costuras y bordados: dispusímos una cama que no le hubiera parecido mal á un príncipe, y salímos á anunciárselo al capellan, pero ya no le encontrámos en la choza. Supusímos, con razon, que habria salido al encuentro de nuestros huéspedes, pues á poco rato le vímos llegar acompañado de cinco hombres montados en mui buenos caballos. Traian todos unos antifaces negros, cosa que nos sorprendió, pues viviendo en aquella soledad, ignorabamos que los caminantes, en verano, suelen usarlos para libertar el rostro del ardor del Sol y de la incomodidad del polvo. Sus vestidos no eran ni tan buenos ni tan malos que llamasen la atencion. Los sombreros de ala ancha; pero lo que mas atrajo las miradas de Clara y las mias, fuéron las cotas de malla que llevaban encima de unos coletos de gamuza. Tal vez ellas y las armas, tanto las blancas como las de fuego, de que iban provistos, me hubieran hecho tenerlos por ladrones, á haberlos visto algunos años despues. Entónces el vicio y el delito eran para mí palabras incomprensibles.

" Miéntras mi hermana y yo observabamos todo esto, se habian apeado cuatro de los jinetes, y llegándose con muestras de respeto al quinto, que permanecia montado á caballo, recibiéron sus armas, que él mismo fué dándo-

les. Luego que estuvo desembarazado trató de apearse ; pero viendo los otros que no podia hacerlo, se encargáron de ello, haciéndolo con brevedad, pero con tanto cuidado, que nos persuadió de que aquel hombre era el enfermo. Ya en el suelo, fué menester que se agarrara de los brazos de dos de sus acompañantes para entrar en la choza, y aun así andaba con suma dificultad.

" Ese infeliz, me dijo Clara, parece que está mui malo: Marta y yo tambien pensabamos lo mismo ; pero era tal nuestra curiosidad, que no nos daba lugar por entónces á compadecerle.

" Sin detencion ninguna el capellan condujo á los desconocidos á la habitacion preparada, y allí el enfermo se metió inmediatamente en la cama. Al cabo de una media hora salió nuestro preceptor : comunicó á Marta sus disposiciones para la cena, y la órden de arreglar, lo mejor que pudiese, en la sala que nos servia de biblioteca y cuarto de estudio, tres camas para aquellos señores, pues uno de ellos habia de velar continuamente á la cabecera del enfermo.

" Cuando estuvo dispuesto todo, avisámos, y se nos previno que Domingo llevase la lijera colacion preparada para el doliente hasta la puerta de su habitacion. Allí la tomó uno de los que le acompañaban, y despues se presentáron los cuatro en el comedor para cenar con nosotras, ya sin antifaces, pero con las cotas de malla, espadas y dagas.

" Vímos entónces que de aquellos cuatro sujetos uno era anciano, dos jóvenes, y el otro niño, que no llegaria á diez y siete años. Estaban todos tan tostados, que mas parecian mulatos que européos ; y mostraban en lo enjuto de los rostros, lacio de los cabellos y gravedad en el mirar, que la vida que llevaban no era ni cómoda, ni exenta de peligros.

" Saludáronnos cortesmente, escusándose de la molestia que nos causaban con la inevitable necesidad de hacerlo. A la mesa se condujéron con la mas perfecta urbanidad, pero habláron poco : no se nombráron jamas unos á otros : y aunque comiéron con buen apetito, no mostráron en ello gran placer. Acabada la cena, que no fué larga, nos retirámos, ellos á descansar, y nosotras á hacer conjeturas sobre quienes serian.

" A la mañana siguiente, despues de habernos vestido para ello con algo mas de cuidado que soliamos hacerlo diariamente, fuímos conducidas por nuestro preceptor al cuarto del enfermo, á quien hallámos en la cama sin antifaz ni otra cosa que impidiese verle el rostro.

—" Señor, le dijo el capellan, aquí teneis á las dos sobrinas de mi Señora Doña Francisca de Alba.—Bellas niñas ! contestó con una voz, aunque entónces débil, bastante sonora. ¿ No me habeis dicho que eran hijas de Sebastian Coutiño ?—Y mui servidoras vuestras, respondí yo, que como de ménos edad, estaba tambien ménos cortada que Clara.

—" ¡ Pobre Coutiño ! continuó el doliente

como si no me hubiera oido: lo hizo bien; se portó como un valiente; y no fué solo. Pero todo fué inútil: Dios quiso castigar nuestra arrogancia: hágase su voluntad. Hijas mias, vuestro padre era un buen soldado, un completo caballero; espero que algun dia recibireis la recompensa de sus servicios en la tierra, porque él años ha que disfruta de ella en mejor vida.

"Estas palabras arrancáron nuestras lágrimas. El enfermo, sintiendo al parecer habernos aflijido, varió de conversacion, y empezó á hacernos á ambas, aunque con mas frecuencia á Clara, diversas preguntas, á las cuales tuvímos la dicha de responder acertadamente. Aquella conversacion duró una hora. Yo salí ya un poco cansada; pero como Clara parecia mui satisfecha, no quise decirle una palabra.

"Todo aquel dia no cesó mi hermana de hablarme del enfermo. Ponderaba su figura, que á mí, á la verdad, no me parecia gran cosa; la sonoridad de su voz, que á mí me amedrentaba; y sobre todo, aquel tono grave y majestuoso, que le hacia suponer, y en esto ibamos conformes, que aquel hombre debia ser un gran personaje.

"La enfermedad que el tal padecia era una herida en una pierna, que por falta de cuidado estaba en mui mal estado. Agravóse considerablemente, le entró calentura; y sus cuatro compañeros y el capellan decidiéron unánimemente que era indispensable ya la asistencia

de un facultativo. Con este objeto escribiéron á mi tia, y el fiel Santiago fué como siempre el portador del mensaje.

"Segun despues he sabido, la eleccion de Doña Francisca de Alba recayó en el licenciado Juan Mendez Pacheco, médico de una aldéa vecina á Lisbóa, que tenia fama de hábil y de poco afecto á los españoles.

"Avisóle que fuera á Guimaraens á ver un enfermo por quien se interesaba. Hízolo así Pacheco, y cuando ya iba á entrar en el lugar, Santiago, sacándole del camino, le condujo á lo mas áspero del monte en donde le aguardaban ocultos dos de los incógnitos de nuestra choza. Despues de asegurarle que nada tenia que temer, le tapáron el rostro para que no viese el camino por donde iba, y le trajéron así hasta el cuarto mismo del paciente.

"Reconoció Pacheco la llaga, que dijo haber sido hecha por una bala que pasó de soslayo; la curó, y en quince dias que permaneció allí sacó al enfermo de peligro, y le puso en disposicion de poderse levantar, declarando que ya no creia necesaria su asistencia. Con esto, y con sustituir al ungüento que en una caja de plata llevaban los incógnitos para curar la herida, otro mas eficaz, se le despachó del mismo modo que vino, con una carta para mi tia, quien no solo le recompensó liberalmente, sino que tuvo la debilidad de confiarle tal vez cosas que no debiera. Debo advertir que Pacheco no vió jamas el rostro del enfermo, quien siempre que el médico iba á entrar en su cuarto se

ponia unos grandes anteojos pardos que le desfiguraban enteramente. A los demas los vió, pero á ninguno pareció conocer, ni ellos á él.

"Durante la estancia del médico en la choza, nuestras relaciones con el enfermo se hiciéron mas íntimas. Gustaba de nuestra compañía; y el capellan, encantado de ello, léjos de poner obstáculo alguno, apénas nos dejaba salir un instante de su estancia. Marta, que no habia recibido una educacion descuidada, sabia tocar el arpa medianamente, y nos habia dado lecciones á Clara y á mí: en breve supe yo tanto como mi maestra, y mi hermana mucho mas. Pulsada el arpa por sus manos, producia sones que arrebataban: parecia que las cuerdas, animándose, adquirian la sensibilidad de aquella anjelical criatura; y nada distraia tanto al enfermo como que Clara tocase algunas de sus composiciones favoritas en aquel instrumento.

"Yo no me apartaba de mi hermana: es decir, que no salia del cuarto en que ella estaba; pero como ni mi edad ni mi carácter permitian que me estuviese mucho tiempo quieta, no cesaba de juguetear, ya en una parte, ya en otra. Clara, por el contrario, siempre sentada á la cabecera del enfermo, ora leia, ora tocaba el arpa, ó bien conversaba con él; y si era grande el placer de este en tenerla á su lado, no era menor el de ella en acompañarle.

"Podria tener aquel hombre entónces de treinta y cuatro á treinta y cinco años de edad; y aunque llevaba en el rostro visibles señales

de grandes trabajos, léjos de ofrecer nada de repugnante, no dejaba de tener bastante gracia. Su conversacion era bastante amena. Habia corrido, al parecer, gran parte de la Europa, y observado detenidamente sus costumbres, pues describiéndolas con viveza y maestría, nos tenia escuchándole horas enteras. No habia en Portugal familia ilustre cuya historia no conociese perfectamente; y segun hablaba, no solo parecia que habia estado en relaciones con ellas, sino con cuantos personajes habia en dicho reino. De todo hablaba con calma, y acaso con indiferencia; pero si la casualidad hacia que se mencionase al rei de España, se hubiera dicho que una chispa eléctrica le inflamaba. Sus ojos brotaban llamas al solo nombre de Felipe; murmuraba entre dientes algunas imprecaciones, y variaba al instante de conversacion.

"Siempre que esto ocurria, mi miedo era inesplicable; y daba señales tan claras de tenerlo, que algunas veces, conociéndolo el enfermo, me llamaba para hacerme caricias y desimpresionarme. Sin embargo, siempre miré á aquel hombre con cierta especie de temor que jamas he podido desterrar.

"Clara tambien se aflijia en tales casos, mas no se asustaba: si existe en efecto la simpatía entre los humanos, en nadie se ha esplicado con mas prontitud ni fuerza que en mi hermana y el enfermo. Yo entónces veia sin comprender; pero reflexionando despues muchas veces sobre aquellos sucesos, me he con-

vencido de que mui desde el principio se enamoró Clara del incógnito, y este de ella.

"Una sola circunstancia, que por cierto me aflijió bastante, hubiera sobrado hoi para revelarme aquel amor naciente.

"En nuestros paséos Clara no hablaba una palabra, y apénas respondia á mis continuas preguntas. Siempre distraida, no cesaba de suspirar, y hubo dias en que, aprovechándose de la primera ocasion favorable, se salia fuera de la choza.

"Ya he dicho de mi cariño á ella que era una verdadera idolatría. Sentíme de su proceder, y se lo dije con las lágrimas en los ojos: Clara me estrechó tiernamente entre sus brazos, me acarició, y se disculpó. Yo la creí, y dos dias despues volvió á suceder lo mismo que ántes.

"Mes y medio pasáron los incógnitos en la choza. De los cuatro que acompañaban al enfermo, los tres de mas edad casi siempre estaban conferenciando en secreto con el capellan: el otro gustaba mas de acompañarnos á paséo á mi hermana y á mí: para su edad era demasiado formal, y yo le hacia por ello muchísima burla: él lo sufria pacientemente, pero no variaba de conducta. Muchas veces me dijo que era mui hermosa: yo me reia. Parece que ya en aquel tiempo se enamoró de mí; por mi parte entónces no sabia ni podia saber qué cosa era el amor; y cuando en lo sucesivo me hallé en edad de amar, jamas sentí por aquel jóven la menor inclinacion."

Respiró Don Juan leyendo esta declaracion,

pues hubo un momento en que tembló no ser el primero que hubiera sabido conmover el corazon de Ines.

"Anunciáronnos, al cabo de este tiempo, que trataban de irse. Yo recibí esta noticia con indiferencia: no así Clara, que sintió despedazársele el corazon. Al montar á caballo el incógnito, sacándose de un dedo un precioso anillo, se le puso á mi hermana diciéndola: 'Tomad, hija mia, esta memoria de un hombre cuyos dones fuéron en otro tiempo mui estimados, y hoi solo cuenta con algunos corazones fieles; séalo el vuestro tambien, que del mio jamas se borrarán esas facciones, ni el agradecimiento por vuestros cuidados.'

"Los sollozos de Clara respondiéron por ella. No perdió de vista á los caminantes hasta que la distancia y la espesura del monte se los ocultáron; suspiró entónces, y puedo asegurar que en muchos dias ni aun sonreirse la ví.

"No prolongaré mas esta relacion con minuciosos pormenores. Baste decir, que desde la marcha de los desconocidos pasámos un tristísimo año hasta su vuelta, que se verificó inesperadamente.

"El herido venia ya enteramente bueno de salud, pero mas caido de espíritu. La vista de Clara le animó algun tanto, y mi hermana no pudo disimular el gozo que en verle sentia. Ella misma me ha confesado despues todo lo que voi á referir.

"A pocos dias del regreso de aquellos hom-

bres, saliendo Clara á paséo una tarde sin mí, que no sé como me quedé en la choza, y estando sentada á la orilla del lago, el incógnito se ofreció á sus ojos cuando ménos lo esperaba. Saludóla, sentóse á su lado, y estuvo algun tiempo pensativo, hasta que por fin dijo:

— "Mi edad y mis trabajos, hermosa Clara, parece que debian haberme puesto á cubierto de las pasiones; pero vuestros ojos han sido mas poderosos que los años y la esperiencia. Yo os amo con delirio; y ni la reflexion, ni mas de un año de ausencia han podido borrar de mi memoria vuestra imájen seductora, y el amor me ha vuelto á traer á este valle, solo para ofreceros mi corazon y oir de vuestra boca, si mi suerte ha de ser en todo adversa, ó me reserva el cielo aun alguna felicidad.

"Clara decia que esta declaracion, aunque hecha en tono apasionado, tambien lo fué con entereza y dignidad. No me ha dicho lo que respondió; pero es de inferir que el incógnito no quedaria mui descontento de su respuesta, cuando los paséos solitarios se repitiéron tantas veces cuantas lo permitió la impertinentilla hermana Ines.

"A poco los incógnitos volviéron á marchar; pero su regreso fué tambien en breve, y en todo el año siguiente repitiéron sus visitas con frecuencia.

"En este intermedio la melancolía y distraccion de Clara iban en aumento. Él incógnito y ella tenian frecuentes conferencias secretas; pero ni debian versar sobre mate-

rias alegres, ni salir ambos mui satisfechos, pues los ojos de mi hermana estaban inflamados de llorar, y el entrecejo de su amante hacia temblar.

" Un dia los dos se presentáron á la mesa, si no alegres, por lo ménos no tristes. Despues de comer, el desconocido se encerró con el capellan, y estuviéron hablando como dos horas; salió el buen eclesiástico de la tal conversacion como loco de contento. Santiago fué despachado en toda dilijencia con una carta para mi tia. Dos dias despues volvió á venir acompañando á la misma Doña Francisca de Alba. Esta así que vió al incógnito se echó á llorar, y quiso arrodillarse; mas él, recibiéndola en sus brazos, lo impidió.

" Clara al parecer comprendia todo aquello: yo estaba como quien ve visiones, y no poco resentida de la reserva de mi hermana. La noche misma de la llegada de mi tia, así que estuvímos solas, Clara, abrazándome tiernamente, me dijo que se casaba con el incógnito. Jamas ha habido sorpresa igual á la mia ni mayor afliccion, pues creí que casarse Clara y separarme de ella seria todo uno.

" No le costó poco trabajo consolarme, convenciéndome de que jamas se apartaria de mí; y yo, que solo á aquello atendia, ni me acordé de preguntarle el nombre de su esposo.

" Veinte y cuatro horas despues, como á las once de la noche, vestidas mi tia, Clara, Marta y yo de toda gala, y escoltadas por el incógnito, sus cuatro acompañantes, el cape-

llan, Santiago y Domingo, montámos á caballo; y habiendo andado dos ó tres horas por veredas ocultas, y muchas veces por lo mas enmarañado del monte, llegámos, acabada de sonar la una de la madrugada, á corta distancia de una ermita dependiente de cierto monasterio de San Agustin. En sus inmediaciones encontrámos á otras cuatro personas embozadas en grandes capas, quienes sin duda nos esperaban, pues así que echámos pie á tierra, y uno de los nuestros habló con ellos algunas palabras, se dirijiéron con nosotros á la ermita.

"Santiago se adelantó solo á llamar á la puerta de esta, y el relijioso que la habitaba no dejó de tardar bastante en responder. Hízolo por fin, preguntando con harto desabrimiento quien era el que llamaba tan á deshoras. Respondió Santiago, que un labrador que vivia en una cabaña no distante de allí, en paraje que nombró y ahora no recuerdo, se habia puesto repentinamente enfermo de tanto peligro, que se temia espirase de un instante á otro, por lo cual le suplicaba fuese sin tardanza á administrarle los últimos auxilios espirituales.

"Preguntó el fraile que como se llamaba el enfermo, y nuestro mozo, que llevaba bien estudiada la leccion, respondió que era un tal Pedro Trebiños, labrador mui conocido del relijioso, y que en efecto habitaba el paraje que Santiago habia dicho. Con tales señas no le quedó duda al ermitaño; y diciendo que iba á

abrir la puerta de la ermita, se retiró de la ventana á que primero se habia asomado. Inmediatamente que lo hizo, y á una seña de Santiago, se aproximáron dos de los incógnitos, y con las dagas desnudas se arrojáron sobre el pobre fraile cuando abrió la puerta, é imponiéndole silencio bajo pena de la vida, entráron con él en el vestíbulo de la ermita. Así que Santiago nos avisó, fuímos tambien á ella nosotras, los que nos acompañaban y los que habiamos encontrado esperándonos; todos, en fin, á escepcion del mismo Santiago y el mulato, que se quedáron en guarda de los caballos.

"Yo no sé quienes pensaria el fraile que eramos; pero lo cierto es que aunque no hablaba palabra, se le conocia que estaba muriéndose de miedo. Dijéronle que nos condujese á la sacristía, y ya en ella que nos franquease los mejores ornamentos que para decir misa tuviese. Hízolo todo apresurado y temeroso, luego se le obligó á encender todas las velas del altar mayor, y en seguida encerráronle en su propia celda, dejando en su guarda á uno de la comitiva.

"Así que el fraile se retiró, arrojó su capa una de las personas que se nos habian reunido á las inmediaciones de la ermita, y ví con la mayor admiracion que era un venerable anciano, un obispo con todas sus vestiduras. Nuestro capellan y otros que le acompañaban le ayudáron á revestirse, y ellos mismos lo hiciéron tambien.

"Mandáronnos retirar á todos de la sacristía,

para que el obispo confesase al incógnito: Clara se confesó en seguida tambien con él, y luego el prelado nos dijo una misa, asistido por los dos capellanes.

"Concluido aquel sacrificio, Clara apoyada en mí, pues tal era su turbacion que apénas podia andar, se encaminó al altar, como as ímismo el incógnito. Todos los asistentes se aproximáron tambien, y el obispo principió la lectura del rito matrimonial. Concluida la lectura, y al hacer las preguntas de costumbre á los desposados, y oyendo que al incógnito le decia: 'Vos, Baron, quereis por esposa &c. á la Señora Doña Clara Coutiño, Sotomayor, Alvarez de Castro,' esperé que al hacerle á mi hermana igual interpelacion sabria el nombre de su esposo. Engañéme empero. El obispo empezó en efecto á decir si queria por esposo al Señor Don.... Pero el incógnito le interrumpió: 'Es inútil que me nombreis. Ella sabe quien soi y vos tambien: esto basta; las paredes oyen.' No replicó el obispo, y la ceremonia se concluyó, con harta mortificacion mia, sin que yo tuviese el gusto de saber quien era ni como se llamaba mi singular cuñado.

"Antes de retirarnos firmámos todos un papel, que se nos dijo ser el que en cualquier tiempo haria constar la lejitimidad de aquel matrimonio. Besámos en seguida el anillo del obispo, y recibiendo su bendicion salímos de la ermita. Poco ántes de amanecer estabamos en nuestro valle. Mi hermana se retiró á la estancia de su marido, y yo, que jamas habia

dormido sino en su compañía, me fuí sola y despechada á mi lecho, maldiciendo de todo corazon al que me habia robado el cariño y la sociedad de Clara.

"Poco disfrutó esta por entónces de la compañía de su esposo: á los quince dias de casado se separó de ella. Volvió á poco tiempo, y permaneció en el valle algunas semanas. Para abreviar diré, que en el primer año de su casamiento mi pobre Clara no se veria en compañía de su marido mas de cuatro meses.

"Es natural figurarse que yo no dejaria de preguntar cual era el nombre de mi cuñado; pero Clara me contestó que no podia decírmelo, pues habia prometido callarlo bajo juramento; que lo que á mí me bastaba saber, y ella podria revelarme, era que su marido pertenecia á una casa mucho mas ilustre que la nuestra, y que él mismo era persona de grande importancia; pero que habiéndole ocurrido grandes desgracias, y sufriendo á consecuencia de ellas una persecucion del gobierno que ponia su vida en peligro, se veia en la precision de vivir oculto, errante, y en continuo sobresalto.

"No tuve dificultad ninguna en creer cuanto mi hermana me dijo, pues todo iba mui conforme con las apariencias.

"La pobre Clara, durante las continuadas ausencias de su marido, no sosegaba un instante. Llorar, rezar, observar el camino del monte, eran sus ocupaciones. Si algun consuelo encontraba en mi compañía, era bien es-

caso. '¡ Qué feliz eres' me decia muchas veces, 'en conservar tu independencia! ¡ qué dichosa en conservarte hoi como cuando vinímos á esta choza !'

" Pasaré por alto nuestras conversaciones. Interesantísimas para nosotras, serian impertinentes para los demas.

" Diez y ocho meses hacia que Clara se habia casado, cuando una noche, siendo mas de las doce de ella, se presentó su marido en el valle. Encerróse con ella como cosa de media hora, y al cabo de ella salió con muestras de grande ajitacion. Abrazóme tiernamente (y esta fué la primera vez que lo hizo), y montó á caballo, encargándome mucho que cuidase de la salud de mi hermana y la consolara en su ausencia, que entónces seria mas larga que las pasadas.

" Inútil encargo para quien en nada pensaba mas que en la dicha de Clara. Entré en su cuarto, y la hallé anegada en lágrimas y postrada de rodillas ante un crucifijo, orando fervorosamente.

' Libertadle, Señor,' decia, ' de las manos de sus enemigos. Bastante ha purgado sus delitos. Misericordia, Señor, de él y de mí.'

" Caí yo tambien á su lado, tambien lloré, y tambien dirijí mis plegarias al Redentor. Solo aquello podia consolar á Clara entónces. La mirada que me dirijió viéndome unir mis oraciones á las suyas, pintaba un agradecimiento, una satisfaccion, que no hai pluma capaz de describir.

"Despues de algun rato me dijo: 'Soi mui desdichada, Ines mia. A pesar de las precauciones con que mi marido vive, los verdugos españoles han llegado á sospechar su existencia en Portugal, y se cree que esto se debe á alguna indiscrecion del licenciado Juan Mendez Pacheco, á quien nuestra tia, Dios se lo perdone, dijo mas de lo necesario. Tiene, pues, el desdichado que huir, si puede, del suelo de su patria; y no quiere llevarme consigo por no esponerme á mil peligros. ¿Y cuando, Ines, cuando tiene que abandonarme? Cuando ántes de muchos meses seré madre tal vez!'

"Al acabar ocultó su rostro en mi seno; corriéron en abundancia las lágrimas de ambas; y de allí en adelante pocos dias se pasáron sin repetirse la misma escena. Una semana despues de la noche de que acabo de hablar, recibímos á Santiago con un billete de mi tia, cuyo contenido era el siguiente:

'Señora y amada sobrina: vuestro esposo y mi señor se ha embarcado, con el favor de Dios, el Juéves último, dirijiéndose al puerto de *** para pasar de allí á Roma. Conformaos con la voluntad de Dios, y confiad en su justicia y misericordia, en tanto que yo quedo rogándole con todo el fervor de mi corazon tenga en su santa guardia á vuestro esposo y á vos. Vuestra servidora y tia = Doña Francisca de Alba.'

"Tranquilizóse Clara algun tanto con esta noticia, y su vida se hizo mas serena, aunque sumamente melancólica. Penas tan graves en

una persona jóven, en estremo sensible, y de constitucion delicada, no podian ménos de hacer grande impresion ; y en efecto, la hiciéron. Unida esta á su embarazo, destruyó para siempre la salud de mi desdichada hermana.

" Despues de seis meses de haberse ausentado mi cuñado nació su hija Clara, tan parecida á su madre, y á mí en particular, que cuantos la han visto despues la han tenido por hija mia. Nuestro padre capellan la bautizó ; yo fuí su madrina : su madre, á pesar de hallarse mui delicada, no quiso consentir en que nadie diera el pecho á la niña mas que ella misma.

" Pasámos un año despues de esto sin tener noticia alguna de mi cuñado : Clara no le habia olvidado, pero la hija le servia de gran consuelo. El escelente carácter, las gracias inocentes, y las caricias infantiles de la niña, la hacian sonreir á veces. Jamas la oí formar para su hija proyectos ambiciosos ; ántes por el contrario, aseguraba que si en su mano estuviera no saldria nunca Clarita de aquel mismo valle en que ella y yo habiamos pasado momentos tan apacibles.

" Un dia, de que no renuevo nunca la memoria sin amargo dolor, aquel jóven que acompañaba al incógnito la primera vez, y que segun he dicho parecia enamorado de mí, se presentó en la choza con aire tan abatido y melancólico, que bastaba verle para presajiar que era portador de alguna funesta nueva.

' ¿ Y mi esposo,' preguntó Clara llena de temor, ' vive ?'—'Vive, señora,' contestó grave-

mente el mancebo.—'Dios sea alabado,' replicó mi hermana con un profundo suspiro; '¿y porqué no viene con vos?'

"A esto respondió el mensajero, refiriéndonos con brevedad cuanto les habia ocurrido desde su marcha del valle, y se reducia á haberse embarcado en Portugal mudando de hábito y nombres, llegado con felicidad á *** pasando de allí á Roma, y al cabo de pocos meses á Nápoles, por consejo de algunos amigos. Parece que en esta última ciudad hombres demasiado confiados dejáron entrever el secreto de mi cuñado á otros que, intimidados por el poder, ó seducidos por el oro de los españoles, lo pusiéron en conocimiento del virei, quien procedió sin tardanza á la prision del desventurado, que entónces quedaba en el *Castell-del-Ovo.* Milagrosamente sus inseparables compañeros pudiéron sustraerse á favor de varios disfraces á la persecucion de los satélites del virei; y el que entónces nos hablaba se encargó de venir á poner en nuestro conocimiento tan triste suceso, esponiéndose, como es de suponer, á peligros inmensos.

"Una revolucion completa se obró entónces en Clara: aquella mujer tímida como la paloma, dulce como el corderillo, se convirtió de repente en un ser animado del mayor entusiasmo.

'Corrámos,' esclamó, 'á Nápoles. No en balde me ha dado el título de esposa suya: si la fortuna hubiera coronado sus esfuerzos, él repartiera conmigo su gloria y su esplendor:

hoi que le es contraria, mi deber es participar de sus penas, morir con él si necesario fuese. Ahora mismo me pondré en camino.'—'Y yo contigo, Clara mia ; nuestra suerte será la misma' dije yo. Clara me dió un estrecho abrazo. El capellan, que estaba presente, se opuso á este proyecto en vista de las dificultades y peligros que ofrecia ; Marta le apoyó, y el mensajero mismo de mi cuñado se puso de su parte.

" Clara entónces, revistiéndose de una dignidad nueva en ella, dijo en tono solemne ; 'He dicho mi voluntad, y no la revocaré en esta materia. No se hable mas de ello.' Quedámonos todos mudos, y solo se pensó en hacer los preparativos para el viaje. En dos dias todo estuvo pronto ; al tercero salímos del valle ; y el quinto Clara, su hija, el capellan, el desconocido, el mulato y yo nos embarcámos en Lisbóa para Italia."

A este punto del manuscrito de Ines llegaba Don Juan, cuando un criado vino á avisarle que un señor majistrado le buscaba. Suspendió, pues, la lectura, aunque de mui mala gana, y encerrando los papeles en la cajita bajó á la sala de estrado.

CAPÍTULO XVI.

" Y no os teneis que cansar ;
Que yo sé no me conviene :
Ni daré por cuanto tiene
Un dedo del Castañar"
(García del Castañar, comedia)

La persona que interrumpió á Don Juan era Don Rodrigo de Santillana, alcalde del crímen de la chancillería de Valladolid. Despues de los cumplimientos de costumbre, Don Rodrigo con la facilidad de un hombre de mundo entabló desde luego la conversacion sobre el asunto á que iba.

— He sabido, señor Don Juan, dijo, que vuestro hermano el Señor Marques piensa salir mañana de esta ciudad para la corte ; y habiendo yo sido llamado á ella por el rei nuestro señor, vengo á suplicaros me alcanceis la honra de hacer el viaje en su compañía, pues de no ser así, hasta hallar ocasion de hacerlo con alguna comodidad, se pasará mas tiempo del que yo deseara.

Don Juan, á quien no le pesaba hallar ocasion de pagar la cortesanía con que Don Rodrigo le habia tratado en el lance del Campo

Grande, pasó sin tardanza al cuarto de su hermano, y consiguió fácilmente la pretension del alcalde. En seguida le presentó al marques, y quedáron ambos mui satisfechos uno de otro.

Despidióse Don Rodrigo; pero Don Juan no pudo volver, como deseaba, á ocuparse en la lectura de la historia de su amada, porque el marques le entretuvo hablándole de asuntos de familia, y haciéndole varios encargos para que los desempeñase durante su ausencia. Entre otras cosas le encomendó mui particularmente que no dejase de visitar á menudo á cierta condesa viuda, quien tenia una hija única llamada Blanca, que sobre ser heredera de inmensos bienes, pasaba por una de las mas hermosas y discretas damas de ambas Castillas.

— Sois mozo, le dijo, pero no tanto que no debais ya pensar en estableceros, y seguramente ningun partido hallareis tan ventajoso bajo todos aspectos como el de uniros á Doña Blanca.—Hermano, replicó Várgas, nada complacido con semejante insinuacion, yo por ahora no pienso en casarme. Ademas, debeis recordar que solo he dejado á Flándes para vivir en vuestra compañía.—Sí, es verdad; pero las circunstancias..... quiero decir.... En fin, aunque casado, siempre vivireis en Valladolid, y viene á ser lo mismo.—No hablémos de eso, hermano, porque es inútil. Yo estoi seguro de que la madre de Doña Blanca jamas se la dará por esposa á un segundon.—Os en-

gañais: vos no sois pobre; y en punto á familia, les llevamos grandes ventajas. Su titulo es de ayer, y su apellido flamenco; y la antigüedad del nuestro es tanta como la de la monarquía. Esto es algo: y ademas, yo tengo mis razones para creer que no sereis despreciado si lograis agradar á Doña Blanca, cosa que de vos depende.

No quiso Várgas prolongar la discusion, y se calló, pero firmemente resuelto á no poner los pies en casa de la condesa, y á negarse al matrimonio en cualquiera ocasion que volvieran á proponérselo.

Toda aquella tarde y gran parte de la noche la pasáron ambos hermanos en arreglo de papeles, ajustes de cuentas, y combinacion de varias disposiciones relativas á asuntos de interes doméstico. Cuando todo estaba concluido, el marques dijo á su hermano:

— Don Juan, somos mortales, y la hora de la muerte es incierta. Yo no soi aun anciano, y á Dios gracias disfruto de buena salud; pero no por eso tengo la vida asegurada: he hecho, pues, mi testamento, que cerrado y sellado queda en poder de nuestro escribano: hago en él por vos lo que puedo y debo como buen hermano, á quien nunca habeis dado un motivo de disgusto. Espero que si yo muriere ántes de volver de este viaje, os conformareis en todo con mi última voluntad, desempeñando fielmente la comision que pongo á vuestro cargo.

Várgas respondió, que esperaba que no ten-

dria el disgusto de perder á su hermano mayor, á su segundo padre, en muchos años; pero que si desgraciadamente el cielo lo ordenaba así, podia el marques estar seguro de que sus disposiciones se ejecutarian exactamente, cualesquiera que ellas fuesen, contando con que él (Don Juan) por su parte las miraria como sagradas.

Ya era mas de la media noche cuando los hermanos se separáron; y Várgas, que para despedir al marques tenia que levantarse ántes del alba, no pudo entónces continuar la lectura del manuscrito de Ines.

A la siguiente mañana, Don Rodrigo, el padre Teobaldo y el marques, entráron en el coche de este, y saliéron de Valladolid por la puerta del Cármen, con direccion á la corte. Don Juan, á caballo, los acompañó hasta un lugar distante dos leguas de la ciudad, que llaman Puente-Duero. Allí al separarse, Don Rodrigo sacando la cabeza por la ventanilla del coche, como para despedirse de Várgas, le agarró la mano, y sonriéndose con aire maligno, le dijo á media voz:

—El temperamento de Madrigal, Señor Don Juan, es harto mal sano; y la compañía de los frailes poco conveniente para un caballero mozo. Discreto sois: recibid este aviso amistoso. Cochero, arréa.

Obedeció el cochero; y el carruaje, á pesar de lo arenoso del pinar por donde pasa el camino, se alejó con velocidad del paraje en que

Don Juan dudaba aun de si daria crédito á sus oidos.

—Parece, esclamó por fin, que toda la especie humana se ha empeñado en mezclarse en mis negocios y obrar misteriosamente conmigo. ¿De donde sabe este alcalde que yo voi á Madrigal y visito allí á un fraile, si yo á nadie se lo he dicho? Dios me tenga de su mano, que bien lo he menester para no quedarme sin el poco juicio que me resta.

Hecha esta reflexion, para libertarse de las muchas y desagradables que le asaltaban, arrimó las espuelas al caballo; y el animal, acostumbrado ya á conocer las intenciones de su amo, salió á la carrera por el primer camino que se le presentó, que fué no el de Valladolid, sino el de Simáncas, que está poco mas ó ménos media legua á la derecha de Puente-Duero.

No reparó Várgas en que habia errado el camino hasta que alzando los ojos vió que el Sol naciente doraba con sus primeros rayos la cúpula del torreon del castillo de Simáncas, en donde años ántes murió mártir de la libertad el obispo Acuña.

Aunque estaba impaciente por llegar á su casa para concluir la empezada historia de la bella portuguesa, se consoló con que el rodéo no habia sido mui largo; y volviendo las riendas al caballo echó á andar á trote largo por la orilla del Pisuerga con direccion á la ciudad.

No mui distante de ella vió caminar por la misma senda que él iba, pero en sentido contrario, una mujer hermosa montada en una es-

celente mula, y acompañada de un mozo á caballo en el cual reconoció desde mui léjos la gallardía y destreza del pastelero Gabriel de Espinosa. Tantas y tales eran las singularidades que Don Juan habia visto en aquel hombre, que ya no podia sorprenderle, por mas inesperadamente que se le presentase. Miró, pues, ya que no como natural, al ménos como mui poco maravillosa, su presencia en las cercanías de Valladolid, aun cuando era de suponer que estuviese entónces en Madrigal, y apresuró algo el paso para salirle al encuentro.

Poco tardáron nuestros caminantes en hallarse frente á frente. Gabriel reconoció tambien á Várgas; pero no conviniéndole sin duda manifestarlo entónces, puso disimuladamente el dedo índice de la mano derecha sobre sus labios en señal de silencio, mirando á Várgas significativamente, y finjiendo que el caballo se le habia espantado, pasó á escape por delante del hermano del marques sin saludarle; este no trató de estorbárselo, y saludando á la dama continuó su camino.

Luego que hubo andado algunos pasos volvió atras la cabeza, y vió que Gabriel iba ya mui tranquilo al lado de la señora de la mula.

—Anda con Dios, hombre incomprensible, dijo para sí. Hoi no te conviene conocerme: no me estuviera mal á mí tampoco no haberte visto jamas.

En estas y otras reflexiones llegó á la puerta de su casa, y allí lo olvidó todo para volver á ocuparse en la lectura de la historia de la bella Ines de Coutiño.

CAPÍTULO XVII.

" Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depositario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas."
(CERVÁNTES : *Don Quijote : parte* 1ª *cap.* 13.)

MANUSCRITO DE INES.

" AL embarcarnos, llevámos con nosotros una suma considerable en dinero y alhajas, la mayor parte nuestras, y algunas cartas de recomendacion para Nápoles que nos dió Doña Francisca de Alba. Despues de una navegacion larga, pero sin contratiempos de otra especie, llegámos por fin á Nápoles, donde nos alojámos, lo mas cerca que pudímos del *Castell-del-Ovo*, en una casa que tomámos por nuestra cuenta, diciendo que ibamos á Italia á cumplir cierta promesa hecha á san Jenaro.

" La misma noche de nuestra llegada fué á vernos el anciano que siempre iba en compañía de mi cuñado, avisado por el jóven que fué á buscarnos al valle. Alabó sobremanera la heroica resolucion de Clara, cuya mano besó; y nos dijo que su marido continuaba preso y custodiado con la mayor vijilancia.

'Han estado á verle,' añadió, 'el virei y algunos otros grandes: el primero no se cubrió hasta que el preso se lo mandó espresamente; y á todos ha inspirado compasion y respeto la nobleza y dignidad con que soporta su infortunio; trátanle por ahora con las mayores consideraciones; pero han escrito á España: se está esperando por momentos la respuesta, que ya debia haber llegado, y la hora en que venga será la de su muerte.—¿Y podrá Felipe cometer tal infamia?—Podrá, señora, porque el monarca español no conoce freno. El príncipe de Egmont, degollado en un cadalso; Orange, proscrito; su propio hijo bárbaramente asesinado, os dicen bastante cual es la suerte que aguarda á vuestro esposo, si no logramos sacarle de la prision ántes que el tigre entienda que puede imprimir en él su garra.'

"Esta perspectiva espantosa y cierta aflijió, pero no desalentó á Clara, que jamas perdió la esperanza de salvar á su esposo.

"Prodigámos pues el oro, y conseguímos corromper á un carcelero, estableciendo por su medio una correspondencia seguida con el preso, quien en su primera carta no hallaba espresiones con que encarecer su agradecimiento y amor á su adorada Clara. Nosotros le informabamos sucintamente de los pasos que se daban en favor suyo, y de nuestras esperanzas, exajerándolas; pero no de nuestros temores, que no eran pocos, ni de pequeña importancia.

"El carcelero que habiamos ganado no era

mas que el llavero que le llevaba la comida y le servia ; pero para entrar y salir en el castillo era menester pasar en su interior por dos ó tres puertas, guardadas cada una por distinto portero, y en lo esterior por medio de la guardia, que daban los tercios españoles que guarnecian la ciudad. Ademas, el gobernador del fuerte iba en persona todas las mañanas y noches á cerciorarse de la presencia del preso en su encierro. ¿ Como, pues, ponerle en libertad ?

" Cada dia se nos ocurria un nuevo proyecto, y cada noche nos acostabamos con el desconsuelo de haberse conocido la imposibilidad de ponerlo en práctica. Mi cuñado nos escribia que estaba resignado con su suerte, que cesaramos de esponernos por él á nuevos peligros, y que nos volvieramos á nuestro retiro. Pero Clara ni oir hablar de tal cosa queria, y yo no supe nunca pensar mas que como ella. En todo este tiempo nos visitáron muchas veces los compañeros del esposo de mi hermana, que bajo diferentes disfraces, y confundidos con la clase ínfima del pueblo, permanecian en Nápoles.

" Todos ellos se ocupaban sin cesar en el mismo objeto que nosotros, pero tan infructuosamente tambien. Por fin, el mas anciano de nuestros amigos formó un proyecto, que aunque complicado y difícil, ofrecia sin embargo mas probabilidades de buen éxito que cuantos se habian imajinado.

" Un médico frances establecido en Nápo-

les fué quien allanó los primeros pasos de nuestra empresa, merced á una considerable gratificacion. Por medio del carcelero sobornado enviámos al marido de Clara una bebida, que á poco tiempo de tomada no solamente le aletargó, sino que tambien le prestó todas las demas apariencias cadavéricas. Cuando por la mañana fué el mismo carcelero á llevarle el desayuno, finjiendo gran sorpresa de hallarle en aquel estado, corrió á dar parte al comandante del fuerte. Trasladóse este en seguida á la prision, y creyendo muerto á mi cuñado, lo puso sin tardanza en conocimiento del virei, quien tambien pasó en persona á cerciorarse del hecho. Pero el brebaje del frances produjo tan maravilloso efecto, que convencidos todos de que el preso habia dejado de existir, mandáron que encerrado en un ataud se le trasladase inmediatamente á una capilla próxima al castillo, para hacerle allí algunos sufrajios, con el mayor secreto.

" Prevista esta circunstancia por los amigos de mi cuñado, aquel mismo dia, despues de anochecer, se fuéron aproximando por distintas partes á la capilla ; se hiciéron abrir la puerta, no sé con qué pretesto, y amarrando al sacristan á uno de sus pilares, envolviéron al supuesto muerto en algunas mantas que llevaban á prevencion, y saliéron con él á la calle. De allí se dirijiéron inmediatamente al puerto, y se embarcáron en un buque frances que habiamos fletado enteramente por nuestra cuenta: sin detenernos levantámos el an-

cla, y al vernos en alta mar, nuestro gozo fué incomparable.

" Veinte y cuatro horas completas permaneció el esposo de Clara aletargado. Al cabo de ellas volvió en sí, y habiéndole administrado la bebida que á prevencion llevabamos por disposicion del médico, cuando llegámos á Marsella iba ya completamente bueno.

" En Marsella, despues de una larga conferencia entre mi cuñado y sus amigos, se decidió que convenia por entónces separarnos por algun tiempo, y así se verificó en efecto, señalando el término de un año para reunirnos en España mismo.

" Clara, su esposo, su hija, el capellan y yo nos internámos en Francia, y fijámos nuestra residencia en un pueblecillo de las montañas del Languedoc, llamado Lacaune. Su situacion, en medio de una sierra de las mas agrias, los jigantescos peñascos que en todos sentidos le rodéan, y los torrentes que en la estacion del invierno parece que van á inundarle, no se me olvidarán jamas ; pero tampoco se borrará de mi memoria la hospitalidad y atenciones de sus habitantes.

" Para establecernos allí tomó mi cuñado el nombre italiano de Fiormino, y se dió por un particular emigrado á causa de su aversion á los españoles que entónces dominaban su pais : esto bastó para hacernos el objeto de la solicitud de todo el pueblo. Visitónos cuanto en él habia de familias nobles, que eran bastantes, y procuráron en cuanto estuvo á su al-

cance hacernos olvidar nuestras desgracias. Pero nada bastó para que mi probre Clara recobrase su salud.

" Durante la prision de su marido sufrió mi infeliz hermana tormentos indecibles, y le sucedió entónces lo mismo que al que padece una fiebre inflamatoria, que miéntras esta le dura parece animado y vigoroso, pero en desapareciendo le faltan las fuerzas. Así Clara hasta que vió seguro á su esposo, mostró un valor y una enerjía verdaderamente heroicos; pero ya en Francia no pudo mas, y empezáron á ser demasiado visibles los efectos de sus penas.

" El mas indiferente hubiera visto sin dificultad que aquel cuerpo tan bello caminaba á pasos ajigantados á su disolucion. ¿ Qué haria una hermana que la adoraba? ¿ Qué un esposo de los mas tiernos?

" Ella misma no ignoraba su estado, y pensando aun entónces mas en nosotros que en sí, no cesaba de prepararnos con sus discursos á soportar con resignacion la irremediable calamidad de su muerte.

" Yo no sé si me engaño, pero esa filosofía que nos hace soportar estoicamente la pérdida de los que amamos, la he considerado siempre como una máscara de la insensibilidad.

" Si hubiera de referir las lágrimas, los suspiros que entónces exhalé. seria este escrito interminable. Pero permítaseme pasar rápidamente sobre aquel amargo trance.

" Clarita no habia aun cumplido dos años

cuando su madre, atacada de una consuncion ya en su último periodo, cayó en cama. Desde aquel instante al de su muerte, que se verificó un mes despues, ni su marido ni yo nos apartámos un instante de su lado.

"El médico á quien llamámos movió tristemente la cabeza, y nos dijo sin rodéos que Dios solo podia ya hacer algo en aquel caso.

—"Ya lo sabia yo, dijo la enferma; que su voluntad se cumpla. Nuestro capellan, que desde su infancia la habia acompañado, fué quien le prestó los últimos auxilios espirituales.

"Un cuarto de hora ántes de morir quiso ver á su hija, la bendijo, y despues de apretar tiernamente la mano de su esposo, tomó la mia diciéndome:—Ines mia, en tus brazos deposito á Clarita; sé para ella lo que fuiste para mí; sírvela de madre.

"Llorar fué mi respuesta. Cruzó entónces Clara sus manos, y esperó tranquila el momento de comparecer ante el Padre de las misericordias.

"No manifestó su semblante el menor síntoma de agonía ni de padecimiento. Estaba, sí, descolorida; pero tan tranquila como si no fuera á morir. Su alma, que conservó en la tierra toda la pureza de su ser primero, su alma, centro y depósito de todas las virtudes, rompió sin esfuerzo los lazos que la unian al cuerpo, y subió satisfecha á gozar de la recompensa que merecia.

"Al espirar abrió un instante los ojos, los fijo en nosotros, y dando un suspiro, volvió á

cerrarlos para siempre. Una sonrisa indefinible se dejó ver en aquel momento en sus labios.

"El dolor de su esposo fué silencioso, pero terrible. El mio amargo, y será eterno. No ha pasado desde entónces un solo dia sin que derrame alguna lágrima por la memoria de mi hermana.

"Para colmo de mi desventura, el capellan, ya mui anciano, no pudo resistir á la pena que le causó la muerte de Clara, y la siguió en breves dias al sepulcro.

"La estancia en Lacaune no podia ménos de sernos intolerable. Salímos, pues, de aquel pueblo con el corazon lleno de amargura, y nos encaminámos á España. Entónces tomó mi cuñado el nombre de Gabriel Espinosa, y para mejor encubrirse, el oficio de pastelero, en que el mulato Domingo le dió algunas lecciones, que por cierto aprovechó mui mal.

"De esta manera hemos vivido, ya en un pueblo, ya en otro, hasta nuestra llegada á Madrigal, en donde el señor Don Juan de Várgas me conoció.

"Lo demas que me queda que revelar á este caballero es demasiado importante para que yo me atreva á confiarlo al papel, y aun lo que llevo escrito, le suplico lo queme apénas lo haya leido.=*I. C.*"

Concluyó Várgas esta para él tan interesante lectura, mas prendado, si posible era, que ántes de empezarla lo estaba de la bella Ines, y lleno al mismo tiempo de satisfaccion.

No podia en efecto ménos de sentirla, viendo que la mujer á quien tanto amaba era igual á él en nacimiento, y digna bajo todos conceptos de su estimacion.

Solo hubiera deseado saber quien era el misterioso Gabriel, cuyas desgracias le interesáron tambien á favor suyo; pero ó Ines lo ignoraba aun, cosa poco probable, ó temió escribir su nombre, que era lo mas cierto.

En estas y otras reflexiones estaba entretenido, cuando entró en su cuarto estrepitosamente el comendador Hinojosa, con muestras de gran contento por una parte y cierta risa irónica en la boca por otra, que no se concertaban mui bien.

— Bien hallado, señor Don Juan, dijo dándole una palmada en el hombro con sobrada fuerza: apuesto mi encomienda á que no adivinais las nuevas que os traigo.—Si ellas son de tanto peso, respondió Várgas encojiendo el hombro, como vuestra mano, no las digais, porque sin duda alguna me abrumarán.—No sé yo si os abrumarán en efecto, pero nunca os serán mui gratas. El señor marques ha tratado de engañarme, pero el engañado ha sido él: Hinojosa es demasiado observador para que se le escapen así las cosas. No os alboroteis hasta estar al cabo del negocio, que en llegando allá tal vez no andareis vos mui comedido con vuestro hermano.—Sepámos, pues, de que se trata.—De una friolera, á la verdad: de vuestra fortuna. Si Dios no lo remedia, el marquesado, primo y señor, voló.

—¿ Habeis soñado esta noche, primo, y venís á referirme vuestros sueños ?—No, á fe mia, aunque á veces tengo mis tentaciones de creer que es un sueño lo que pasa. Pero escuchadme y oireis maravillas. ¿ Habeis oido hablar de una dama llamada Violante ? — Violante.....Violante.... Sí ; me parece que hago memoria.... Aguardad : ¿ no fué dama del marques ?—Precisamente la misma. Vuestro hermano la sorprendió *in fraganti delicto*, como diria el padre Teobaldo, con un tal Don Rodrigo, de felice recordacion, que despues la abandonó tambien.—Sea en hora buena.—No os impacienteis, que ya llegarémos al punto importante. No pudiendo hacer otra cosa, la dama se metió á beata. Se encontró en cinta ; y por medio de un buen fraile domínico, á quien ha embaucado, logró persuadir al marques de que sus ojos le habian servido mal ; y ademas, y en esto estriba la dificultad, le ha convencido de que su señoría es el projenitor de la criaturita, que Dios sabe á quien debe el ser. —¿ Y el marques se ha dejado engañar tan groseramente ?—Como un santo varon. Pero no para en esto la historia : ha reconocido al niño, haciéndole bautizar con su nombre y apellido, sin quitar una letra ; ha señalado á la madre una pension, y ahora va á Madrid á lejitimar al ilustre vástago para poder dejarle su título y rentas. No me interrumpais, que aun tengo que decir, y no poco. Por si muere ántes de verificarse la susodicha lejitimacion, ha hecho testamento, dejando todos sus bienes

libres al señorito ; pero en honor de la verdad, debo decir tambien que se espresa que, en caso de no morir el marques hasta despues de lejitimado su hijo (así le llama) por S. M., entónces se entienda que el marquesado pase á este, y los bienes libres á su hermano el señor Don Juan de Várgas.—Hinojosa, entendámonos : ó cuanto decís es una chanza, y para tal me parece mui pesada; ó hablais de véras, y entónces debo saber qué fundamento tienen tan importantes noticias.—Y yo no tengo inconveniente en decíroslo. Desde que el domínico apareció aquí estoi sobre aviso : he observado los pasos del marques ; me he informado de la vida de Violante, y he sabido que el tal fraile era su confesor y la visitaba con frecuencia. Esto me ha bastado para ir averiguando lo demas ; pero á mayor abundamiento, el padre Teobaldo, confidente del marques, se lo ha revelado al mayordomo ; este al ama de llaves, quien deposita sus secretos en el despensero ; de este pasó á cierta moza de retrete que no mira con malos ojos á mi lacayo, el cual me lo ha referido punto por punto. Y por si alguna duda nos pudiese quedar, teneis al escribano, á quien he gratificado, pronto á enseñaros la minuta del testamento, que está, gracias á Dios, claro y terminante.—Ya veo que no tiene duda.—Ninguna. —Así parece.—¿ Y qué pensais hacer ?—No sé ; nada.—Admirable calma.—¿ Y qué hemos de hacer ? La cosa ya no tiene remedio.—No, en efecto, si tratais de estaros mano sobre ma-

no. Pero movámonos; opongámos la fuerza y la razon á las arterías de una ramera: tal vez lograrémos impedir que empañe el honor de nuestra familia un infame bastardo, hijo acaso de algun caballero de industria. Nadie mas interesado que vos en este asunto.—Así es, pero yo no quiero disgustar á mi hermano. Haga ahora lo que quiera, no por eso dejará de haber sido un padre, y mui buen padre, para mí.—Nobles son esos sentimientos, pero intempestivos. El marques está engañado, seducido por esa bribona que Dios confunda, y es hacerle un beneficio evitar que cometa la necedad que intenta. Lo que conviene, pues, es que sin demora tomeis la posta para Madrid.—¿Yo dejar á Valladolid ahora? No por cierto; aunque en ello me fueran mas coronas que las de los innumerables mártires de Zaragoza.—Voto á Dios, esclamó Hinojosa impacientado, que este tiene ménos juicio aun que su hermano.

Rióse Várgas de todo corazon de la cólera de su primo; y despues de haber meditado algunos instantes, dijo:

—Lo que en esto se puede hacer es, que vos, en quien tengo toda mi confianza, tomeis á vuestro cargo el negocio. Desde ahora teneis poderes amplios y completa aprobacion para cuanto dispongais. Si algo se ha de hacer ha de ser así, porque por mi parte me es imposible ocuparme en nada, pues tengo asuntos de mas importancia.—¡De mas importancia que un título y grandes rentas!.... En efecto,

será preciso que yo tome el negocio á mi cargo, porque si no, sabe Dios en qué vendrá á parar la familia.

Salió diciendo esto del aposento mui incomodado con el poco juicio de su primo, y al dia siguiente por la mañana tomó la posta para Madrid.

Don Juan no dejó de pensar algo en la singular conducta de su hermano; pero como Ines, y solo Ines podia ocuparle largo tiempo, á poco se olvidó de tal asunto para pensar únicamente en la entrevista que para el dia inmediato le habia prometido su dama.

CAPITULO XVIII.

Mas vano ha sido nuestro afan, y en vano
Por el nombre de Dios lidiado habemos :
Él retiró su omnipotente escudo,
Y coronar no quiso nuestro esfuerzo.
(QUINTANA : *Pelayo.*)

RECUERDE el lector que en el capítulo 16 de esta obra le hemos dicho, que regresando Don Juan de Várgas á Valladolid desde Puente-Duero por el camino de Simáncas, habia encontrado á Gabriel de Espinosa acompañado de una bella dama ; y lo que no sabe y ahora le dirémos es, que aquella mujer era Violante, la querida del marques.

Espinosa salió de Madrigal para Valladolid el mismo dia que tuvo con Don Juan la conferencia en la celda del fraile. Llamábanle sus asuntos á aquella ciudad hacia tiempo, pero ciertas razones le hiciéron diferir su viaje hasta la época en que nos hallamos.

Fué á aposentarse á una casa de huéspedes, que la casualidad quiso fuese la que estaba en frente de la que Violante habitaba. Vióla por la mañana asomarse al balcon, y reconoció en ella una mozuela con quien habia tenido

amistad en uno de sus primeros viajes á Italia ántes de casarse con Clara. La curiosidad le movió á ir á visitarla, y no fué poca su sorpresa al ver la decencia de los muebles y el místico adorno de las habitaciones.

Así que estuviéron solos la cortesana y el pastelero, "Camila," le dijo este, "¡ tú en España y vestida de hábito del Cármen! Fenómeno es este que no esperaba ver."

Sorprendióse la taimada hasta no mas oyéndose llamar por un nombre que ya ella misma habia olvidado; pero no reconociendo al que la hablaba, trató de imponerle revistiéndose de una gravedad teatral, y respondiendo con enojo: "Señor jentil-hombre, usted viene engañado, ó trata de insultarme porque me ve mujer y sola. Ni mi nombre es Camila, ni hai para que admirarse de verme vestir este santo hábito: tome, pues, usted la puerta, que no gusto de recibir en mi casa visitas de jente desconocida."

Estuvo Gabriel mirándola de hito en hito miéntras habló, y despues, soltando sin consideracion alguna la carcajada, contestó: "Desempeñas tu papel que no hai mas que pedir; pero conmigo, créeme, es tiempo perdido el que gastes en tratar de engañarme. Y si no, vamos á cuentas: no puedes haber olvidado que hace algunos años, cuando te llamabas Camila, por señas, fuíste á Nápoles con cierto alférez de los tercios españoles, que, cansado de tus repetidas infidelidades, te abandonó á merced del público. Tambien tendrás pre-

sente que un estranjero, á quien conociste con el nombre de Señor Alvarez, te tomó por su cuenta algunos dias, hasta que le jugaste una de las tuyas, y te envió á paséo."

Violante ó Camila, que todo es uno, habia estado escuchando aterrada tan circunstanciada relacion de una parte de su vida y milagros; pero á pesar de ello no dejó de examinar atentamente la persona del narrador, logrando al cabo recordar sus facciones.—Es el mismo Alvarez, esclamó, no pudiendo contenerse: es él, ó su sombra.—Norabuena, contestó siempre riéndose Espinosa: tú has mudado el nombre; yo tambien. Cada uno de nosotros habrá tenido para ello sus razones; pero no reconocerse amigos tan antiguos, es descortes hasta el último punto.

Ya no le era posible á la cortesana volverse atras de lo dicho, aunque bien lo deseaba: hizo, pues, de la necesidad virtud, y afectando alegría, se dió enteramente á partido.

A fuerza de preguntar unas cosas y de adivinar otras por los antecedentes que tenia, se enteró Gabriel, sobre poco mas ó ménos, de la historia de Violante en Valladolid; pero ella no supo mas que lo que él quiso decirle, que fué poco ó nada. En el fondo de su corazon deseaba la ninfa ver á dos mil leguas de sí al que la habia conocido Camila; pero temiendo que si le descontentaba, habia de publicar lo que tanto le interesaba á ella que no se supiese, le llenó de caricias, y á fuerza de confianzas y agasajos quiso comprometerle á entrar en sus

intereses. Por parte de Gabriel no hubo designio alguno: la curiosidad le llevó á verla la primera vez, y su inclinacion á las mujeres á volver alguna que otra, y á acompañarla en uno de los viajes que hizo á Simáncas á ver á su hijo.

En tanto que esto hemos referido, Don Juan, enterado ya de la historia de Ines, fué puntualísimo en presentarse en el locutorio, y su dama no le hizo aguardar.

—¿Habeis leido mi escrito, Don Juan? preguntó la morena.—Sí, lo he leido; y aunque jamas os hubiera visto, por su lectura solo os amara, Ines mia. No me digais ahora que mi amor es una locura: iguales en nacimiento y fortuna, adorándoos yo, mirándome vos sin repugnancia, ¿qué se opone á nuestro enlace? Cesen, señora, cesen de una vez mis penas; vos podeis hacerlo, y yo no espero mas que vuestra resolucion.—Don Juan, si en mi mano estuviera, hoi mismo seria vuestra esposa; pero no debeis haber olvidado....—¿Que se me han impuesto condiciones? No por cierto; pero ya he dicho mil veces que esta no es una dificultad. Cualesquiera que ellas sean, por duras que parezcan, yo las acepto desde luego. —Conviene, sin embargo, que las sepais. Los riesgos que se os van á ofrecer son de tal naturaleza que ni estais acostumbrado á correrlos ni aun á imajinarlos. ¡Ah mi Don Juan! Si solo se tratara de esponer el pecho á las balas, de pelear cuerpo á cuerpo con uno ó con muchos enemigos, yo estuviera segura de vos; y

si murierais, vuestra gloria me consolaria del dolor de perderos. Pero ¿ querriais vos, qué digo vos, querré yo misma veros perseguido, cargado de cadenas, en un cadalso tal vez ?.... —¡ En un cadalso, Ines ! ¿ Delirais ?—Ojalá, Don Juan ; pero yo no deliro : otro sí, y será causa de vuestra perdicion y de la mia.—En nombre de nuestro amor, esplicaos, señora, de una vez.—Comprendo vuestra impaciencia ; yo misma la tengo, y no pequeña, de sacaros de dudas, y sin embargo no puedo ménos de temblar al abrir los labios para confiaros este fatal secreto.

Calló Ines, y Don Juan tambien permaneció en silencio. Así pasáron algunos instantes, hasta que la dama, levantándose de su asiento y cerciorándose de que nadie habia escuchando la conversacion á la puerta del locutorio, empezó á decir :

—" Ya habreis visto que cuando mi hermana se casó, no me dijéron el nombre de mi cuñado ; pero lo que ignorais es que en Nápoles se me reveló este secreto. Entónces comprendí cuanto hasta aquel momento me habia parecido oscuro.

" El que vos habeis conocido con el nombre de Gabriel de Espinosa y ejerciendo el oficio de pastelero, el que en Francia se llamó Fiormino, es, Señor Don Juan, el desdichado Don Sebastian, rei de Portugal.—¡ Señora !—Es indudable.—¿ Y porqué permanecer oculto tanto tiempo ?—Eso lo sabreis escuchándome con un poco de paciencia, pues me será forzoso to-

mar las cosas de bastante atras para mayor claridad.

" La suerte de las armas fué adversa, como sabeis, á Don Sebastian en la espedicion á África; y el monarca, furioso y desesperado de ver perdida la flor de la nobleza lusitana, derrotado su ejército, y su gloria eclipsada, se arrojó, buscando la muerte, en medio de sus enemigos. Siguióle un escuadron formado de los mas valientes que aun quedaban con vida, en el cual iba por consiguiente lo mas escojido de Portugal, prefiriendo morir honradamente al lado de su rei, á buscar su salvacion en una fuga afrentosa. Casi todos muriéron cubiertos de la sangre de sus enemigos, y bien vengados: allí dejáron de existir mi padre Don Sebastian de Coutiño, y Don Cristóbal Tabora, marido de mi tia.

" El rei y unos cuantos de sus valientes, defendidos por los mismos cadáveres de los enemigos que acababan de inmolar, peleáron desesperadamente, hasta que sobreviniendo la noche se retiráron los moros del campo de batalla. Entónces, despues de un dia entero, cesáron de dar cuchilladas. Todos estaban heridos, cual mas, cual ménos gravemente. La sangre del monarca corria por tres heridas: una de ellas, la mas grave, debajo del brazo derecho, causada por un balazo.

" Seis ú ocho compañeros, y estos heridos, era todo lo que le restaba al desdichado Don Sebastian de su aguerrido ejército. Para restañar la sangre que corria en abundancia de

sus heridas tuvo que aplicarse un puñado de arena, pues no encontró cosa con que hacerse un vendaje. Jamas hombre descendió tan rápidamente del solio al colmo de la miseria.

" El anciano de quien tanto he hablado en mi escrito, y que ahora llamaré el marques Domiño, fué el único que, habiendo tenido la dicha de escapar con una sola y leve herida, se conservaba en estado de discurrir, y propuso alejarse cuanto ántes de aquel teatro de horror y desolacion, al que los moros no dejarian de volver por la mañana. Hiciéronlo así en efecto, metiéndose en un vecino bosque, en el cual no se internáron tanto como quisieran por no permitírselo el cansancio de los caballos ni el dolor de sus heridas.

" ¡ Qué noche aquella para Don Sebastian ! Aflijido por acerbos dolores, y reflexiones mas amargas aun, estenuado de hambre, abrasado de sed, rendido por el sueño, y sin poder cerrar los ojos un instante; los lejanos clamores de millares de moribundos en el campo de batalla, eran para él otras tantas y severas reconvenciones por su imprudente temeridad. ' No deseaba ya entónces,' me dijo refiriéndome estos sucesos, ' la corona ni el poder. No eran el hambre, la sed ni las heridas las que me atormentaban : los remordimientos, sí, me despedazaban las entrañas ; y si Domiño no se hubiera opuesto, aquella noche habria terminado yo mismo una existencia que los infieles no pudiéron arrancarme.'

" Tres ó cuatro dias viviéron en el bosque

sin otro alimento que el escaso y desabrido de algunas frutas silvestres, ni mas agua que la de un pozo hediondo. Por fin, resueltos á todo ántes que morir de hambre, saliéron una noche de aquel paraje y se encamináron á la playa, donde sorprendiendo á unos pescadores en el momento en que iban á entrar en su barca, se apoderáron de ella y les obligáron á remar, mal de su grado, en direccion á las costas españolas.

"Ya en alta mar, y próximos á perecer por falta de víveres, encontráron un buque ingles, al cual se acojiéron. Preguntando su capitan quienes eran, le respondiéron que unos soldados del ejército portugues, que á duras penas habian logrado salvarse del cautiverio en aquella barca. Los ingleses lo hiciéron mui bien con ellos; y como se dirijian á Lisbóa, no tuviéron inconveniente en echarlos á tierra en Lagos, puerto inmediato al Cabo de San Vicente, pues á Don Sebastian no le convenia presentarse en la capital, en donde suponia con razon, que todo estaria mui revuelto.

"Desde Lagos pasó Don Sebastian á un convento de Descalzos que estaba en el mismo Cabo de San Vicente, y en cuyo prelado tenia entera confianza. Allí supo el mal aspecto que para él habian tomado los negocios de su reino, y se confirmó en la resolucion de mantenerse oculto que ya tenia formada, y de que en la noche despues de perdida la batalla hizo voto inconsideradamente. Pasáron los desdichados caminantes á Lisbóa, y allí oyó

Don Sebastian predicar el sermon de sus propias honras á Frai Miguel de los Santos. Sus amigos se descubriéron cada uno á los suyos, iniciándolos en el secreto de la existencia del rei. El obispo que le casó con mi hermana fué uno de estos; y asímismo Doña Francisca de Alba, como esposa de Don Cristóbal Tabora, persona que fué mui querida del rei, mereció igual confianza.

"Vagó algun tiempo el monarca por sus propios Estados como si fuera un malhechor; mas ni aun así quiso la suerte dejarle en reposo. La noticia de que aun vivia empezó á divulgarse; y Don Enrique persiguió con tanto encarnizamiento á cuantos la decian, oian ó presumian, que Don Sebastian tuvo que salir de Portugal.

"Ya con un nombre, ya con otro, ora pasando por un mercader, ora por un artesano, recorrió toda la Europa, y al cabo de ocho años de trabajos, el amor patrio volvió á llevarle á sus Estados.

"Entónces fué cuando habiéndose empeorado una de sus heridas, y buscando un asilo seguro en donde poder curarse, Doña Francisca de Alba le dirijió al valle que habitabamos Clara y yo. El capellan supo desde luego quien era nuestro huésped y los que le acompañaban: Clara no, hasta que viendo el rei que su virtud era inespugnable, se decidió á casarse con ella.

"Los compañeros de Don Sebastian eran el marques Domiño; Don Cárlos, hijo natural

de Don Juan de Austria; el príncipe Abenamal de Dinamarca, y el jóven Don Francisco, á quien los otros llamaban Francisquito, que segun tengo entendido es hijo ilejítimo del rei. Los tres primeros le habian seguido á la batalla, como vasallo el primero, y en clase de voluntarios los otros dos, y todos pasan, igualmente que el rei, por muertos. Don Francisco se le unió en su segundo viaje á Portugal.

"Desde que este jóven me vió, su inclinacion á mí se manifestó claramente; y él mismo, acompañado del dinamarques Abenamal, fué quien tuvo con vos el encuentro en el Campo Grande. Pero no anticipémos los sucesos, y volvámos á Don Sebastian.

"Llegó el rei al valle y se enamoró de Clara; pero no podia permanecer allí mucho tiempo, pues le era forzoso recorrer el pais para alentar á sus partidarios, ó por mejor decir, para formar un partido con los servidores fieles que le quedaban, esparcidos en diferentes puntos.

"Así se pasó el tiempo que medió desde su conocimiento con Clara y matrimonio con ella hasta el viaje á Nápoles. He aquí la causa que lo promovió: el licenciado Juan Mendez Pacheco, tanto por el misterio con que todo aquel asunto se condujo, cuanto por algunas espresiones que Doña Francisca de Alba dejó escapar en su presencia, sospechó que el herido cuya secreta cura se le habia confiado, y magníficamente remunerado, era el rei Don Sebastian. Debia el médico haber guardado

para sí sus conjeturas, cuando por otra cosa no fuera, por amor de su propia seguridad al ménos ; pero no lo hizo así, y su imprudencia hubo de sernos á todos funesta. En cuanto á nosotros, ya sabeis, Don Juan, las consecuencias que produjo : réstame deciros que al médico Pacheco le prendiéron, y logrando á duras penas salvar su vida, fué destinado algunos años á galeras.

" Cuando volvímos á España despues de la muerte de mi amada Clara, nos aproximámos á las fronteras de Portugal, y en ellas encontrámos á nuestros amigos, segun el convenio hecho un año ántes. El infatigable Domiño no habia cesado de trabajar, aunque infructuosamente. En los años trascurridos desde que Don Sebastian pasaba por muerto, la usurpacion habia echado raices. A la verdad, la masa del pueblo estaba descontenta con el yugo español, y la nobleza, abatida y menospreciada, suspiraba por un trastorno político ; pero los tercios españoles tenian aterrados á unos y á otros. La nacion envilecida no se sentia capaz de sacudir las ferreas cadenas que la oprimian ; y los magnates á quienes se hablaba de ponerse al frente de un movimiento popular, no respondian mas que mostrando temerosos el coloso español, capaz de aniquilarlos con el menor esfuerzo que para ello hiciese.

" En medio de este desaliento jeneral, habia sin embargo algunos espíritus jenerosos que, convencidos de la existencia de Don Sebas-

tian, conspiraban para restablecerle en su trono. En vano los satélites de Felipe descubrian siempre aquellos proyectos, y una muerte pronta é infamante para sus autores era el último resultado que producian.

" Tal fué el desagradable cuadro que Domiño nos hizo del estado de los negocios en Portugal, y en su vista difirió el rei entrar por entónces en aquel pais. Domiño y los otros tres caballeros se volviéron á él; nosotros fuímos á establecernos primero en la Nava de Medina, y despues en Madrigal, que dista de allí tres leguas.

" Poco mas de un mes hacia, Don Juan, que estabamos en aquel pueblo, cuando el destino os condujo á él. Llegasteis precisamente el dia en que Don Sebastian, habiendo reconocido en el vicario de Santa María la Real á Frai Miguel de los Santos, su antiguo confesor y predicador, quiso probar si aquel relijioso le reconoceria tambien á él. Con este objeto le esperó y habló cuando se retiraba de decir misa, segun presenciasteis vos mismo. Deberia sin duda el supuesto Gabriel no haberlo hecho en vuestra presencia, atendiendo á que la obstinacion con que seguisteis sus pasos os hacia sumamente sospechoso; pero Don Sebastian no conoce obstáculos á su voluntad, y plegue á Dios que su inflexibilidad no sea funesta para todos.

" Figuraos cual seria la sorpresa de Frai Miguel oyendo la voz de su rei que tan conocida tenia, y mirando sus propias facciones. Al

principio dudaba reconocerlas ; pero tan prontas y tales fuéron las cosas que Don Sebastian le dijo, de aquellas que solo él y su confesor podian saber, que no le fué posible al vicario negarse á la evidencia.

" Frai Miguel, conservando siempre la esperanza de que Don Sebastian volveria á presentarse, habia procurado formar en Portugal un partido á su favor; y para que sus relaciones con aquel reino fuesen ménos sospechosas, hizo ir á establecerse en Madrigal al médico Juan Mendez Pacheco, que le servia y sirve de ajente.

" Pero lo mas interesante que ha hecho el vicario en favor de su rei, ha sido poner de su parte á la Señora Doña Ana de Austria, digna hija de su ilustre padre. Debemos á esta señora singulares beneficios; y es de presumir, si el cielo proteje nuestra causa, que la veámos sentada en el trono de Portugal.

" He aquí, Don Juan, la esplicacion de todos los misterios que tanto os han confundido.—Aun quedan, bella Ines, respondió Várgas, algunos puntos que aclarar. La aventura de la ermita, por ejemplo.—Voi á esplicárosla. Los amigos del rei, despues de haber recorrido de nuevo el Portugal y tomado allí sus medidas, viniéron á reunirse con él, repartiéndose, para no llamar la atencion, en diversos pueblos de las cercanías de Madrigal. No habian venido esta vez solos, sino acompañados de varios señores portugueses, que comisionados por los de su partido, traian el doble objeto de cer-

ciorarse de la existencia de Don Sebastian, y de recibir sus órdenes.

" Era, pues, preciso celebrar algunas juntas, y ningun paraje les pareció mas á propósito para ello que la bóveda panteon de una ilustre familia que existe debajo de la ermita á cuyas inmediaciones nos vímos.—¿ Y vos, esclamó Várgas con visibles señales de descontento, y vos lo sabiais ?—Sabia que se reunian cerca de Madrigal, pero no en qué paraje. Ademas debeis recordar que la eleccion del lugar de la cita fué vuestra, y no mia.

" Sucedió, pues, que los conjurados, si tal nombre puede darse á los que defienden tan justa causa, advirtiéron que habia jente estraña en las ruinas ; y temiendo ser descubiertos, hiciéron lo que no habreis olvidado.—No por cierto : ni lo olvidaré en mi vida.—Frai Miguel fué quien en aquella ocasion os salvó la vida. —La suya fué entónces la voz que yo creí reconocer.—Sin duda lo era. Don Sebastian se presentó despues, y segun parece estaba enterado de nuestra cita.—¿ Como ?—Lo ignoro ; no puedo creer otra cosa sino que el mulato Domingo, viéndome salir sola de casa me siguiera los pasos, y despues informara á su amo de lo ocurrido.—Así parece probable. ¿ Pero y vuestra repentina salida de Madrigal ?—Fué consecuencia de lo acordado en aquella misma junta. Los portugueses ofreciéron reunir en los montes un número considerable de soldados tan luego como el rei se presentara en sus dominios á cara descubierta ; y Don Sebastian,

para quien la triste condicion en que vive ha llegado á ser insoportable, resolvió prestarse á todo. Pero como para su presentacion en Portugal son necesarios grandes preparativos, pues el rei no quiere entrar pordioseando en sus Estados, se resolvió que se difiriese por algunos meses el alzamiento, para disponer en ellos lo conveniente. Inútil es deciros que Madrigal no ofrece recursos ningunos, y que es ademas demasiado pequeño para que cuantos pasos se dén, dejen de ser públicos.—Ya os entiendo: habeis venido á Valladolid á hacer compras.—Así es la verdad. He sido recomendada por la Señora Doña Ana de Austria á este monasterio, bajo el nombre de Doña María de Castro, suponiéndome sobrina de cierto abad: como el pretesto de mi estancia aquí es un pleito, salgo del convento siempre que lo creo conveniente y me es forzoso.—Un solo punto nos resta por aclarar, señora mia. —¿Cual es, Señor Don Juan?—Cierto lance en el Campo Grande.—Vamos á él. Cuando os ví en Medina os cité para el primer paraje que se me ocurrió entónces; pero por un efecto de la fatalidad que nos persigue desde que nos conocemos, quiso la suerte que las cercanías del Cármen fuesen precisamente el punto escojido por el dinamarques Abenamal para verse, en la noche misma que nosotros escojímos, con una dama ó mas bien mujer á quien galantéa. Acompañado de Don Francisco fué á esperarla; y ya sabeis lo que pasó sobre dejar ó no dejar el campo libre unos á

otros. Pero Don Francisco, irritado por mi indiferencia acia él y celoso de vos, promovió la pendencia; y el brutal dinamarques, olvidándose de las reglas del honor, os atacó tambien. ¿Soi culpable, Várgas?—No, mi bien: no, mi vida. Perdonadme, si merece perdon el que se atreve á pensar mal de un ánjel.—¡Siempre exajerado; siempre en los estremos! No, Don Juan: yo no soi ni liviana ni intrigante, pero tampoco un ánjel; estoi mui léjos de tal perfeccion.—Ines, yo os juro....—¿Que me amais? me complazco en creerlo.—Si así es, ¿porqué tardais en ser mi esposa?—Despues de lo que habeis oido, no se puede ocultar á vuestra penetracion que la hermana de Clara, la cuñada del rei Don Sebastian, la que, en fin, ha prometido solemnemente servir de madre á su hija, no puede separar su suerte de la del infeliz monarca. No creais, Várgas, que la ambicion me lisonjéa con sus ilusiones; acaso soi yo la única persona que en este negocio no se las hace. Conozco que Portugal, unido todo, con su rei en el trono, y aun suponiéndolo en sus mas prósperos dias, no basta solo á resistir al poder del orgulloso potentado en cuyos dominios jamas se oculta la luz del Sol. ¿Qué será, pues, en las actuales circunstancias? Prevéo una sangrienta catástrofe, y miro la ruina de Don Sebastian y los suyos como inevitable. Sin embargo, estoi resuelta á perecer con él, pues que el destino lo quiere así. Ved, pues, el tálamo que os ofrezco: mi mano no puede ser vuestra sin que tireis de la espada en favor de

Don Sebastian.—Suyo soi entónces hasta la muerte.—¡ Don Juan !....—No hableis mas, señora. Su causa es justa ; y aunque no lo fuera, conozco que haria lo mismo. Sin vos, ni la vida ni la honra estimo en nada.—El rei sabrá hoi vuestra resolucion : volved mañana. —Esposa mia, á Dios.—Él os guarde, mi señor."

CAPÍTULO XIX.

Sí ; yo te seguiré. Deja, Pelayo,
Que á tu diestra valiente una mi diestra ;
Que me alboroce viéndote, y contigo
Al moro jure interminable guerra.
(QUINTANA : *Pelayo.*)

GRANDE era el contento que Várgas sentia en haber salido del estado de ansiedad en que habia vivido durante los últimos meses, pareciéndole mejor correr los evidentes riesgos que su nueva posicion ofrecia, que estar como ántes continuamente en contradiccion consigo mismo.

Reflexionando, sin embargo, en el modo con que se hallaba tan inesperadamente comprometido en la mas aventurada de las conjuraciones, en cuyo éxito favorable ó adverso realmente ningun interes personal tenia, admiraba con razon los caprichos de la fortuna. Dotado, como lo estaba, de un entendimiento claro, y no siendo por naturaleza ambicioso, no podia ménos de conocer que era lo mas descabellado que podia imajinarse esponer la vida, la fortuna y la honra: ¿y para qué? para sustraer á la dominacion española el reino de

Portugal, que siempre deberia haber formado parte de nuestra nacion, la cual tal vez necesita que toda la península forme un solo cuerpo para ocupar entre las demas potencias el lugar que le corresponde. Pero á esta reflexion, y otras de no ménos peso, se oponia el amor de Várgas, amor que le dominaba completamente, y al cual estaba resuelto á sacrificarlo todo sin escepcion.

Con tales disposiciones se presentó de nuevo en el convento de Ines, y despues de una larga conversacion con ella, en la cual al cabo de dos horas viniéron á decirse en resúmen que se querian entónces, y se querrian siempre, salió de allí quejándose de no haber tenido tiempo para hablar de su amor.

Parecíale tal vez robado el tiempo que Ines tardó en indicarle el paraje y hora en que podria verse con el que continuarémos llamando indistintamente Gabriel de Espinosa, ó Don Sebastian, pues de ambos nombres usaba, segun las circunstancias.

Ya tarde en la noche del dia en que nos hallamos, salió Várgas de su casa con magnífico vestido, una escelente espada, envuelto en una capa de camino que le cubria enteramente; y para mejor disfrazarse, con un sombrero de ala ancha. En este equipaje se encaminó por calles escusadas á cierto callejon del barrio de la Mantería, situado en uno de los estremos de la ciudad; al ir á entrar en él, un hombre que apoyado con neglijencia á la esquina parecia estar medio borracho, le

dijo tartamudeando:—Buenas noches, amigo. ¿Se va de ronda?—Esta noche no rondan mas que las brujas, respondió Várgas, quitándose al mismo tiempo el sombrero, y cubriéndose el rostro con él.—Adelante, respondió el otro, ya en voz clara y con firmeza; la tercera puerta á la derecha.—No, sino la cuarta, dijo Várgas; y continuó su camino. Contando entónces cuatro puertas en la acera izquierda, tomó el aldabon de la que completaba este número, y dió con él dos golpes con tanto tiento, que á pesar de lo corto de la distancia no los oiria sin duda el de la esquina.

Una voz que parecia de mujer vieja preguntó desde adentro:—¿Quien anda ahí?—Amigo, fué la respuesta de Don Juan dando una palmada.—Yo no tengo amigos, replicó la vieja; váyase noramala.—Me iré, replicó Don Juan, pero no sin decirla que la Luna no ha salido aun, y volvió á dar otra palmada.

Entónces se abrió la puerta, y se halló nuestro caballero en un zaguan mezquino y sucio, en el que una mujer vieja y andrajosa tenia un lecho de malísima paja. Ya dentro, arrolló Várgas su capa y sombrero, y poniéndose su capacete correspondiente al resto de su vestido, pasó por una puerta que le indicó la vieja á un vestíbulo, en el que halló dos hombres armados con arcabuces, espadas y dagas.

—¿Qué os trae á este lugar? dijo uno de los armados.—El amor de la verdad y el deséo de la honra, le contestó el caballero; y hallando el paso franco, despues de atravesar

aun otra antesala, si se le quiere dar este nombre, se metió en un granero de no pequeñas dimensiones, que bien limpio, medianamente adornado y perfectamente iluminado por un crecido número de bujías, ofrecia un aspecto mixto entre salon y desvan.

Unos bancos de pino cubiertos con unas cortinas de damasco anaranjado, ó que tal habia sido, corrian al rededor de aquella sala, y en la cabecera de ella se veia un gran sillon de los que los frailes usan en sus celdas, tambien cubierto del mismo modo.

A los pies de la sala, y al rededor de una mesa correspondiente al resto de los muebles, estaban sentados escribiendo tres ó cuatro personas.

Las que habia en el salon cuando entró Don Juan serian hasta veinte, entre ellas tres ó cuatro eclesiásticos con mantéos ; los demas iban cual mas, cual ménos ricamente vestidos. Algunos llevaban al pecho diferentes cruces, y uno de los que estaban escribiendo llevaba una banda roja.

Los demas se paseaban por la sala en grupos de dos ó tres personas hablando entre sí en voz baja.

Al entrar Várgas todos se volviéron acia él, y contestáron á su saludo con cortesía: en seguida continuáron sus paséos en todo lo largo del salon.

El anciano de la banda roja no habia reparado en su entrada ; pero habiendo alzado la cabeza y fijado la vista en él, se levantó inme-

diatamente de su asiento, y acercándosele con aire cordial, le dijo :—¿ Es el señor Don Juan de Várgas á quien tengo la honra de hablar ?—Un criado vuestro, contestó este, satisfecho de que hubiera entre tantos uno que le hablase.—Mi nombre, continuó el de la banda, no os será tal vez desconocido, aunque sí mi persona, por no haber tenido hasta ahora ocasion de hablaros ; yo soi el marques Domiño.—

Reconociendo entónces Várgas que hablaba con el fiel servidor de Don Sebastian, de quien tanta mencion se hacia en las memorias de Ines, le colmó de atenciones, y el marques por su parte no andaba ménos comedido.

— S. M., dijo, no tardará en honrarnos con su presencia ; ahora permitidme que concluya el arreglo de algunos papeles interesantes, de que me es forzoso darle cuenta esta misma noche, y contad con que teneis en mí un verdadero amigo y admirador.

Volvióse acabando de hablar á la mesa, y dejó á Várgas solo de nuevo, teniendo por recurso que dedicarse á observar cuanto pasaba en torno de él.

Desde su llegada no habian cesado de irse presentando nuevos personajes de todas especies, y en uno de ellos reconoció Don Juan á su rival Don Francisco. Debió este de conocerle tambien, pues mudó de color al verle ; pero no dió de ello otra señal, y saludándole pasó á unirse á otras personas de las que allí estaban.

Así se pasó como una hora, y al cabo de ella, oyéndose en el cuarto ántes del salon dos recias palmadas, el marques Domiño se levantó de su asiento, y despues de haber dicho en alta voz "el rei, señores," se encaminó á la puerta de entrada, que abrió de par en par.

Todos los circunstantes descubiertos se colocáron entónces al rededor del salon, observando el mas profundo silencio.

Los dos centinelas de la segunda antesala guardaban la entrada con sus arcabuces, agarrados con la mano derecha por la garganta de la culata, y dejando descansar la caja sobre el hombro del mismo lado.

Pocos minutos despues se dejó ver Don Sebastian con un vestido negro completo, y sin mas adorno que el de una cadena de oro, de la cual pendia una medalla, y en ella esculpida la efijie de la Vírjen nuestra Señora.

El puño de la espada era de acero primorosamente labrado, y el del baston de oro, con algunos brillantes.

Cuando entró en el salon, los presentes se inclináron respetuosamente, y él quitándose el bonete, saludó con gracia y desembarazo.

Sentado ya en el sillon que le estaba destinado, mandó que los circunstantes se sentasen, y dijo:

—Años ha, señores, que la fortuna no me ha concedido un momento tan grato como el presente, en que me veo rodeado de tantos y tan buenos servidores. Con su auxilio y el favor de Dios, espero que en breve lucirá para Por-

tugal el dia de la libertad. Vea yo la bandera lusitana ondear un dia en el campo de batalla: séame dado pelear aun al frente de mis valientes soldados, y muera yo despues; habré llenado el mas violento, el mas justo de mis votos.

"Os he reunido, señores, para que ilustrado con vuestros consejos pueda yo decidir lo mas conveniente. El momento de obrar es ya llegado. Harto tiempo hemos jemido en la esclavitud y en la miseria. La historia no ofrece acaso ejemplo de monarca tanto y tan largamente sujeto al rigor del destino: permanecer así mas tiempo seria cobardía. Morir ó vencer será desde hoi mi divisa."

—Y la nuestra, morir ó vencer con nuestro rei, esclamáron entusiasmados la mayor parte de los conjurados.

—Ese entusiasmo, continuó Don Sebastian, que me llena de alegría, es un feliz presajio de la victoria. Marques Domiño, podeis hablar.

"V. M.," dijo Domiño, "me ha mandado poner á la vista de los ilustres personajes aquí reunidos un cuadro exacto de nuestra situacion, recursos y esperanzas, sin omitir los obstáculos que se oponen á nuestra justa empresa. Procuraré hacerlo con toda la concision, exactitud y claridad que alcance.

"No me cansaré en demostrar la justicia de la causa de V. M.; esta es tan evidente, que no necesita razones en su apoyo. Por otra parte, los que me escuchan dan, en hallarse en

este paraje, una prueba incontestable de su fidelidad y decision por su lejítimo rei.

"Nuestro objeto no es otro que el de arrancar de mano del usurpador Felipe el reino de Portugal. Para conseguirlo, contamos con nuestros amigos, y con los muchos enemigos que dentro y fuera de sus Estados tiene, gracias á su detestable política.

"V. M. ha oido ya diferentes veces á los enviados de Portugal que están presentes, y prontos á confirmar cuanto diré. Segun ellos aseguran, y yo mismo he tenido ocasion de observar, los portugueses están ya impacientes por romper el yugo de hierro que los oprime. Apénas hai uno de todos ellos que no haya sufrido alguna vejacion del monarca español. La masa no puede estar mejor dispuesta; trátase solo de inflamarla, de dar á la indignacion pública el conveniente impulso, y esto lo ha de hacer la presencia de V. M.

"En vano Felipe se ha esforzado en convencer con el tormento, el fuego y la cuerda á los portugueses, de que su rei ha dejado de existir; la mayor parte de ellos creen lo contrario, y para convencer á los restantes la evidencia bastará.

"Hai sin embargo hombres en Portugal, y algunos de ilustre nacimiento, que unidos á la usurpacion con los lazos del interes, y ejerciendo á su sombra una autoridad sin límites, harán los últimos esfuerzos contra nuestros designios. Estos, los españoles que allí mandan, y los tercios que guarnecen nuestras fortalezas,

serán los enemigos que tengámos que combatir, y para hacerles frente es preciso contar con algunos soldados desde luego.

"Para este objeto se ofrecen trescientos hidalgos portugueses, en cuyo nombre han venido los Señores Sousa, Coello, Ebora, y Renteiro. La universidad de Coimbra ofrece tambien á V. M. cincuenta lanzas por medio del doctor Saldaña, respetable eclesiástico, que está en camino para esta ciudad.

"En una palabra, cualquiera que sea el punto de la frontera que V. M. designe para el alzamiento, puede contar en él con mas de cien caballeros y unos quinientos peones. Esta fuerza es bastante y sobrada para oponerse á las primeras tentativas de los tercios españoles, y dar lugar á que se unan á V. M. mayor número de sus fieles servidores, con cuyo auxilio podrá apoderarse de una de las ciudades principales.

"Conseguido esto, la voluntad de los portugueses se manifestará sin rebozo; los españoles serán apénas dueños del terreno que pisen, y este no será mucho, atendido su reducido número en el reino.

"No es tampoco de temer en lo sucesivo el poder de Felipe, por mas colosal que parezca. Flándes absorve hoi su atencion entera; allá van á consumirse los tesoros de las Indias; allí sus mejores soldados; allí, en fin, está el principal apoyo de V. M.

"Isabel de Inglaterra verá con gusto desmembrarse el reino de Portugal de la corona

española; y si no me atrevo á asegurar que nos auxilie abiertamente con sus armas, es por lo ménos cierto que podemos contar con grandes socorros de su parte. Los insurreccionados de Flándes no podrán ménos tampoco de prestar la mano á la obra de nuestra rejeneracion. Y el rei de Francia y el emperador de Alemania mismo no dejarán en cuanto puedan de contribuir á la minoracion del poder del rei de España, cuyos vastos dominios le hacen el perpetuo objeto de sus celos.

"He demostrado, á mi entender, que V. M. no tiene que temer por parte de las otras testas coronadas oposicion alguna á la justa recuperacion de su trono; que las que no se interesen por V. M. directamente, permanecerán neutrales; y que el rei Felipe, empeñado en una guerra destructora, y que, por la manera con que se conduce, se ha hecho interminable, pocos ó ningunos esfuerzos podrá hacer para conservar la corona que usurpa.

"Pero aun hai mas. Dentro de España, á la vista misma del tirano, hai muchos hombres valerosos, de ánimo independiente y heroicos pensamientos, que pueden apénas soportar los hierros que los agovian.

"Aun huméan en Aragon las cenizas de la revolucion pasada. La sangre de Lanuza, que corrió traidoramente derramada en un cadalso, fermenta sordamente.

"Felipe camina sobre un volcan que una sola chispa basta á incendiar: V. M. tiene en su mano provocar la esplosion, y espero per-

donará mi osadía si me atrevo á decirle que debe hacerlo.

" Aragoneses y castellanos están mal contentos con el establecimiento de la inquisicion. Y V. M. se ha dignado prometer proteccion á todos los perseguidos por él, sin mas condicion que la de tomar parte en la gloria de restituir á Portugal su independencia.

" En mi mano tengo una humilde súplica que algunos reverendos eclesiásticos presentan á V. M. en nombre de varios otros, en la cual ofrecen á V. M. el auxilio que sus brazos, personas y haciendas puedan prestar para su empresa, y las condiciones que por ello reclaman son tan moderadas, tan justas, que V. M. no dejará de concederlas.

" Al frente del cuerpo auxiliar español se pondrá un noble castellano, de ilustre linaje, valor conocido y notoria pericia en el arte de la guerra, á quien V. M., convencido de su fidelidad, se ha servido honrar con este encargo, esperando que sus compatriotas, á sus órdenes, darán pruebas de su acostumbrada bizarría.

" Tal es, señor, el estado de los negocios de V. M.; pero por mas lisonjero que parezca, por mas que el triunfo se nos figure indudable, ahora mas que nunca debemos obrar con prudencia y cautela.

" No por anticipar un dia nuestro proyecto, malogrémos para siempre el trabajo de muchos años. Ántes de mucho solo habrémos menester el valor en el campo de batalla; hoi la saga-

cidad y el disimulo para sustraernos á las continuas pesquisas del enemigo.=*Dixi.*"

Este largo discurso, que sin duda estaba no solo preparado, sino estudiado de antemano, fué oido por toda aquella asambléa con grande atencion é interes. Várgas en particular, que por primera vez pensaba entónces seriamente en la empresa en que habia tomado parte, recojió hasta la última sílaba; y si bien admiraba la capacidad con que el marques Domiño habia reunido todas las circunstancias que militaban á su favor, dándoles el conveniente colorido, disminuyendo al mismo tiempo el poder de su enemigo, no pudo ménos de conocer que, por mas que se dijese, el proyecto ofrecia inmensos peligros.

Sin embargo, Don Juan ni queria ni podia ya volver el pie atras; y prestándose á lo que en su posicion era indispensable, tanto trabajó en convencerse á sí propio de que Don Sebastian podria triunfar, que casi llegó á creerlo.

Dejó Don Sebastian pasar algun tiempo despues de haber Domiño cesado de hablar, y cuando ya creyó que el auditorio estaba preparado á oirle, dijo:

"Acabais de oir la fiel pintura de nuestra situacion: si alguno de vosotros tiene algunas observaciones que hacernos, yo le permito y le mando que hable."

Entónces los circunstantes se miráron todos unos á otros como para examinar, que efecto habian producido las palabras del rei pastelero; y al cabo de algunos instantes tomó la palabra

uno, en cuya voz reconoció Várgas la de la persona que le habia tomado el juramento en la ermita de Madrigal, y lo era en efecto.

" Rei y señor mio," dijo: " los fieles vasallos de V. M., en cuyo nombre tenemos la honra de hallarnos hoi en vuestra real presencia algunos caballeros portugueses, están prontos á confirmar con las obras las ofertas tantas veces repetidas de sacrificar sus vidas y haciendas en defensa de V. M.

" Una súplica es la que se atreven á hacer humildemente puestos á los pies del rei y señor natural, que es la de rogarle que apresure el ansiado momento de tomar las armas. La dilacion entibia los ánimos de unos, espone á los otros á crueles persecuciones, y fortifica á los enemigos de la justa causa.

" Dígnese, pues, V. M. tomar en consideracion esta súplica reverente, y hacer en ello lo que fuere de su real agrado."

—" Señor Sousa, ese impaciente ardor de mis leales vasallos," contestó Don Sebastian, " es sumamente grato para mí. Yo procuraré no retardarles mucho la ocasion de darme pruebas de su fidelidad y valor."

Uno de los eclesiásticos, levantándose entónces de su asiento y haciendo una profunda reverencia, á la que el rei contestó con una leve inclinacion de cabeza y una seña para que hablase, lo hizo de esta manera.

" Señor: el marques Domiño ha ofrecido á V. M. la asistencia y auxilio de algunos españoles á quienes la tiranía de su rei obliga á

sustraerse de su dominio. Yo, en nombre de los descontentos, confirmo esta oferta. En esta misma ciudad existen muchos de ellos, y en las demas del reino se encuentran á millares. El caballero á quien V. M. se ha dignado confiar el cargo de su caudillo, podrá cerciorarse por sus propios ojos de la verdad de mis palabras.

" Los que están prontos á tomar las armas dejan á la real munificencia de V. M. el cuidado de señalar recompensas á sus servicios. Nada estipulan ni quieren estipular en este punto.

" La única condicion que ponen, la claúsula *sine qua non* del tratado que tienen la honra de hacer con V. M., es que, concluida la guerra, les será permitido vivir en el reino de Portugal segun sus *conciencias*, sin que ni el tribunal de la inquisicion ni otro alguno pueda inquietarlos en materias de fé.

" V. M. que en sus diferentes viajes ha recorrido la Europa entera, y á cuya real penetracion no se habrá ocultado ninguna de las causas de su engrandecimiento ó desmejora, habrá sin duda observado que los cristianos reformados, tan sin piedad perseguidos en España, tienen acojida en los mas florecientes de ellos.

" En apoyo de esta asercion la Inglaterra, la Escocia, y gran parte de Alemania, se hallan en este caso.

" Ni este es lugar á propósito, ni da de sí el tiempo lo necesario para estenderme en largas

disertaciones sobre la conveniencia de la tolerancia relijiosa.

"Á V. M. toca decidir si le conviene ó no aceptar en este caso la alianza de los españoles, cuyo nuncio soi, con la espresada condicion."

Una reverencia todavía mas humilde que la primera terminó este discurso, que Don Sebastian y Domiño oyéron impasibles sin dar señales de aprobacion ni descontento, y la asambléa se mostró dividida en distintos pareceres.

Don Francisco, Don Cárlos, Abenamal, y algunos otros, pensaban que el auxilio de los españoles era de la mayor importancia; y que limitándose los reformados, como se limitaban, á pedir una simple tolerancia en materias de fé, sin exijir proteccion ni paridad con el culto católico, seria desatinado negarse á su propuesta. Pero los portugueses Sousa y Coello no podian avenirse con la idéa de asociarse con herejes luteranos y calvinistas; y de esta misma opinion no faltaban personas entre los circunstantes.

Cuando el eclesiástico español cesó de hablar, un rumor sordo se dejó oir por todo el salon: los que opinaban en su favor se miraban, dando visibles muestras de aprobacion; y los contrarios, hablando entre sí en voz baja, se preparaban á oponerse sin rebozo á su propuesta.

Coello, poniéndose en pie y saludando al rei, esclamó: "Los portugueses, señor, se han gloriado siempre de vivir en el gremio de la

santa iglesia católica, apostólica, romana, única verdadera, fuera de la cual no hai salvacion. Y la condicion que los españoles ponen para tomar las armas en defensa de V. M., si se acepta, destruirá para siempre nuestra opinion relijiosa, manchando el suelo de los dominios de V. M. con el baldon de la herejía.

"¿Por ventura no serán bastantes los vasallos naturales de V. M. á ponerle en su trono, sin mendigar el apoyo de los españoles descontentos? Señor: V. M. es dueño absoluto de nuestras vidas y haciendas; pero en la honra y en la relijion no puede...."—"Sobrado tiempo os he escuchado, Coello: yo resolveré este asunto como sea de mi real agrado, y os dejo salvo el derecho de hacer de vuestra persona lo que os parezca conveniente." Le interrumpió Don Sebastian, justamente indignado, de que en tan críticos momentos se quisiera sembrar la division en su partido.

Coello aterrado murmuró algunas frases de obediencia, fidelidad, celo y relijion, ocupando confuso su asiento.

Don Sebastian, sin atenderle, se dirijió al eclesiástico, y con notable afabilidad le dijo: "Doctor Serrano, Don Juan de Várgas os anunciará mañana mi resolucion. Entre tanto podeis dar mis reales gracias á vuestros amigos, asegurándoles que jamas olvidará Don Sebastian el auxilio que en su infortunio le prestan. Mañana tambien, señores, se os comunicarán á todos mis órdenes, y ántes de mucho nos habrá visto el mundo triunfar de nuestros ene-

migos, ó perecer gloriosamente en la demanda." Concluyendo de hablar hizo seña de haberse terminado la asambléa; y los que la componian empezáron á retirarse de dos en dos, ó de tres en tres lo mas, para no hacerse sospechosos en la calle.

No lo hizo así Várgas, pues se le mandó permanecer en el salon hasta quedarse solo con el rei y el marques Domiño.

Entónces, el primero de estos personajes, llamándole, le habló en estos términos:—Don Juan, la mano del destino, por caminos bien inesperados, os ha reunido á mí. Sé que habeis resuelto seguir mi suerte; y sé tambien que los hombres como vos no varían nunca de resolucion: cuento, pues, con vos como conmigo mismo.—V. M., dijo Várgas, me hace justicia: mi espada y mi persona están ya á su real servicio miéntras me dure la vida.—Lo creo; y os doi una prueba de ello en poneros al frente de mis auxiliares. No necesito deciros que estos son los españoles que, habiendo abrazado las herejías de Lutero y Calvino, no hallan en su patria un palmo de terreno que los sustente con seguridad, un solo instante en que las hogueras de la inquisicion no se enciendan para ellos. Aunque católico, como yo lo soi por la piedad de Dios, no podreis ménos de conocer que en mi actual posicion me es forzoso prescindir de escrúpulos que acaso me arredrarian en otras circunstancias. Hoi lo que necesito son brazos, y á todo precio debo comprarlos miéntras el honor no padezca.

—V. M., á mi entender, obra en eso con cordura.—Tal es mi opinion; y yo sabré imponer silencio, eterno si es preciso, á los que como Coello quieran contrariarla. Desde que la fortuna me ha condenado á vivir en la última clase del pueblo, he tenido ocasion de abrir los ojos sobre mas de un error, y me he convencido de que el hierro y el fuego hacen hipócritas, pero no relijiosos. Ademas, Don Juan, el pontífice, á quien en Roma me presenté á pedir dispensa del voto temerario que en un momento de despecho hice en Africa de vivir siempre encubierto, no solo se negó á ello, sino que me despidió con dureza. Gregorio, esclavo humilde del rei de España, temblaba de tener un solo dia en sus Estados al infeliz Don Sebastian, y esta ofensa está para siempre grabada en mi corazon.

"Bastante os he dicho para que comprendais claramente mi voluntad y sus fundamentos. ElDoctor Serrano os presentará mañana á los que habeis de conducir á la gloria: descanso en vuestra fidelidad y buen talento, y no volveré á ocuparme en el asunto hasta que os comunique mis órdenes para marchar.

"La mano de Doña Ines es vuestra ya. La categoría á que estará destinado el esposo de la cuñada del rei no se os ocultará; y para que desde luego empeceis á recibir pruebas de mi real benevolencia, os autorizo á usar desde hoi el título de Duque de Madrigal."—Las bondades de V. M. y la merced con que me honra estarán eternamente impresas en mi memoria,

y espero dar pruebas de mi agradecimiento en el campo de batalla.—Ese es el lenguaje de un noble soldado. Podeis retiraros.

Dobló Don Juan la rodilla, besó la misma mano que habia visto empleada en hacer pasteles, y salió del rejio desvàn como el hombre que acaba de tener un sueño maravilloso de aquellos que hacen dudar de si se duerme, ó se está despierto.

CAPÍTULO XX.

Ciego el califa en su sangriento celo,
Despuebla el mundo por vengar al cielo.
(MELÉNDEZ. *Oda á la tolerancia.*)

A principios del siglo XVI fuéron tantos y tales los abusos de las facultades espirituales que en materia de bulas é induljencias hizo la corte de Roma, que en Alemania, pais eminentemente pensador, dos frailes, Lutero y Calvino, se alzáron contra ella: practicáron la reforma de la relijion cristiana conocida con el nombre de protestantismo; y á pesar del emperador, del papa y del concilio, luchando con las armas del uno, las escomuniones y los legados del otro, y con los cánones y censuras del último, hiciéron considerable número de prosélitos, atrayendo á su creencia príncipes ilustres y naciones enteras.

Lutero y Calvino diéron al poder de los papas un golpe funesto, que los progresos de la civilizacion social preparáron hasta entónces, y en lo sucesivo le hiciéron verdaderamente mortal. Desde entónces los sucesores de San Pedro perdiéron aquel poder en virtud del cual

daban y quitaban las coronas. Inglaterra, Suecia, Flándes, gran parte de la Alemania, se separáron del regazo de la Iglesia Católica; la Francia misma rehusó admitir el concilio tridentino, y la Europa entera empezó á creerse con derecho á pensar en materias de relijion, cosa hasta entónces mirada como una blasfemia.

Las consecuencias que aquellos sucesos tuviéron en el órden político son harto conocidas; y aunque una novela no se ha escrito á propósito para hablar de ellas, se nos permitirá que observémos que Inglaterra fué el primer pais enteramente protestante, y que en él es en donde la libertad civil es tambien mas antigua.

Cárlos I°. se declaró protector del concilio de Trento, y persiguió constantemente á los reformados. Pero en Alemania no pudo estinguirlos: en España fué donde, auxiliado por la inquisicion, de abominable memoria, logró que jamas los hubiese á cara descubierta.

Las crueldades del tribunal de la fe no fuéron sin embargo durante su reinado comparables á las que se ejerciéron bajo el cetro de hierro de su hijo Felipe II, cuyo nombre execrado ha llegado á nuestros dias, y pasará á la mas remota posteridad como el baldon de su siglo y de la patria que le dió el ser.

Todas ó la mayor parte de las relijiones han debido acaso á la persecucion su mayor incremento; y á escepcion del mahometismo, ninguna se ha estendido con la rapidez que la protestante. En vano se le opusiéron cuantos

diques alcanzáron el poder y la Iglesia dominante: salvólos todos, y embravecida como un torrente por la resistencia, llegó á hacerse temible para sùs perseguidores.

No eran entónces los españoles un pueblo insignificante, como despues lo fuéron, gracias á tres siglos de cadenas: ricos, poderosos y conquistadores, en todo el orbe se veia á los invencibles tercios castellanos cubriéndose de gloria: sus mercaderes tenian relaciones comerciales con todas las naciones; y el oro mejicano hacia de nosotros los banqueros del mundo. Entónces se viajaba; en aquellos viajes habia comunicacion con los estranjeros, y de este modo la reforma relijiosa llegó á hacerse partidarios, y no en pequeño número, en el corazon mismo de Castilla.

Naturalmente los primeros protestantes fuéron eclesiásticos: para nadie podia tener mas interes la cuestion que para ellos; y unos la examinaban por curiosidad, otros para instruirse. Algunos creyéron las nuevas doctrinas mas conformes al espíritu del Evanjelio que las antiguas; otros lo contrario; y estos en España fuéron en mayor número. Apoyados los últimos en la lei, y disponiendo de la fuerza, persiguiéron encarnizadamente á los primeros, quienes se refujiáron como todo proscripto en la oscuridad.

No habia acaso ciudad en España en que los protestantes, los judíos, y hasta los mahometanos, no tuviesen conventículos secretos que la inquisicion fué descubriendo sucesiva-

mente. Para llevar legalmente á la hoguera á los desventurados que los formaban, no se necesitaba mas que probarles su diferencia de relijion; pero el espíritu de partido, no contento con aplicarles el tormento y quemarlos despues, quiso que bajasen al sepulcro manchada su memoria con la imputacion de crímenes cuya atrocidad misma los hace absurdos é increibles.

Los niños degollados bárbaramente, las imájenes del Redentor injuriadas de una manera abominable, eran las mas pequeñas de las infamias de que los inquisidores acusaban á sus víctimas. La pluma se niega á entrar en pormenores sobre esta materia, y el entendimiento concibe apénas que hayan sido conducidos al suplicio millares de infelices pretendiendo haberles probado que *volaban* ó que tenian en sus casas *á pupilaje* algunos diablos en figura de sapos, con obligacion de vestirlos de terciopelo y darles á comer huesos de difuntos.

En tal estado se hallaba España bajo la dominacion del fanático Felipe, cuando Gabriel de Espinosa puso á cargo de Várgas el mando de sus ausiliares españoles.

No se crea por lo que de las luces naturales de Don Juan hemos dicho, que fuese un hombre de los que hoi llamamos despreocupados. Eran mui pocos los castellanos que en aquel siglo podian pretender esta denominacion; y seguramente en donde menor número de ellos se hallaba era en la nobleza, que recibiendo una educacion puramente militar, conservaba

la creencia de sus padres, sin imajinar siquiera que en tal materia era admisible la discusion. Sin embargo, el hermano del marques habia tenido ocasion de observar en Flándes que los herejes eran hombres como los demas; que cualesquiera que fuesen sus errores en el dogma, la moral de su relijion era exactamente la del Evanjelio, y que en los combates se portaban como el mejor católico, peleando con valor, y tratando despues con humanidad á sus enemigos. Redújose, pues, á desempeñar la comision que se habia puesto á su cargo, aunque no sin repugnancia y tal cual escrúpulo de conciencia. Dígase tambien, en honor de la verdad, que Ines, á quien vió aquel dia en el locutorio, le pareció tan hermosa, estuvo con él tan fina, y le dió tan próximas esperanzas de su matrimonio, que al separarse de ella hubiera hecho alianza no ya con los protestantes, sino con todos los herejes y cismáticos habidos y por haber, y con el mismo Satanas, por mas feo, cornudo y azufroroso que se le presentase.

Tales han sido siempre los hombres vehementes: preocupaciones, intereses, conveniencias sociales, la honra misma, todo lo han sacrificado á las miradas de una mujer en los primeros años de la vida; y en la edad adulta, el ídolo de su juventud, olvidado, menospreciado tal vez, ha tenido que ceder su lugar á los sueños de la ambicion.

Várgas entónces no creia que hubiera nada en el mundo superior á Ines, ni que el que una

vez la habia visto, pudiera nunca dejar de amarla; ménos aun ser feliz sin ella. ¿Qué mucho, pues, que todo lo sacrificase por poseerla?

Ya resuelto á entregarse sin reserva en manos del destino, se preparó á desempeñar su papel de jefe de segundo órden en aquella conjuracion; y revestido de la gravedad conveniente, se presentó con el Doctor Serrano en el conventículo de los protestantes.

Celebraban estos sus reuniones con todo el misterio y cautela que su posicion exijia; y Várgas halló en junta á los que formaban el consistório directivo en una oculta bodega situada en un estremo de la ciudad. Algunos letrados, no ménos eclesiásticos, tres ó cuatro mercaderes y algun profesor de ciencias exactas, fuéron las personas que allí se ofreciéron á su vista: la única de capa y espada, como entónces se decia, era el mismo Várgas.

Ántes de su llegada ya habian los protestantes acordado que no prestarian á Don Sebastian el prometido auxilio sin recibir ántes por escrito su real palabra de que se les toleraria en Portugal el libre ejercicio de su culto; y el Doctor Serrano hizo entender sin rebozo á Don Juan, que toda negociacion era escusada sin que precediese la entrega de la garantía pedida.

En el caso de que el destronado rei accediese á lo que se deseaba, empezarian los protestantes poniendo á su disposicion una suma considerable para empezar la campaña; for-

marian á su costa, y auxiliados por sus hermanos de Inglaterra, Francia y Alemania, un cuerpo franco; y desde luego presentarian en breve plazo de trescientos á quinientos hombres para contribuir al alzamiento.

No dejáron tampoco de presentarse varias dificultades al consistorio sobre poner los soldados protestantes á las órdenes de un noble católico; pero todas ellas se desvaneciéron con la imposibilidad de hallar en España hombre de la comunion reformada que le reemplazase. Fué pues nuestro Don Juan, bajo el título de Duque de Madrigal, reconocido por jefe del futuro cuerpo auxiliar, y la reunion se disolvió despues de haber rezado á coro un salmo de David.

Debia Don Juan comunicar á Gabriel de Espinosa lo resuelto por el consistorio, y para ello se le habia mandado hallarse aquella noche á las ocho de ella en el Campo Grande; cita á la que, como se deja conocer, asistiria con alguna anticipacion para no hacerse esperar; pero fué tanta su puntualidad, que daban las siete cuando entró en el Campo Grande, que por ser la noche de las frescas de otoño estaba desierto. No le pesó de esta circunstancia, pues en situacion semejante á la suya lo que mas se apetece en jeneral es la soledad. Amante y conjurador á un tiempo, sus pensamientos le sobraban á Várgas para entretenerse.

La revolucion que se preparaba, su éxito y consecuencias, eran asuntos de no pequeña im-

portancia; pero Ines la tenia mayor para él. Dejando vagar la imajinacion á su placer, se veia ya dueño de su amada: representábasele verla en sus brazos al rayar la aurora, y uno y otro dia, y siempre, en fin, vivir á su lado; pero el colmo de la dicha para Várgas era tener un hijo de Ines, que su fantasía hizo bello como Apolo, valiente como Hércules, discreto como Ciceron, y célebre como Alejandro.

Cuando el hombre cree ser feliz, lo es, ha dicho no sé quien, y con sobrada razon. Nunca la realidad iguala á los goces que el hombre dotado de una ardiente fantasía tiene, cuando sus sueños, ya despierto, ya dormido, le halagan. Y es porque en la realidad aun las rosas tienen espinas: no así en el mundo ideal: lo malo y lo bueno, segun el vidrio que se deja ver en la linterna májica, se presentan aisladamente. Prescíndese de la debilidad humana, de la muerte; se olvida que estámos condenados á padecer, y que cuanto mas intenso sea un dolor, tanto mas pronto el órgano que lo sufre perderá la facultad de sentirlo. Sucédenos, en fin, lo que al mecánico teórico: calcula una máquina prescindiendo del rozamiento de los cuerpos y de la elasticidad de las cuerdas, y obtiene en el papel un invento que ha de inmortalizarle. El mal está en que al poner en práctica su máquina, tiene que emplear hierro, madera y cáñamo.

Dando pues libre curso á sus imajinaciones se paseaba Várgas delante del convento de Recoletos, y no advirtió que un hombre le se-

guia, hasta que este, tocándole en un hombro, le dijo: " Mui distraido vais, Señor Don Juan." Volviendo entónces la cabeza reconoció á Gabriel de Espinosa.

Dióle cuenta de lo ocurrido en el consistorio, y tuviéron sobre ello una larga conversacion, en la cual desplegó el pastelero grandes conocimientos en política, y dió á Várgas detalladas instrucciones, previendo las dificultades que podrian ocurrirle en su mision, y facilitando los medios de vencerlas; y por último, prometió la garantía pedida por los protestantes.

Ántes de despedirse, supo Várgas que los conjurados portugueses Domiño, Abenamal, Don Cárlos y Don Francisco, habian ya marchado á disponer el alzamiento, que debia verificarse tan luego como Don Sebastian se presentase en su reino.

El monarca destronado pensaba ir á Madrigal, salir de allí acompañado de Frai Miguel, Don Juan y un corto número de los protestantes españoles, y entrar con ellos en la Estremadura portuguesa para descubrirse allí.

Para poner en planta este proyecto, solo aguardaba á recojer la suma prometida por el consistorio, y á realizar algunos otros fondos indispensables para poder sustentar á sus soldados un mes por lo ménos sin gravámen de los pueblos.

Pero todas estas recaudaciones no pudiéron verificarse tan pronto como se deseaba. El misterio con que hubiéron de hacerse, las di-

versas personas á quien se tuvo que acudir, y otros varios entorpecimientos inevitables en tales negocios, retardáron quince dias ó mas el suspirado momento de hallarse prontos los fondos. Don Juan no tuvo la satisfaccion de anunciárselo así á Gabriel de Espinosa hasta dos semanas despues de haber tenido con él la conferencia que acabamos de referir.

En este intermedio sus visitas al locutorio fuéron diarias; y la materia de sus conversaciones con Ines, sus amores y esperanzas. No estaba la bella portuguesa ménos enamorada que el jóven castellano; pero sus continuas desgracias, y su condicion naturalmente reflexiva, no la permitian entregarse, como Várgas lo hacia, á las mas lisonjeras ilusiones. Una serie no interrumpida de males habia acostumbrado á Ines á no esperar nada bueno; y mas de una vez, en los momentos mismos en que su amante mostraba mayor entusiasmo, mas persuasion de ser su esposo, la imájen del cadalso se presentaba á los ojos de la infeliz hermana de Clara, y el rostro de Várgas, entónces animado por todo el fuego del amor, á su parecer mostraba las señales de la muerte. Corrian entónces por sus mejillas lágrimas amargas, y apénas bastaban el cariño y la elocuencia de Don Juan para calmar su dolor.

La mañana siguiente á la noche en que el hermano del marques anunció al cuñado de su futura esposa que los protestantes tenian reunido su dinero, fué á ver á Ines, y al participárselo le dijo:

—Esta noche entregaré al consistorio la real garantía que S. M. pondrá en mis manos, y me haré cargo del dinero, parte en oro, parte en letras de cambio. El rei saldrá para Madrigal al amanecer de mañana, y vos con él. Segun sus órdenes, Ines, yo no debo hacerlo con otros veinte compañeros hasta por la noche. S. M. se ha dignado prometerme que Frai Miguel nos unirá para siempre en la ermita que bien conoceis.

"¡ Ah Ines ! Llegó por fin el suspirado momento de llamarme esposo de la que adoro. Ó no me amais, ó vuestro placer debe ser igual al mio.—De mi amor, Várgas, no podeis dudar, pues no sabré ocultarlo, aunque tal vez debiera, contestó la dama. Un fatal presentimiento me destroza el corazon ; conozco que no tengo para él determinado fundamento, y sin embargo no puedo desecharle.—Ines mia, confundís el temor natural en vuestro sexo al aproximarse el momento de una arriesgada empresa, con un presentimiento que no puede existir.—Mi Don Juan.....

Pero no mas de lo que va referido habláron aquella vez los dos amantes, pues Várgas, en tan críticos momentos, no podia disponer de un solo instante.

La despedida por su parte fué tierna ; por la de Ines, melancólica en estremo. Parecíale que aquella separacion habia de ser eterna, y sin poderlo remediar inundó con sus lágrimas la mano de Don Juan, despues de haberla estrechado tiernamente contra su corazon.

—No sé, dijo por último, no sé en que consiste ; pero jamas ha sido tanto mi desaliento como ahora. La idéa de ser causa, tal vez, de la desgracia de un hombre á quien adoro, y que si no me hubiera conocido fuera feliz sin duda, me atormenta, me destroza el corazon.

Quitóse en seguida una cadena hecha de su propio pelo, y poniéndosela al cuello á su amante, continuó :

—Tomad, Don Juan, esa prenda, que para vos tendrá algun valor ; y si quereis tranquilizarme algun tanto, decidme que jamas me culpareis en lo que os suceda.—Nunca, mi vida. —El destino os hizo conocerme, y el cielo me es testigo de lo que he combatido mi amor y el vuestro.—Y el cielo premiará tambien vuestra virtud. Señora mia, pasado mañana sereis mi esposa. Enjugad el llanto, y á Dios, que me es fuerza el partir.

CAPÍTULO XXI.

¡ Ah ! Vanamente discurre mi deséo
Por tus sangrientos fastos y el contino
Revolver de los tiempos ; vanamente
Busco honor y virtud : fué tu destino
Dar nacimiento, un dia,
A un odioso tropel de hombres feroces,
Colosos para el mal.
(Quintana : *Oda á Padilla.*)

Don Rodrigo de Santillana, el marques y su capellan, habian llegado con toda felicidad á Madrid, y pasado de allí al Escorial, donde por el momento se hallaba la corte.

La obra de aquel monasterio, ya entónces mui próximo á su conclusion, era el único objeto que distraia á Felipe de los negocios políticos y de sus continuas devociones.

Habíase lisonjeado el marques de que su pretension era fácil de conseguir, y se engañó. Un monarca que, como el reinante entónces, hacia profesion de los mas austeros principios relijiosos, un hombre que jamas habia amado ni podia amar, no era de esperar que tolerase y protejiese los estravíos galantes en nadie, y ménos en un título de Castilla. Los ministros de Felipe tenian, ó afectaban tener, la misma

manera de pensar que él, y así el pobre marques vió malísimamente recibidas sus primeras insinuaciones.

Pero como si las idéas jenerales de la corte en la materia no bastaran á contrariar sus planes, el comendador Hinojosa, presentándose dos dias despues que él en el Escorial, acabó de derribar el soñado edificio del engrandecimiento del hijo de Violante.

Hinojosa, entrando sin ceremonia en la posada de su primo, y declarándole sin rodéos que él y Don Juan estaban perfectamente enterados de lo ocurrido con respecto al niño Don Pedro Alcántara, de los proyectos que para su fortuna se formaban, y que ambos tambien estaban resueltos á no tolerar tamaña afrenta para las familias de los Várgas, confundió, aterró, aniquiló al marques y al padre Teobaldo.

No se atrevian ni el uno ni el otro á responder palabra, ni el comendador les dió lugar á ello, pues concluida la arenga se retiró, anunciando que iba en aquel mismo instante á verse con el secretario de S. M. y á enterarle de todo el asunto, y que, si necesario fuese, llegaria á los pies del rei mismo á pedir justicia. Hinojosa era hombre sobradamente capaz de cumplir lo prometido; el marques lo sabia, y el capellan tambien.

Mas de un cuarto de hora se estuviéron mirando el uno al otro con espantados ojos, sin saber que hacer ni que decir, hasta que por fin el marques creyó que á él le tocaba romper el

silencio, y haciendo un grande esfuerzo dijo: —¡ Padre Teobaldo !—¡ Señor marques ! contestó el capellan ; y se terminó por entónces la conversacion.

—¡ Hem ! dijo de allí á un rato el capellan. ¿ Si habrá ido á ver al rei ?—¿ Si habrá ido ? ¿ No le conoceis ? Ahora mismo tal vez.—Entónces, *Domine miserere mei*, perdidos somos. —Padre Teobaldo, ¿ y qué hacemos ?—Señor marques, yo en este asunto *lavabo manus meas.* —Buen consejo por cierto. ¿ Ahora me abandonais ?....¿ No podriamos acudir á algunos amigos ?—¡ Amigos ! *Donec eris felix*....—Por la Vírjen Santísima que dejémos ahora los latines. Si ese hombre se presenta á S. M. y le cuenta el asunto á su modo, somos perdidos.—*Nulla est redemptio.* En mala hora dejámos nuestros penates ; en triste dia *nos patriæ fines ; et dulcia relinquimus arva.*—Dios me perdone, pero capaz sois de hacer perder la paciencia á un santo. Consejos son los que yo quiero, y no citas de Virjilio.—Ese pagano, señor marques, contiene sin embargo apotegmas filosóficos, morales, *naturaliter* hablando, de gran peso y....—Norabuena, pero ahora no se trata de eso : en lo que hemos de pensar es en el comendador.—*Infandum Regina jubes renovare dolorem.*—En resúmen, ¿ qué pensais que debo hacer ?—Es asunto este que exije madura deliberacion, y consultar por lo ménos media docena de santos padres y otros tantos autores profanos.—Y miéntras se consultan, revuelve mi primo la corte entera, me pinta á los ojos

de S. M. como un libertino escandaloso, á vos como á un eclesiástico sin costumbres, cómplice en mis estravíos: dan con nosotros en la inquisicion, y nos queman.—*Sancta Maria, ora pro nobis.* Huyámos, señor marques, huyámos, *usque ad finem.*—Eso ya es hablar en razon. ¿Con que opinais que huyámos?—Me parece lo mas acertado.—Y á mí.—Está entónces aprobado *nemine discrepante.*

Y sin aguardar á mas, ni despedirse de alma viviente, tomáron el camino para Madrid, donde solo paráron un dia, saliendo al siguiente no para Valladolid, sino para una hacienda del marques, donde se creyéron mas seguros.

No era sin embargo tan grande el peligro como se lo habian imajinado. Verdad es que el comendador, conociendo la timidez natural de sus antagonistas, se propuso aterrarlos con tremendas amenazas, y lo consiguió aun mas allá de lo que esperaba. Por lo demas, condujo el negocio con tino, pintando á su primo como engañado; obtuvo de los ministros de la cámara la promesa de que no se admitiria la solicitud del marques; mas, una órden de reclusion perpetua contra Violante; y corrió, ufano con su triunfo, á noticiárselo á Don Juan.

Distinto fué el objeto, y distinto tambien el resultado del viaje á la corte del alcalde Don Rodrigo de Santillana.

Una órden de S. M. le mandó presentarse sin la menor dilacion en el Escorial para un

asunto del cual ya tenia algunos antecedentes, y se le daban mas en la misma real órden.

El negocio era de tal trascendencia, que Santillana se persuadia con fundamento de que, llevándolo á cabo felizmente, no solo podia contar con verse en un momento en el mas alto grado de su carrera, sino con ser uno de los favoritos del monarca. Estas reflexiones le entretuviéron agradablemente en el camino, y sus esperanzas se corroboráron cuando, presentándose en palacio y declarando su nombre, se le mandó entrar sin demora en la cámara del rei.

Felipe, ya entónces en el antepenúltimo año de su vida, estaba sentado en un sillon, y atormentado por acerbos dolores. Su semblante, naturalmente pálido, se asemejaba al de un cadáver. Aquel aspecto grave, severo, reservado; aquel labio inferior caido sobre la barba, y aquellos ojos penetrantes, con que parecia escudriñar los mas recónditos senos del corazon de la persona que se hallaba en su presencia, hiciéron en Santillana la profunda impresion que hacian en cuantos se le acercaban.

Dobló el alcalde ambas rodillas, y besando la descarnada y lívida mano del rei, esperó, sin mudar de postura, á que se le mandase hablar.

—¿Sois vos, dijo el rei, Don Rodrigo de Santillana?—El mas leal y humilde de los vasallos de V. M.

Felipe pareció satisfecho de la concision y

respeto de esta respuesta: Don Rodrigo no añadió una palabra mas, pues bien informado del carácter del rei, sabia que este no toleraba que nadie fuera osado á hablar en su presencia mas de lo necesario para responder á sus preguntas.

—Informado, volvió el rei á decir despues de un breve intervalo, de vuestra fidelidad y celo en mi real servicio, os dímos la comision de vijilar á la persona que es inútil nombrar. ¿Lo habeis hecho?—Sí señor; y he tenido la honra de elevar á V. M. el resultado de mis dilijencias.—Que ha sido ninguno, Don Rodrigo, esclamó Felipe con amarga severidad.

Aterrado el alcalde con tan inesperada reconvencion, bajó los ojos, y diera en aquel momento cuanto le pidieran por lograr, si posible fuese, que jamas el rei se hubiera acordado de él para nada.

El monarca, conociendo el efecto que sus palabras habian producido, contemplaba la turbacion, el terror mas bien, de Santillana con un maligno placer, de que era muestra evidente la irónica y apénas perceptible sonrisa que se advertia en sus labios.

—Ninguno, continuó Felipe: tal vez yo podré en mi gabinete mismo daros mas noticias de las que vos, señor alcalde, estando al pie de la fuente habeis sabido adquirir. ¿Qué decis á esto? Responded.—Señor y rei mio, no me parece milagroso que la alta penetracion de V. M. haya descubierto lo que á mi ignorancia se ha ocultado. Pero me atrevo á protestar á

los reales pies de V. M. que jamas vasallo ha deseado con tantas véras merecer al ménos la induljencia de su señor natural.—Las obras acreditarán ese celo. Quiero olvidar lo pasado; pero, Don Rodrigo, vuestra cabeza me responde del buen éxito de este negocio, y de que no se traspire en el público una sola palabra de él.

Pronunció el rei estas palabras con severidad, pero en la apariencia con la misma calma que si hablase del asunto mas indiferente: la única señal de ajitacion que se le descubria era un lijero movimiento de contraccion en los músculos de la fisonomía. Don Rodrigo no estaba tan tranquilo, pues persuadido de que el rei sabria cumplir la promesa con la mas escrupulosa exactitud, se daba ya por muerto.

En tal estado se hallaban, cuando sonando las doce del dia en el reloj del monasterio, Felipe, aunque no sin trabajo, se hincó de rodillas delante de un crucifijo de oro que tenia sobre la mesa; y sacando un magnífico rosario, se puso á rezar devotamente tres Ave Marías; acto en que, no solo arrodillado sino encorvado de manera que casi besaba el suelo, le acompañó el asustado alcalde. Concluidas las oraciones y persignado el rei, volvió á ocupar su asiento, y ya en él, dijo:—Buenas tardes, Don Rodrigo.—Dios se las dé á V. M. tan felices como su ejemplar piedad y altas virtudes merecen, contestó Santillana.—Alabémos al rei de los reyes, alcalde: él solo está exento de imperfecciones; los demas, todos habemos me-

nester su misericordia.—Y los humildes vasallos de V. M. la esperan igualmente de su imájen en la tierra.—Bien está. Volvámos á la comenzada plática: el hombre que sabeis, se mueve ahora mas que nunca, ignoramos porque, y es preciso saberlo. Esto os toca á vos el averiguarlo: al menor indicio de lo que os tengo prevenido de antemano, ya sabeis cual ha de ser su suerte ó la vuestra.—Señor, hasta donde yo alcance....—Es preciso alcanzarlo todo, todo sin escepcion. ¿Me entendeis, Don Rodrigo?—Sí señor.—Retiraos, pues. Mi secretario os dará los informes que hemos adquirido; y esta debe ser la última vez que yo tenga que ser el servidor de mis vasallos.

Diciendo así, tendió la mano á Don Rodrigo, quien la besó humildemente; y marchando despues con paso atras, para no volver al rei la espalda, hasta la puerta de la cámara, salió de palacio tan aterrado, como ufano y glorioso habia entrado en él pocos minutos ántes. No hai cosa como ser vasallo de un rei absoluto para dar gracias á Dios cada dia, de hallarse uno con la cabeza sobre los hombros.

Pero aun no habia acabado Don Rodrigo de conocer la corte. Si el rei le habia amenazado, su secretario, con mas orgullo, con mas dureza aun, le dijo: que era indigno de la majistratura que ejercia; que solo la estremada piedad de S. M. era causa de que no se castigase ejemplarmente su neglijencia; pero que tuviese entendido que si en lo sucesivo no mostraba mas acierto en la delicada comision puesta á

su cargo, podria darse por mui dichoso si escapaba con vida.

Jamas hubo proceder tan injusto por una parte, ni tan poco merecido por otra. Don Rodrigo, humilde esclavo del rei y de su propia ambicion, se hallaba dispuesto á ejecutar sin reparo, con refinamiento, cuantas crueldades le pluguiese á Felipe encomendarle, y mas aun si creia que de ello habia de resultarle el menor provecho. Así pues, desde que la corte de Madrid puso á su cargo el asunto de que se trataba, no habia cesado de trabajar en él con estraordinario ahinco; pero las personas á quienes se queria sacrificar, habian tenido maña suficiente para eludir todo jénero de pesquisas por parte del alcalde.

La desgracia de este consistió en que Felipe, receloso como todo tirano, desconfiaba de sus ajentes, juzgando al jénero humano por su corazon. De aquí resultaba que cuando por no serle posible hacerlo todo por sí, confiaba una mision á cualquiera de sus esclavos, al mismo tiempo encargaba á otros espiasen su conducta; y en muchas ocasiones á la órden que elevaba á un sujeto, seguia inmediatamente la que le sumia en una mazmorra, ó tal vez le llevaba al cadalso.

Como el asunto confiado á Don Rodrigo era á los ojos del rei de la mas alta importancia, varios ajentes subalternos fuéron comisionados para inquirir noticias sobre él; y de las que todos ellos diéron, sacó Felipe en consecuencia con su sagacidad característica, que á pesar de

lo que aseguraba Santillana, habia en el negocio mas de lo que se dejaba ver.

Mal lo pasara el pobre Don Rodrigo, si dos razones no hubieran militado en su favor. La primera, que el rei sabia el celo que en su comision habia mostrado; pero ésta era de poca importancia. Un déspota no agradece; los hombres en sus manos son como los instrumentos en las del artista. ¿Qué importa que sean de buena calidad? Cuando no sirven para el objeto que en el momento los ocupa, los arroja léjos de sí con desprecio.

La segunda causa fué la que decidió á Felipe: el sijilo era para él en todo asunto la mas necesaria de las circunstancias, y mas particularmente en aquel: no quiso pues confiar á otro juez su secreto; y reservándose castigar en tiempo y lugar el desacierto de los primeros pasos de Don Rodrigo, resolvió sin embargo que completase la obra.

No es fácil pintar la terrible impresion que las amenazas del rei y los insultos de su ministro hiciéron en el ánimo de Don Rodrigo. Al retirarse á su posada se sintió acometido de una violenta calentura que á poco de haberse metido en la cama, se desplegó con los síntomas mas alarmantes y un delirio espantoso.

Lo peor del caso fué, que llamáron á un médico de los mas célebres, y por consiguiente tambien de los mas endurecidos en su carnicera profesion, quien empezó prohibiendo que se diese al enfermo, aquejado por una sed abrasadora, ni una sola gota de agua. No contento

con esto, y á pesar de que por todos los síntomas se conocia evidentemente que la enfermedad de Don Rodrigo era una inflamacion cerebral, le atestó el cuerpo de quina, logrando ponerle en tres dias á las puertas del sepulcro. Entónces, dando por acabada su obra, se retiró, dejando al paciente en poder de un robusto fraile jerónimo, que tan desapiadado como el doctor, daba libre curso á una voz estentorea, pintando con cruel prolijidad todos los horrores del infierno y la furia de Lucifer.

Quiso sin embargo la buena suerte de Don Rodrigo que en la cuarta noche de su enfermedad, en un momento en que el monje, cansado de gritar todo el dia, se retiró de su estancia, conmovido por sus ruegos el criado que le velaba, y no queriendo negarle lo que pedia á un hombre que de todos modos iba á morirse, le dió un gran jarro de agua, que el enfermo apuró sin dejar gota: repitiéronse estas libaciones toda la noche, y á la mañana siguiente era ya notable la mejoría. En una palabra, despedidos agonizante y médico, logró el alcalde restablecer su salud, y hallarse en quince dias en disposicion de regresar á su destino, como en efecto lo hizo, despues de haber hecho constar al gobierno que su enfermedad no le habia permitido verificarlo ántes.

No dejó Santillana de estrañar el no haber tenido la menor noticia del marques ni de su capellan; y habiendo preguntado por ellos á un amigo, le dijo este, que ambos habian desaparecido de la corte dos dias despues de haber

llegado á ella, sin haber tenido siquiera la atencion de despedirse de las personas que los habian visitado. Pero el alcalde estaba harto preocupado con sus propios asuntos para pensar en los ajenos: así pues cesó de ocuparse en el marques tan luego como se terminó la respuesta de su amigo, y se puso en camino sin mas cuidado que el de convalecer pronto y salir del encargo del rei, ya que no lleno de honores como un tiempo pensó, al ménos sin un dogal al cuello.

CAPÍTULO XXII.

No; aunque en medio
De esta vil muchedumbre apareciera
Del gran Pelayo el animoso aliento,
En vano á libertad los llamaria;
Ya nadie le escuchara.
(QUINTANA: *Pelayo.*)

SALIÓ Várgas del locutorio contristado á pesar de los esfuerzos que para serenar á Ines y serenarse él mismo habia hecho. Fácilmente sentimos como la persona amada; y yo no sé que tiene el pesar, que nos domina con mucha mas facilidad que la alegría. Sin embargo, le fué preciso á nuestro caballero atender á los negocios de Espinosa y á los suyos particulares.

Es preciso advertir, que Don Juan no dependia enteramente del marques. El padre de ambos fué un caballero económico, y que amando tiernamente á sus hijos, cuidó de asegurar una lejítima bastante considerable al menor de ellos. Así Don Juan pudo reunir, sin tocar á los bienes del marques, una suma de dinero suficiente á asegurarle una decente subsistencia en caso de que un reves de la suerte

le obligara á espatriarse. Arreglado este primer punto, puso en órden los negocios de su hermano, cuyos bienes administraba, segun ya se ha dicho.

En una entrevista con el Doctor Serrano recibió de nuevo la seguridad de que aquella noche, cuando entregase la real garantía al consistorio, se pondria en sus manos la cantidad estipulada, y de que los veinte hombres armados estarian prontos para la mañana siguiente.

Así se pasó aquel dia, y llegó la hora de la cita con Gabriel: Don Juan acudió á ella con su acostumbrada puntualidad; pero esperó en vano hasta pasada la media noche.

Si Várgas estaba descontento con tan inesperada falta, no lo estaba ménos el consistorio protestante, que en sesion permanente aguardaba al Señor Duque de Madrigal con una impaciencia poco evanjélica á la verdad, pero mui natural en aquella circunstancia.

Gabriel de Espinosa, que mudaba de posada con frecuencia, jamas dijo á Don Juan donde vivia, ni este se acordó de preguntárselo; sintiólo entónces infinito, pero la cosa no tenia remedio. Cuatro horas de esperar inútilmente le pareciéron prueba bastante y sobrada de que Don Sebastian no queria ó no podia acudir á la cita. Trasladóse pues Várgas al lugar de la reunion de los protestantes, y así que estos le viéron entrar, hubo en la asambléa un movimiento jeneral de satisfaccion.

El Doctor Serrano, que la presidia, y que

con una biblia abierta delante de sí tenia tal vez intencion de leer en ella, pero estaba de dos horas á aquella parte con los ojos clavados en la puerta, dejó escapar un profundo suspiro, y detras de él un "gracias á Dios" tan sentido, que se conoció que le salia de lo íntimo del corazon.

A esta esclamacion del presidente, un matemático que, con la vista fija en el suelo y el entendimiento ocupado en la teoría de las paralelas, era acaso el único de los presentes á quien el tiempo no se hizo largo, preguntó: "¿Qué es eso? ¿se resolvió ya el problema?" Miróle con cierto aire de compasion un mercader que estaba á su lado; y los restantes miembros de la asambléa, atendiendo solo á Don Juan, no le hiciéron caso alguno.

Despues de saludar en jeneral, y de haber tomado asiento al lado del presidente, tomó Várgas la palabra diciendo:

—Tengo el disgusto, señores, de anunciaros que S. M. no se ha presentado en el paraje en que tuvo á bien mandarme le esperase.—Se eliminó, murmuró entre dientes el matemático. —¿Y vuecelencia, Señor Duque, no podrá informarnos de la causa de la falta de puntualidad de S. M.? dijo el presidente.—Me es absolutamente desconocida, señores; y os aseguro que conociendo, como conozco, la escrupulosa exactitud del rei, no dejo de estar con bastante cuidado.—En este caso, esclamó uno de los mercaderes, debemos retirar nuestros fondos, porque sin la garantía....—No se

os piden tampoco. Pero no debeis olvidar que la causa de Don Sebastian y la vuestra son una misma, replicó Várgas.—Sin la garantía, dijo el presidente, no hai pacto.—Doctor Serrano, S. M. ha empeñado la real palabra de conceder esa garantía, y no le hareis la injusticia de creer que sea capaz de faltar á ella. Pero si un accidente, cuya sola idéa me llena de amargura, hubiera impedido al rei entregarla hoi, y le impidiera entregarla en algunos dias, ¿seria justo por eso que sus auxiliares le abandonasen?—Los cristianos reformados de España cumplirán relijiosamente el pacto hecho con S. M. el rei Don Sebastian, pero no darán un solo paso en su favor sin tener en su poder el documento que han pedido. ¿Quien nos asegura de que Don Sebastian, cediendo tal vez á las insinuaciones de algunos de sus consejeros, no trata de eludir su promesa?—¡Quien!.... La palabra de un rei, mas sagrada que cuantas escrituras pueden hacerse.—Los reyes, interrumpió un mercader, faltan á sus palabras siempre que les conviene.—Verdad demostrada, añadió el matemático, como la proposicion del cuadrado de la hipotenusa.—¿Qué quiere decir esto, señores? ¿Es bastante que S. M. no haya acudido esta noche al paraje convenido, para que el consistorio dude de su buena fe hasta el punto de revocar sus propias resoluciones, en virtud de las cuales está obligado á prestarle su auxilio?—Al contrario, contestó el presidente: el consistorio no hace mas que persis-

tir en su primer acuerdo. El dinero y los soldados están á disposicion de S. M. tan luego como se digne entregar la garantía.—Soi de opinion, dijo otro miembro de la asambléa, de que se fije á Don Sebastian un plazo improrogable para verificarlo. Estas interminables dilaciones pueden conducirnos á la hoguera: si el rei de Portugal no nos ha menester, nosotros buscarémos otro protector, mas en estado de protejernos tal vez; pero si ha de hacer uso de nuestros brazos y dinero, acabe de decidirse.—Que se fije el plazo, que se fije, dijéron á coro todos los individuos del consistorio; y el presidente preguntó que cual seria el que señalase.—Mañana, contestó el que habia hecho la proposicion.—La manera con que el consistorio se conduce con el rei es, señores, inconcebible, dijo Don Juan, á quien la ira iba dominando. Sin embargo, yo tomo sobre mí aceptar esta nueva condicion, harto degradante para S. M.; pero fijar el plazo á mañana, cuando aun ignoramos el motivo de la falta del rei esta noche, me parece el colmo de la inconsideracion.—Señor Duque, le contestó el Doctor Serrano, el consistorio está pronto á dar á vuecelencia pruebas de los deséos que tiene de servir á S. M., y la primera será prolongar hasta el cuarto dia, contado desde hoi, el plazo propuesto. Pasado este, cesa toda obligacion entre Don Sebastian y nosotros.

No replicó ya mas Várgas, por conocer que de hacerlo, hubiera sido de un modo poco

conveniente para conciliar los ánimos; y saludando en silencio al consistorio, salió de aquel paraje y se retiró mui de mal humor á su casa.

Por la mañana fué al convento y preguntó por Doña María de Castro; le dijéron que aun estaba en cama, que volviese mas tarde. Hízolo así en efecto, y la primera pregunta que Ines le hizo fué preguntarle por qué razon Gabriel de Espinosa no habia ido á buscarla, segun habia anunciado, para llevarla á Madrigal. Toda la noche, concluyó, la he pasado en vela haciendo los preparativos del viaje, y ya mucho despues de amanecer, viendo que nadie parecia, me he arrojado sobre la cama. —No sé, Ines, qué deciros, contestó Várgas. Desde que nos separámos ayer no he visto á vuestro cuñado.— ¿Pues no debiais verle por la noche? Yo he soñado, ó vos me lo dijisteis. —Lo dije en efecto, y así era la verdad. Citóme al Campo Grande á las ocho: yo le esperé hasta las doce, pero en vano.—¡Dios de bondad! Mi funesto presentimento se ha realizado.—Ines mia, no hai aun motivo de aflijiros. Una leve indisposicion, haberse tal vez dormido, ó un asunto de mayor importancia que se atravesase, es bastante para haberle impedido asistir á la cita.—¡Ah, Don Juan, qué injenioso sois para lisonjear mis deséos!—Tranquilizaos, señora: vuestro dolor, sin remediar nada, solo conseguirá hacerme incapaz de pensar en otra cosa que en consolaros. ¿Sabeis por ventura donde vive

Gabriel?—No, Várgas.—Ni yo tampoco, y esto es lo peor del caso. Si desgraciadamente vuestro cuñado está enfermo y su enfermedad se prolonga mas de cuatro dias, pueden seguirse gravísimos perjuicios. Por otra parte, esta incertidumbre en que estamos es verdaderamente intolerable.

De aquí ambos amantes se metiéron en una conversacion sobre el asunto, que aunque mui larga se redujo en estracto á repetir de mil distintas maneras los mismos temores que llevamos referidos.

La situacion de Várgas era penosa hasta no mas. No sabia que hacer, ni adonde acudir para informarse de Gabriel de Espinosa. El Doctor Serrano le acosaba; y á los temores que no dejaba de tener por su propia seguridad, se añadia el que sentia por su partido.

Un solo dia faltaba para cumplirse el plazo señalado por el consistorio de los protestantes para la presentacion de la garantía; y Don Juan se disponia á salir de su casa para ir al convento de Ines, y no sin harto disgusto de no haber adquirido noticia alguna con que tranquilizar á su amada, cuando le anunciáron la visita de Don Rodrigo de Santillana.

—¡Pese al alma del alcalde! esclamó Várgas, y á qué buena hora viene el señor mio! Decidle que no estoi en casa.—El mayordomo le habia dicho ya que su señoría no habia salido, contestó el lacayo.—¡Maldito hablador! Si no hai otro remedio, que entre. Así se hizo, y Don Rodrigo, todavía mui desmejorado

con su enfermedad, echó los brazos al cuello del hermano del marques, quien estuvo por ahogarle en ellos; tal era su enojo en aquel momento.

Sentados ambos, el alcalde dijo, que hacia cuatro dias que habia regresado del Escorial á Valladolid; pero que tanto por su enfermedad cuanto por negocios que le habian ocurrido, habia retardado una visita para él tan agradable como obligatoria.

Don Juan contestó á este cumplimiento con otro equivalente, y preguntó por su hermano. Estuvo Don Rodrigo por decirle que iba él mismo á hacerle igual pregunta; pero reflexionando instantaneamente que tal vez el marques tendria sus razones para ocultar á su hermano su repentina salida de la corte, y no siendo hombre que con nadie queria indisponerse, se contentó con responder, que la última vez que habia tenido la honra de ver al señor marques gozaba este de perfecta salud; en lo cual ni mentia, ni se esponia á decir mas de lo que debiera.

Su visita fué breve, y Don Juan le vió con indecible placer ponerse en pie para retirarse; pero el alcalde, que no sospechaba la mala obra que hacia, no quiso dejar de disculparse de no permanecer mas tiempo acompañando á su apreciadísimo amigo.

—Me es fuerza, dijo, Señor Don Juan, separarme de vos mas pronto de lo que yo quisiera. Verdaderamente somos dignos de compasion los jueces á quienes el rei nuestro señor

y amo tiene encomendada su justicia. Ahora, por ejemplo, tengo que dejaros á vos, á quien estimo mas allá de toda comparacion (Don Juan hizo una cortesía); ¿y para qué? Para ir á conversar con un solemne ladron, cuya garganta está pidiendo un dogal á toda prisa. Y ahora que me acuerdo, tal vez le habreis visto alguna vez, si es cierto lo que dicen de que ejerce el oficio de pastelero en Madrigal.

Por fortuna para Várgas, esta conversacion tuvo lugar miéntras el alcalde se retiraba ya: Don Juan, por cortesía, quiso acompañarle hasta su coche, y caminaba en pos de él: gracias á esta circunstancia no advirtió Santillana la estraordinaria turbacion del hermano del marques, á quien oyendo tan infausta nueva le pareció que el cielo entero se desplomaba sobre su cabeza.

—A propósito de Madrigal, continuó Don Rodrigo: supongo que habreis seguido mi consejo no volviendo mas á ver al vicario de Santa María. El tal fraile no está en mui buen predicamento con S. M., y como amigo me hubiera pesado que os confundiesen con él. No paseis mas adelante, señor Don Juan. ¿Qué es eso? ¿os sentís indispuesto?—No sé qué me ha dado: un vahido tal vez.—Retiraos, pues, y cuidad de una salud tan preciosa para cuantos tienen la dicha de conoceros. Yo volveré mañana á informarme de vuestro estado; y si quereis, ahora de paso llamaré al médico.—No hai necesidad, Don Rodrigo: yo os doi las gracias por vuestra fineza.—Esta es

deuda, Don Juan. Vuestro servidor: quedad con Dios.—Él os acompañe.

"Dos mil demonios carguen contigo," esclamó Várgas ya en su gabinete, "que me has clavado el puñal en el corazon hasta el cabo."

No será necesario encarecer cual seria la pena de Don Juan. Preso el rei de Portugal, aunque segun el alcalde se le acusaba de robo, delito de que le seria fácil justificarse, podia sin embargo ser descubierto, y entónces su muerte era segura. Si por desgracia le sorprendian con algunos papeles relativos á la conjuracion, la pérdida de centenares de individuos y la del mismo Don Juan era infalible.

Huir de España inmediatamente hubiera sido lo que á cualquiera otro hombre le ocurriera, pero no al amante de Ines. La adversidad hacia en él el mismo efecto que el fuego en la arcilla: al paso que la llama destruye á los demas cuerpos, los arcillosos en ella se contraen, se hacen mas compactos y resistentes.

"No abandonaré yo al desgraciado Don Sebastian," dijo para sí. "Cualquiera que sea su suerte, esa será la mia."

Tomada esta resolucion. Don Juan hubiera sido hombre de ejecutarla temerariamente, si una reflexion aterradora no le hubiese detenido; Ines. ¿Qué seria de Ines, muerto su cuñado y su amante? Sola, sin amparo y en pais estraño, proscripta tal vez hasta en el suyo, la mas espantosa miseria era el menor de los males que tenia que temer.

Pensó Don Juan volverse loco, y realmente no le faltaban motivos para ello.

Lo que en el momento le atormentaba mas, era tener que ser él mismo quien anunciase tan tristes nuevas á su amada. Sin embargo, por mas grande que fuese su repugnancia, hubo de decidirse á ello; y tomó en efecto el camino del convento, no con aquel afan amoroso que otras veces, sino con el trastorno jeneral, con el desaliento profundo con que un delincuente marcha al suplicio.

No necesitó Ines mas que ver el desencajado rostro y el aire de consternacion de su amante para presajiar algun funesto acontecimiento. Várgas no hablaba, y su futura esposa no se atrevia á preguntarle temblando por su respuesta; pero comenzó á llorar tan amargamente, que viendo Don Juan que la verdad no podria causarle mayor pesadumbre que la que con la incertidumbre tenia, puso en su conocimiento lo acaecido con cuanta brevedad y dulzura alcanzó á hacerlo.

Para formarse una idéa de la afliccion de Ines, es preciso recordar que Don Sebastian, ademas de ser un hombre cruelmente perseguido por la fortuna, era el esposo de su hermana querida, el padre de Clarita, á quien habia tenido en sus brazos desde que nació, y el rei, en fin, por quien su padre habia sacrificado la vida.

Hai ocasiones en que el querer consolarnos, es el mas cruel de los tormentos imajinables. Don Juan conoció que se hallaba precisa-

mente en una de ellas: dejó desahogar libremente su dolor á Ines, lloró con ella, y con esto proporcionó algun alivio á su dolor.

Pasados los primeros arrebatos de este, y cuando ya la bella morena fué capaz de reflexion, no se le ocultáron las funestas consecuencias que aquellos sucesos podrian tener para su amante, y le aconsejó que huyera sin demora.

"Ines," dijo Várgas, "he jurado, no una sino mil veces, vivir y morir con vos: para mí no ha habido dificultades ni peligros: todo lo he despreciado para llegar á ser vuestro esposo. Ahora que he obtenido vuestro consentimiento y el del rei, ¿quereis que huya?....No, Ines, no: muera yo ántes mil veces que separarme de vos."

¿A qué cansarnos? Aquella triste conferencia se pasó entre lágrimas, protestas de amor, y proyectos para saber la manera con que Gabriel habria sido preso.

Don Juan salió del locutorio para ir á buscar al Doctor Serrano, y su amada se encargó de escribir á Frai Miguel.

CAPÍTULO XXIII.

Ese es golpe de fortuna,
Farfan, que vos no entendeis.
(*Sancho Ortiz de las Roelas.*)

Gabriel de Espinosa, ó Don Sebastian, como mejor se quiera, en medio de mil cualidades eminentes, tuvo siempre una propension á la especie de mujeres que en oprobio de su sexo abundan y han abundado siempre demasiado en todos paises, que en fin le fué funesta.

A escepcion de la temporada de sus amores y matrimonio con Clara, por donde quiera que viajó, contrajo relaciones con mozuelas despreciables. Verdad es que las trataba como merecian. Jamas les confió ni su nombre, ni aun el que llevaba entónces. Veíalas por momentos, pagaba jenerosamente, y las miraba con el desprecio á que eran acreedoras.

Ya hemos dicho que en Valladolid encontró á Violante, á quien en su primer viaje á Italia, ántes de unirse á la hermana de Ines, conoció con el nombre de Camila.

Visitóla de cuando en cuando, y no hubo visita en que no diese muestra de su acostum-

brada liberalidad, prenda que contribuyó no poco á consolar á la cortesana del contratiempo de haber encontrado con un hombre que la conocia.

Sin embargo, siempre conservaba Violante el deséo de deshacerse de aquel hombre á cualquier precio que fuese, y la casualidad le ofreció uno digno de ella por lo inicuo.

El mismo dia para cuya noche citó el pastelero á Don Juan en el Campo Grande, quiso su mala ventura que se le cayese del bolsillo, en casa de aquella mujer despreciable, un retrato de Felipe II que la Señora Doña Ana de Austria le habia regalado.

No lo advirtió Gabriel: pero sí Violante, y su primera idéa fué la de apropiarse sin escrúpulo aquella alhaja, cuyo valor se echaba desde luego de ver que era considerable.

Pero el diablo moderó entónces su avaricia para inspirarle otro proyecto verdaderamente infernal.

"Esta alhaja," dijo para sí, "vale mucho para ser de este hombre. Él por otra parte vive con un misterio que nada bueno anuncia. No me ha querido decir su nombre, ni donde vive; y si yo sé esto último, es porque le he hecho seguir por mi criada. Voi pues á delatarle como sospechoso en virtud de este retrato, y así salgo de él."

Despues de este soliloquio tomó su mantilla y rosario, y se fué derecha á casa del alcalde de su cuartel, que lo era Don Rodrigo de San-

tillana, quien el dia ántes acababa de llegar á Valladolid.

Violante, al enterarle de lo ocurrido presentándole la joya, tuvo buen cuidado de no decirle el motivo de las visitas que le hacia el sujeto á quien acusaba ; y habiendo indicado la casa en que posaba Gabriel, se retiró, no sin requebrarla el juez, que tampoco era insensible á los encantos del bello sexo.

Don Rodrigo hubiera dado poca importancia á la delacion, si la prenda que se suponia robada, no fuera el retrato del rei, cuyas severas palabras resonaban aun en sus oidos. La guarnicion de la pintura era ademas de tal naturaleza, que era de presumir perteneciese á un personaje de la mas elevada categoría; y servir á un personaje era siempre para Don Rodrigo cosa urjente.

Tomó pues sus medidas de manera que, media hora despues de recibido el aviso, la posada de Gabriel, que era una de las secretas de la calle de la Esgueba, estaba rodeada de esbirros en todas direcciones.

Gabriel á la oracion se retiró á su casa con objeto de escribir á Frai Miguel.

Apénas anocheció, Don Rodrigo con toda su ronda entró en la posada, é imponiendo silencio á cuantos encontró, sin obstáculo alguno logró sorprender al pastelero, que, habiendo concluido de escribir, se habia arrojado sobre el lecho para hacer tiempo hasta la hora de ir al Campo Grande.

Hallóse en defecto por esta vez la prevision

de Espinosa. El alcalde le halló sin jubon ni otro vestido que una camisa de fina holanda, con cuello y vueltas de cadeneta pegados á ella, y unos calzones tambien de la misma tela.

Dos alguaciles que entráron los primeros en su estancia le intimáron, apuntándole con sus mosquetes, que no se menease, y así lo hizo, por no ser ya posible en su estancia.

Don Rodrigo procedió en seguida al rejistro de su maleta, y halló en ella varias y mui ricas joyas, que segun aparece del inventario entónces formado, eran las siguientes:

Primeramente: un vaso de unicornio guarnecido de oro.

It. Un librillo de oro con algunos diamantes. Este fué regalo de la señora infanta Doña Isabel á la Señora Doña Ana de Austria.

It. Un anillo de oro con un diamante grande en fondo finísimo.

It. Unas mui ricas imájenes para la cabecera de la cama.

It. Una piedra Bezar mui grande engastada en oro.

Por último; un reloj de oro con diamantes para el pecho, y algunas otras cosillas de valor.*

En tanto que se inventariaban estas alhajas, Gabriel acababa de vestirse, y en seguida Don Rodrigo le preguntó;

—¿Quien sois? ¿como os llamais?—Mi

* Copia literal del inventario formado en el mismo acto de la prision de Gabriel de Espinosa por Don Rodrigo Santillana, á fines de Setiembre de 1595.

oficio es el de pastelero en la villa de Madrigal; llámome Gabriel de Espinosa.—¿ Y porqué mudasteis de posada hace dos dias?—Era la huéspeda mui puerca, y gústame la limpieza.—Mucho escrúpulo es ese para un pastelero, hermano.—Antes por serlo es menester reparar mas en la limpieza.—¿ De donde os viniéron á vos tantas y tan ricas joyas? Seguramente habreis tenido buen despacho si haciendo pasteles ganasteis para comprarlas.—Esas joyas, señor alcalde, bien conocerá usted que no pueden pertenecer á un hombre bajo. Diómelas la Señora Doña Ana de Austria, monja del monasterio de Santa María la Real en la villa de Madrigal, para vendérselas en esta ciudad, y á eso solo he venido á ella.—Para hombre bajo, como vos decis, el lienzo que gastais me parece un tantico fino demas.—¿ Las carnes de un pastelero no pueden ser tan blandas y delicadas como las de un príncipe?—Mui retórico sois, hermano pastelero: acabad de una vez de decirnos quien sois.—Ya, señor alcalde, lo tengo dicho.—No quisiera que tuvieramos que poneros en cueros para ver con nuestros ojos la blancura de esas carnes tan bien cuidadas, ni que acudir á un par de vueltas de cuerda para probar su delicadeza.—Yo conozco á usted, y sé que es un honrado caballero que no me hará ese agravio, respondió Espinosa á la atroz alusion de Don Rodrigo, con tanto desembarazo é ironía, como si no fuera á su propio cuerpo al que se amenazaba con el tormento.

Conoció el alcalde que por entónces era inútil insistir en saber mas de aquel hombre, y mandó que le atasen para llevarle á la cárcel. A esta órden la fisonomía de Gabriel dejó ver señales de una violenta cólera; pero acertando á contenerse, se contentó con decir gravemente al juez:—Mire lo que hace, y como trata á los hombres honrados, que ni á él ni á los demas los ha puesto aquí el rei para hacer agravio á los forasteros.—Si vos lo fuereis allá parecerá, y os tratarémos como á tal. Por ahora por pastelero os habeis vendido, y así se os lleva y trata, respondió Santillana; y á una seña suya, arrojándose los alguaciles sobre Espinosa, le maniatáron mal de su grado.

En seguida le condujéron á la cárcel de la chancillería, donde le metiéron en un calabozo, poniéndole un buen par de grillos.

El traje, la manera de hablar, y el aire imponente de Espinosa, hiciéron su acostumbrado efecto en Santillana. Pero si bien el alcalde se persuadió de que aquel hombre no podia ser realmente pastelero, se limitó tambien á creerle uno de los muchos caballeros de la garra ó de la industria que entónces abundaban en España.

Esta creencia hubo de costarle el no descubrir jamas quien fuese Espinosa.

Lo primero que hizo Don Rodrigo fué despachar un corréo á Madrigal, preguntando á la Señora Doña Ana si en efecto era verdad que hubiese dado á vender á un pastelero varias de sus joyas.

Antes de referir la respuesta de esta señora nos es forzoso volver á la época en que Don Sebastian se dió á conocer en Madrigal al vicario de Santa María.

La escena de la iglesia de que Don Juan fué testigo, y hubo de ser víctima, no dejó duda á Frai Miguel de que su monarca vivia y estaba en Madrigal, y la primera persona á quien comunicó tan fausta nueva, fué á la Señora Doña Ana.

Pocos dias despues Gabriel de Espinosa fué presentado á su augusta prima. Al principio rehusó cubrirse ni tomar asiento en su presencia, queriendo negar quien era; pero á fuerza de ruegos de Doña Ana, quien le reconvino tiernamente por no haberla visitado ántes, acabó por declarar su nombre.

La relijiosa no podia tolerar la idéa de que un monarca viviese ejerciendo un oficio despreciable, y así trató de que Don Sebastian lo dejase inmediatamente, ofreciendo para sustentarle cuantas joyas poseia.

Pero no fué posible hacerle admitir la menor cosa. Insistió en que el oficio servia para encubrirle mejor, y las cosas quedáron en el mismo pie que ántes.

Entónces principió la conjuracion para recuperar el trono de Portugal, próxima á estallar cuando Espinosa fué preso.

Cuando el pastelero salió de Madrigal para Valladolid, Doña Ana, auxiliada por su vicario, introdujo en su maleta, sin saberlo él, las joyas que tan funestas le fuéron, y que el interesado

no supo tenia en su poder hasta que llegó á su destino. Sobre esto escribió á la Señora Doña Ana una carta reconviniéndola por su ardid, espresándose en los términos mas delicados sobre su repugnancia en admitir los dones de una princesa reclusa, y amenazando de que por la primera ocasion devolveria las joyas. Pero tanto la hija de Don Juan de Austria como Frai Miguel, contestáron insistiendo con mas fuerza que nunca sobre la necesidad de que se vendiesen aquellas alhajas para aplicar su importe á los gastos de la guerra, que Don Sebastian no quiso disgustarlos por entónces, y resolvió conservarlas en su poder para devolverlas en su tiempo y lugar.

En este estado se hallaban las cosas, cuando el corréo del alcalde llenó el convento de consternacion. Frai Miguel, avisado inmediamente, acudió al locutorio, y en él halló á la señora Doña Ana llorando amargamente con la niña Clarita, que habia querido absolutamente conservar en su poder, en los brazos.

"¿Qué tiene V. E., señora?" esclamó el buen fraile alarmado. Doña Ana por respuesta le alargó el despacho de Don Rodrigo Santillana. Frai Miguel le leyó de la cruz á la fecha no sin alguna alteracion, y al devolvérsele á la relijiosa dijo con bastante serenidad: "Este, señora, es un contratiempo, pero no tan grave como á V. E. le parece, si puedo atreverme á juzgar por sus lágrimas. Lo que hai que hacer es, que V. E. escriba sin pérdida de tiempo á ese alcalde que es en efecto cierto

que ha dado á vender sus joyas al pastelero, y que le ponga sin demora en libertad. El testimonio de V. E. bastará sin duda para conseguirlo, y saldrémos de este lance sin otro mal que el del susto."

No se hizo la señora Doña Ana repetir dos veces este consejo, sino que inmediatamente escribió á Don Rodrigo, usando de todo el ascendiente que la concedia su ilustre nacimiento para obtener la libertad del preso.

No perdió tampoco Frai Miguel el tiempo. Trasladóse inmediatamente á la pastelería, cuyas llaves estaban en su poder, y sacó de ella un escritorio que contenia toda la correspondencia del rei y de él mismo con los conjurados. El fuego destruyó todos aquellos papeles y cuantos relativos al mismo asunto pudo el vicario haber á las manos. El dia ántes de la prision de Gabriel le habia Frai Miguel enviado al mulato Domingo con una carta; pero esta no le inspiraba inquietud ninguna, pues habian convenido en que cuantas recibiese las destruiria inmediatamente despues de leidas.

Domingo era fiel, callado y obediente: pero tenia un vicio que le dominaba, y era el de la embriaguez.

Salió de Madrigal, y en el primer ventorrillo que encontró, le pareció oportuno hacer un sacrificio á Baco. Por desgracia era el vino bueno, y las libaciones del mulato fuéron tantas y tales, que al cabo de dos horas de estancia en el ventorrillo se halló incapaz de

dar un solo paso, y comenzó á decir un sin número de disparates, que divirtiéron mucho á los que allí estaban.

Uno de los infinitos bufones de taberna, que borrachos de profesion en nada se complacen tanto como en que lo sean tambien cuantos se les acercan, tomó á su cargo *rematar*, como ellos dicen, al mulato, y para conseguirlo acudió al aguardiente.

Con esto se completó la obra del embrutecimiento de Domingo, quien cayó inerte como un tronco debajo de la mesa del ventorrillo.

Largo tiempo hacia que este estaba desierto, y el mulato no daba señal de vida. Pero el ventero, familiarizado con tales accidentes, cerró su puerta á la hora de costumbre, y se echó á dormir mui tranquilo.

Al amanecer del siguiente dia despertó Domingo, y tratando de levantarse para proseguir su camino, al primer paso cayó redondo al suelo.

La gran cantidad de vino y de aguardiente que habia bebido le causó una abrasadora calentura, que en dos dias no le permitió moverse del durísimo lecho que en la venta le dispusiéron. Al tercero salió en fin para Valladolid, y llegó á la posada en que se le dijo encontraria á su amo.

A la puerta de ella, y sentados en un banco, habia dos hombres de mala traza y peor cara que parecian entretenidos en jugar á la morra. Caíanles unos sucios y desmesurados bigotes sobre el labio inferior que casi ocultaban, y

sus puntas retorcidas sobre las mejillas les prestaban el aire de dos gatos monteses. Cada uno llevaba su espada de lonjitud desmesurada, y las empuñaduras eran de hierro mohoso con grandes gavilanes.

Aquellos dos señores eran dos alguaciles.

Domingo, despues de haber examinado con atencion las señas de la casa, y reconocido que convenian en todas sus partes con las que á él le dió Frai Miguel, entró en ella sin curarse de los corchetes ni decirles palabra.

Los ministros de justicia no le diéron á él tan poca importancia, pues inmediatamente uno de ellos, levantándose de su asiento, se metió en seguimiento suyo en la posada, pero con tanto silencio, con pasos tan cautelosos, que Domingo no advirtió en la honra que le hacian.

—¿Gabriel de Espinosa, vive aquí? preguntó el mulato á la primera persona que se le presentó delante.—Ha mudado de posada, contestó el alguacil que estaba á su espalda, asiéndole al mismo tiempo la garganta con ambas manos y dando un silbido para llamar á su compañero. Ha mudado de posada, continuó diciendo, porque esta no le parecia bastante decente para su merced, y S. M. le hospeda ahora en su casa para mas honrarle.—Y este hidalgo de Guinéa, añadió el segundo alguacil, que ya habia llegado, nos hará el gusto de venir á acompañarle.

Durante este ameno diálogo, el pobre Domingo, medio sofocado por la presion de las

manos del robusto ministro sobre su garganta, renegaba de sus piernas, que á tal posada le habian llevado.

Los alguaciles le pusiéron en las muñecas unos anillos, vulgarmente conocidos con nombre de esposas, y uno de ellos le condujo sin demora á casa del Señor Don Rodrigo Santillana, visita harto penosa para la natural humildad del mulato.

El alcalde, despues de haber oido la relacion de su ministro, le preguntó como se llamaba.—Domingo, contestó el preso.—El apellido.—Domingo.—¡ Hola ! ¿ y Domingo á secas ?—Domingo.—Sea en buen hora. ¿ Buscabais, segun parece, á Gabriel de Espinosa ?—Yo no busco á nadie.—¿ Pues á qué fuisteis á la posada ?—A nada.—¿ Y de donde venis ?—De mi casa.—¿ Donde está vuestra casa ?—No sé. —¡ Bribon ! verémos si á caballo en un potro callas aun. Rejistradle, y vaya á un calabozo distinto del pastelero.

A la órden del rejistro conoció Domingo que era llegada la hora en que la carta de Frai Miguel caia en poder del alcalde; y como si con las manos ligadas pudiera tener esperanzas de evitarlo, comenzó á defenderse á patadas y mordiscos del alguacil que queria rejistrarle, pero sus esfuerzos fuéron inútiles : una nube de corchetes se arrojó sobre él ; le tendiéron en el suelo, y desnudándole á su salvo, le halláron la carta del fraile metida en la cintura entre la camisa y el cuerpo.

Leyóla Don Rodrigo ; brilló en sus ojos un rayo de feroz alegría, y mandó inmediatamente conducir á Domingo á la cárcel y cargarle de hierros.

CAPÍTULO XXIV.

Al tiempo que esperaba nuestra suerte
Poderse mejorar, la santa mano
Mostró por nuestro mal su furia fuerte.
(CERVÁNTES. *Elejía á la muerte de la reina Isabel.*)

La malhadada aventura de Domingo fué causa de la ruina de Gabriel de Espinosa, del vicario, y de Doña Ana de Austria.

Don Rodrigo de Santillana, viendo que en ella se daba al pastelero un tratamiento de majestad, inmediatamente colijió que aquel hombre era ó finjia ser el rei Don Sebastian.

No pudo haber para el alcalde circunstancia mas feliz que la de haber caido en su mano aquel negocio, pues cabalmente la persona á quien Felipe II habia mandado vijilar era Frai Miguel de los Santos, en quien jamas confió el suspicaz tirano.

Un corréo llevó la noticia del descubrimiento al Escorial, y volvió en breve con la respuesta del rei. Sus órdenes eran terminantes. Don Rodrigo debia trasladar el preso á Medina del Campo, dejándole allí, y pasando

á Madrigal á prender al vicario y tambien á la Señora Doña Ana, pero á esta en su celda. Todo se ejecutó con tanta celeridad como sijilo.

La historia de esta causa célebre está envuelta en un misterio impenetrable. Verdad es que poco despues de su fallo se publicó en Jerez una relacion de ella ; pero está hecha, como es de presumir, para publicarse viviendo aun el tirano y acabadas de inmolar las víctimas.

Sin embargo, es de notar que, mal que le pese á su autor, aun en ella misma la verdad penetra al traves de las nubes con que quiere oscurecerla.

Espinosa parece que se complació en burlarse de sus enemigos aun estando inerme en sus manos. En cada declaracion de las infinitas que le tomaron decia una cosa distinta, y aun en una misma, al finalizarla, destruia cuanto en su principio dijo. La estraña sutileza de su oido, su penetracion portentosa, le hacian, por decirlo así, adivinar las intenciones del alcalde, quien de órden del rei actuó en toda esta causa sin escribano, teniendo que estender por sí todas las declaraciones.

Sin embargo, el preso perdia algunas veces la paciencia, y esclamaba : " ¿ A qué empeñarse en que diga quien soi, si de todos modos he de morir ? Si el rei quiere enterarse de quien yo sea, personas tiene á su lado que me conocen, y muchas. Que envíe una y saldrá de dudas."

Frai Miguel confesó de plano que aquel hombre era el rei Don Sebastian, y alegó en favor de su asercion notables razones. Entre otras, y ademas de las que ya hemos indicado en el curso de nuestra narracion, merecen particular atencion algunas que citarémos.

La primera fué la de haber llegado á Frai Miguel á Lisbóa un hidalgo portugues la víspera del dia en que este relijioso debia predicar las honras de Don Sebastian, y haberle dicho que mirase como hablaba, porque sin duda habia de oirle el mismo rei, pues habia escapado con vida de la batalla.

Despues de esta se referia al dicho de muchos soldados que aseguraban haber visto retirarse herido á Don Sebastian del campo de batalla con algunos compañeros. Habló tambien de haber dicho un fraile de los del Cabo de San Vicente que habia confesado y administrado la comunion al rei en su monasterio muchas semanas despues de la batalla. Seria interminable referir aquí las razones en que el vicario fundaba su creencia de la vida de Don Sebastian ántes de presentarse en Madrigal el pastelero Gabriel de Espinosa: pero no dejarémos de referir cuales le asistian para reconocer en este la persona misma de Don Sebastian.

El cuerpo no presentaba cuando Frai Miguel le vió en su convento la misma gallardía que tenia al salir de Lisbóa; "¿pero qué mucho," decia el fraile, "que sus infinitos trabajos le hubiesen agoviado?" Las facciones eran las

mismas del rei, el color del pelo rubio donde no estaba ya cano, y el de los ojos azul tambien como el de los de Don Sebastian.

El sonido de la voz era idéntico, si bien un tanto enronquecido. Igual la desmesurada fuerza, que bastaba á hacer astillas una lanza blandiéndola en el aire, ó á partir entre sus manos con facilidad cualquiera pieza de una vajilla de plata.

Gabriel como Don Sebastian, irascible, orgulloso y arrojado. Hablaba el español, el portugues y el italiano.

Estaba al corriente de la política de su época, y no ignoraba una sola circunstancia, por pequeña que fuese, relativa al tiempo en que Don Sebastian reinó en Portugal.

¿Tan completa semejanza puede existir entre dos distintos individuos? ¿Será posible que la naturaleza haya creado dos seres idénticos física y moralmente? ¿Se concibe que el temperamento y la educacion de un rei y de un pastelero sean tan conformes que produzcan en tan distintas posiciones una igualdad absoluta de hábitos é inclinaciones, de virtudes y de vicios?

Pero démos de barato, hubiera podido decir el defensor de Frai Miguel si Felipe II hubiera tenido por conveniente que aquel desdichado pudiese dar sus descargos ántes de morir: démos de barato que puedan reunirse sin milagro las circunstancias referidas en dos distintas personas; aun no se le habrá probado al vicario de Santa María que se engañó.

Frai Miguel, como confesor del rei, estaba enterado de todos sus secretos; y en sus conversaciones con Espinosa mas de una vez hizo este alusion á lo que en otro tiempo le habia confiado. El relijioso no ha podido revelar al juez aquellos secretos que en confesion se depositáron en su seno, pero sí puede referir hechos que han llegado á su noticia como particular.

Le pregunta, por ejemplo, á Espinosa si ha tenido alguna vision en su vida. "Una sola vez," responde este, "y fué corriendo la posta con el conde de Medellin. Al pasar un arroyo, en que un malvado asesinó á su propio padre, creí oir un gran ruido, ó por mejor decir, lo oí en efecto. Dejéle al conde de Medellin que pasase adelante, y quedándome solo, esperé en vano un gran rato, pues nada ví."

El hecho pasó así, y de igual manera lo habia referido Don Sebastian ántes de irse á la batalla.

Otra vez Gabriel, sin ser interrogado, refiere á Frai Miguel que estando enfermo en su palacio de Lisbóa, los médicos le prohibiéron comer pescado, y para mayor seguridad prohibiéron el aceite en la cocina real. "Entónces," dijo Espinosa, "envié á pedir al cura de mi parroquia un poco de aceite de la lámpara del Santísimo Sacramento para uno de sus feligreses; envióme lo. y con él comí pescado, que no me hizo daño alguno."

De este modo pudieran citarse infinidad de circuntancias que confirmáron á Frai Miguel

en la idéa de que aquel hombre era en efecto el monarca portugues.

La Señora Doña Ana en todas sus declaraciones se referia á lo que el vicario le decia, y la única razon que alegó en su defensa fué que ella no queria que Don Sebastian se descubriese hasta despues de muerto el rei su tio.

El grande argumento de Don Rodrigo contra ambos era preguntarles porqué si Don Sebastian era realmente lo que ellos decian, no se habia dado á conocer en tantos años, ó á lo ménos desde que estaba preso, para no verse tan ignominiosamente tratado.

Pero esta objecion, mas especiosa que sólida, fué rebatida por los acusados completamente.

" Don Sebastian," dijéron, " salió tan corrido de la batalla, que no osaba presentarse en los primeros dias despues, ni aunque quisiera podia hacerlo. Hizo en primer lugar voto en África de andar peregrino, y encubierto á su vuelta á Europa. Acudió al pontífice para que le dispensara de un voto temerario ; pero Gregorio XIII se negó á ello bajo pretesto que no queria que se turbase el sosiego de los Estados del rei Católico ; pero aun sin esto, ¿ no le sobraban razones á Don Sebastian para permanecer oculto ? ¿ Acaso no bastaba para ello ver que se ajusticiaba sin piedad al que se atrevia á asegurar que vivia ? ¿ Qué suerte podia prometerse si la fortuna le ponia en manos de Felipe II ? La que tuvo ; verse tratado como un infame impostor."

A poco tiempo de empezada esta causa, por ciertas competencias entre las jurisdicciones real y eclesiástica fué necesario que el nuncio de Su Santidad enviara, como envió, un comisionado con poder bastante para apremiar y compeler con toda clase de censuras á los eclesiásticos comprendidos en ella.

Es singular que en mas de ocho meses no se dió tormento á ninguno de los reos por prohibicion del rei. Sin duda luchaba un resto de probidad en el pecho de Felipe con su cruel ambicion, pero esta triunfó al fin.

Frai Miguel, aplicado á la tortura, dijo, como era de esperar, cuanto le mandáron que dijese.

Dicen que Espinosa hizo otro tanto, y será verdad. ¿A qué habia de sufrir tormentos espantosos, si de todos modos conocia que habia de subir infaliblemente al cadalso?

El resultado fué que Gabriel fué condenado á la pena de ser arrastrado, ahorcado y descuartizado: á la misma Frai Miguel, despues de la competente degradacion; y la Señora Doña Ana de Austria á reclusion perpetua en una celda de un convento, ayunando todos los Viérnes á pan y agua, y tratada los demas dias como otra monja cualquiera, sin servidumbre, ni poder jamas aspirar á ser prelada, ni á ejercer cargo alguno.

El Mártes 2 de Julio de 1596, despues de diez meses de prision, sufrió la condena en la plaza de Madrigal el desventurado Gabriel, ó Don Sebastian.

Sus últimos momentos fuéron dignos de un cristiano y de un príncipe. Oyendo decir al pregonero :—Esta es la justicia que manda hacer el rei nuestro señor, y el alcalde Don Rodrigo Santillana en su nombre, á este hombre por traidor al rei nuestro señor, y embustero; y porque siendo hombre vil y bajo se habia querido hacer persona real, le mandan arrastrar, y que sea ahorcado en la plaza pública de esta villa, y su cabeza puesta en un palo. Quien tal hace, que tal pague.

—"¡ Traidor !" esclamó, "eso no. Hombre vil y bajo, Dios lo sabe."

Al salir del seron, y ya al pie de la horca, se puso en pie con reposado continente, y tendiendo la vista al rededor de la plaza, descubrió en una ventana de la cárcel á Don Rodrigo de Santillana, que estaba allí con objeto de recibirle la última declaracion, si queria prestársela.

Entónces ardió en cólera, y no pudo ménos de gritar : "¡ Ah Señor Don Rodrigo, Señor Don Rodrigo ! ! ! "

El juez, aterrado, bajó los ojos y perdió el color ; pero un jesuita de los que auxiliaban al paciente se le puso delante y trató de convertir todos sus pensamientos al cielo. Consiguióse esto por el momento, y Gabriel, despues de reconciliado, subió con firmeza á la horca.

Paróse en el penúltimo escalon, y como el verdugo le dijese que subiera otro, se volvió á él, y le dijo con desprecio : "¡ Esto nos faltaba !"

Sentado ya, volvió la vista una ó dos veces acia la ventana de la cárcel, y mirando colérico á Don Rodrigo, le apostrofó en voz de trueno; pero los agonizantes no le diéron lugar á citarle ante el tribunal de Dios, que era lo que pretendia hacer, segun se habia esplicado en la capilla.

Él mismo se arregló el dogal al cuello como si fuera una valona; repitió en tono firme las palabras del credo, que un jesuita decia, y murió de la muerte de los malhechores con el mismo aliento que un mártir.

Frai Miguel fué llevado á Madrid, y degradado el 16 de Octubre en la parroquia de San Martin por el arzobispo de Bristau. No desmintió el vicario en tan amargo trance su reputacion de varon piadoso y resignado.

Conservó durante la degradacion, en el tránsito al suplicio y ya en él, una entereza humilde, una completa conformidad absoluta con la voluntad de Dios.

Al pie del cadalso dijo en voz moderada y con firmeza: "El tormento me ha hecho mentir en contra mia. Gabriel de Espinosa podrá no ser el rei Don Sebastian, pero yo siempre le tuve por él. Muero pues inocente de este delito que se me supone; pero ofrezco á nuestro Señor esta muerte afrentosa en descuento de mis muchos pecados, y espero de su infinita misericordia la remision de todos ellos."

Dicho esto, ya se ocupó esclusivamente en encomendar su alma á Dios. Antes de acabar de subir la escalera llegó de órden del rei el

notario de la causa, y estuvo haciéndole varias preguntas, á las que el vicario respondió con mucho desembarazo y brio.

Nadie ha sabido hasta hoi sobre qué punto versase aquella declaracion.

Frai Miguel espiró abrazado devotamente á un crucifijo.

La manera con que se verificó la prision de Gabriel, la prevision del vicario, y sobre todo una fortuna inesplicable, fuéron causa de que nada pudiese saberse del resto de los conjurados. Hiciéronse varias prisiones en Portugal y en España, pero por conjeturas; y nada se le pudo probar á ninguno de los aprehendidos, de los cuales la mayor parte estaban inocentes.

Domingo, desesperado de haber sido causa de la pérdida de su amo, se dejó morir de hambre en su calabozo, despues de haber sufrido tres veces el tormento sin proferir una sola sílaba.

CAPÍTULO XXV.

Gracias al cielo doi, que ya del cuello
Del todo el torpe yugo he sacudido.
Y que del viento el mar embravecido
Veré desde la tierra sin temello.
(GARCILASO. *Soneto.*)

Lo desagradable de la materia del capítulo que precede nos ha hecho pasar rápidamente por ella, refiriendo en pocas pájinas sucesos que ocurriéron en diez meses. Preciso nos es pues volver á la época de la prision del infeliz Don Sebastian.

Várgas escribió á Frai Miguel una carta enterándole de la desgracia ocurrida al rei el cuarto dia despues de ella, es decir, inmediatamente que la supo. Pedro fué el portador de ella; pero así que llegó á Madrigal supo la prision del fraile y la de la Señora Doña Ana, y se guardó mui bien de decir que llevaba para ellos mensaje alguno, volviéndose inmediatamente á Valladolid á dar cuenta á Su Señoría de tan tristes sucesos.

Don Juan penetró sin dificultad que Don Sebastian estaba descubierto, y no pudo serle dudosa la suerte que le esperaba.

Despreciando el peligro que él mismo corria, lo primero en que pensó Várgas fué en tratar de libertar al monarca portugues del suplicio. Pero cuantos arbitrios se le ocurriéron para ello fuéron desgraciadamente infructuosos.

El consistorio protestante, cuyos miembros temblaban por sí mismos, se negó absolutamente á dar ningun paso en favor de Don Sebastian; y no contento con esto, rompió absolutamente toda comunicacion con el amante de Ines.

La traslacion del preso á Madrigal, y el haberse comisionado solo para guardarle á un alcalde del crímen de la chancillería de Valladolid, frustráron la esperanza de romper sus grillos á fuerza de oro, y por último el arbitrio de intimidar al juez con cartas anónimas, en las cuales unas veces se le amenazaba, y otras se trataba de confundirle haciéndole creer que Gabriel era Don Antonio, prior de Crato, no produjo tampoco ningun efecto.

Las angustias de Ines durante el curso de aquel largo proceso fuéron inesplicables. La mutacion de nombre, y el sijilo con que fué conducida al convento en que se hallaba, la libertáron sin duda de la persecucion personal; pero no se vió solo atormentada por la desgracia de su cuñado, sino que temblaba por la hija de su hermana y por su amante.

Una feliz casualidad quiso que la niña Clarita, á quien la señora Doña Ana amaba en estremo y tenia en su compañía, no se hallara

en su celda en el momento en que Santillana fué á arrestarla en ella.

La relijiosa que entónces la tenia en su celda, movida de compasion por sus tiernos años, la ocultó, sustrayéndola de este modo á la persecucion del tirano; pero como se ignoraba absolutamente el paraje que habitaba su tia, no pudo la compasiva monja darle aviso alguno.

La vijilancia que se ejercia entónces sobre el convento en particular, y en jeneral sobre toda persona que llegaba á Madrigal, hiciéron imposible pensar siquiera en adquirir noticias de la suerte de la hija de Don Sebastian.

Muerto ya este y Frai Miguel, y decidida Ines, á fuerza de ruegos de Várgas, á casarse con él, pero con la precisa condicion de buscar ántes á Clarita, el fiel Pedro partió de Valladolid en hábito de peregrino, y gracias á aquel traje, que en aquel siglo se miraba con respeto, llegó sin inconveniente al monasterio de Santa María.

Preguntó en él por Sor Magdalena de la Trinidad, relijiosa á quien Ines sabia que la Señora Doña Ana honró con su amistad, y le entregó un billete en el cual la bella morena la suplicaba le diese noticias del paradero de su sobrina. Sor Magdalena era justamente la relijiosa que tenia á Clarita en su poder, y al instante informó de ello al peregrino, diciendo que estaba pronta á entregarla en manos de Ines.

Con tan feliz nueva volvió Pedro á su amo,

y ya este no se ocupó mas que en buscarse un asilo cómodo y seguro en que pasar el resto de su vida léjos de una corte que aborrecia, y en los brazos de una mujer adorada.

Necesitaba para ello un confidente, y ninguno le pareció mas á propósito que su primo el comendador. Confióle, pues, exijiendo ántes la solemne promesa de guardar silencio eterno, que iba á unirse con una señora igual á él en nacimiento, pero que por razones á él conocidas deseaba vivir en un completo retiro.

Combatió Hinojosa esta resolucion hasta que conoció que perdia el tiempo, y despues acabó por entrar completamente en las miras de Várgas.

Compró el comendador todos los bienes que Don Juan habia heredado de sus padres, y con parte del producto le adquirió en la Andalucía una vasta hacienda, que por su posicion topográfica, por la fertilidad del terreno, la ostentacion de sus límites y la suavidad del clima, era tal como se deseaba.

Despues de esto proporcionó él mismo un capellan de confianza, que hizo á Ines lejítima esposa de Várgas un año despues de la prision de Don Sebastian.

En seguida partiéron para Andalucía despues de recojer á Clarita, y en breves dias llegáron al lugar de su destino.

Jamas se borráron de la memoria de Ines los tristes sucesos de la primera parte de su vida, y el resultado de ellos fué una dulce melancolía que llegó á hacerse habitual en ella.

No así Várgas. La muerte de Don Sebastian hizo en él una profunda impresion, y siempre que la recordaba, era con horror; pero al verse dueño de su adorada Ines, era el mas feliz de los mortales, y lo dejaba ver en una inmensa alegría.

Así que los dos esposos estuviéron establecidos en Andalucía, escribió Ines á su tia Doña Francisca de Alba, quien no tardó en contestarla, y hacerla saber que estaba pronta á entregarle su hacienda, de la que Don Juan entró mui pronto en posesion.

Por la tia de Ines supo el marques Domiño el lugar de su retiro, y á él fué á terminar sus dias. Poco mas de dos años sobrevivió aquel fiel servidor, aquel anciano venerable, á su amigo y rei: y no pudiendo ya en ellos hacerle otros servicios, se ocupó en redactar una relacion de sus desgracias, de la cual se ha sacado la que vamos á terminar.

Olvidóse Domiño de decirnos cual fué la suerte de Don Cárlos, Don Francisco y Abenamal, y así nada podemos decir de ellos. Pero lo que sí refiere puntualísimamente es, que jamas se vió esposo mas tierno que Don Juan, mujer tan amante y tan digna de ser amada como Ines: fruto de su amor fué, á los diez meses de matrimonio, un niño, de que el marques Domiño fué padrino, poniéndole por nombre Sebastian Miguel de los Santos.

Por una partida de bautismo existente en un libro antiquísimo de una parroquia vecina, parece que este niño se casó, ya hombre y siendo

caballero del hábito de Santiago y maestre de campo de los reales ejércitos, con Doña Clara Coutiño, pues tales nombres se dan á los padres del bautizado.

Es de presumir que esta Doña Clara fuese la hija de Don Sebastian y llevase el apellido de su madre no pudiendo usar el de su desdichado padre.

El marques, hermano de Don Juan, tuvo el disgusto de que el niño Don Pedro Alcántara muriese de sarampion, y su madre en un hospicio haciendo verdadera penitencia de sus muchas culpas.

Al fin de la relacion de Domiño se encuentra una nota que dice así:

"Es fama que Don Rodrigo de Santillana, inmediatamente despues de haber jurídicamente asesinado al infelice Don Sebastian (Q. D. D. G.), marchó al Escorial á dar cuenta á su rei de todas las circunstancias de aquel suceso. Despues de una larga conferencia con Felipe, en la cual tal vez dejaria ver demasiada conviccion de que el muerto era en efecto Don Sebastian, regresó á Madrid, en donde inmediatamente fué preso. Se asegura que le diéron garrote secretamente en la cárcel de Corte para sepultar con él tan atroz misterio."

Si así fué, debemos admirar la sabiduría de la Providencia que castigó á Don Rodrigo, haciendo que el crímen de que para engrandecerse fué instrumento, ocasionara su ruina.

Várgas heredó el marquesado, pero no varió

su plan de vida. Las caricias de su mujer, la educacion de su hijo, y las distracciones campestres, le pareciéron siempre preferibles al bullicio de la corte.

Alguna vez que otra los dos esposos lloraban juntos las desgracias de Don Sebastian; pero muchas mas horas eran las que pasaban deliciosamente enlazados el uno en brazos del otro, contemplando las gracias infantiles del niño Don Sebastian.

Si hai alguna felicidad en la tierra, en la compañía de una mujer amable y virtuosa es donde aconsejo á mis lectores que la busquen.*

* Para satisfacer enteramente la curiosidad del lector, solo nos queda que decirle que la significacion de las iniciales S. R. L. de que se habla en el capítulo XIV. nos parece debe ser *Sebastianus rex Lusitaniæ;* esto es, Sebastian, rei de Portugal.

ADVERTENCIAS.

"Desocupado lector, sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo y mas discreto que pudiera imajinarse. Pero no he podido yo contravenir á la órden de la naturaleza que en ella cada cosa enjendra á su semejante."

(Cervántes. *Prólogo al Quijote.*)

Al público nada tengo que decirle: ó la obra le agrada, ó no. En el primer caso unos y otros hemos llenado nuestro objeto; los lectores divirtiéndose; yo saliendo airoso de mi empresa. Si por el contrario, no le gustase esta novela, será un mal que sentiré, pero que es irremediable, y que todas las apolojías posibles no bastan á evitar. Esta advertencia se dirije únicamente á mis amigos, á los que pueden tener algun interes por mi reputacion literaria.

El editor de la coleccion de que forma parte esta obra haciéndome mas favor del que merezco, me invitó á unir mi nombre al de literatos que bajo todos aspectos me son superiores. Muchos de ellos, que me honran con su amistad, se empeñáron en persuadirme de que la empresa no era superior á mis fuerzas; y mas por complacerlos que por otra cosa, dí principio á la obra que hoi ve la luz. Pero entónces me hallaba en Madrid, donde me era fácil proporcionarme todo jénero de auxilios en libros y consejos, y cuando concluí

el capítulo 4.° me hallé, por un golpe de fortuna, confinado en un rincon de Andalucía. No he tenido pues á la vista ni un solo libro de historia, ni un mapa, ni un amigo á quien consultar.

Es imposible que mi composicion no se resienta de este aislamiento total. A los veinte y seis años, despues de dos de emigracion, seis de servir en las filas del ejército, y de estos tres en la Guardia Real, donde el tiempo me bastaba apénas para atender á las obligaciones de mi empléo, no puedo haber adquirido aquellos conocimientos sólidos, aquella instruccion profunda que hacen capaz á un escritor de componer sin el socorro de los maestros del arte.

Mi memoria es probable que tambien me haya sido infiel en algunos puntos históricos. En una palabra, este escrito, á que le bastaba ser mio para valer poco, ha tenido ademas la desgracia de escribirse en circunstancias tales que le hubieran hecho imperfecto aun siendo parto de mas claro injenio.

Pido pues á mis amigos que me juzguen con induljencia, y que por lo ménos no se avergüencen de haberme alentado á escribir.

De todos modos me someto á su censura; doi por justas cuantas críticas hagan de este escrito, y solo formo empeño en que me conserven el afecto que me han manifestado en circunstancias bien críticas, por lo cual aprovecho con ansia esta ocasion para darles públicamente las mas sinceras gracias=*P. de la E.*

L5 Ja 32

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: July 2008

PreservationTechnologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

LIBRARY OF CONGRESS
0 023 830 337 0